

ROBERTO MARTÍNEZ GUZMÁN

**EL
EGO
DE LOS
TONTOS**

EL EGO DE LOS TONTOS
(Lucas Acevedo 3)

Roberto Martínez Guzmán

Junio, 2024
El ego de los tontos
© Roberto Martínez Guzmán
Diseño Gráfico: Nere Gurutxeta
Amazon EU S.a.r.l.

Blog: rmartinezguzman.blogspot.com
Facebook: [/roberto.martinez.guzman](https://www.facebook.com/roberto.martinez.guzman)
Twitter: [@RMartinezGuzman](https://twitter.com/RMartinezGuzman)
Instagram: [/r.martinez.guzman](https://www.instagram.com/r.martinez.guzman)
Email: roberto.mtnez.guzman@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor.

*A dos grandes mujeres,
Antonia González Biósquez y Elvira Ortega Knapp.
La primera, por ser una gran lectora y mucho mejor amiga;
La segunda, por ser esta la primera de mis novelas
que leerá desde el cielo.*

ÍNDICE

UNA NOCHE DE PRIMAVERA

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[SIETE LIBROS PARA EVA](#)

*No hay nada más equitativamente
repartido en el mundo que la razón,
todos están convencidos de tener suficiente.*

René Descartes

UNA NOCHE DE PRIMAVERA

A las once horas y cincuenta y cuatro minutos de aquella cálida noche de primavera, cuando la luna empezaba a hacerse visible en el estrellado cielo vigués, un vehículo se detuvo frente al número noventa de la Rúa da Costa de Sárdoma, en las afueras de Vigo. El conductor sacó la pierna izquierda por la puerta para equilibrarse, levantó el brazo derecho hasta la altura del hombro y le disparó a Marina Pérez, una niña de catorce años que se encontraba abriendo la entrada al patio de su casa con el periódico del día en la mano.

En el momento en que la bala impactó contra su columna vertebral, unos centímetros más arriba de la cintura, avanzaba encorvada y llevaba la capucha de su gran cazadora azul colocada sobre la cabeza. El impulso del disparo hizo que cayese hacia delante como un peso muerto, golpeándose la cara contra el metal de la verja y desplomándose luego hasta el suelo.

El conductor ya había cerrado la puerta del automóvil y empezaba a moverse de nuevo cuando, unos segundos más tarde, con la cara presionada contra el granito del escalón de acceso y jadeando de una manera irregular, Marina soltó el periódico.

Tres minutos más tarde, a las once y cincuenta y siete, ese mismo vehículo giró hacia la Rúa da Finca dos Bos Aires y avanzó con lentitud hasta detenerse para disparar a Germán.

Era martes y Germán Rodríguez, de setenta y dos años de edad, después de la habitual insistencia de su esposa Amelia, llevaba la bolsa de basura de ese día al contenedor. Germán, por supuesto, no necesitaba que alguien le dijese que tenía que bajarla, ni a qué hora debía hacerlo, pero no había conversación posible con su esposa en la que ella no lo molestase para que realizase alguna tarea. Como era habitual, después de una de sus habituales pullas, un silencioso Germán se levantó del sofá, fue a la cocina, cogió la maldita bolsa y salió de casa para encaminarse por la leve pendiente de la acera hasta la zona de los contenedores. No prestó atención al coche que se detenía a su altura, ni mucho menos a la ventanilla abierta del lado del pasajero, el más cercano a él. La bala que escupió aquel agujero le impactó de lleno en el cuello, atravesó la arteria carótida sin encontrar apenas resistencia y acabó por incrustarse en la primera cervical de su columna vertebral. El anciano cayó de rodillas y, acto seguido, se desplomó hacia delante mientras se desangraba a gran velocidad sobre la pequeña bolsa naranja de treinta litros que hasta entonces llevaba en la mano.

Cuando los policías llamaron a su domicilio, Amelia todavía se encontraba sentada en el sofá del salón, sintiendo el calor corporal que Germán había dejado en el cojín de al lado. Fueron ellos los que le informaron de que a su marido le habían disparado. Sin embargo, y para sorpresa de los agentes, Amelia recibió la noticia en silencio y, tan solo un buen rato después, dijo que

casi había estado a punto de salir a comprobar por qué el viejo holgazán tardaba tanto en volver.

Ricardo Sánchez tenía la misma edad que Germán y vivía dos edificios más abajo. Según escuchó el estallido de la pistola se tiró al suelo y se puso a cubierto contra la pared, sin acordarse de la prótesis de rodilla que llevaba implantada y del mismo modo que habría hecho mucho tiempo atrás en el cuartel de Itxaurrondo. El impacto de su cuerpo contra el parque sucedió por puro instinto de supervivencia, sin pensarlo ni un segundo. Aquellos peligrosos años de plomo y pólvora en la lucha contra ETA, al parecer, nunca habían llegado a abandonar ni los músculos ni el alma de Ricardo. Le gritó a su esposa que se quedase en la cocina, se aseguró de estar a cubierto en todo momento y se arrastró por el suelo como una lagartija asustada hasta alcanzar el teléfono portátil colocado encima de la cómoda del pasillo. Fue él quien primero llamó a la policía.

Por último, a las doce en punto de aquella cálida noche del mes de mayo, el hijo de puta que iba en el vehículo se deslizó al ralentí por la Baixada á Igrexa hasta que se detuvo a nuestra altura y le disparó a mi buen amigo Tomás Cerrada, justo cuando los dos, ajenos a todo, acabábamos de salir del restaurante Rojo y charlábamos de manera despreocupada de camino a nuestros coches.

Capítulo 1

Aquella noche habíamos hecho algo que no dejaba de ser normal en dos buenos amigos. Como Tomás cumplía 46 años ese 7 de mayo de 2024 y yo lo había hecho pocos días antes, el 15 de abril, por la tarde acordamos salir a disfrutar de nuestra recién estrenada edad y cenar juntos en un coqueto restaurante de Sárdoma.

Sárdoma es una villa situada al lado de Vigo. Sin grandes avenidas, cohabitan en ella pequeños edificios y casas unifamiliares en total armonía y comunicadas por una marabunta de calles y caminos asfaltados en los que cualquier visitante puede perderse con suma facilidad de no contar con un buen navegador. Sin embargo, nadie puede negar que goza de una buena dosis de encanto, es una zona tranquila y discreta y, sobre todo, queda situada a la entrada de la ciudad, justo entre el bufete de Tomás y mi ático en Mondariz.

Supongo que no oímos los otros disparos debido al ruido del televisor de fondo o por estar demasiado inmersos en nuestra propia conversación. Tampoco observamos nada raro al salir a la calle, pero el instinto que desarrollas después de trabajar durante muchos años de manera encubierta para la UDYCO nunca llegas a perderlo del todo. Al igual que Ricardo y sus días de Itxaurrondo, mi cuerpo siempre se mantenía alerta ante cualquier peligro y preparado para reaccionar al más mínimo estímulo. Incluso en los momentos que parecían menos comprometidos.

Tomás caminaba al lado de las casas y yo por la zona más próxima a la calle. Cuando mi cerebro registró que un vehículo se detenía a nuestro lado y mis ojos divisaron de reojo el cañón que nos apuntaba desde el interior, me tiré al suelo de manera instintiva, buscando cubrirme detrás del vehículo más próximo y llevándome a Tomás agarrado por la chaqueta.

Una vez sobre la acera y tras el primer disparo, lo arrastré conmigo hacia la esquina más alejada y asomé lo imprescindible la cabeza por un lado hasta vislumbrar un guardabarros rojo bajo el haz de luz que los faros proyectaban hacia delante. Fue solo un muy breve instante, porque enseguida estallaron varios disparos más en las ventanillas de nuestra improvisada trinchera y el aluvión de cristales que nos cayó encima me hizo regresar con Tomás hacia el centro del coche en busca de una mayor protección.

Después de cinco detonaciones, el pistolero pareció tomarse un respiro y yo aproveché para incorporarme levemente y tratar de pensar con más claridad. Fue entonces cuando me di cuenta de que le habían alcanzado a Tomás en una pierna y se encontraba enroscado en el suelo en posición de seguridad y con la cabeza entre las manos. En ese momento, lamenté no llevar encima alguna de mis armas y juro que hubiese dado varios años de mi vida por disponer de una.

No podía saber si el tirador estaba cargando la pistola o, incluso, ante la nula respuesta por nuestra parte, se había bajado del vehículo para bordear nuestro escondite y rematarnos en el suelo.

Quizá fuesen solo uno o dos segundos, pero aquel tiempo se me hizo una eternidad. Traté de valorar a marchas forzadas las opciones que teníamos. En caso de que viniese hacia nuestra posición, yo podría esquivarlo moviéndome alrededor del coche, pero Tomás en modo alguno sería capaz de acompañarme. También podía intentar escapar cubriéndome con los otros vehículos aparcados, pero acabé desechando la idea, porque no pensaba dejar por nada del mundo a mi amigo allí tirado. Durante un instante agucé el oído buscando percibir algún sonido revelador o alguna pisada sigilosa, aunque solo fuese para saber si la muerte nos llegaría de frente o por la espalda, pero lo único que conseguí escuchar fue el runrún del motor encendido.

Pasado un tiempo, el vehículo comenzó a desplazarse calle abajo y, a medida que avanzaba, noté cómo mi respiración empezaba a acompasarse. Cuando el sonido ya había avanzado un tramo prudencial, levanté la cabeza para asegurarme de que el pistolero se estaba yendo. No fui capaz de definir el modelo y la matrícula, pero sí que se trataba de un coche rojo, de tamaño pequeño y que tenía el piloto de freno izquierdo roto, puesto que al detenerse al final de la calle se reflejó con claridad la luz blanca de la bombilla sin la correspondiente tulipa que la colorease.

En cuanto desapareció de mi vista, me centré en Tomás, que empezaba a moverse en su posición de autoprotección y no dejaba de agarrarse la pierna herida.

—Tranquilo —le dije.

—Estoy bien —repuso, en un arrebato de valentía y tratando de ponerse en pie.

—No, no estás bien. Nos acaban de disparar y te han dado.

Se agarró con más fuerza la pierna y dejó escapar una mueca de dolor, pero sin emitir un solo quejido. Me fijé en que tenía el pantalón mojado de sangre, pero me dio la sensación de que la bala no había tocado ningún vaso importante, porque de haber sido así, estaría saliendo a borbotones. En todo caso, me saqué la camisa y se la coloqué sobre la herida para presionar con fuerza.

—¿Qué ha pasado? —oí como preguntaba el camarero del restaurante, llegando a la carrera a nuestra espalda—. ¿Eso que se oyó eran disparos?

—Sí.

—¡Joder!

—Llama a la policía.

—Ya lo están haciendo.

—Perfecto. Entonces llama también a una ambulancia.

El chico titubeó un poco.

—Vale —dijo, volviendo al trote sobre sus pasos.

—¡Y trae algo de hielo!

Capítulo 2

Apenas diez minutos después de dar el aviso, aparecieron dos coches de policía y aseguraron la zona. A la llegada de la ambulancia, no mucho más tarde, Tomás descansaba sentado en una silla dentro del restaurante. Tanto los agentes como yo habíamos tratado de convencerlo de que no se moviese, pero fue tal su insistencia que acabamos por rendirnos y lo ayudamos a desplazarse, puesto que la hemorragia seguía sin ser abundante. Supongo que, después de lo sucedido, de alguna manera se sentía más seguro en el interior del local que sentado allí en la calle.

Una vez que lo habían introducido en la ambulancia, me uní a ellos para acompañarlos. Al llegar al hospital, lo condujeron a un *box* de Urgencias sin bajarlo de la camilla y yo, tras identificarme en admisión y completar el papeleo, me quedé en la sala de espera vestido con una camiseta que me había prestado el camarero del restaurante. Sabía que tenía que llamar a Sandra, pero temía la reacción que esperaba de ella cuando le dijese que a su marido le habían disparado, por lo que me tomé un buen rato para buscar las palabras correctas. Cuando creí tenerlas, salí afuera y marqué el número. Después de alarmarse y casi echarme la culpa de lo sucedido, respiró hondo, se tranquilizó en cierta medida, me preguntó si yo estaba bien en un tono casi maternal y me dijo que solo tardaría en llegar lo que le llevase vestirse y llegar al hospital. Es decir, más o menos lo que yo pensaba que sucedería. La parte complicada radicaba en las dos primeras fases, que nunca sabías qué intensidad podían adquirir, ni si podían eclipsar por completo las siguientes.

Supongo que me tomé más tiempo del que había percibido en prepararme para la llamada, porque mientras aguardaba la llegada de Sandra sentado en la sala de espera, se acercaron hasta mí dos policías vestidos de paisano.

El primero era algo más joven y mejor vestido de lo que hubiera esperado. No creo que superase los treinta años y tenía el pelo de un negro incuestionable, más tupido que una alfombra y con una trayectoria tan rebelde que era evidente que nunca había conseguido peinarlo. Quizá por eso lo llevaba cortado con maquinilla y de manera que le dibujaba una cabeza mucho más cuadrada que la de cualquier otro ser humano. Llevaba un traje oscuro impecable y tenía un andar pausado y de pasos calculados, como si tratase de evitar dañar el suelo al apoyarse. Entró en la sala de espera con la cara de una persona que sentía aversión a algo que no quería tener cerca por nada del mundo, pero que no sabía cómo evitar.

Unos metros más atrás y acabando de consultar unos papeles, apareció una chica solo un poco más mayor que él. Su rostro también mostraba una expresión tensa. Sin duda, les había caído en las manos un caso muy diferente a lo que hasta entonces habían tenido que afrontar.

Pese al rictus, me fijé en que era una mujer atractiva a su manera. Tenía los ojos de un azul claro muy llamativo y, al pelo lacio y rubio con que la había dotado la naturaleza, le había añadido unas mechas que lo hacían ver todavía más claro. Vestía de manera elegante, aunque informal, y parecía más una doctora de urgencias que una policía.

Ambos conservaban cierto aire de recién llegados al cuerpo, con exceso de teoría y escasez de práctica. El chico se paró frente a mí y esperó a que fuese la mujer la que se presentase.

—Señor Acevedo —dijo—. Soy la inspectora de policía Silvia Porto y este es el inspector Javier Aira. ¿Podemos hablar con usted afuera un momento?

—Claro.

Los tres salimos al exterior en busca de una zona discreta. La noche había empezado a refrescar, pero sin llegar a resultar desagradable.

—Venimos del lugar donde le han disparado a su amigo y los agentes que están en la zona nos han dicho que podríamos encontrarle aquí —dijo la inspectora Porto, poniéndose frente a mí—. También que acompañaba al herido en el momento de los disparos. Antes de nada, ¿se encuentra usted bien?

—Sí, perfectamente. Íbamos caminando por la acera juntos, pero las balas solo lo alcanzaron a él —respondí con total tranquilidad.

Los dos se miraron entre sí.

—Entonces, ¿se siente en condiciones de hablar de lo sucedido?

—Sí, claro. Y por favor, llámame Lucas.

—De acuerdo, Lucas. Entonces, vamos al grano. ¿Puedes explicarnos lo que pasó?

No perdí el tiempo.

—Tomás y yo somos viejos amigos, los dos hemos cumplido años estos días y habíamos quedado para cenar juntos esta noche. Comimos, pagamos y salimos. Cuando ya estábamos afuera, caminando por la acera, nos disparó desde un coche. No tengo ni idea de quién era, ni por qué nos disparó. Tampoco pude ver al tirador, ni la matrícula del coche.

—Entiendo —interrumpió ella.

—Tan pronto como percibimos su presencia —continué—, nos tiramos al suelo para cubrirnos, pero ya le había acertado a Tomás. Luego disparó cinco veces más. Cuando escuché que se estaba marchando, levanté la cabeza y vi un automóvil que doblaba la esquina al final de la calle. Era rojo y pequeño, pero solo pude ver la parte trasera y no conseguí identificar el modelo. Lo que sí aprecié fue que la luz de freno izquierda estaba rota, porque se reflejó la bombilla en el cruce. Al poco tiempo, salió el personal del restaurante y nos ayudó.

Javier miró a Silvia, Silvia a Javier, y los dos levantaron las cejas a la vez como un ritual improvisado. Fue entonces cuando habló Javier.

—Parece usted muy tranquilo para haber sido víctima de un tiroteo, señor Acevedo —dijo.

—Supongo que eso se debe a que he sido policía y estoy más o menos acostumbrado a vivir situaciones como esta. Y por favor, también me puedes llamar Lucas. No creo que haya razón para que me tratéis de usted.

Al escuchar esto, arquearon las cejas todavía un poco más.

—Entiendo. ¿Dónde trabajabas? —preguntó ella.

—Pertenecía a la UDYCO.

—¿Y cuál era tu trabajo allí?

—La mayor parte del tiempo estuve desempeñando servicios como agente encubierto.

—¿Encubierto? ¿Dónde?

—Por todo el país, aunque sobre todo en Madrid.

—Eso suena interesante —dijo ella.

—Supongo que sí.

—¿Por qué lo dejaste? —preguntó Javier—. Todavía no tienes edad para jubilarte.

—No lo he dejado de manera definitiva. Solo estoy en excedencia.

—¿Alguna razón en concreto?

—Necesitaba descansar.

—¿Descansar? —inquirió ella con cierto tono de sorpresa.

—Es fácil quemarte cuando trabajas encubierto, inspectora. En los últimos años me dediqué a los cárteles mexicanos y fue una época bastante estresante. Muchas reuniones turbias, muchas habitaciones de dudosa habitabilidad, comidas malas e improvisadas y demasiadas personas desagradables con las que encontrarse. Llega un momento en el que tienes que parar para no volverte loco. Por supuesto, supongo que lo que os estoy contando os suena familiar, porque no hace falta ser infiltrado para saber que el trabajo de policía no es el empleo más agradable, ni más relajado del mundo.

—Bueno, nunca he estado en una situación así —dijo Javier—, pero me hago una idea de que no debe de resultar fácil ni para el que está infiltrado ni para su familia.

—Siento sorprenderos, pero no tengo esposa, ni hijos, ni familia cercana alguna.

Su frente se arrugó.

—¿Ninguna? ¿Ni padres, ni hermanos, ni sobrinos?

Negué con la cabeza.

—¿Hace mucho que estás en excedencia?

—Hace algo más de tres años.

—¿Has recibido amenazas de alguien recientemente?

—No.

—¿Un enfrentamiento con alguna persona últimamente, alguna pelea, aunque pueda parecer sin importancia?

—No, no —dije—. Vivo en Mondariz y allí todo lo que hay es gente buena y humilde. No tengo ningún enemigo en mi vida actual.

—¿Sabes si Tomás estaba amenazado?

—Pues supongo que no se puede descartar, porque es abogado, pero a mí no me ha comentado nada y dudo mucho que me lo ocultase de ser el caso.

Ambos se quedaron en silencio un rato. Fue Silvia la que habló luego.

—¿Conoces a una tal Marina Santiso?

—No, no me suena ese nombre.

Después me quedé en silencio un segundo.

—Es otra persona a la que le dispararon, ¿verdad? —añadí, antes de que pudiesen hablar.

Una vez más, volvieron a poner una evidente expresión de asombro.

—No hay nada raro, oí sirenas a lo lejos y hace un rato escuché al personal del hospital comentar algo sobre los otros heridos de bala —les expliqué—, pero no sé quiénes son ni cuántos hay.

—Sí, Marina también es una de las víctimas —dijo Silvia—. Le dispararon poco antes que a vosotros y es lógico pensar que fue la misma persona. Aún la están atendiendo, así que no hemos podido hablar con ella. Que sepamos, esta noche les han disparado a dos personas más que a vosotros en dos lugares distintos y tú eres el primero con el que podemos hablar.

—Es decir, que hay otra víctima más —deduje—, aparte de Marina y Tomás.

—Sí, la otra víctima es Germán Rodríguez —dijo la inspectora—. ¿Sabes quién es o has oído hablar de él?

Me quedé en silencio, tratando de procesar el nombre.

—Es un hombre mayor —añadió ella.

—No, creo que no lo conozco —dije—. ¿También está ingresado aquí?

Una vez más, se miraron entre sí.

—No, me temo que no —dijo Javier con un tono serio—. Le dispararon en el cuello y murió desangrado en la acera antes de que pudiese llegar la ambulancia. Fue el siguiente objetivo después de Marina. A vosotros os dispararon en tercer lugar y fuisteis los últimos, al menos, que sepamos hasta el momento. Es fácil adivinar la ruta que recorrió el tirador, puesto que no se lo pensó mucho entre una y otra. Por la información que hemos podido reunir, calculamos que no debió de tardar más de cinco o diez minutos en completar los ataques. Los tres puntos están muy cerca. Comenzó en la Rúa da Costa, subió hasta la urbanización y luego bajó a donde estabais vosotros. Desde ahí tenía una buena vía de escape.

Él siguió hablando un poco más, pero a mí ya no me importaba si había tardado mucho o poco el asesino, ni la ruta que había llevado, porque mi mente había pasado a cosas más importantes.

Nada más separarme de Tomás comencé a pensar que, por mi pasado, podía ser yo el objetivo real de aquel ataque. Y de ser así, significaría que, del mismo modo que me había ocurrido en otras ocasiones, aún no había sido capaz de dejar atrás el mundo violento y salpicado de sangre que me había acompañado durante años. No había recibido amenazas ni había percibido algo extraño en mi día a día, pero eso no quería decir nada. Y si ya me resultaba difícil asumir que personas inocentes pudiesen resultar heridas por mi culpa, en ese momento, aquellos dos inspectores acababan de añadir un cadáver al balance final.

Quizá pudiera ser que, por una vez en la vida, las balas buscasen otro objetivo y yo solo había estado en el lugar equivocado en el momento menos oportuno. Me parecía muy difícil que Tomás estuviese amenazado, pero no sabía si alguna de las otras víctimas sí. De manera egoísta, eso supondría un alivio para mí y, por eso, sentí la necesidad de preguntarles, en cuanto Javier acabó con su explicación:

—¿Se sabe de alguna razón por la que les hayan disparado a estas personas?

—No —dijo Silvia—, pero solo estamos comenzando la investigación. Ya hemos hablado con algunos conocidos de Marina y de Germán y en principio son personas normales y que nunca se han metido en líos. En otras palabras, no son de las que tienen enemigos peligrosos o, al menos, de los que están dispuestos a matar y tienen medios para hacerlo. Así que tengo que preguntarte: nos has dicho que llevas más de tres años apartado del trabajo policial y que no has recibido amenazas en todo este tiempo, pero, ¿sabes de alguien de aquella época que siga interesado en ajustar cuentas?

—No, no se me ocurre ningún nombre. Como comprenderás me he ganado un cariño muy especial de muchos desgraciados a lo largo de los años y he recopilado una larga lista de insultos y amenazas. Podría escribir un buen diccionario de palabras soeces con ellas. Sobre todo, cuando me habían brindado su confianza y luego descubrían que en realidad era un infiltrado. La verdad es que muchos de estos desgraciados son personas a las que no es recomendable enfadar, pero es difícil identificar a uno en concreto, porque lo normal es que no persigan a policías, y mucho menos a expolicías. Por un lado, tienen claro que lo suyo es un negocio y no se enredan en temas personales y por otro, al estar retirado, no tendrían ninguna razón para verme como una amenaza.

—Sí, eso mismo estoy pensando yo —dijo Silvia.

Luego me dirigí a Javier.

—¿Estás seguro de que solo hay tres víctimas?

—Bueno, no tenemos conocimiento de ninguna otra y creo que ya ha pasado el suficiente tiempo como para habernos enterado si las hubiera. Además, todo apunta a que llevaba una pistola de ocho balas. Si disparó una a Marina, otra a Germán, una más a vosotros por sorpresa y luego cinco cuando estabais a cubierto, lo lógico es deducir que no pensaba dispararle a nadie más y tenía preparada su huida de antemano. Por otro lado, a mí tampoco me cuadra demasiado

la idea de que haya sido un sicario que vaya detrás de ti, porque de ser así, ¿qué razón tenía para disparar a otras personas? Los asesinos a sueldo no suelen actuar de esa manera y, si dices que te encargabas de los cárteles de la droga, estos menos. Salvo que sepas de alguno en concreto que sí lo haga.

—No —dije—, pero quizá le interesase por alguna razón hacer creer a la policía que había sido un loco desquiciado, para poder salir del país o algo así. Por supuesto, es mi opinión, pero creo que podría ser una explicación.

—Sí, pero lo cierto es que, si dices que no tienes familia, deduzco que vives solo y en ese caso siempre tendría una manera más fácil de llegar hasta ti sin exponerse a disparar en la calle.

Pensé que quizá fuesen inexpertos, pero era evidente que ninguno de los dos era tonto. No le di ninguna respuesta a Javier, por la sencilla razón de que no la había. Tenía razón en ambos supuestos, aunque eso no convencía a mi conciencia ni un ápice. Sobre todo, porque seguía pensando que existía la posibilidad de que hubiese actuado así para confundir a la policía y no me parecía que esa fuese una idea tan descabellada. En el fondo, incluso los asesinos más profesionales pueden actuar como los más chapuceros de vez en cuando.

—¿Se te ocurre algo más de lo que nos has dicho? —preguntó Silvia, después de que esperasen sin éxito durante unos segundos mi respuesta.

—No, no, lo siento. Me hubiese gustado ser de más utilidad.

—En cualquier caso, tendremos que hablar contigo más adelante —dijo Javier—. Ya sabes el procedimiento, si te acuerdas de algo, ya sea de lo que sucedió hoy o de alguna conexión con tu trabajo anterior, llámame a mí o a la inspectora Porto.

Me dieron sus tarjetas y yo a ellos mi dirección y número de teléfono. Mientras se dirigían a la puerta de entrada al hospital, les pregunté:

—¿Cómo está Marina? Quiero decir, ¿cuál es su estado?

Ellos volvieron la cabeza a la vez con esa cara que acostumbramos a poner los policías cuando la persona a la que estamos interrogando nos hace una pregunta y no entendemos su posible interés.

—Está grave —dijo Javier, sin querer dar muchos detalles.

—¿Qué edad tiene?

Él frunció el ceño.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Por nada en especial. Solo por saberlo.

Él asintió.

—Catorce —dijo.

—Mierda.

Capítulo 3

Después de hablar conmigo, los dos inspectores entraron en el hospital y yo me quedé en el aparcamiento durante un tiempo, empezando a valorar lo que me habían dicho. Hubiese deseado tomarme más tiempo, pero recordé que había visto llegar a Sandra mientras hablaba con ellos y no quería hacerla esperar. Así que volví a la sala de espera y, al no encontrarla allí, me dirigí a la recepción, donde me informaron que ya habían subido a Tomás a la segunda planta. Supuse que estaría con él.

Al llegar al módulo de Traumatología, la encontré en una de las habitaciones del principio del pasillo. Tomás ya dormía y ella salió sigilosa para hablar conmigo. Me dijo que el médico le había informado de que tenía un disparo en la pierna y que habían procedido a limpiarle y cerrarle la herida. Tenía orificio de entrada y de salida y, por suerte, en la trayectoria de la bala solo atravesó músculos, sin llegar a tocar ningún vaso sanguíneo principal. La lesión más importante era que el proyectil había rozado el fémur, tenía una gran inflamación y querían esperar a que remitiera algo para comprobar mejor si había algún daño óseo de consideración. En principio, habían decidido dejarlo hospitalizado durante unos días, pero confiaban en que no tardarían en darle el alta.

Pensé que, después de la conversación con los policías, esa era la primera buena noticia de la noche. Me ofrecí a quedarme con él, pero por supuesto Sandra se negó en rotundo y me mandó a casa a descansar.

La sorpresa llegó al salir del hospital. Nada más asomarme a la puerta, se abalanzaron sobre mí varios periodistas grabadora en mano y hasta con una cámara de televisión. No era difícil imaginar que, tras recabar toda la información que necesitaban en la zona del suceso, siguieron a los policías hasta el centro hospitalario para interesarse por los heridos.

Supongo que me veían como el objetivo prioritario, al ser la única víctima a la que podrían entrevistar en varios días, pero lo cierto era que yo no tenía la más mínima intención de hablar con ellos, por más que lo intentaron.

En cuanto logré deshacerme de ellos, me dirigí a la parada de taxis para tomar uno y recoger mi coche en Sárdoma. Durante el breve trayecto, el conductor no dejó de hablar del tiroteo de esa noche en Vigo. Parecía que la noticia había corrido como la pólvora por la ciudad y lo más probable era que también fuese el tema de conversación preferido de los taxistas mientras esperaban a algún cliente. Me explicó, volteando de vez en cuando la cabeza para buscar contacto visual conmigo, que el resultado había sido un hombre muerto y un par de

personas heridas, y que no recordaba un hecho parecido en Sárdoma. Se rascó la calva, solo adornada por algunos pelos abandonados a su suerte, y me preguntó si había escuchado noticias nuevas sobre el caso.

Yo le dije que no y le expresé, tratando de cerrar la conversación, mi incredulidad por cómo alguien podía ser tan desgraciado como para llegar a hacer algo así. Sin embargo, conseguí el efecto contrario, porque me respondió que a él también le costaba creerlo y agregó que el problema era la época en que vivíamos, que los jóvenes querían dinero fácil y no les gustaba trabajar. En su cabeza solo entraban dos opciones. O que la motivación fuese un ajuste de cuentas por una deuda de drogas o la ocurrencia de algún imberbe aburrido y peleado con el mundo, que se había puesto a jugar a las pistolas para poder grabar los asesinatos y subir el vídeo a alguna red social. Cuando él era niño, me dijo, nunca se oía hablar de algo semejante, porque entonces los jóvenes lo que buscaban era encontrar un trabajo y labrarse una vida decente a base de esfuerzo.

Por supuesto, yo barajaba alguna opción diferente, aunque preferí no perder el tiempo en explicársela.

En cuanto llegamos a donde había dejado el coche, pude ver que el tramo de calle en donde se habían producido los disparos seguía acordonado y eso pareció darle fuerzas para intensificar su charla didáctica. El problema fue que yo ya había completado el trayecto y se quedó sin oyente.

Después de pagarle y bajarme, no me acerqué a los policías que permanecían en la zona, sino que me dirigí sin perder tiempo hacia mi coche y salí en dirección a Mondariz. Durante el trayecto, conecté el pendrive repleto de rhythm and blues y le tocó el turno a [What's Going On](#), de Marvin Gaye, que se adaptaba como un guante a mi estado de ánimo. No creía en el destino, y pensaba que el estar en el lugar equivocado en el momento menos oportuno era más una simple cuestión de azar que algo que estuviese escrito en algún lugar indeterminado. Pero si hubiera alguna posibilidad de que pudiese cambiar de opinión, el hecho de que esa canción sonase en ese momento preciso sería un buen argumento para ello.

Mi yo más autocompasivo pugnaba por aflorar y no parecía muy dispuesto a esperar a que llegásemos a casa. No conseguía quitarme de la cabeza la sombría idea de que aquellos disparos tenían algo que ver conmigo y con mi pasado. Había enviado al eterno descanso a un buen número de malhechores y parecía como si estuviesen desde el más allá moviendo los hilos de la existencia terrenal para que no lograra alejar la violencia de mi vida.

Sí, el sol había brillado con más fuerza el día en que firmé la excedencia, pero mi vida seguía estando salpicada de disparos, de sangre y de muerte. Y el verdadero problema era que mucha gente que se situaba a mi lado acababa herida o muerta. De ser yo solo el afectado, podría zambullirme en la autocompasión y la fatalidad, pero habiendo personas inocentes implicadas,

no estaba dispuesto a conformarme y mucho menos a dejarlo pasar sin más.

Marina era una niña todavía y las niñas no suelen inspirar a alguien para que coja una pistola y les pegue un tiro. El señor Rodríguez, un jubilado que lo más probable era que no hiciese en su vida otra cosa que esperar toda la semana a que llegasen sus nietos el domingo para almorzar, tampoco pensaba que tuviese la capacidad de generar mucho odio en alguien. Con Tomás todavía no había hablado, pero como Sandra casi me había echado la culpa en un primer impulso, tenía que pensar que ni a ella ni a mí nos constaba que estuviese en peligro. Por lo tanto, solo quedaba yo.

Unas cuantas personas de mala reputación habían acabado de manera abrupta su recorrido vital por mi culpa y, aunque no tenía sentido que los jefes y compañeros de los cárteles fuesen detrás de mí, pensé en qué sucedería si hubiese un hermano, una hermana, un padre o una madre que llorase de manera desconsolada al pie del féretro de algún desalmado de esos. Quizá en esa situación alguno podría pensar en tramar una venganza con la que reconfortar sus maltrechos sentimientos.

O tal vez una amante, porque el amor puede ser tan intenso que nos lleve a cometer locuras por alguien, aunque ese alguien sea la persona más deplorable de este mundo. En efecto, el odio suele germinar con más facilidad en el rencor personal que en el rencor por asuntos de dinero, porque el dinero, al fin y al cabo, y aunque sea en una cantidad considerable, no es más que algo de un valor limitado para aquellos cuyo patrimonio resulta monstruoso en comparación con la pequeña cantidad que les puede restar una detención o la pérdida de un peón.

Pero todo podría cambiar si la muerte fuese la de un ser querido. Esa era una historia diferente y podría conducir sin mucho esfuerzo a que alguien se hubiera embarcado en la empresa de perseguirme hasta darme caza. Y, como les había dicho a los inspectores en el hospital, la idea de disparar a otras personas bien podría obedecer a la intención del asesino de que la policía dirigiera los ojos hacia la pista del perturbado que dispara a objetivos aleatorios y no a la correcta. De ser un sicario profesional, no tendría sentido, porque, o bien no estaría fichado en España o bien dispondría de documentación falsa, pero en el supuesto de que quien buscase esa venganza lo hiciera en persona, sí, porque entonces podría ser conocido o no tener la experiencia necesaria para cumplir el objetivo con suficiente profesionalidad. Y si estaba lo bastante cegado por el odio para perseguir a un policía retirado, ¿por qué no iba a estarlo para que no le importase que hubiera daños colaterales? Sobre todo, si le otorgaban el tiempo necesario para salir del país y tirarse al sol en una playa paradisíaca con la satisfacción del deber cumplido.

Sin duda, Tomás, el señor Rodríguez y Marina podían haber sido víctimas por mi culpa y eso significaba que no era momento de sentir pena por mí mismo, sino para tratar de identificar a la persona que ocupaba el coche desde el que se habían efectuado aquellos disparos.

Con la mirada fija en la carretera, comencé a escribir de manera mental una lista de las personas que había mandado al otro mundo en los últimos años. Una lista de lo más macabra y bastante aterradora, todo hay que decirlo.

Recordaba a tres durante el último año de servicio y cuatro más a partir del día en que me concedieron la excedencia, pero a todos los había conocido bien y me resultaba difícil pensar que alguno de ellos tuviese parientes tan cercanos como para enjugar las lágrimas de su ausencia en el paño de la venganza.

Entonces supuse que la clave estaría en mis otros años de servicio. El problema era que, de esos, apenas podía recordar tres o cuatro nombres, porque siempre me había negado a invertir demasiado espacio dentro de la cabeza para mantener un archivo actualizado de cadáveres malolientes que abarcase más allá de cinco años.

Por un momento, me di cuenta que pensar en todo eso no provocaba que estuviese más enfadado, ni triste, ni tampoco me embargó un sentimiento extra de culpabilidad. Al contrario, lo que hizo fue reafirmar mi convencimiento de que entre ellos se encontraba la génesis de aquel ataque. Había demasiados caminos anegados de sangre, como para que alguno de ellos no hubiese salpicado una buena parte de la suya en las calles de Sárdoma.

Retiro eso de no ponerme triste. Tal vez sí me había puesto un poco triste.

Al final, pensé que lo mejor sería esperar a tener la cabeza más despejada. Entonces me sentaría en el sofá del salón, con Edward ronroneando a mi lado y lápiz y papel en las manos para tratar de poner al día mi archivo mental.

Eso siempre me había funcionado. Sobre todo, si una cerveza ejercía como fiel consejera.

Capítulo 4

La mañana siguiente me desperté tarde. La idea era seguir con la lista que había empezado la noche anterior, pero preferí ir al hospital para ver cómo había pasado la noche Tomás. Además, pensé que quizá fuese mejor dejar pasar algo de tiempo para que la situación se asentase un poco. Quizá para entonces los policías hubiesen identificado en alguna cámara al loco del coche rojo y hubiesen descubierto que no era más que un perturbado que se encontró con un arma en la mano y quiso experimentar la sensación de matar. O quizá, como había sostenido el taxista, acabase siendo un baboso imbécil que solo pretendía sorprender en las redes sociales a unos seguidores igual de estúpidos que él.

Tomé un café rápido en el bar de la esquina, junto con una napolitana de chocolate, mientras leía la prensa del día. Los tres diarios con que contaba el establecimiento abrían sus tiradas con la noticia del tiroteo y se esforzaban en exponer hipótesis sobre las motivaciones y la autoría de los hechos. Me resultó curioso que no variaban mucho de la idea del taxista que me había recogido en el hospital. Cuando me cansé de leer datos que ya sabía y especulaciones tontas, partí a toda velocidad hacia el Meixoeiro.

La verdad, pensé que nunca llegaría a tenerle el mismo cariño a un coche como a mi viejo Corolla, pero después de morir de manera cruel en Fonsagrada, me enamoré de tal manera de un Subaru Impreza del 2011 que decidí darme un capricho. Reconozco que al principio temí no adaptarme a un automóvil de propulsión diésel, puesto que nunca había conducido uno, ni tampoco al curioso agujero con el que lo había obsequiado el diseñador en el capó, pero a los tres días ya parecíamos hechos el uno para el otro.

Después de aparcar en el hospital, esquivé a los periodistas que esperaban frente a la puerta de entrada, subí a la segunda planta y me encontré en la entrada del módulo de Tomás a una enfermera que parecía pensar que no era buena idea que yo estuviera allí. Le ofrecí mi mejor sonrisa y la convencí de que mi amigo necesitaba compañía a todas horas y de que el médico ya le había realizado su visita rutinaria a primera hora.

Sin embargo, no había dado más que un par de pasos hacia el interior, cuando escuché la voz de la inspectora Porto a mi espalda y me di la vuelta.

—Lucas, me alegro de verte —me saludó—. ¿Cómo estás? Iba a llamarte ahora mismo.

—Bueno, supongo que siempre es mejor encontrarse con alguien en persona —respondí con una sonrisa.

—Eso, por supuesto. ¿Vienes a ver a Tomás?

—Sí, quiero saber cómo pasó la noche.

—Bien, y se ve muy animado. Ya he estado con él.

—Estupendo. Tomás no es de las personas que se acobarda a la primera.

—Ya me he dado cuenta —dijo con una sonrisa—. Bueno, tengo unas preguntas para ti. ¿Tienes ganas de hablar?

Asentí.

—Hay una sala de espera más adelante que tiene una máquina de café y necesito uno —dijo, señalando hacia el otro módulo—. Ven, te invito, aunque ese líquido que echa pueda matar en el acto a cualquiera.

Le hice un gesto para decirle que aceptaba gustoso la propuesta y nos pusimos en camino.

—Hoy parece mi día de suerte —señaló, mientras avanzaba delante—. Como te digo, ya he estado con Tomás, también he podido charlar unos minutos con Marina y tú eres la última persona con la que necesitaba hablar.

—Hay días que las cosas van sobre ruedas.

Nada más llegar, Silvia extrajo un par de café solos, mientras yo esperaba a su lado. La sala estaba vacía y, cuando acabó, me hizo un gesto para que nos sentamos en unos sillones que, al final, no resultaron ser tan incómodos como parecían a simple vista.

—¿Cómo está Marina? —pregunté, girándome hacia ella.

Sacudió la cabeza.

—La verdad es que no muy bien —dijo—. La bala se le incrustó en la espina dorsal. Ayer por la noche se la extrajeron y, aparte de la columna vertebral, no causó más daños. Eso quiere decir que su vida no corre peligro, pero lo más probable es que no pueda volver a andar. Los médicos no son optimistas en ese aspecto.

Yo bajé la cabeza. Pensé en cuando tenía catorce años, en cómo corría en casa de mis abuelos y en la vida que se abría ante mí y que no sabía muy bien cómo iba a vivirla. Los treinta, los cuarenta, que ya había sobrepasado, ni siquiera se veían en el horizonte, pero habían llegado y me había llevado muchas, muchas vivencias alcanzarlos. Vivencias, todas ellas, que Marina tendría que afrontar en una silla de ruedas.

Catorce años. Una pequeña mujer, pero todavía una niña, frente a un monstruoso cambio de vida.

—Joder, vaya mierda —dije entre dientes—. ¿Y no hay algo que se pueda hacer?

—En principio, cuando se recupere un poco, tienen pensado mandarla al hospital de paraplégicos de Toledo, porque allí son especialistas en estas lesiones, pero como te digo el médico no está muy convencido de que pueda volver a caminar. La médula, cuando se rompe, no se regenera.

Quise decir algo, pero no me salieron las palabras. Supongo que a veces es mejor dejar

pasar unos segundos de silencio para asumir la situación. Silvia también respetó ese momento.

—¿Qué hay de su familia? —pregunté después.

—El padre y un tío suyo vinieron a verla a primera hora, pero ya se han ido.

—¿Se han ido?

Se encogió de hombros.

—Sí, llegaron, estuvieron con ella un rato, hablaron con las enfermeras y después se marcharon. Les mandé a un agente para que los trajera hasta aquí como deferencia, porque ayer nos dijeron que ninguno tenía coche, pero al final no se quedaron más que un par de horas. Luego decidieron volver a casa. No sé qué asunto urgente podrían tener que atender, pero lo cierto es que ya hace rato que se han marchado. Por lo que sé, el tío vive con Marina y su padre. Su madre murió hace unos años y ellos son la única familia que le queda.

—Parece que no está teniendo mucha suerte en la vida —dije.

Ella asintió antes de contestarme.

—No sé, me han parecido raros. Aunque los investigamos y no tienen antecedentes, ni nada turbio que se les conozca. Supongo que son unos pobres desgraciados. A veces, cuanta menos suerte tienes en la vida, menos detallista eres con tus seres queridos.

—¿Sobre Germán Rodríguez y su familia se sabe algo más? —le pregunté.

—Tiene esposa y una hija. Y un nieto pequeño, creo. Me sonaba la cara de verlo en algún sitio. En realidad, trabajó toda la vida en Correos y hacía unos años que se había jubilado. Supongo que de eso lo conocía. Por lo que hemos podido averiguar, era un hombre tranquilo y muy sociable. Y, por supuesto, tampoco tiene antecedentes ni él, ni nadie de su familia cercana.

Me quedé mirando hacia la pared del fondo.

—Una niña y un anciano, ¿acaso había muchas posibilidades de que estuviesen metidos en algo ilegal? —pregunté más para mí que para obtener una respuesta.

Silvia me miró. Lo vi de refilón. Sus ojos me estaban calibrando.

—De todos modos, Lucas —dijo—, creo que necesito que hablemos de algunas cosas. Ayer tu nombre me sonaba familiar, pero no lograba recordar de qué. Cuando volví a la comisaría estuve investigando un poco. Descubrí la historia que tuviste en Fonsagrada hace unos dos años. Así que esta mañana llamé al sargento Lemos. Me dio muy buenas referencias de ti, pero, sobre todo, parecía sorprendido de que no hayas detenido al hombre que os disparó. Me dijo que fuiste allí para hacerle un favor a Tomás y que, una vez metido en el caso, acabaste descubriendo a un asesino que jamás nadie había logrado detener. Me explicó que te enfrentaste sin refuerzos a él y también a un matón que se te cruzó en el camino. Los dos eran peligrosos y de los que no se dejan atrapar vivos, pero supiste encargarte tú solo de ellos. Parecía realmente impresionado contigo. Y te lo aseguro, no me dio la sensación de ser el tipo de persona que se deje impresionar con facilidad.

No dije nada, por la sencilla razón de que no había nada que decir. Ella se tomó un buen rato para fijarse en mí, supongo que para escrutar mi reacción. Fue una mirada a la que me había acostumbrado hacía tiempo, porque la había visto en otra gente. No sé muy bien cómo explicarla, parece que los ojos se abren primero y luego se entrecierran, a la vez que la cara se tensa un poco. Es como una reacción instintiva cuando sabes que estás ante alguien que ha matado sin vacilar a muchas personas a lo largo de su vida. Primero, sorpresa y luego curiosidad, como si pensasen que alguien como yo debiera tener dos cabezas, ojos con infrarrojos o un tic especial. Como digo, no me molestó, porque a esas alturas de mi existencia ya me había acostumbrado.

Luego volvió a su expresión habitual y continuó.

—Lucas, no sé cómo decirte esto.

—¿Que empiezas a tener claro que yo era el objetivo? —la interrumpí.

—Sí, algo así. Lo normal es que en tu antiguo trabajo hayas dejado a más de un enemigo. Tú insististe ayer y quizá tengas razón. Y también me imagino que lo has estado pensando esta noche. ¿Se te ha ocurrido a alguien en particular?

—No. Y créeme que te lo diría si pudiera. Sí, se supone que yo tengo que ser el objetivo, aunque sea por descarte, pero es lo que hablamos ayer, la forma en que actuó el pistolero no tiene sentido. Mis hipotéticos enemigos no necesitan cubrirse con otras víctimas. Todos llegan, te buscan, disparan y se esfuman sin dejar rastro. Y si la víctima vive sola, como es mi caso, tienen el trabajo medio hecho.

—Eso es cierto, pero quiero que sigas pensando. Creo que no podemos descartar esa opción. Al menos, de momento.

—¿Marina aportó algún dato nuevo?

—Estaba tan sedada que no fue muy coherente. Tampoco pude hablar mucho tiempo con ella. Lo poco que me dijo fue que ni vio ni oyó nada. Había salido a buscar el periódico a un bar que hay al final de la calle y caminaba de regreso a la casa sin fijarse en la carretera. Me dijo que solía hacerlo, porque a su padre le gusta leerlo antes de acostarse y que no pueden permitirse comprarlo. Llevaba una cazadora con la capucha sobre la cabeza y quizá le limitase el oído y la vista. Todo lo que podía recordar era un latigazo en la espalda y que, cuando quiso reaccionar, se encontró boca abajo sobre el cemento y sin poder moverse. La vio un vecino que pasaba por allí y nos llamó. Su padre estaba dentro de la casa, pero no salió porque pensó que había sido un petardo. Su tío estaba en el trabajo.

—Entiendo.

—En cuanto a la esposa de Germán Rodríguez, dijo que no había oído el disparo que mató a su esposo. Estaba viendo una película y se le debió de camuflar con el ruido de la televisión, porque también el piso queda algo más lejos de donde ocurrió el disparo y además tienen cristales dobles. El primero que nos llamó fue un hombre que vivía a dos puertas de Germán. Es

guardia civil retirado y estuvo muchos años en el cuartel de Itxaurrondo. Sin duda sabe distinguir un disparo afuera. El problema es que, con la impresión, se echó al suelo y no vio nada. Lo único que tenemos son las balas y tu descripción de la parte trasera del coche.

—Ojalá pudiese ayudar más.

—Otra cosa, ¿por qué elegiste Mondariz para vivir?

—Nací en Chapela y tenía ganas de volver a Galicia.

—Sí, pero, ¿por qué Mondariz y no Vigo, por ejemplo?

—Me gusta la tranquilidad y, teniendo en cuenta que mi casa está frente al balneario, puedes imaginarte que el sitio es paradisíaco. Cuando llegué, vi un ático en venta y lo compré.

—¿Y puedes permitirte vivir sin trabajar tanto tiempo?

—De momento, sí. No gastaba mucho en activo y todavía tengo dinero ahorrado. Además, me crié con mis abuelos y, al morir, me dejaron la herencia. La tenía guardada y pensé que era un buen momento para utilizarla. No es que fuesen ricos, pero algo aún tenían.

—Así que viste un momento que necesitabas parar en la UDYCO y decidiste pasarte unos años de descanso en tu tierra, pero en una zona lo más tranquila posible.

—Sí, algo así.

Se hizo un silencio entre los dos. Supuse que ya se le habían acabado las preguntas, que en resumen eran dos, saber si mi previsible noche en vela había dejado al descubierto algún nombre y cerciorarse de que no había venido a Galicia para ganarme la vida con algún negocio sucio. No la culpo, un buen policía debe cubrir todos los ángulos y no es raro que un infiltrado se deje arrastrar por la mugre en la que se mete a diario hasta acabar formando parte de ella.

—¿Cuándo se llevan a Marina? —le pregunté, después de dar el último sorbo al café.

—No lo sé, creo que aún no tienen el traslado programado. Por lo que me dijeron, pidieron vez y están a la espera de que le den una plaza. ¿Por qué lo preguntas?

—He pensado que podría dejar que pasen unos días, hasta que esté algo mejor, y luego visitarla.

—Me parece una buena idea. Nadie ha preguntado por ella más allá de su padre y su tío y ya ves que tampoco se quedaron demasiado tiempo. Todavía es una niña y tener que asumir todo esto ella sola no creo que le resulte fácil.

—También hablaré con ellos para ofrecerme a traerlos aquí cuando quieran venir. Supongo que puedo averiguarla yo solo, pero si me das tú la dirección, me ahorro el trabajo.

Me la apuntó en una hoja de su bloc y luego la arrancó y me la dio.

—En fin, tengo que volver a la comisaría y a enfrentarme con los periodistas de la entrada —dijo mientras lo hacía—. Un pistolero que se pone a disparar indiscriminadamente contra la gente supone una atracción irresistible para la prensa, que hace que te asalten como si fueran lobos hambrientos.

—Se llama morbo —dije sonriendo—. A mí también me asediaron anoche.

Ella me devolvió la sonrisa.

—Seguimos en contacto, Lucas.

Capítulo 5

Pensando en lo que había hablado con la inspectora Porto, abandoné la sala de espera y caminé con paso lento en busca de la habitación de Tomás. Al llegar a la entrada del módulo, descubrí que la enfermera que controlaba el acceso ya se había marchado, lo cual me alegró, porque no estaba seguro de que me reconociera y no me sentía con fuerzas para volver a convencerla de que me dejase entrar.

En el fondo, reconozco que aún albergaba la débil esperanza de que Tomás me librase de la responsabilidad de haber desencadenado aquel caos, pero no confiaba mucho en ello. Supongo que podría considerarme un egoísta por quererle traspasar el sentimiento de culpa a mi amigo, pero yo ya cargaba con demasiado peso sobre los hombros.

Nada más verme bajo el dintel de la puerta, Tomás me saludó a su modo.

—Joder, Lucas, vaya cara traes —dijo con total naturalidad.

Sonreí, pero no respondí.

—Se supone que aquí el herido soy yo, no tú —siguió hablando—. ¿No vas a decir nada?

—¿Cómo te encuentras? —pregunté al final, avanzando unos pasos hacia la cama.

—Bien. Si no me hubieran puesto calmantes, supongo que me dolería la pierna, porque sigo sintiéndola hinchada, pero como en un hospital te meten analgésicos como tuviesen acciones en la empresa que los fabrica, pues no siento nada.

—Me alegra oír eso.

—Me ha dicho el médico que, salvo sorpresa, en un par de días me dará el alta.

—Eso está bien. ¿Y Sandra?

—Aprovechó para ir al piso mientras arreglaban la habitación y me visitaba el médico, no creo que tarde en llegar.

Me quedé en silencio unos segundos antes de preguntar:

—¿Viste algo anoche?

Él meneó la cabeza en señal de negación.

—Si no tiras de mí, el hijo de puta me atraviesa el estómago con la bala —dijo después.

—Tomás, quiero hacerte una pregunta en serio.

—¿Si he recibido amenazas?

—Sí.

—Ya me lo preguntó la inspectora esta mañana y la respuesta es no.

—¿Y alguien que te quiera ver fuera de juego? Sin que le interese amenazarte, solo que desaparezcas y punto.

—No, es imposible. Para hacer eso necesitas odiar a alguien y a un abogado no le coges odio. En último caso, si crees que es muy bueno, puedes sugerirle que deje el caso, pero nunca sacarlo de circulación, porque de hacerlo resultaría muy evidente y no solo la policía sabría dónde buscar al asesino, sino que el cliente acabaría contratando a otro igual o mejor. Pero es que, en la práctica, ni siquiera eso es habitual que ocurra. Verás, los abogados tenemos un arma secreta: todo el mundo da por hecho que somos malas personas, unas sanguijuelas que defendemos a quien más nos pague, sea quien sea, y eso nos hace inmunes. Solo hay una excepción para generar odio y es que no defendamos con toda la diligencia posible el caso que nos han confiado, pero como te imaginas, yo siempre lo hago. Además, soy muy claro con mis clientes y les digo lo bueno, lo malo y las opciones que tenemos. Creo que nunca he llevado un caso en el que el cliente se sintiera defraudado. Y los contrarios... pues cuando les ganas, se suelen cabrear con sus abogados por no hacerme frente, pero no conmigo. En el fondo, saben que no es algo personal. Simplemente piensan que, si tuvieran más pasta o supiesen elegir mejor, me hubiesen contratado a mí.

—¿Y no puede haber una excepción? No sé, un tonto que no sabe cómo van las cosas.

—Supongo que sí, pero si te das cuenta, cualquiera podría ir a mi bufete y pegarme dos tiros a bocajarro. No hay seguridad. Clara es un parapeto muy endeble e incluso para huir lo tendrían fácil al poder mezclarse en segundos con la gente de la Gran Vía. O entrar en El Corte Inglés y hacerse pasar por un cliente más. Además, hace tiempo que no tengo un caso... digamos, más o menos caliente. Y reconozco que los echo de menos, pero como todo en la vida, esto va por rachas.

Se tomó un segundo como si quisiera dar un nuevo repaso a todo lo que había dicho.

—No, Lucas, no creo que fuese alguien que quisiera matarme —añadió luego—. De ser así, lo sabría. Se lo habría notado a alguien o algún contacto me habría puesto sobre aviso. Aunque no te lo creas, los tengo muy buenos.

He de reconocer que no podía quitarle la razón. La mayoría de la gente tiene asumido que un abogado es solo un ser odioso, cuyos servicios vende al mejor postor. Una especie de mal necesario. Nadie toma la intervención del abogado contrario en un juicio como algo personal. Como bien decía Tomás, solo generan odio los que no son diligentes en su trabajo y, aunque él no lo hubiera ni mencionado, aquellos que se dejan sobornar.

A pesar de que nos conocíamos desde niños y sabía que era imposible, no quise dejar pasar la oportunidad para asegurarme.

—¿Te has dejado sobornar en algún caso?

Me miró fijamente antes de responder y con una cara cada vez más seria.

—¿Tú quieres que dejemos de ser amigos?

—Lo siento, pero tenía que preguntártelo. No creo que esto sea obra de un loco que se ha

tirado a la calle a matar y como comprenderás tengo que descartar todas las opciones. Y descartarlas sin dejar ningún cabo suelto.

—Pues no. Ya me conoces, nunca he aceptado un soborno y sí, soy caro, pero defiendo a mis clientes con todas mis fuerzas y hasta el final. Si te digo la verdad, nunca, jamás, he recibido amenazas. Piensa que mis asuntos suelen ser de dinero y con personas que tienen mucho, y estos no suelen solucionar las cosas pegando tiros. Tienen armas más higiénicas y efectivas.

—Ya.

Me senté en el sillón que había al lado de la cama y él me siguió con la mirada.

—¿Han investigado bien a las otras víctimas? —preguntó—. Me dijo la inspectora que había dos más.

—¿Una cría de catorce años y un cartero jubilado, sin antecedentes los dos?

Hizo un gesto de contrariedad antes de responder.

—No, no parecen unos blancos muy comunes.

Se hizo un silencio entre los dos.

—Tomás, tanto la policía como yo sospechamos que esas balas iban dirigidas a mí, pero la verdad es que no tengo ni idea de quién puede ser —dije—. Coño, que hace casi cuatro años que abandoné la policía.

—Bueno, supongo que has dejado algunos enemigos.

—Muchos, sí, pero que se tomen la molestia de saber dónde estoy y desplazarse hasta aquí para deshacerse de mí cuando ya no soy una molestia, es más difícil. Y si lo hicieran, no pensarían un plan tan chapucero, sino que irían a mi piso y me matarían por sorpresa. Esto parece obra de un aficionado y eso es lo que me descoloca. En el fondo, yo también hacía mi trabajo en la UDYCO.

—¿No crees que tal vez fuese solo un loco que se puso a disparar como hacen a veces en Estados Unidos? A lo mejor hemos llegado a un punto de globalización tan avanzado que ya nos toca lidiar con esas cosas.

—No, no creo, porque un loco dispara a una persona, después a otra, después a nosotros, que ya es raro, porque somos dos, pero si nos cubrimos, o se baja y nos remata o sigue y va en busca de la siguiente víctima. Y llevaría varios cargadores o varias armas. En cambio, este solo tenía una. Disparó una bala en un lado, otra en el otro y las seis restantes contra nosotros. Todo apunta a que buscaba un blanco concreto y que a las otras dos personas solo las atacó para despistar. Cierto que, para que la hipótesis fuese perfecta, tendría que bajarse y rematarnos, pero quizá vio a alguien o me conocía y pensó que llevaría un arma y lo freiría en cuanto pusiese un pie en la carretera. Piénsalo, no es descabellado.

—Y de ser nosotros, ¿no sería más lógico que fuésemos los primeros a los que dispara y ya luego si no se movía nada, buscase a otras víctimas con las que embarullar la escena?

—Sí, pero quizá nos vio pagar en el restaurante y, para hacer tiempo a que saliésemos, se fue a buscar a otras víctimas. Nos controlaría los coches y vería que los teníamos algo alejados. Además, tenía una salida más fácil desde donde estábamos que desde el interior de Sárdoma.

Tomás se quedó pensativo y tardó en contestar.

—No sé qué decir —concluyó luego.

—Yo, sí. Que siento que te hayan pegado un tiro por mi culpa.

—No me fastidies. Siempre sales herido tú, ya me tocaba a mí. Lo tomo como un peaje a pagar por tu amistad —dijo, soltando una pequeña carcajada—. Ahora en serio, me da igual si esta bala iba para ti, para alguna de las otras personas o si eligió las víctimas al azar. En los tres casos, el culpable es quien dispara y nadie más. Lo que sí me gustaría es que atrapasen a ese hijo de puta y poder ejercer como acusación particular en el juicio para encerrarlo de por vida.

—Lo cogeremos, no te preocupes.

Me despedí de Tomás y salí de la habitación con los mismos pensamientos en la cabeza con los que había entrado y sintiendo la necesidad de encontrar una roca enorme debajo de la que poder esconderme. Tomás se había colocado en el bando de los inocentes de un plumazo y la conversación con la inspectora Porto me había dejado claro que la policía también valoraba como muy probable la posibilidad de que yo fuese el motivo de los disparos.

En otras palabras, me había levantado esperando que se asentase la situación y me librase de toda responsabilidad, pero con el paso de las horas no solo había alejado de un guantazo mi descargo de culpa, sino que me había perfilado como el único candidato.

Un muerto, una paralítica y Tomás con un tiro en la pierna.

No podía hacer nada por el pobre Germán y Tomás se recuperaría sin problema, pero sentía que Marina iba a pagar por mi pasado durante toda la vida.

No puedo decir que le rece a Dios a menudo, aunque no por no ser creyente. Mis abuelos lo eran demasiado como para que yo me atreviese a apagar por completo la llama que siempre se esforzaron por mantener viva en mí. Mi relación con Dios consistía en que yo no le rezaba y por lo tanto tampoco le pedía nada, ni en los peores momentos. Ni siquiera cuando me apuntaba un cañón a escasos centímetros de la cabeza y miraba a los ojos de la muerte convencido de que me iba a encontrar con ella en unos pocos segundos. Nunca. Jamás le pedí algo. Un *qui pro quo* muy particular y respetuoso, pero que en ese momento exacto sentía unas ganas inmensas de romper para solicitarle su ayuda con Marina.

Para ella, porque para el pobre Germán ya era demasiado tarde.

Capítulo 6

Media hora más tarde de dejar a Tomás, estaba entrando en el ático y destapando una lata de cerveza. Con el primer trago, bebí casi la mitad. Pensaba tomarla despacio, pero no fui capaz. Después quise coger otra, pero recordé que un poco más tarde tendría que conducir.

Confieso que era un viaje que no me entusiasmaba, pero que sentía que debía hacer. Como le había dicho a la inspectora Porto, pensaba ir ese mismo día a la casa de Marina para visitar a su padre y tratar de consolarlo.

El problema de ir allí estaba en la parte del consuelo. Siempre me había resultado una tarea difícil. Recuerdo que de niño acompañaba a mis abuelos a los tanatorios y muchas veces la familia del difunto exhibía el féretro abierto, con el rostro del fallecido a la vista. Nunca logré entender aquello, ya que la idea era aliviar el dolor de los allegados, no venerar a un cadáver. Pero lo que sucedía era que terminabas mirando boquiabierto a un cuerpo inmóvil y tratando de recordar cuando aún estaba vivo. Incluso muchas personas mayores tenían la costumbre de decir que se veían muy naturales. ¿Naturales? Vamos a ver, estaban muertos, y la única razón por la que no lo parecían del todo era porque el tanatopractor de turno los había maquillado con mayor o menor pericia. De no existir esta profesión se verían todos arrugados, con la piel lívida y los labios amoratados.

La cuestión era que, quizá por eso o por otra razón, consolar a las personas cuyo ser querido acababa de morir siempre me había resultado una tarea difícil y desagradable. Conseguirlo con aquellas a las que se les había quedado paralizado un ser querido lo adivinaba como algo bastante más complicado. Y mucho más cuando ese ser querido no contaba con más de catorce años.

No tenía idea alguna de lo que podría decir, porque cuando maltrataban a alguien inocente, no me surgía la vena consoladora, sino que entraba en modo de venganza y eso era todo.

Almorcé algo improvisado, le puse agua fresca a Edward y me subí al Subaru para acercarme al número 90 de la Rúa da Costa. Nada más poner el motor en marcha, miré el pendrive y me dio cierto respeto la canción que empezaría a sonar al encenderlo. Incluso hice memoria para recordar cuál había grabado tras el What's Going On, de Marvin Gaye, pero no lo conseguí. Al final, le di al botón y sonó [Signed, Sealed, Delivered, I'm Yours](#) de Stevie Wonder, que era como un soplo de aire fresco en aquel día lleno de penumbras. Después les tocó el turno a [Blame It On the Boogie](#), de Jackson 5, [Dancing in the Street](#), de Martha & The Vandellas y [Keep on Truckin'](#), de Eddie Kendricks, que consiguieron la difícil empresa de evitar que pensase mucho en la conversación que me esperaba. De hacerlo, quizá me arrepintiese por el camino y

me diese la vuelta.

Cuando llegué a mi destino, descubrí que el hogar de Marina era una morada lúgubre en medio de una zona plagada de casas unifamiliares. Esta, en concreto, parecía que contaba con más de cincuenta o sesenta años de antigüedad y dejaba ver a las claras que había sido construida por alguien a quien no le sobraba el dinero y habitada a lo largo de los años por familias que consideraban que invertir en su vivienda no era una prioridad.

Tenía un viejo revestimiento de pintura que alguna vez había sido blanco, pero que con el tiempo se había convertido en un gris negruzco. También se podía deducir con facilidad que no ofrecía mucho espacio en el interior y que, pese a contar con dos pisos, las habitaciones de arriba debían de ser pequeñas y con el techo en pendiente y poco revestidas, lo que provocaría que en verano fuesen un horno y en invierno gélidas.

En cierto modo, se parecía a la casa donde me había criado, pero la de mis abuelos siempre estaba limpia y pintada, la hierba del jardín cortada, los árboles podados y las plantas cuidadas. El patio de Marina, en cambio, tenía hierba lo bastante alta como para sofocar a una rata en su caminar, una o dos mangueras de jardín tiradas entre ella y un pequeño y destartado cortacésped al lado de la pared que estaba haciendo todo lo posible para dar por finalizada su humillante existencia a través de la oxidación.

En la parte delantera de la vivienda había un porche de madera que se extendía a lo largo de la misma. Un viejo refrigerador descansaba a la izquierda de la entrada principal. Otros artículos deteriorados le hacían compañía: algunas cajas, un carro de la compra y unas sillas metálicas de jardín, que se notaba que habían sido verdes en algún tiempo, pero que con el paso de los años se habían transformado en marrones.

Salí del coche y me dirigí hacia la puerta del patio, lo único que parecía arreglado de aquella casa. Delante de la verja había una mancha de sangre vieja sobre el suelo de granito, mezclada con cierta suciedad. Me detuve y no pude apartar la vista de ella durante un buen rato. Por alguna razón, me enfadaba que no se hubiera limpiado. Luego pensé que quizá no tuviera mayor importancia, porque no lograría que Marina estuviera menos inválida. Pero, en cualquier caso, me parecía una desconsideración hacia la chica.

A la izquierda de la casa había una especie de alpendre. Alcanzaba hasta el final de la casa y tenía una puerta de madera castigada con rabia por las inclemencias del tiempo. Al otro lado, por la derecha, seguía el camino de tierra que partía desde la entrada de la verja y que parecía bordear toda la edificación.

La entrada no tenía llave y, como no vi ningún telefonillo, entré en el patio y me dirigí a la puerta principal. Descubrí que allí tampoco había timbre, por lo que di un par de golpes en la puerta para advertir de mi presencia. Los cristales de las ventanas tintinearon.

Pasó un tiempo antes de que pudiese escuchar a alguien arrastrando los pies dentro de la

casa. Al cabo de unos segundos, apareció una cara pálida tras una ventana rectangular, que buscó en el patio hasta que me encontró.

—Hola —dijo en voz alta desde dentro.

—Hola, vengo a ver al padre de Marina —grité como respuesta.

Levantó una mano hacia el cristal y señaló el lado de la casa por el que iba el camino de tierra.

—Tendrá que ir por la puerta lateral —dijo.

Avancé por donde él me señaló, bordeé la casa y pronto me encontré con una puerta secundaria que estaba abierta. El hombre de la ventana me esperaba dentro. Tenía el cabello negro, una barba de varios días y llevaba una camiseta blanca de tirantes.

—Entre —dijo, dándose la vuelta para indicarme el camino a una habitación.

Tuve que abrirme camino entre montones de cajas cubiertas de polvo y diversos enseres viejos que habían sido diseñados en origen para ocupar otro lugar. Encima de ellos y a lo largo de una pared, había un perchero con distintas prendas de ropa. En el colgador más cercano a la puerta se veía una chaqueta corta con capucha de color rosa. Junto a ella estaba el único hueco libre y luego, en el siguiente, otra chaqueta, aunque esta era una parka marrón y se notaba que no había sido lavada en bastante tiempo. La siguiente media docena o más de colgadores tenían una o dos piezas de ropa cada una: gorras, bufandas e incluso una camisa. Estas otras prendas habían estado allí el tiempo suficiente para que las arañas las tomaran como punto de apoyo para sus tejer sus redes.

La cocina era la primera habitación y el aspecto era el mismo del pasillo de entrada. Los platos sucios se amontonaban en la mesa y en el fregadero, en las encimeras había restos de comida y la basura tenía el honor de disponer de varias bolsas, unas cerradas y otras abiertas todavía.

Seguí a mi anfitrión a la siguiente habitación.

Una televisión estaba voceando al fondo. La sala de estar, el salón o lo que pretendiese ser aquello albergaba más trastos apilados. El único camino de paso era un pasillo que conducía a un sofá de una plaza y un par de sillas dirigidas hacia el televisor. Las cortinas estaban cerradas y la única luz que iluminaba la estancia era la imagen parpadeante del aparato. Presté la atención suficiente a la pantalla como para darme cuenta de que estaban emitiendo uno de esos programas de crímenes reales que analizaban todo hasta el último detalle.

A mi espalda, pude ver por qué no usaban la puerta de entrada. Los restos de chatarra de algún aparato, que no pude descifrar qué había sido durante su vida útil, estaban apoyados en ella y llegaban casi hasta la otra puerta.

Toda la vivienda olía como si no hubiera sido ventilada en mucho tiempo y parecía en conjunto el paraíso de un acaparador de trastos inútiles. Eso si uno quisiera burlarse de la palabra

«paraíso».

Nada más llegar a la sala, el hombre de cabello negro se volvió y extendió la mano.

—Me llamo Armando —dijo.

—Lucas Acevedo —le contesté mientras se la apretaba.

Después del saludo, me quedé en la puerta y él avanzó hasta una de las sillas, situada al lado de otro hombre que estaba sentado en el sofá. Este parecía más bajo y más grueso que Armando, con una tripa que estresaba la línea de cintura de unos pantalones de vestir bastante arrugados. Tenía el pelo oscuro en la parte superior de la cabeza, blanco por los lados y peinado hacia atrás. La cara era de gran tamaño, a juego con el volumen del cuerpo, pero en ella se veía una boca y una nariz demasiado pequeñas en proporción al conjunto.

—Hola, señor Acevedo, yo soy Héctor —dijo con voz chillona, a la vez que señalaba con su brazo izquierdo hacia la segunda silla—. Tome asiento.

—No, gracias —dije—. No me quedará mucho tiempo.

De no haberse ayudado por un movimiento de su mano al hablar, dudo que hubiese conseguido entender lo que había dicho y, sin embargo, parecía que ninguno de los dos tenía la intención de apagar o al menos bajar la televisión.

—Acevedo, Acevedo —murmuró Héctor para sí mismo, como su particular modo de preguntarme quien era.

—A mí me dispararon ayer poco después que a Marina —dije—. ¿Es usted el padre?

—Sí, lo soy. Y sí, la policía nos dijo que habían disparado a más personas. ¿A usted también le dispararon? ¿Le han herido?

—No, estoy bien. Supongo que yo tuve más suerte, porque a mí no me alcanzó.

—Yo soy su tío —dijo Armando—. Su madre era mi hermana. Es una desgracia lo que le ha pasado a Marina. Ella es muy buena chica y no se merece que le pasen cosas así. Si viviese mi hermana estaría destrozada.

—Yo también siento lo que le ha pasado a Marina —dije, dándome cuenta al instante de lo patético que sonaba.

—¿Por qué alguien tuvo que hacer algo así? —preguntó Héctor—. ¿Qué sentido tiene ponerse a pegarle tiros a la gente que pasa por la calle? ¿Qué gana alguien con eso?

—Ojalá lo supiera —le dije.

Héctor lo pensó unos segundos, como si esperase una respuesta más concisa, y luego meneó la cabeza en dirección a la televisión. Me pareció que Armando también estaba atento a ella, pero era lo bastante educado como para mantener su cara hacia mí.

Todo me resultó muy deprimente y surrealista, porque en ese momento la televisión emitió un pitido y empezaron a entrevistar a una doctora que se encontraba en un lugar oscuro hablando de unas pruebas de ADN. La habitación se volvió gris como una cueva y lo único que cortaba la

oscuridad era la escasa luz de la pantalla y sus dos caras atrapadas en el escaso brillo que emitía. Me pregunté si alguna vez habrían visto un programa que tratase sobre las personas que sufrían el síndrome de Diógenes.

A pesar de la poca atención que me prestaban, intenté revivir la conversación.

—Vine a decirles que siento mucho lo que le pasó a Marina, pero también para ofrecerme a llevarlos al hospital si lo necesitan. La inspectora Porto me dijo que no tenían coche.

Esperé un rato, hasta que Héctor sacudió la cabeza como si le costase digerir mis palabras.

—¿Qué? Vaya, gracias, señor Acevedo —dijo, volviéndose hacia mi posición—, pero ya nos estamos organizando.

—¿Están seguros de que no quieren que los acerque?

—Sí, no se preocupe usted, pero gracias de todos modos. Cuando necesitamos algo, los vecinos siempre nos echan una mano. Nos han ayudado mucho desde que tuve el accidente. Es por lo que no tengo coche ahora. Llevé todo el golpe en la pierna izquierda, me la aplastaron y me la rompieron por varios sitios. Casi tuvieron que amputármela. Es una suerte tener los vecinos que tenemos, porque me cuesta mucho moverme e incluso hay cosas que no puedo hacer.

—Siento que le haya pasado algo así.

—Hace casi dos años y Marina era la que me cuidaba. La voy a echar mucho de menos.

Entonces se aclaró la pantalla al acabar la entrevista y pasó a otra imagen mucho más luminosa. Armando decidió dar su aportación a la conversación.

—Yo también tenía coche, pero se me rompió y todavía no lo he podido arreglar.

—Por eso se lo digo, de verdad que no me supone una molestia —insistí—. Mañana por la mañana tengo que acercarme al hospital y no me importaría pasar por aquí.

—Entiendo, pero la cuestión es que no sé cómo me sentiré —dijo Héctor—. La pierna, ya sabe. Algunos días me duele tanto que apenas puedo moverme y tengo que atiborrarme de analgésicos si quiero dar unos pasos. Si le parece, me da su teléfono y le llamo yo en caso de que pueda ir.

Le recité mi número y saqué el teléfono móvil para apuntar el suyo en la agenda.

Armando no comentó nada sobre visitar a su sobrina, o tal vez estaba demasiado interesado en lo que se decía en el programa. Y lo que decía era que la muestra de ADN había sido la ruina del malo, como si acaso ese caso pudiese tener otro final. Era evidente que, de haberlo tenido, no hubiese habido programa y el culpable estaría en la calle.

Siempre me ha costado ver esos programas. Las recreaciones de las escenas del crimen están muy alejadas de la realidad, en especial aquellas en las que la víctima ha sido torturada antes de morir. Vi muchas situaciones de esas en el trabajo y acabé convencido de que alguna gente disfruta infligiendo daño. A menudo, el resultado final era que aún se podía ver el dolor en

el rostro del cadáver, como si no tuviesen más remedio que llevárselo consigo al más allá y los fuese a acompañar durante toda la eternidad. Sin lugar a dudas, de ninguna manera una recreación podría ser lo bastante realista.

Mientras yo razonaba esto para mí, reparé en que empezaba a sentir claustrofobia en aquella habitación oscura y desordenada, y el recuerdo de mis días en activo solo hacía empeorar las cosas. Había llegado para reconfortarlos un poco con mi visita, pero sospechaba que tanto el padre como el tío encontraban más consuelo en el canal que estaban viendo.

Decidí salir de allí antes de que acabase aquel capítulo, porque eso significaría que habría anuncios antes del siguiente y era probable que retomasen la conversación.

—Héctor, Armando, ya me voy a ir. Entonces quedamos así para visitar a Marina.

—Gracias —dijo Héctor, mientras me daba una rápida mirada de reojo.

Armando ni siquiera volteó la cabeza, seguía pendiente de cómo habían rehecho su vida las víctimas de aquel caso.

Aproveché el momento para correr hacia la puerta y volverme a conectar a la vida normal.

Dejé atrás Sárdoma como quien huye de una zona de guerra y tomé rumbo a mi apartamento sin perder tiempo. Tenía ganas de dar por finalizado un día que no había cumplido en absoluto las expectativas con las que lo había iniciado. Las cosas no solo no habían mejorado, sino que sentía que podían empeorar en cualquier momento.

Cuando llegué a mi ático, me di cuenta de que me sentía demasiado triste como para abrir una cerveza y esa podría ser la definición perfecta de mi estado emocional. Una niña paralítica, y la única familia que tenía respiraba al son de una pantalla de televisión.

Me quité la ropa, me dejé caer en el sofá y eché una mirada a mi alrededor. Por un instante, me sentí orgulloso de mí mismo. Pese a que mi apartamento no era un prodigio de orden ni de limpieza, si lo comparaba con el lugar donde vivían los familiares de Marina, parecía una mansión aristocrática.

Sin embargo, eso no fue suficiente para elevarme el ánimo. Así que me levanté, fui a la habitación y me dejé caer sobre la cama con la intención de dormir. Todavía no había conciliado el sueño, cuando Edward apareció por la claraboya y vino directo a acurrucarse a mi lado, como si quisiera solidarizarse con mi tristeza. Le hice una caricia en la cabeza y lo apreté contra mí. Él no opuso resistencia.

En algún lado había leído que los gatos absorben las malas vibraciones en las personas y pensé que, de ser eso cierto, aquella noche le quedaba un arduo trabajo por delante.

Capítulo 7

La mañana siguiente me desperté en la misma posición que me había acostado y con Edward a mi lado ejerciendo a conciencia su labor gatuna.

Una vez levantado, le eché comida y agua fresca, y me dejé caer en el sofá. Durante unos minutos me quedé mirando cómo comía y pensando en los pasos que quería dar aquel día. En un principio, consideré descolgar el teléfono y llamar a la inspectora Porto para ver cómo iba la investigación, pero enseguida comencé a enumerar las razones por las que no debería hacerlo, que se resumían en dos.

Número uno, Silvia era sin duda una mujer muy ocupada, puesto que dos tercios de la población de Vigo habrían delegado en los periodistas el cometido de llamarla a todas horas para saber cuándo se haría una detención, mientras que el otro tercio se conformaba con insultarla en privado por su incompetencia.

Número dos, ¿qué diferencia habría entre llamarla o no hacerlo? Molestarla no iba a resucitar a Germán y tampoco conseguiría que Marina se levantase de la cama y saliese a correr.

Después tuve un momento extraño en el que pensé que todo eso era terrible, pero que al fin y al cabo no era culpa mía. A mí también me habían disparado y, si me había librado de aquellas balas, había sido solo por mi instinto y mis reflejos. Pronto la policía encontraría al responsable y acabaría la historia.

Me ilusioné. Durante un par de segundos, me ilusioné, lo reconozco, pero enseguida volví a la cruda realidad de nuevo.

Tenía que haber algo escondido en mi difusa mente sobre alguno de los enemigos que había hecho cuando estaba en la UDYCO. Y para encontrar el dato clave sí necesitaba abrir una cerveza fría.

Estaba a punto de ir a la nevera a buscarla cuando sonó el teléfono. El identificador de llamadas me chivó que era mi amigo Tomás.

—Tomás, ¿cómo estás? ¿Pasó algo?

—No, he estado pensando —dijo.

—No me fastidies, ¿no tienes nada mejor que hacer que darle vueltas a la cabeza?

—¿Ya sabes quién lo hizo? ¿Has encontrado a alguien en tu pasado?

Pensé que era justo lo que necesitaba escuchar, por si acaso se me había olvidado.

—No. Por más que busco no acierto con la persona que encaje en el perfil que necesitamos. Estaba en ello ahora, tratando de recordar.

—¿Has vuelto a hablar con la policía?

—No, no he vuelto a hablar con ella.

Él se tomó un segundo.

—No es culpa tuya —se arrancó luego—, ya te lo dije aquí y te lo repito ahora. No importa por qué sucedió, no es tu culpa.

No respondí.

—¿Por qué te quedas en silencio? —preguntó al cabo de un rato.

Todavía tardé en contestar.

—Porque no tengo nada que decir.

Otra pausa, esta vez de su parte.

—Escucha, en caso de que averigües quién fue, no vas a ir a buscarlo tú solo, ¿verdad?

—No, pero eso no evita que tenga que pensar en quién pudo ser. Quizá deba hacer algunas llamadas, recordar algunos casos y luego avisar a la policía de cualquier cosa que se me ocurra. Además, me lo han pedido expresamente.

—Cuando lo sepas, avisarás a la policía, ¿verdad?

—Sí, descuida.

—No tengo claro que eso sea propio de ti —dijo—. Ahora escúchame, siempre te estaré agradecido por lo que hiciste en Fonsagrada, pero recuerdo que cuando descubriste quién era, lo perseguiste tú solo antes de que llegase la policía y casi te matan.

—Ya lo hemos hablado, no era tan fácil. Mandé que avisasen a la Guardia Civil. Además, podría haberse escapado.

—O quizá quisieras dispararle tú primero.

—Eso no es cierto, solo quería evitar que huyera. Esperaba que llegase la Guardia Civil de un momento a otro.

—No me gusta que vayas por ahí enfrentándote tú solo a asesinos armados, Lucas.

Cuando no respondí, él continuó.

—Sé que no te gustan estas cosas y mucho menos quién las comete. Pero creo que te dices a ti mismo que solo estás manteniendo ocupado al asesino hasta que llegue la policía, pero lo que estás haciendo es impartir justicia por ti mismo. Quieres que sepan que fuiste tú quien no les permitió que se salieran con la suya. Te conozco, Lucas, tienes alma de héroe. El problema es que, si te empeñas en tentar a la suerte, un día te acabarán matando.

Pensé que era hora de decir algo.

—Tomás, yo era un policía y, si me lo permites, era uno bueno. Sí, he estado en muchos lugares poco recomendables si quieres seguir vivo y sí, he mirado a los ojos a muchos asesinos que son capaces de matar todos los días antes incluso de desayunar y, por supuesto, también siempre me he defendido sin miramientos cuando lo he necesitado. Pero nunca busco pelea, de la misma manera que no huyo de ninguna que me busque a mí.

—Nunca antes te había escuchado admitir nada de eso —dijo—, y nunca te he escuchado hablar con ese tono de voz. Esto te ha afectado de manera especial y veo que he dado en el blanco, ¿verdad?

—Vete a la mierda.

—O sea, sí.

—Si quieres decir que no me gusta que gente inocente salga afectada por estar cerca de mí, entonces sí, claro que me ha afectado. Soy humano, joder. Parece que no me entiendes.

—No, no, te entiendo, créeme, pero lo que te estoy diciendo es que si se te ocurre quién pudo ser o sospechas de alguien, debes avisar a la policía y dejar que ellos se encarguen. Eras bueno y no dudo de que sigues en plena forma, pero todo el mundo acaba dando un paso en falso. Ya me han pegado un tiro y no quiero perder también a un amigo en esto, ¿me entiendes?

—No tengo pensado hacer nada más que esperar a que la policía ponga fin a este asunto, pero necesitan un nombre y ese nombre lo tengo yo, aunque todavía no lo haya encontrado.

Otra de las pausas de Tomás. Nunca sabía con certeza lo que significaban, pero tendían a irritarme.

—Está bien —dijo al fin—. Te creo.

—Vaya, por fin. En cualquier caso, tampoco podemos descartar que fuese un loco desgraciado tratando de hacer que los demás sean aún más desgraciados.

—Esperemos que sea así, por triste que resulte —murmuró—. Pero recuerda, no te metas en líos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, amigo.

Colgué a Tomás y valoré abrir esa cerveza, pero preferí ducharme y bajar a la cafetería a desayunar, pensando que eso podría animarme. Todavía no me habían servido el café y la napolitana de chocolate cuando vi en el periódico del día que esa mañana entregarían el cuerpo de Germán a la familia y que se velaría el cadáver en el tanatorio Emorvisa, en la Avenida de Castrelos.

Apenas un par de horas más tarde estaba entrando en el aparcamiento, situado un poco más arriba del complejo funerario, en la subida a Clara Campoamor. La aglomeración de personas a la entrada del lugar habilitado para los velatorios hacía presagiar que ya habían traído el cadáver.

Me abrí paso entre la gente para llegar hasta la sala correspondiente y el panorama que me encontré fue desolador. En el sofá reservado para la familia descansaba una mujer de avanzada edad que a duras penas sabía dónde estaba y dudo que pudiera mantenerse recta de no estar flanqueada por un hombre y una mujer mucho más jóvenes.

Pensé que si darles el pésame a los familiares de Marina un par de horas antes se me había hecho muy cuesta arriba, en esta ocasión no me iba a resultar más sencillo.

Después de acercarme a ellos y presentarme, la mujer más joven salió conmigo a la zona

común.

—Me alegro mucho que usted haya salido ileso —dijo en cuanto encontramos un espacio que contase con un mínimo de discreción—. Esto ha sido una desgracia para todos.

—Quiero que le exprese mi pésame a la viuda. Es a lo que he venido.

—Descuide, lo haré, pero dentro de unos días, porque hoy ya ve cómo está —dijo señalando hacia la mujer de más edad, aunque no pudiésemos verla desde nuestra posición—. Hemos tenido que darle ya dos calmantes, porque no deja de llorar y llamar a mi padre. No sé, dudo que sepa continuar su vida sin él, porque siempre habían estado juntos. Eran inseparables.

—Supongo que se llevaban muy bien. Mis abuelos eran así y es muy duro para el que se queda.

Ella asintió con la cabeza.

—Mis padres parecían un par de cascarrabias que refunfuñaban a todas horas, pero en el fondo era solo en apariencia, porque la verdad es que se adoraban y no podían estar el uno sin el otro.

En ese momento, no supe qué decir o quizá no había ninguna frase en nuestro idioma que pudiese aportar un poco de consuelo a aquella familia.

—Siento mucho lo que le ha pasado a su padre y, si necesita algo, no deje de llamarme —acerté a balbucear al final, mientras le apuntaba mi número de teléfono.

Ella lo cogió sin abandonar la sonrisa tierna que había puesto antes y buscó en el bolso una tarjeta.

—Este es mi teléfono y mi dirección —me indicó mientras me la ofrecía—, y le digo lo mismo, si necesita algo, llámeme. Comprendo que esto es muy duro para todos y muchas veces los primeros no son los peores.

Me fijé en que los datos pertenecían a un despacho de psicología y rezaban un nombre, Olga Rodríguez.

—Lo haré, descuide —dije a modo de deferencia.

—Le agradezco la visita y espero que su amigo se recupere lo más pronto posible —añadió al final, a modo de despedida.

Salí del tanatorio sin preocuparme por la multitud y volví al ático con el deseo de destapar la primera cerveza cuanto antes. Me lo había dicho la inspectora Porto el día anterior, no existían otros objetivos evidentes, pero supongo que en el fondo necesitaba asegurarme por mí mismo. Después de las dos visitas del día, lo único que podía sacar en claro era que la familia de Marina no eran más que un par de pobres desgraciados que no tenían donde caerse muertos. Vivían de manera miserable, con un avanzado síndrome de Diógenes y en medio de una particular realidad marcada por su evidente adicción a la televisión. Por su parte, Amelia y Germán conformaban la típica pareja de ancianos cascarrabias, pero que a duras penas podían vivir separados, y no

habían hecho otra cosa a lo largo de su vida que criar a una hija para que alcanzase su sueño de ser psicóloga.

Pensé que ya había llegado la hora para ponerme a completar la lista que había empezado el día anterior. Y también que ya tendría tiempo de autocompadecerme cuando hubiese encontrado al culpable. O, mejor dicho, cuando la policía lo detuviese y Tomás pudiese ejercer como acusación, porque a diferencia de lo que él creía, no tenía ninguna intención de actuar por mi cuenta.

Seguí hurgando en mis días en la UDYCO y destapando cervezas lo que quedaba del día y buena parte de la noche. Ni siquiera Edward quiso acompañarme y salió por la claraboya antes de que pudiese empezar a beber la segunda, como si pensase que su simple presencia suponía una molestia en mi necesaria concentración.

El resultado de mis esfuerzos por recordar los días más escabrosos de mi profesión fue una lista bastante larga y, tengo que admitirlo, bastante aterradora.

Más allá de los que habían acabado bajo tierra, estaban otros muchos a los que no era recomendable perderles la pista. Algunos estaban cumpliendo su penitencia en prisión y no me preocupaban en exceso, pero otros habían logrado escabullirse y, por lo que sabía, seguían escondidos. Apostaba a que unos cuantos todavía se encontraban en México y, los demás, dispersos por distintos países de Sudamérica. Estos últimos eran los que en verdad me preocupaban. Había zonas en las que conseguir sicarios que no estuviesen quemados en España resultaba fácil y hasta muy barato. Les daban los datos, un puñado de dólares para el billete de avión, otro montoncito como agradecimiento y una propina para que hiciesen el trabajo fácil y limpio. Me preguntaba si alguno de ellos, quizá con poca experiencia, había entendido mal lo de la limpieza en la ejecución del encargo y, en vez de tratar de no ensuciar nada, lo que hizo fue llenar de mierda todo para que nadie supiese quién era el objetivo real.

Bien entrada la madrugada, me tiré sobre la cama todavía vestido y me quedé dormido entre recuerdos de caras aterradoras y sangre a borbotones, de hombres despiadados que disfrutaban torturando y asesinando a quien les diera la más mínima razón o se cruzase en su camino.

Quizá, matando a un pobre anciano y dejando inválida a una niña inocente.

Capítulo 8

El día siguiente, viernes, vino con dos sorpresas bajo el brazo. Y no solo porque no esperaba en modo alguno cualquiera de las dos, sino porque ambas en un mismo día casi rozaban lo imposible. Sin embargo, la vida a veces se concede licencias que en una novela dejarían al autor como un vulgar aficionado a la improvisación.

Eran alrededor de las once de la mañana cuando sonó el timbre del ático por primera vez.

Al abrir, detrás de la puerta me esperaba la primera de las grandes sorpresas de aquel día. Guillermo Parrado, mi jefe de la UDYCO, había venido a visitarme desde su oficina en Madrid.

Fue una sorpresa, una enorme, porque lo normal era que estuviese sentado en un despacho decorado con frialdad dentro de un edificio de piedra igual de aséptico. De vez en cuando, se aventuraba a hacer acto de presencia en el campo de batalla al final de una operación, más que nada para poder decir que había estado allí, pero era poco dado a celebrar reuniones en feudo ajeno.

En general, Parrado era un hombre bastante agradable que, la mayoría de las veces, se esforzaba por ser justo. El problema, en mi caso, era que lo justo solía ser algo secundario, porque no siempre me servía para mantenerme con vida, y que tratase de juzgar de una manera objetiva las reacciones instintivas de una persona que se está jugando la vida, sin ni siquiera abandonar su escritorio lujoso, solía desdibujar en gran medida la evaluación que hacía sobre los acontecimientos.

Decir que aquella visita fue sorpresiva sería quedarse corto en la valoración.

—Hola, Lucas —dijo en cuanto abrí la puerta—. ¿Cómo estás?

Tuve que activar mis cuerdas vocales paralizadas por la sorpresa para responder.

—Bien, bien.

Habían pasado más de tres largos años desde nuestra última conversación. Su voz me recordó la parte principal como si fuera ayer:

—Lucas —había dicho Parrado—, tienes un problema con el autocontrol. Te metes en las situaciones, las apuras al máximo y luego decides ser fiscal y juez a la vez. Puedes ser frío y calculador y, cuando atacas, no tienes freno. ¿Qué te pasa, hombre, no tienes conciencia?

Esa acusación me molestó en gran medida.

—Prefiero estar consciente que tener conciencia —contesté casi con un grito.

La conversación fue cuesta abajo desde ese punto y, tras esa charla, llegamos a un acuerdo tácito para que comenzara mi período de descanso. Tácito, porque yo me metí en la morada

cochambrosa que tenía como hogar en aquel momento y él me arregló los papeles para una excedencia voluntaria. Supongo que pensó que había sido demasiado contundente en mi última actuación y también influyó el hecho de que, al actuar de aquella manera, hice saltar por los aires mi disfraz de aspirante a narco gallego.

He de decir que Parrado y los que estaban por encima de él no simpatizaban en exceso con mis métodos y no sé hasta qué punto les importó que uno de los dos narcos me hubiera clavado varias veces su cuchillo en la garganta y amenazado una y otra vez con cortarme la yugular si no le daba la información que quería. Tampoco que su compañero se hubiera divertido a conciencia con la lengua de un niño inocente delante de mis narices. Pensaron que los palazos con los que acabé con la vida de los dos debían haberse detenido cuando ya estaban desarmados y sometidos. Tal vez debería haberlo hecho. Sin embargo, la ira que había acumulado mientras estaba atado y a merced del sadismo de aquellos monstruos propició que mi cerebro se negase a pisar el freno.

Pero la cuestión era que tres años después estaba frente a mi puerta, vistiendo un traje elegante y adornado con una bonita corbata que no resultaba demasiado escandalosa. Medía cerca de dos metros y seguía teniendo el cabello oscuro y peinado hacia atrás, aunque se había vuelto algo más blanco alrededor de las orejas desde la última vez que lo vi.

—Veo que te han sentado bien estos años de descanso —continuó diciendo—. Estaban limpiando el portal y subí confiado en que estarías en casa.

—Yo también te veo como siempre.

Era obvio que habido venido para hablar conmigo y la puerta no era el mejor sitio para hacerlo.

—Pasa —dije al final.

Le hice un gesto para guiarlo hacia la pequeña mesa de la cocina y las dos sillas que estaban alrededor. Tenía la sensación de que los sofás del salón no eran el lugar apropiado para la conversación que íbamos a tener.

—Tengo Coca Cola y cerveza —dije—. ¿Qué veneno prefieres, alcohol o azúcar?

—Coca Cola, gracias.

Yo también cogí una para mí, aunque no sabría explicar muy bien por qué.

—Supongo que sigues siendo un solitario huraño y desordenado, ¿verdad, Lucas? —dijo después de echar un vistazo alrededor mientras abría la pestaña de la lata de refresco.

—¿Se nota mucho?

—Lo suficiente.

—Cuando vives solo no siempre tienes ganas de limpiar y ordenar.

—Deberías probar el matrimonio, tiene sus ventajas. Fíjate en mí, ya voy por la tercera ronda.

—Parrado, nuestro oficio no es de gran ayuda para tener una pareja, ni siquiera para poder

empezar una relación. Muchos viajes, mucha presión y demasiadas horas muertas en lugares poco recomendables. Aunque ahora que estoy fuera quizá debería intentarlo. Me imagino que todavía quedará alguna mujer en el mundo que quiera aguantarme y esté dispuesta a correr el riesgo de vivir a mi lado.

Con esa última frase solo pretendía hacer una pequeña concesión al sarcasmo, pero de alguna manera la entendió como una invitación a encauzar la conversación hacia donde él quería.

—Eso, por descontado —dijo Parrado al instante—. Necesitarías una con mucha paciencia y también con muy poco amor por la vida, porque, por lo que sé, has estado muy ocupado estos años.

—Es posible.

—Recuerdo una llamada hace dos años y medio más o menos de un inspector de aquí de Vigo. Me dijo que estaba revisando tus antecedentes, porque te encontrabas en medio de un caso que él llevaba, y quería contrastar la información que había encontrado sobre ti. Era algo sobre una mujer agredida. Más tarde me enteré de que hubo varios asesinatos los días siguientes. ¿Cómo fue aquello?

—Vamos, hombre, ¿para qué me lo preguntas? Estoy seguro de que ya lo sabes. Después de todo, no estoy despedido, solo en excedencia, si no recuerdo mal.

Él asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Tienes razón, seguí el caso hasta el final —dijo sin abandonar la sonrisa—. Un poco más y solo quedas tú con vida en la ciudad.

Asentí, sin encontrar nada que pudiera decir.

Él tomó un sorbo de Coca Cola antes de continuar.

—Luego, poco después, escuché que mientras comprobabas el fallecimiento de la abuela de un amigo, también acabaron muriendo unas cuantas personas.

—Tú lo dijiste, he estado ocupado, pero no por elección propia.

—Aun así, es mucho caos para un tipo que ya no está en la policía. Tú tienes ese don, Lucas, sabes encontrar problemas en cualquier esquina y en el momento menos esperado, y cuando te ves en medio de ellos, es tu determinación la que te guía, sin perder el tiempo mirando a los lados. Quieres llevar a cabo un trabajo minucioso y hacer bien las cosas, no lo dudo, y eso es lo que te hace ser un agente con algo especial, pero el problema es que tu afición por apilar cadáveres a veces es difícil de explicar.

—Ya pasamos por esto antes y no creo que hayas venido hasta aquí solo para retomar nuestras conversaciones.

Tomó otro trago del refresco y esperó a dejarlo sobre la mesa para continuar hablando.

—Tienes razón. Pero me pregunto por qué te han disparado esta vez. También me he enterado de esto, porque me han llamado ayer mismo de la comisaría de Vigo.

Me encogí de hombros y traté de defenderme.

—Estaba en el lugar equivocado en el momento menos oportuno, no puedes culparme en este caso. La policía cree que pudo ser un loco, porque disparó a varias personas y yo solo fui una más que estaba por la zona.

—Una bonita explicación.

—Vamos a ver, pero, ¿a qué viene esto? Joder, Parrado, soy yo. No es de extrañar. Ya sabes, vivo aquí, y si alguien dispara un arma en algunos kilómetros a la redonda, seguro que estoy cerca.

Entrecerró los ojos, como si estuviera pensando en decir algo más sobre mi fatalismo vital, pero solo dejó escapar una suave corriente de aire por la boca, acompañada de una auténtica bomba de relojería.

—Lucas, ¿estás listo para volver a la UDYCO?

No me lo esperaba. Juro que ni siquiera lo sospechaba y creo que me quedé paralizado unos segundos y sin saber qué decir. No podría asegurar cuántos, pero sí que me costó un mundo poder volver a articular una palabra.

—No lo sé —respondí con la voz más firme que fui capaz de usar—. ¿De verdad me estás pidiendo que vuelva?

—Tal vez.

—No sé si se puede considerar eso como un gran respaldo.

—Lo he estado pensando mucho, he hablado con las personas que tienen que darte el visto bueno y todos estamos de acuerdo en que este puede ser el momento idóneo para que regreses. Eso, claro está, si tú ya te sientes preparado para hacerlo.

—¿Por qué?

—Te lo dije antes, eres un muy buen policía y en la UDYCO necesitamos a los mejores. Además, como te dije antes, has estado ocupado, por lo que no creo que estés desentrenado. Lo que sí quiero dejarte claro es que, si decides regresar, has de asumir que algunas cosas deben cambiar y tendrías que hacer un mayor esfuerzo por controlarte. Hay reglas que son de cumplimiento obligado y existen límites sobre cómo tratar a los sospechosos, que nunca se pueden sobrepasar. Ni siquiera tú.

—Quieres decir que tengo que concederles más oportunidades para matarme.

—No es eso lo que he dicho.

—Sí, sí es eso.

—Lucas, hablar así no nos va a llevar a ninguna parte.

—Nos lleva a la verdad, Parrado —le dije—. Si dudas cuando trabajas encubierto, das ocasión a que te maten. Tú lo sabes, yo lo sé y la basura que está en la calle y que está deseando cortar por la mitad a cualquier policía, también lo sabe. Entender eso es fundamental para seguir

vivo. Nunca he matado a una persona a sangre fría. Jamás. Solo disparo en defensa propia o, en determinadas ocasiones, cuando hay riesgo de fuga de un criminal.

Parrado me miró y acarició de su barbilla.

—No te ves teniendo problemas de control, ¿verdad? —preguntó.

—No.

—Tu última actuación en el cobertizo de Enrique, digamos que la analizamos.

—¿Otra vez?

—Sí, ya que fue la actuación que derivó en tu excedencia.

Eso me hizo dejar mi refresco sobre la mesa para cruzar los brazos delante del pecho y recostarme en la silla.

—Los dos te tenían atado en una silla —decía Parrado—, pero te las arreglaste para liberarte y...

—Después de usar mi propia sangre para conseguir que las bridas se deslizasen mejor por mis muñecas —lo corté.

—Es cierto, pero la cuestión es que te liberaste. Y después de un palazo contundente a cada uno, podías atarlos y retenerlos, pero en lugar de eso seguiste hasta que acabaste con la vida de los dos. Incluso podías haberte detenido en cuanto estuviesen inconscientes, pero no lo hiciste. Los golpeaste hasta que no se podían reconocer, o hasta que llegaron los compañeros y te pararon. Uno murió allí mismo y el otro, camino del hospital. Sé que fue una situación horrible, pero para hacer eso tuviste que perder el control y has de entender que eso no lo podemos permitir.

—¿Alguna vez has visto a un hombre cortar la lengua a un niño con una tijera de podar oxidada, Parrado? ¿Alguna vez te han clavado un cuchillo en el cuello varias veces sin tocarte ningún vaso principal, pero amenazando con hacerlo todo el rato?

Su rostro adoptó una expresión triste, o tal vez cansada.

—No —dijo—, sabes que no.

—Estoy seguro de que Ernesto estaría más que dispuesto a contarte cómo se vive esa experiencia, porque él también estaba allí y la vivió como yo. El problema es que pensasteis que solo era una rata más y no quisisteis escucharlo. Y no, no se puede entender lo que ocurre en la calle desde unos sillones lo más cómodos posible y sin apearse de ellos. Hay que bajar al fango para saber qué se cuece ahí fuera y no valorar las situaciones y tomar decisiones como si estuvieseis jugando una partida de un videojuego.

—No estoy diciendo que la situación no fuese fea. Aun así, tú eras un policía y tenías que haberte comportado como tal.

—¿Ser policía me exige aceptar esto como normal? —le pregunté, inclinando la cabeza para mostrar las cicatrices que me había dejado el cuchillo de aquel malnacido.

Se fijó en mis ojos mientras tenía la cabeza ladeada. Me pareció que iba a decir algo más sobre lo sucedido aquel día, pero luego cambió de opinión.

—No fue la única vez que excediste más de lo necesario, Lucas —dijo en cambio.

—¿No me digas? ¿Hay más mierda que quieras echarme? —respondí de manera instintiva y levantando la voz en cierto modo.

Entonces Parrado se quedó callado, mirándome a los ojos. Era evidente que no había venido a discutir y no estaba dispuesto a dejarse arrastrar por el intercambio de opiniones. Hasta entonces, yo no me había enfadado en ningún momento, o al menos no donde se podía escuchar en mi voz, por lo que toda la conversación la habíamos mantenido en una voz baja y tamizada. Supongo que fue así porque los dos ya estábamos cansados de darle vueltas a un tema demasiado manoseado.

O tal vez porque sabíamos que, en el fondo, los dos teníamos nuestra cuota de razón.

—Te propongo una cosa, Lucas —dijo al fin—, no hablemos más del pasado. Lo hecho, hecho está. No vamos revivir a los muertos y tú, con razón o sin ella, también has pagado tu penitencia con estos años fuera del servicio. Así que, ¿por qué no te centras en pensar en la oferta que te he hecho? No tienes que darme una respuesta ahora. Piénsalo el tiempo que necesites y luego me llamas. Estoy seguro de que aún conservas mi número.

—Sí, todavía lo tengo —dije, atenuando aún más la voz.

Eso le sacó una pequeña sonrisa. Luego se levantó y se encaminó hacia la puerta. Yo aún tardé unos segundos en seguirle, pero él me esperó con el pomo en la mano para despedirse.

—Lo dicho, Lucas, seguimos en contacto —dijo en cuanto llegué a su altura.

Nada más marcharse, volví a la cocina y abrí una cerveza. Tenía mucho en qué pensar, pero antes de nada debía tranquilizarme. Sí, Parrado había venido desde Madrid en persona para ofrecerme el reingreso en la UDYCO, pero con condiciones. Y esas condiciones incluían, entre otras cosas, que tuviera que actuar con el freno de mano echado, lo que también implicaba que tendría que poner mi vida más en peligro de lo que ya solía hacerlo.

Por un momento, sentí cómo crecía un enfado irrefrenable dentro de mí.

Apuré la cerveza, volví al frigorífico a buscar otra y me dirigí al salón con ella. Sobre el sofá esperaba el folio con la lista de sospechosos y eso me trajo a la cabeza el recuerdo de Germán, Marina y Tomás. Se suponía que en algún momento tendría que llamar a Parrado para darle una respuesta, pero hasta entonces, esa lista debía ser mi prioridad. Además, no tenía dudas de que, si se había tomado la molestia de venir en persona hasta Mondariz, tampoco tendría demasiado inconveniente en esperar un poco por mi respuesta.

Capítulo 9

No puedo decir que avanzase mucho en los recuerdos a partir de entonces, pero ya entrada la tarde sonó el telefonillo del portal y, con él, llegó la segunda gran sorpresa del día. Tan grande que incluso fue mayor que la visita de por la mañana. Ramón Calvo, uno de mis primeros compañeros en la policía, no solo había conseguido saber dónde vivía, sino que se presentaba en persona en mi ático.

—Madre mía, Lucas, cuánto tiempo —dijo a modo de saludo en cuanto me vio.

Ramón trabajaba en la comisaría de Cádiz, el primer destino que tuve cuando salí de la Academia. Era un hombre discreto y eficiente que, de no ser por sus logros, mucha gente pensaría que ni siquiera ejercía de policía. Medía sobre el uno ochenta, era un poco mayor que yo y lo recordaba con unas canas incipientes. Casi veinte años después, lucía un llamativo pelo plateado en su totalidad.

—Pasa —le dije, a la vez que le indicaba el camino de la sala—. ¿Qué haces aquí? ¿Ya no estás en Cádiz?

—Sí, sigo allí, aunque ahora soy comisario.

Pensé que el tiempo pasaba para todos. Yo había tomado el camino de la UDYCO en la primera convocatoria que se presentó y él, después de pensarse varios días si acompañarme, decidió seguir en la comisaría picando piedra. Se ve que acabó por romperla a lo grande.

—Enhorabuena —dije, mientras nos sentábamos en el sofá—, eso es una gran noticia. No se me ocurre otra cosa que decirte. De verdad me alegro que hayas conseguido llegar a comisario.

Y era cierto, me alegraba de manera sincera por su ascenso, porque si había alguien íntegro y que ayudase a todos los compañeros, ese era Ramón. Una de esas personas en la que siempre podías confiar y nunca te cobraba los favores. No dudaba de su buen hacer en el nuevo puesto.

—Hace tres años que estoy al frente de la comisaría —explicó—. Pero ya sabes cómo va esto, mejor sueldo, pero mucha más presión. No te niego que a veces añoro los tiempos de inspector.

Los dos dejamos escapar una leve sonrisa y me di cuenta de que ni siquiera lo había invitado a tomar algo.

—¿Coca Cola o cerveza? —dije, levantándome de mi sitio—. Lo siento, pero no tengo otra cosa.

—Una cerveza está bien. Y si es Estrella Galicia, mejor.

—Claro, 1906. ¿O acaso dudas de mi buen gusto?

Me dirigí a la cocina, mientras él esperaba en la sala.

—¿Pedir cerveza significa que es una visita de cortesía? —pregunté hacia mi espalda.

—No exactamente.

—Pues cuando regrese con las bebidas me tendrás que explicar con detalle por qué has venido a verme y cómo me has encontrado. Me corroe la curiosidad.

Tomé dos cervezas de la nevera y regresé a la sala.

Ramón me esperaba sentado, con las piernas en paralelo y el brazo en alto para recibir la bebida. En cuanto tomó un sorbo, la dejó sobre la mesa y cruzó las piernas.

—Te vi en la televisión cuando lo del tiroteo —dijo—. Lo pensé esa noche y, al día siguiente, llamé a la comisaría de Vigo y me dieron tu dirección y me explicaron que vivías solo y estabas de excedencia. Decidí que era una buena idea hacerte una visita.

—Como te imaginarás, estos días han sido algo movidos. El desgraciado se cargó a un hombre e hirió a otras dos personas. Tuve suerte de salir ileso.

Volvió a coger la cerveza, le dio otro trago y la dejó de nuevo en la mesa. Aún se tomó un tiempo en volver a hablar. Si como decía, había un motivo para cruzar el país y visitarme, no se me ocurría cuál podía ser.

—Lucas, voy a ir al grano —dijo al fin—. He venido para informarte de algo. Tal vez no tenga que ver con nada o quizá sí, pero en cualquier caso creo que tienes que saberlo, porque deduzco que puedes no estar al tanto si estás retirado. Edgar Santana ha salido de prisión y, por lo que sé, está regentando un club de alterne entre Vigo y Pontevedra desde hace un par de meses.

Eso me estremeció, algo que no es fácil de conseguir.

—¿Qué? ¿Cómo lo han dejado en libertad tan pronto?

—Cumplió la condena y, por alguna razón, decidió venirse hasta esta zona para hacer lo único que sabe, regentar un puticlub —dijo—. Mierda, le seguí la pista en todo momento y no me pareció nada sospechoso, pero no tenía ni idea de que tú estuvieses aquí. Te hacía en la UDYCO en Madrid.

—¿No lo habían condenado a más años?

—Sí, al principio, pero apeló la sentencia todo lo que pudo y al final consiguió una reducción. Hará unos seis o siete meses que está en la calle.

Había asistido en persona al juicio de Edgar Santana, que se resolvió con la condena máxima por tráfico de drogas, pero lo cierto era que el período para apelaciones posteriores había coincidido con mi ingreso en la UDYCO y no me preocupé de ello, dando por hecho que no le reducirían la condena.

—¿Y también está haciendo horas extras en este negocio? —pregunté.

—No tengo ni idea. No es mi jurisdicción y no me voy a meter en casa ajena. Además, ya sabes que él no suele hacer ruido donde está. De todos modos, no hay nada por lo que se le pueda hostigar, porque ya ha cumplido el tiempo y en el negocio actual no levanta sospechas. Pero lo dicho, los dos somos conscientes de que es un experto en conseguir que su mano izquierda no sepa lo que hace su mano derecha.

—Santana era un psicópata —dije con los dientes apretados—. Tendría que pudrirse en la cárcel.

—Estoy de acuerdo contigo, pero así es la vida. A los psicópatas también les llega la hora de salir de la cárcel.

Sí, Edgar Santana era especialista en poner cara de niño bueno que nunca había roto un plato. Una cosa era segura, a él le gustaban las mujeres y cualquier negocio que surgiese en su cabeza pasaba por contar con ellas, aunque no fuese en la mejor de las versiones. Todo lo que sabía era que en Cádiz tenía un negocio de prostitución que le aportaba buenos ingresos legales y otro paralelo de tráfico de drogas, a la sombra del club, por el que ingresaba aún más dinero de manera ilegal. Eso le permitió contar en todo momento con los mejores abogados. Era arrogante, cruel y sin escrúpulos, y todo aquel que se interponía en su camino lo lamentaba. Tal vez se vio en el espejo como un pequeño padrino de nombre canario en vez de italiano y acabó por creerse esa imagen. Había venido de las islas para hacer negocios en la península y tenía el mérito de situarse en un equilibrio perfecto entre la discreción y la eficiencia, por lo que desenmascararlo no era tarea sencilla y detenerlo con las pruebas necesarias, aún menos.

En pocas palabras, era basura de categoría especial y yo siempre he detestado a la basura.

—Veinte años para volver a verte y te presentas como el portador de las mejores noticias —le dije a Ramón en tono sarcástico.

—Lo sé, y lo siento, pero pensé que tenías que saberlo. Edgar sentía verdadero odio por ti y no tengo dudas de que aún lo conserva. Lo que no sé es si sigue con él a flor de piel o lo ha ido enterrando con el tiempo.

Dejó así la frase, con la duda flotando en el aire. Reuní mis pensamientos, los dejé esperando en una esquina del cerebro y lo miré con cara de complicidad.

—Podrías haberme llamado para decirme esto —le dije.

—Cierto, pero creí que era mejor hacerlo en persona. Además, tenía ganas de verte.

—Te lo agradezco.

—¿Has vuelto a saber algo de Andrea?

—No, y dudo que haya elegido esta zona para seguir con su vida. No tenía acento gallego y ya sería mala suerte que también hubiera acabado en esta zona.

Utilizó la cerveza de nuevo para buscar las palabras adecuadas, tomando un largo trago antes de dejar caer el líquido hasta el fondo de la botella y volver a ponerla en la mesa.

—Lo más importante que debes recordar en este momento es mantener a Edgar de forma permanente en tu cabeza —dijo entonces—. No creo que sea lo bastante estúpido como para hacer alguna tontería que lo lleve de nuevo a la cárcel, pero en cualquier caso ten cuidado. Su aversión hacia ti iba mucho más allá de lo normal. No sé qué coño le hiciste, pero te odia más de lo que alguien pudiera pensar que una persona es capaz de llegar a odiar a otra.

—Conseguí que lo arrestasen. ¿Te parece poco?

—No me cuentes historias. En su arresto también participé yo y más policías y no se acuerda de ninguno.

—Pero fui yo al que vio primero y quizá no se esperaba que consiguiese meterlo entre rejas.

Sacudió la cabeza.

—No sé lo que pasó entre vosotros y quizá no llegue a saberlo nunca, porque no te lo voy a preguntar. Era un hijo de puta escurridizo y conseguiste meterlo en prisión, que eso es lo importante. El problema es que ya ha salido y ahora te toca tener cuidado.

Asentí, antes de cambiar de tema.

—¿Cuándo te vas? —pregunté.

—Tengo reservado un hotel en Vigo para esta noche y me vuelvo a Cádiz mañana a primera hora.

—Podías haberte quedado más.

—No te niego que me gustaría, pero es imposible. Tengo trabajo pendiente allí y solo he venido para saludarte y para darte la mala noticia.

—Te lo agradezco.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? —dijo.

—Descuida.

En cuanto Ramón se marchó, volví al salón y me dejé caer en el sofá.

Cualquiera podría pensar que tendría dos cosas importantes que valorar después de las sorprendentes visitas de ese día. Sin embargo, mi cabeza solo podía centrarse en una. Edgar Santana, un psicópata sin escrúpulos y que me odiaba a muerte, vivía a pocos kilómetros de mí.

No me había percatado de su presencia y quizá ese había sido un gran error por mi parte. De alguna manera, maldije no ser aficionado a los clubs de carretera.

Sin embargo, conociendo a Ramón, también pensé que no podía precipitarme. Sí, no había perdido la ocasión de coger un avión para plantarse en mi ático en cuanto se enteró de que yo también vivía por la zona, pero en ningún momento había querido relacionar de manera directa el tiroteo de Sárdoma con Edgar, y eso significaba que no tenía evidencia alguna sobre su implicación.

Supongo que indagar en la posible conexión entre él y lo que había ocurrido era algo que

me tocaba hacer a mí. En otras palabras, era posible que ya tuviese el nombre que necesitase, porque de lo que no tenía duda alguna era de que Edgar Santana me odiaba con todas sus fuerzas y sería el primero en brindar con champán el día que leyese mi esquila en el periódico.

Y, en estos casos, siempre es una tentación poner de nuestra parte para que ocurra lo que deseas con tanta fuerza.

Capítulo 10

Conocí a Ramón Calvo y a Andrea Ramos en el año 2005, cuando yo era un policía con tanta escasez de experiencia como exceso de entusiasmo y aún conservaba intacta la ilusión por encerrar entre rejas a todo criminal que anduviese suelto por el mundo.

La comisaría de Cádiz fue mi primer destino tras salir de la Academia y llegué en un momento en el que el consumo de cocaína en la ciudad había empezado a aumentar de manera considerable y amenazaba con convertirse en un verdadero problema. La cuestión era que no solo se percibía en el ambiente, sino que se reflejaba en todas las estadísticas e informes, por lo que la presión sobre nosotros para que consiguiésemos resultados rápidos era cada día mayor. Sin embargo, no resultaba una tarea sencilla.

La mayor dificultad con la que nos encontrábamos era que, más allá de que se estuviese distribuyendo una mayor cantidad de droga, hacía tiempo que un clan no ejercía un dominio claro sobre el narcotráfico de la ciudad. Y, como siempre ocurre en estos casos, eso no solo dificultaba nuestra labor, sino que también traía consigo un aumento de las reyertas en las calles entre pequeñas mafias, lo que acababa por alarmar todavía más a la población.

Sin embargo, a finales de ese 2005 sí detectamos la presencia de alguien nuevo con la intención de hacerse con el control del mercado y por métodos bastante contundentes. Saltó la alarma en la comisaría en cuanto vimos que algunos camellos eran expulsados de su zona y sustituidos por otros nuevos, lo que siempre anuncia cambios en las personas que manejan los hilos. Con el tiempo, confirmamos esa información y concluimos que dicho cambio no pretendía ser radical, sino más bien discreto, y que las órdenes eran intentar poner bajo el mando de este nuevo jefe a todos los camellos habituales para no hacer mucho ruido. Pese a todo, cuando uno no estaba dispuesto a aceptar las nuevas condiciones, contaba solo con unas pocas horas para abandonar la ciudad y, en caso de que no lo hiciese o hubiera posibilidades de que se fuese de la lengua, solía aparecer enterrado a los pocos días y, a menudo, con claros signos de no haber tenido una muerte placentera. A decir verdad, nunca fuimos capaces de elaborar una estadística fiable de cuántos se habían largado o acabado bajo tierra, porque no creo que hubiésemos encontrado a todos los ejecutados. Lo único que sabíamos era que un día desaparecían y nosotros confiábamos en que hubiesen sido lo bastante listos como para largarse, pero, a decir verdad, la inteligencia no es la cualidad más habitual en esta gente.

Con esa situación, llegó un punto en el que todo el mundo parecía vivir en un estado de permanente crispación en la comisaría, porque nadie tenía la más mínima idea de quién era este nuevo jefe, ni dónde se ubicaba su centro de operaciones. Solo teníamos claro que, quienquiera

que fuese, sabía camuflarse, conocía el oficio y no era de los que se amedrentaba con facilidad, lo que lo convertía en uno de los peores enemigos.

Otro hecho que dejaba ver que no estábamos persiguiendo a un traficante de drogas corriente era cómo actuaban estos nuevos camellos cuando los capturábamos. Siempre es fácil obtener información de alguien que vende droga en la calle, porque en no pocas ocasiones su profesionalidad en el trabajo se ve boicoteada por una marcada adicción a la propia sustancia que distribuyen. Sin embargo, estos daban la sensación de que pensaban de sí mismos que eran los más listos de la ciudad y caminaban con paso arrogante, creyendo que nadie les podía poner una piedra lo bastante grande en el camino como para hacerlos tropezar. Sin embargo, no era más que una impresión que alguien les había inculcado, porque en el fondo, no eran más que muertos de hambre con el cerebro frito como el resto y, por eso, cuando me propuse atrapar a alguno no me resultó una tarea demasiado difícil.

En poco tiempo, conseguí arrestar a los suficientes como para pensar que alguno de ellos estaría tan asustado por ir a la cárcel que me soltaría sin problema quién le daba las órdenes y así tener la posibilidad de ir trepando en la jerarquía. Por desgracia, a la hora de la verdad, ninguno lo hizo y se notaba en ellos que era más el miedo que tenían a su jefe que a los años que pudiesen pasar entre rejas.

Viendo el resultado, no me quedó más remedio que buscar otras opciones. Entonces empecé a interrogar a cualquier chivato conocido y a otros no tanto. Chivatos que no eran válidos para llevar a un juicio, porque cualquier abogado se los comería en un minuto, pero que podían facilitarme alguna información que supusiese un punto de partida, aunque muchas veces acabase indagando en un callejón sin salida.

El Cobra era uno de estos soplones de mala muerte, pero con el que no había trabajado hasta entonces. Me habló de él Ramón Calvo un día que me encontraba tan desesperado que casi no sabía hacia donde tirar.

Este hombre era tan peculiar que cualquiera que lo conociese no tendría mucha dificultad en deducir de dónde provenía su apodo. Su espalda se curvaba y ensanchaba de manera extraordinaria en la parte superior para dar paso a una cabeza achatada que parecía surgir del tronco sin necesidad de usar un cuello de enlace como el resto de los mortales. Puede resultar duro decirlo, pero parecía que una piedra gigante le había caído en la cabeza y se la había incrustado en su propio cuerpo.

El propio Ramón me dijo:

—Es un pobre desgraciado que se gana algún dinero por el día haciendo chapuzas de todo tipo y por la noche hablando de todo lo que escucha por ahí a cualquiera que esté dispuesto a invitarlo a una mísera cerveza. Todo lo que cuenta carece de valor en el noventa por ciento de los casos, pero es tan barata la información que vale la pena solo por el diez por ciento al que puedes

sacarle partido. Y si en vez de invitarlo a una bebida le das un poco de dinero, busca y rebusca en su cabeza hasta que localiza algo que pueda servirte de utilidad.

En otras palabras, era un informante callejero algo peculiar y de perfil bajo, pero en el fondo no tan distinto de tantos otros. Fue Ramón quien me organizó una reunión con el Cobra en una noche oscura y calurosa de agosto en uno de los callejones más solitarios de la zona vieja, a pocos metros de la playa de la Caleta.

Una reunión que marcaría aquel caso y que nunca podría olvidar.

Capítulo 11

Cádiz, a finales de agosto, puede ser peor que una sauna y la sensación pegajosa no disminuye en exceso por la noche. Al llegar al lugar acordado para mi encuentro con el Cobra, aparqué en la avenida principal y, nada más bajarme del vehículo, comencé a notar cómo el sudor me corría por la espalda y hasta me resultaba difícil respirar.

También estaba incómodo por la reunión. Nunca sabes con qué te puedes encontrar en ellas. La mayoría son rutinarias, discretas y todo lo tranquilas que desees, pero de vez en cuando alguien se da cuenta de que lo que se va a tratar allí puede perjudicarle en gran medida y siente la tentación de convertirlos en un infierno, tanto para el que habla como para el que escucha. Por eso, mientras me acercaba al punto acordado, agucé mis sentidos tratando de encontrar a alguna persona que estuviese atenta a mis movimientos desde una cierta distancia. Al cabo de unos minutos, di por finalizada mi inspección y me sentí lo bastante seguro de no tener compañía como para adentrarme en el callejón.

Esa noche encontré al Cobra inclinado y nervioso bajo la cansada luz de la única farola que seguía funcionando. Comprobé por última vez que la pistola semiautomática que llevaba a la altura de mi tobillo estaba preparada y me acerqué hacia su posición. Él me midió entre parpadeos rápidos o, mejor dicho, intentó descifrar a su manera la silueta que se le acercaba entre la oscuridad. Yo le hice un gesto para confirmarle que era la persona a la que estaba esperando. En cuanto lo vio, me devolvió el saludo y dirigió la mirada hacia adelante.

Entendí que iba a depender de mí iniciar la conversación.

—¿Puedo llamarte Cobra?

—Claro, todo el mundo lo hace —respondió con una voz grave y acompasada, que no encajaba con su cuerpo comprimido.

Me paré a su lado y miré hacia el mismo punto indefinido que había elegido él.

—Entonces, Cobra, dime, ¿cómo te va la vida en los callejones?

—¿Qué?

—Nuestro amigo de homicidios me dijo que eres un tío que controla todo lo que se mueve en la calle —traté de adularlo—. Puedes tomar eso como un cumplido, si quieres. También me dijo que eres de los que sacas dinero informando a la policía, porque siempre tienes noticias frescas. Así que puedes conseguir una buena propina si me dices algo que me interese.

Él no contestó.

—Como habrás notado —continué—, no me gusta andar por las ramas y suelo hablar

claro, pero ten seguro que, en lo que a ti te concierne, puedes confiar en mí. En cuanto salga de este callejón, ni yo te conozco ni he estado aquí nunca.

Él hizo un gesto de asentimiento.

—Por cierto, ¿puedo saber cuál es tu verdadero nombre?

—Ya lo sabes, Cobra.

—Entiendo.

Mis ojos se movieron hacia él para darle una rápida ojeada. Describirlo como desaliñado sería utilizar una palabra demasiado amable. Llevaba el pelo descuidado, la ropa vieja y las uñas largas y sucias.

—¿Te dijo nuestro amigo qué tipo de información me interesa? —le pregunté.

—Sobre drogas —respondió él—. ¿Tienes una placa?

Por alguna razón, él lo preguntó con una sonrisa forzada, separando sus labios de manera intencionada. Me fijé que tenía los dientes pequeños y espaciados de manera desigual, lo que completaba una imagen de lo menos afortunada. Saqué la placa y se la mostré, pero sin dejarle ver mi nombre, aunque era probable que eso fuese lo único que quería averiguar. Sin embargo, tanto Ramón como yo habíamos concluido que esa información no le interesaba en absoluto.

—No es lo mismo hablar de robos que de drogas —apuntó después, sin insistir en lo de mi identidad.

—Supongo que ya te comenté mi compañero a qué venía y tú has aceptado hablar conmigo de todos modos, así que deja de dar rodeos y vamos a ir al grano.

Dio la expresión de estar herido.

—Oh no, no, no tengo ningún problema en tratar sobre drogas.

—Pues entonces, esto es lo que me interesa. Sabemos que hay alguien nuevo que se está moviendo en el mercado de la cocaína desde hace un tiempo. Esto es seguro y si eres la mitad de espabilado que dices ser, lo sabrás. Así que la cuestión es: ¿Tienes algo que pueda interesarme?

—Tal vez sí, tal vez no. El problema, señor policía, es que, en el supuesto de que tuviese algo, decírtelo a ti me pondría en una situación difícil.

—Estoy seguro que sabrás arreglártelas. Así que dime, ¿cuál es el número de razones necesitas para que esa situación tan difícil no represente un problema para ti?

—Tendría que ser más de lo habitual.

—Entonces la pregunta es: ¿Cuánto es lo habitual?

—Veinte.

Casi me hizo reír. En la mayoría de los pozos negros en los que había nadado hasta entonces esa cantidad se habría considerado una broma. Mi compañero tenía razón en que el Cobra trabajaba barato. Lo triste era que el pobre parecía no saberlo.

—Te ofrezco cincuenta, si me gusta y veinte, pase lo que pase.

No regateó, daba la sensación de que lo necesitaba. Puede que incluso se relamiese pensando en el botín, aunque con aquella luz no resultaba fácil comprobarlo.

—Entonces sí, tengo algo para ti —dijo con rapidez—. O eso creo.

—Entonces, dime.

—Hay una chica que conozco, se llama Andrea.

—¿Apellido?

—Ramos. Es una de las chicas del puticlub que hay saliendo hacia San Fernando.

—¿El que está en Torregorda?

—¿Has estado allí?

—Tal vez sí, tal vez no.

—Ok, de acuerdo —se conformó—. Bueno, el tema es que Andrea vive varias casas antes de la mía. Es una chica guapa, bonita, y tiene una hija pequeña, casi un bebé. No se le conoce marido ni novio, que yo sepa. Cada vez que me las veo en el parque, me acerco hasta donde está. Es una tía legal, muy buena persona. Habla conmigo y no me mira con desprecio como otra gente. Me gustaría hacerle una visita al puticlub, pero para ir a esos sitios se necesita pasta y yo no tengo. Pero ya me entiendes, ella sería una buena opción, porque no parece una puta o, al menos, no es como las demás. Es joven, rubia y pequeña, con un cuerpo delgado, pero muy bonito.

Le dejé tomarse su tiempo. Aunque yo por entonces era nuevo en el oficio, ya tenía la experiencia necesaria para saber que, una vez que un informador de este tipo se arranca a hablar, siempre se conseguía más si no lo interrumpías. El Cobra parecía estar conversando consigo mismo mientras describía a Andrea. Se notaba que le gustaba de un modo especial.

—El tema es que —continuó—, al inicio de la semana pasada, cuando regresaba a casa por la noche, a eso de las cinco de la mañana, vi un par de veces cómo un coche se detenía frente a su casa. Las dos veces se bajó el mismo tío y llamó a su puerta. Andrea nunca enciende la luz de la entrada, solo sale a la puerta del patio, le da algo y vuelve a entrar. Ellos nunca me vieron, porque como yo iba por la acera contraria, me podía esconder entre las ramas. Lo curioso del tema no es solo la hora y que Andrea ni siquiera enciende la luz, sino que ellos no cruzan ninguna palabra. Él para, recoge el paquete que le da, vuelve al coche y se va.

Yo lo atendía con cara de escepticismo, pero dudo que se percatase de ello entre la oscuridad y lo centrado que estaba explicando la situación.

—Así que desde la segunda vez que los vi —continuó—, decidí volver a casa todos los días no más tarde de esa hora y esperar a ver qué ocurría. La primera noche llegué algo antes, me escondí y esperé, pero no pasó nada. La noche siguiente, hice lo mismo y esta vez el tío apareció de nuevo más o menos a la misma hora. Así cada dos noches desde entonces. Por lo tanto, creo que puede tener relación con algo de lo que buscas.

—¿No pudiste ver qué le entregaba ella?

—No, solo que era un paquete.

—¿La matrícula?

—No, no me alcanza a verla desde donde estoy.

—Y supongo que tampoco sabes quién es el hombre que la visita.

—No, no me suena, pero sí puedo decirte que es un tío grande. Alto y fuerte.

—¿Cuál es la dirección?

—Está en Puerto Real, en la calle Juan Antonio Campuzano. Pasas el cruce con León Felipe y es la quinta puerta. No sé el número, pero tiene que ser el ciento y algo.

—¿Y estás seguro que es la quinta puerta?

—Sí, eso seguro.

—¿Qué coche era?

—Un BMW negro. De la Serie 3 y tuneado para que parezca un Serie 5. Lo han hecho bien, porque el primer día, al estar, lejos pensé que era un Serie 5, pero los siguientes me fijé mejor y no, solo le han hecho cambios en la carrocería para que parezca así.

—Dices que viste todo esto cuando ibas de vuelta a casa. ¿No estarías borracho?

—No, joder, sé beber —dijo casi ofendido—. ¿Qué te piensas?

—En resumen, a ver si lo entiendo. La información que tienes para mí es que un hombre va a casa de una chica guapa a altas horas de la noche, recoge algo que le da esta y se marcha en un coche negro que quiere parecer un modelo, pero en realidad es otro. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

El Cobra debió pensar que, planteado así, estaba más cerca de recibir el billete de veinte que el de cincuenta euros.

—Sí —dijo al final.

—No te ofendas, pero, ¿qué se supone que tengo que hacer con eso?

—¿No es así como se reparte la droga?

—¿Él le pasó algo a ella?

—¿Qué?

—¿Si ese hombre del coche le dio a ella algo a cambio?

—Bueno, no. Creo que no.

—¿Crees que la chica está distribuyendo droga?

Él no respondió de inmediato y se tomó unos segundos mirando a sus zapatos.

—Bueno, lo que sé es que algo malo está ocurriendo, eso seguro. ¿Todos los días a las cinco de la mañana? Vamos, no me fastidies.

—No sé, se me ocurre que quizá el chico trabaje, al salir le vaya a dar las buenas noches a su linda y preciosa novia, como tú vas al parque a hablar con ella, y la buena de Andrea le

entregue la cena que le ha estado preparando con todo el cariño del mundo. Chico, los intercambios de droga funcionan con un «yo te doy, tú me pagas». O hay pasta de vuelta o no hay harina de ida. ¿Lo pillas?

Se notaba enfadado por mi comentario.

—Bueno, pues entonces supongo que no tengo nada para ti —dijo de manera brusca—. Quizá sea lo mejor, porque tampoco quiero que Andrea tenga problemas por lo que yo te estoy contado.

Sentí ganas de decirle que era más estúpido de lo que ya parecía a simple vista. Si no quieres que una persona tenga problemas, no creo que la mejor idea sea decirle a un policía que hace un intercambio de drogas en medio de la madrugada.

Volteé la cabeza y lo miré en la penumbra. Estaba de pie en una posición recostada a mi lado. Un hombre pequeño y deforme que aceptaba que se le llamase por el nombre de Cobra, porque lo más seguro era que así se lo hubieran asignado en una noche de borrachera algunas personas con más humor que delicadeza. No tenía un trabajo regular, le gustaba la cerveza, a saber cuántas sustancias más, y se sentía orgulloso de que una prostituta con un bebé en brazos se parase a hablar con él. Sin duda también se debía de sentir importante cuando hablaba con la policía. Supuse que la suya era una vida solitaria, que no había nadie que le esperase en casa y que ningún padre o hermano en su familia estaría mejor que él. Eso, si es que aún seguían vivos. Había visto a muchos como el Cobra antes. Gente doblada, rota, con mil muescas en el cuerpo y viviendo por inercia.

Metí la mano en el bolsillo, saqué la cartera y le di un billete de cincuenta euros, que mismo parecía recién salido de la impresora de la Fábrica de Moneda y Timbre.

—Aquí tienes —dije, pero sin entregárselo todavía—. Te los doy porque he decidido investigar al tío que me has dicho. Y yo soy legal.

—¿No decías que no te parecía algo extraño?

—Ya te lo he dicho y si quieres te lo repito. Me parece un encuentro en medio de la noche entre dos enamorados, fruto de tener trabajos con horarios de mierda, pero también sé que en esta vida no hay nada cierto ni falso al cien por cien. Como decía mi abuelo, incluso los relojes estropeados dos veces cada día marcan la hora exacta. Soy policía y eso me obliga a perder el tiempo comprobando si has tenido suerte con tu deducción.

—Bueno, entonces quieres decir que me he ganado el billete —dijo, tirando del papel hacia sí, pero sin que yo se lo aflojase.

—¿Hoy le toca entrega? —pregunté.

—No, mañana.

—Perfecto. Y en caso de que te enteres de alguna otra cosa, llama a nuestro amigo y él me lo hará saber, ¿de acuerdo?

—Claro.

Entonces sí le solté el billete y él lo agarró como si no se lo acabase de creer.

Luego echó a andar a buen paso.

—Claro, claro, así lo haré —repitió mientras se iba.

De vuelta al coche, me sentí mal por cómo había tratado al Cobra, ya que era probable que tuviese razón y, tal como decía, hubiera una posibilidad de que algo turbio estuviera sucediendo con la tal Andrea. Pero lo que yo no quería era que, después de hablar conmigo, fuese a buscarla y la pusiese sobre aviso.

En resumen, el Cobra me había informado de un intercambio rápido y sin dinero, en un punto fijo y a una hora determinada, entre una joven prostituta y lo que parecía un matón cualificado. El coche que había descrito también encajaba en el perfil que solía robar voluntades en ese mundo. Porque, siendo objetivos, fuera de ese ámbito, ¿a quién se le pasa por la cabeza comprar un Serie 3 para luego tunearlo y que parezca un Serie 5? El resto de los mortales, si quieren tener un Serie 5, compran un Serie 5, no un Serie 3.

En otras palabras, la historia que me había contado tenía todos los ingredientes para que acabase siendo un caso de narcotráfico.

Capítulo 12

Dada la hora en que acabé la reunión con el Cobra, bien podía irme a casa a descansar, pero eran tales las ganas que tenía de encontrar una línea fiable de investigación que preferí pasar por la comisaría para comprobar los datos que me había dado.

Hay varios tipos de traficantes. Existe un camello en la calle, que es el que vende la mercancía y cobra el dinero. También está el jefe, que se sienta a horcajadas en su trono, trae la droga desde el otro lado del charco y mantiene a raya a todos con mano firme. Y luego están, en los clanes inteligentes, algunas personas intermedias. Primero, está el lugarteniente debajo del jefe, que entrega paquetes a alguien que le resulta útil. Un paquete que esa persona traslada al jefe de operaciones, que a su vez lo reparte entre los camellos del principio. Incluso puede haber dos escalas o más debajo de este jefe, dependiendo del número de personas que reparta. Después de todo, se pueden obtener por una miseria. Todo este engranaje, cuanto más amplio sea, más diques de contención levanta entre el jefe supremo y el camello, porque la mayoría de los involucrados solo conocen el nombre de la persona que está por encima de ellos y, en escasas ocasiones, de aquella a la que le entregan los paquetes.

En otras palabras, la droga pasa por más manos, pero hace que sea mucho más difícil que toda la jerarquía caiga como piezas de dominó y eso le da la oportunidad al jefe de saber cuándo están a punto de llamar a su puerta y debe largarse.

Así que el Cobra bien podía tener toda la razón del mundo al suponer que Andrea estaba en uno de esos eslabones y que el motivo por el que el chico no le pagaba podía ser por la simple razón de que de eso se encargaba el que le entregaba la mercancía. Algo que, por otro lado, no dejaba de ser habitual en estas redes.

Nada más llegar a la comisaría, lo primero que hice fue dirigirme al ordenador para hacer algunas consultas. Nunca me había llevado bien con esos trastos, pero en ocasiones no me quedaba más remedio que acudir a ellos para pedirles ayuda. Una vez desbloqueado, escribí el nombre de Andrea Ramos en el buscador y, entre todas, apareció una domiciliada en Cádiz.

Andrea Ramos Soriano.

El Cobra estaba en lo cierto cuando decía que era una monada. Una carita pequeña, suave y perfecta, rematada por un cabello rubio que se veía natural. Tenía unos ojos azules enormes e, incluso en una foto de carné de lo más impersonal, se podía apreciar una gran sonrisa inocente. No tenía antecedentes de ningún tipo, por lo que deduje que, si de verdad estaba cometiendo algo ilegal, o se había dejado seducir por una tentación lo bastante grande como para ignorarla o demasiado necesaria para dejarla pasar.

Lo siguiente que hice fue centrar la búsqueda en uno de los sitios más probables para que resida esa tentación, su lugar de trabajo. La razón número uno para hacerlo fue porque en el trabajo se encontraba acompañada la mayor parte del tiempo. La número dos fue el hecho de que la empresa que le pagaba era un lugar donde las mujeres vendían su cuerpo, y la experiencia me decía que suelen recibir como clientes a algo más que hombres inocentes e inofensivos. La tres, y la más importante de todas, fue que aquello era lo único que sabía de ella.

Para poder informarme con propiedad sobre el lugar, decidí hacer una llamada a la comisaría de San Fernando, al otro lado del puente. El policía que atendía la centralita en el turno de noche conocía la historia de todos los burdeles ubicados en la zona, estaba orgulloso de ello y lo comentaba con todo aquel que quisiera escucharle. Según él, recopilar esa información era su pasatiempo favorito y una utilidad para la policía, pero todos sabíamos que, para contrastar aquellos datos, no tenía problema en pasar por todas las habitaciones que hiciese falta. Incluso había apuestas sobre el presupuesto mensual que destinaba a tal fin.

Fue este policía quien primero me habló de Edgar Santana.

Edgar Santana era el dueño del club de alterne donde trabajaba Andrea y había estado en prisión una vez por un robo con violencia, según dijo el policía, pero eso había sido tiempo atrás. Desde hacía unos meses se había convertido en el nuevo y respetable dueño del club. Edgar apenas pasaba de los treinta años y los rumores hablaban de un tipo duro que no consentía tontería alguna. Supuse que esa era la razón por la que no había tenido problema en acompañar un robo con algún tipo de violencia.

Pero, a pesar de sus errores de juventud y de los rumores, el señor Santana en ese momento llevaba un negocio bien administrado, no violaba ley alguna que se supiese, manejaba a los borrachos con mano izquierda y hasta se comentaba en el ambiente que protegía a las chicas de una manera poco habitual en el gremio.

—¿Por qué quieres información sobre Edgar? —me preguntó, ya avanzada la conversación, el detective.

Antes de responder, pensé que no conocía a este compañero lo bastante bien como para saber el grado de confianza que tenía con esas personas a las que tanto frecuentaba y nombraba con esa familiaridad, así que decidí que era mejor optar por la vía de la discreción.

—Por ninguna razón de importancia —le contesté—. Es solo que escuché un rumor sobre una de las chicas que trabaja ahí y quería saber qué tipo de lugar era. La verdad, me parece un callejón sin salida, pero ya te imaginas que, si no lo compruebo hoy, mañana cuando llegue el jefe me muerde el culo.

—¿Qué chica?

—¿En serio también llevas registro de todas las chicas?

—De todas, no, pero quizá de esa en concreto, sí —soltó entre carcajadas.

—Andrea Ramos, una rubia, delgada, con una cara muy linda.

—Sí, sé quién dices. En el club se hace llamar Katya. Creo que no lleva ni dos meses ahí y ya tiene un buen puñado de clientes fijos. Por lo que sé, no es que sea la mejor en su trabajo, pero tiene una belleza y una dulzura que lo compensa todo. Supongo que también porque en ese sitio no hay muchas rubias y las otras no son naturales. Dudo que se haya metido en líos, porque parece buena chica y no creo que esté enganchada a algo.

—Entiendo. Ya te digo que apunta a que es más un rumor surgido de alguien que le tiene envidia que una información fiable. En cualquier caso, mantén esta llamada entre nosotros, si no te importa. No enturbies las aguas, porque me da que no hace falta.

—Lo haré, descuida —dijo—. Y si necesitas algo más, llámame cuando quieras.

Me despedí en el mismo tono distendido que había usado durante la conversación y volví a centrarme en el ordenador. Borré del buscador el nombre de Andrea y escribí el de Edgar Santana.

En primer lugar, me llamó la atención una foto suya. No estaba ni cerca de ser un hombre grande. Tenía una cabeza pequeña, el pelo negro y corto y una cara ruda con ojos que parecían diseñados para disparar fogonazos de sarcasmo del más arrogante. En efecto, lo habían condenado a cuatro años de prisión en Sevilla por robo con agresión y solo tenía diecinueve años cuando entró en la cárcel. Se produjo una segunda condena mientras estaba cumpliendo la anterior, porque cometió la torpeza de agredir a un funcionario de la prisión. La cosa fue grave y le añadieron tres años más cuando ya estaba a punto de salir. No había nuevos cargos desde su liberación hacía casi cinco años.

Así que teníamos a alguien con una mecha corta, porque el funcionario de Sevilla se había ido con todo el cuerpo magullado y varios huesos rotos. Por contra, también había demostrado tener la capacidad de manejar un negocio que requería cierta destreza y que, pese a prestarse a ser regido con métodos más contundentes, no hacía uso de ellos.

Pensé que era la persona idónea y la actitud adecuada para manejar los hilos del submundo de la droga. Es más, calculé que de un buen porcentaje de personas que se encontrasen en esa situación se acabaría por descubrir que eran culpables. Por otro lado, también pensé que quizá estaba siendo demasiado optimista debido a mis deseos de conseguir un buen arresto. Después de todo, lo único que tenía contra él era la palabra de un desesperado Cobra y un par de búsquedas en el ordenador. Eso, al menos, de momento.

Volví al mundo de internet para hacer comprobaciones para las que solo los policías tenemos autorizado el acceso y busqué cualquier vehículo registrado con el nombre de Andrea Ramos Soriano. Solo constaba uno, un Nissan Almera marrón de unos diez años.

Eran poco más de las nueve de la mañana y faltaban muchas horas para poder hacer lo que tenía en mente, que era un viaje cordial a un club de alterne para un Lucas Acevedo ejerciendo el

papel de un recién divorciado, fan absoluto del gimnasio, alimentado con testosterona y que tenía una visión de la vida bastante superficial.

Es un trabajo sucio, pensé, pero alguien tiene que hacerlo.

Capítulo 13

Nunca me gustaron los clubs de carretera y mucha menos simpatía podía generarme uno que se llamase *El magazine*. ¿El magazine? De acuerdo, siempre he pensado que, si obviamos cualquier consideración ética, las relaciones sexuales previo pago son una de las formas de recreo más perfectas que pueden existir, tanto para hombres como para mujeres, puesto que la satisfacción que se alcanza en ellas es de lo más intenso y ni siquiera es necesario preocuparse por compartirla. Para ser sinceros, tendríamos que reconocer que toda diversión en esta vida es como un *magazine*, puesto que siempre busca nuestro entretenimiento. Incluso las más agrias tragedias persiguen atrapar sin remedio a los espectadores, aunque en este caso el secreto de su éxito radique en que, cuanto más lllore el público, más aplaudirá al final.

En cualquier caso, no creo que alguno de los clientes que acudía a *El magazine* estuviese dispuesto a llorar durante el tiempo que compartía con una de las chicas, y mucho menos que alguien se le pasase por la cabeza aplaudir al final, pero lo importante para mí fue que yo tampoco tuve motivo alguno de queja desde el mismo momento en que llegué al lugar.

Dejé el vehículo en un lateral del edificio y, antes de apearme, pude comprobar que el aforo del aparcamiento de la zona trasera, el lugar reservado para los empleados, era mucho mayor del que esperaba para un jueves como aquel. Entre todos ellos, resaltaba de manera especial un bonito Nissan Almera de los años noventa que lucía como recién salido de fábrica. Parecía recién encerado y reflejaba un discreto color marrón a la tenue luz de los focos que iluminaban el lugar, lo que me indicaba que una atractiva jovencita de cabello rubio se encontraba trabajando en ese momento. Me acomodé el pelo ante el retrovisor y salí dispuesto a cumplir la misión que me había llevado hasta aquel lugar.

Durante el trayecto a pie hasta la entrada, también me fijé en que el club de alterne se encontraba ubicado en un largo edificio de dos plantas que alguna vez había sido una fábrica o un almacén. Se le había hecho una remodelación completa, pero se podía apreciar que había sido diseñado en origen para otros menesteres menos lúdicos. Era lo bastante espacioso como para albergar un montón de chicas en su interior, pero a juzgar por la aglomeración de vehículos aparcados por los alrededores, dudaba que de ser solicitadas todas a la vez pudiese quedar alguna libre.

Una vez dentro, lo primero que hice fue buscar la barra para pedir una cerveza. Luego me senté en uno de los sofás situados en el borde exterior y esperé con cara de ser la primera vez que visitaba el local y estar abrumado con la belleza de las chicas. En realidad, solo trataba de observar en la oscuridad a toda mujer que se moviese por la sala, pero las que tenían un cuerpo menudo lucían el pelo oscuro y las que tenían una melena clara se veían más bien voluminosas.

Durante el discreto escrutinio, varias chicas se acercaron hasta mí para ofrecerme sus servicios, pero no me resultó difícil convencerlas de que yo no era una buena opción. Supongo que, al no prestarme ni siquiera a tomar una copa con ellas, bien podría deducirse que tampoco sería fácil conseguir que contratase alguno de sus servicios sexuales.

Después de rechazar un par de proposiciones casi seguidas, eché una mirada circular para estudiar con más detenimiento el lugar. El bar quedaba justo al lado de la puerta y encabezaba el local. Los sillones donde yo me encontraba estaban situados en el centro y contaban a ambos lados con dos pasillos en los que había un constante trasiego de chicas y hombres. Hacia la mitad de estos pasillos había unas escaleras, que deduje que llevarían a las habitaciones. Por último, al fondo se situaba el *disc jockey*, que pinchaba una música de los años ochenta a un volumen excesivo, aunque dudo que alguien se lo fuese a reprochar.

En general, el negocio parecía funcionar a la perfección y, por la actitud civilizada de los clientes, cualquiera podría pensar que no necesitaba de seguridad. Sin embargo, si te fijabas bien en las entrañas de las paredes oscuras, veías a dos hombres grandes a la entrada de cada pasillo que seguían con la mirada a toda persona que pasaba a su lado.

Me había costado acostumbrarme a la oscuridad del local, pero cuando lo hice conseguí distinguir un espacio más. Era un altillo encima del *disc jockey*, con una escalera que descendía hacia el final de los sofás. Algo más de tiempo me costó reparar en el pedazo de vidrio rectangular que delimitaba esa habitación con la sala. Supuse que el cristal no era otra cosa que un espejo unidireccional detrás del cual el gobernante soberano podía inspeccionar su reino de perversión. Por suerte, la posición que había elegido para saborear mi cerveza era una de las más alejadas a él, puesto que no quería concederle ninguna pista gratuita a Edgar Santana.

Al poco rato, un hombre de mediana edad se sentó con un combinado en la mano a escasos centímetros de donde yo me encontraba y fue cuando Andrea Ramos hizo acto de presencia. Apareció caminando por el lateral más cercano a mí, echó un largo vistazo a la sala y se dirigió sin dudar hacia el recién llegado.

En cuanto se acercó a nuestra posición, no tuve ninguna duda de que era ella y también pude confirmar que la descripción que el Cobra me había hecho se aproximaba bastante a la realidad. Andrea parecía una verdadera muñeca, dicho en el sentido más estricto de la palabra. Tenía un cuerpo menudo, aunque bien proporcionado, y una cara perfecta, redonda y adornada por un cabello rubio y ondulado que hacía que cualquiera se pudiese quedar embobado con solo mirarla. La diferencia entre ella y las demás chicas resultaba abrumadora. Su apariencia era en sí misma una contradicción con aquel lugar, ya que parecía más sacada de uno de los mejores cuadros de Rafael que de un burdel. Supongo que el hombre que se había sentado a mi lado compartía la misma opinión, puesto que, apenas un par de minutos después de llegar ella, la acompañó de vuelta por el pasillo que había aparecido.

El Cobra había mencionado que siempre dedicaba tiempo a conversar con él mientras jugaba en el parque con su hija. En ese momento, entendí por qué había puesto una mirada tan soñadora cuando hablaba de ella. Supuse que el chico no solía recibir tales atenciones y lo último que esperaba era que una chica hermosa, que se ganaba la vida vendiendo compañía, fuese la persona que se las brindase y de una manera gratuita.

Era evidente que todavía no había tenido una conversación con Andrea, algo que podía cambiar mi percepción sobre ella por completo, pero solo con verla y recordar lo que el Cobra me había dicho, empecé a pensar que las probabilidades que le había otorgado de que formase parte de algo ilegal se habían reducido en gran medida.

Me quedé hasta la hora del cierre, cuando el número de clientes había bajado de manera considerable y Andrea había atendido a unos seis hombres más. Por entonces me encontraba bebiendo mi segunda cerveza y captando la atención de una de las camareras por estirar la consumición durante tanto tiempo. Supongo que pensó que no era más que un vulgar mirón con tan poca capacidad económica como exceso de lujuria. Lo bueno del tema es que me mantuve distraído tratando de escrutar sus pensamientos en cada momento.

Justo antes de las tres de la madrugada, cuando anunciaron el cierre del local por aquel día, dejé la botella en la barra, acompañada de un guiño a mi vigilante particular, y salí del local.

Me tomé cierto tiempo en el estacionamiento para llegar hasta mi coche y, justo cuando abría la puerta, los matones de los pasillos estaban tomando posiciones para proteger la salida de las chicas de algún cliente que pudiera confundir el cariño comprado con uno sincero. Pensé que era un plus de seguridad que agregaba una bonita pluma al sombrero de Edgar Santana ante sus empleadas.

Salí del estacionamiento y giré a la izquierda para meterme en el aparcamiento de la playa de Santibáñez, intentando camuflarme como uno de los muchos coches que, sin duda habitados por parejas, estaban allí aparcados. La idea era salir detrás de Andrea, pero sin resultar obvio.

Pasados unos quince minutos, el Almera pasó por delante de mí zumbando. Le di la suficiente ventaja para que no apreciase mi partida detrás.

Había pensado seguirla hasta su domicilio y esconderme en uno de los puntos oscuros que el Cobra había descrito, para ver si algún tipo grande en un coche negro y cutre llamaba a su puerta, pero me sorprendió verla entrar en una cafetería de veinticuatro horas que quedaba situada a poca distancia de su casa. Era uno de esos lugares que servían desayuno, almuerzo o cena a cualquier hora del día y de la noche.

Aparqué a cierta distancia y la dejé entrar antes de salir del vehículo.

Capítulo 14

Es posible que pueda resultar sorprendente que a alguien le entren ganas de llevarse algo a la boca a las tres y veinticinco de la madrugada, pero en la cafetería en la que se había detenido Andrea había otros cinco clientes masticando sus pedidos como si no hubiesen comido en todo el día.

Yo entré en el local poco después con aire despistado y me senté a un par de mesas de distancia de donde se encontraba. Me fijé en que la camarera que la estaba atendiendo la saludó de manera cordial y dedicó unos segundos extra a conversar con ella mientras le hacía el pedido, por lo que supuse que solía acudir con frecuencia a aquel lugar. Pude escuchar que pidió medio bocadillo de jamón y un zumo de naranja. Cuando esa misma camarera se acercó a mí, le encargué con una gran sonrisa un sándwich de jamón y queso, junto con un café solo, pero sin conseguir que me brindase una sola palabra extra de cortesía.

En cuanto me lo sirvió, me tragué el sándwich en dos bocados y, cuando Andrea estaba a punto de terminar con su bocadillo, me levanté y pasé a su lado como si fuese a pedir algo a la barra, pero con la intención de detenerme delante de ella y poner una expresión de duda y curiosidad en la cara.

Andrea me miró con sus ojos azules y me sonrió con extrañeza.

Mi conversación tenía que parecer improvisada para conseguir el efecto que deseaba, por lo que empecé a hablarle de una manera amistosa.

—Perdona, no quiero molestarte —dije, levantando las palmas de las manos—, pero me estoy fijando en ti desde hace un rato y no paro de preguntarme... ¿Tú eres Montse?

Sus ojos me escudaron de la cabeza a los pies. Supongo que, al fin y al cabo, media casi dos metros, no se me veía destrozado por la cerveza, no era viejo, ni tampoco me caía baba alguna.

—No, creo que te confundes —dijo, sonriendo un poco más.

—Vaya, pues entonces lo siento. Me has recordado a un compañero del instituto que tenía una hermana pequeña que se llamaba Montserrat y la verdad es que te pareces muchísimo a ella. De esto hace bastante tiempo y por entonces aún era poco más que una niña, pero creo que en la actualidad debe de tener tu misma cara. En cualquier caso, siento la confusión. Y, sobre todo, haberte molestado por una tontería así.

—No pasa nada. ¿Tengo que considerar un halago que me parezca a ella?

—Sí, por supuesto que sí. Espera, ¿puedo enseñarte algo?

Una mirada interesada se proyectó en su cara.

—Claro —dijo.

Después de sentarme frente a ella, busqué en mi bolsillo la placa de la Policía y se la mostré, ahuecándola en mis manos para que nadie más pudiera verla.

Andrea se sonrojó y, unos segundos después, su cara se volvió de un tono gris más cercano a los muertos que a los vivos. Para entonces, ya se había esfumado cualquier sonrisa y sus ojos azules se veían apagados.

Dicho de otro modo, sin necesidad de abrir la boca, me había dicho todo lo que quería saber. Si una persona no tiene nada que esconder, en esa situación, lo normal es que diga «¿por qué me enseñas eso?» o, de un modo instintivo, se quede callada debido a la sorpresa y ponga una cara de extrañeza. Pero Andrea no hizo nada de eso. Se quedó en silencio durante un buen rato y luego dijo:

—¡Yo no he hecho nada malo!

Una negación temerosa, emitida de manera expresa, antes que cualquier perplejidad o ira. Eso fue lo que me confirmó que estaba ante la persona adecuada.

Me incliné hacia delante y hablé en un tono lo bastante bajo como para que mis palabras solo las pudiese escuchar ella.

—¿Qué me cuentas de las personas que recogen paquetes en tu casa de madrugada? Digamos, en días alternos y a eso de las cinco en punto.

En ese momento, sí pareció enfadarse un poco.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Sé muchas cosas sobre ti, Andrea.

—Yo... no sé de qué me está hablando.

Supongo que, de manera instintiva, intentaba colocar la mayor distancia posible conmigo y el que empezase a tratarme de usted nada más enseñarle la placa no era más que una consecuencia de ello.

—¿Para quién haces las entregas? ¿Podría ser para alguien de tu trabajo?

Sus ojos se ensancharon de manera inmediata, otro regalo. Me concedía los que buscaba y hasta me los ofrecía sin forzarlos.

En cierto modo, sentí pena por ella. Esta chica parecía un dulce caramelo presto a derretirse en la boca de la gente que la rodeaba. La forma en que sonreía, la manera en que actuaba con el pobre Cobra y el modo en que la camarera del restaurante la trataba, me señalaban ese camino una y otra vez.

Supuse que se había agarrado a algo a lo que nunca debería haberse acercado y era evidente que no estaba moldeada para ello, porque incluso las personas más inexpertas en el mundo de la droga saben sortear ciertas preguntas con un mínimo de destreza. Lo que ya no tenía tan claro era si su incursión en el lado equivocado de la ley se debía a una mezcla de avaricia e

inconsciencia o se había visto obligada por problemas que la sobrepasaban.

También pensé en algún momento que quizá me estuviese precipitando en las valoraciones y aquella imagen no fuese más que un método de defensa de alguien frío y calculador, dispuesto a enriquecerse a cualquier costa y sin el más mínimo escrúpulo. En otras palabras, una especie de *Mata Hari* moderna que te embriaga con la mirada como las serpientes, mientras se enrosca con suavidad alrededor de tu cuerpo dispuesta a clavarte sus colmillos letales con el aplomo de quien sabe que no vas a oponer resistencia. Pero solo eran pensamientos fugaces, porque luego, cuando me fijaba en su cara durante más de dos segundos seguidos, su semblante asustado y tembloroso parecía tan real que me infundía la certeza de que no estaba equivocado con la primera impresión.

—No sé de qué me está hablando —dijo de nuevo—. Me está asustando.

—Andrea, creo que te has metido en algo que te viene grande. Y eso es un error que todavía estás a tiempo de subsanar hablando conmigo.

—No tengo nada qué hablar con usted.

—Está bien entonces, no digas nada, lo haré yo. No he venido a detenerte, sino a ayudarte. Si me dices para quién trabajas y aceptas testificar, creo que puedo conseguirte un buen acuerdo. El fiscal suele escucharnos y además solo le interesan los peces gordos, lo mismo que a nosotros. Tú no eres el objetivo que perseguimos. Es decir, puedo ayudarte, pero para eso primero tienes que ayudarme tú a mí. Y te lo puedo decir aquí y ahora o lo acabarás escuchando antes de lo que te imaginas en la comisaría, detenida y por boca de otro compañero de una manera menos amistosa.

Las lágrimas aparecieron en sus ojos. Ella se las enjugó con la mano y luego negó con la cabeza. Cuando volvió a hablar, su voz se había convertido en algo parecido a una tímida súplica entrecortada.

—Por favor, no tengo idea de por qué me está diciendo todo esto —susurró.

Me incliné aún más cerca de ella para hablarle.

—Esas personas para las que trabajas son depredadores sin escrúpulos que se dedican a utilizar a animalillos pequeños como tú —le dije—. Cuando ya no te necesiten, te cazarán, como han cazado a otra mucha gente, tanto si hablas conmigo como si no. Tienes que saberlo con todos los cadáveres que están apareciendo por las cunetas. ¿No lees los periódicos? Pues, aunque no los leas, estoy seguro de que has visto y escuchado lo suficiente como para saber que tengo razón. Puedo protegerte, Andrea. La policía y yo te protegeremos, pero por favor, habla conmigo.

Al final, una lágrima rodó de manera visible por su mejilla y vi cómo su amiga, la camarera, que la estaba mirando sin perder detalle por si necesitaba ayuda, empezó a ponerse nerviosa. En ese momento, me di cuenta de que la conversación debía terminar cuanto antes,

porque no quería hacer más ruido del que fuese imposible evitar.

—No sé por qué está tratando de asustarme —insistía ella sin mirarme a la cara—. No sé por qué.

Lo dijo con voz temerosa, porque supongo que era consciente de que todo lo que le estaba diciendo era verdad.

Me pareció probable que su obstinación se podía deber a su inexperiencia, pero también al deseo de proteger a su hija. En ese caso, siempre es más fácil negar todo que exponerse a colaborar con la policía, puesto que, de hacerlo, las represalias suelen salpicar con más frecuencia de la deseada a los seres más queridos. Pero la cuestión era que yo había lanzado un órdago con poco o ningún éxito y no tenía muy claro hacia dónde debía dirigir la conversación a partir de entonces. Cuando eso le sucede a una persona, por lo general dice algo estúpido, siendo yo el más fiel ejemplo de ello.

—Quiero que sepas que, me digas algo o no, te protegeré —le dije—. Si no hablas, no puedo ayudarte si la justicia es la que te busca, pero sí te protegeré de las personas con las que trabajas. Te lo prometo.

No tengo ni idea de por qué me olvidé de que solo estaba haciendo mi trabajo y salió aquella inconsciente promesa de mis labios, solo que ocurrió. No, no tenía claro cómo podría cumplirla ni hasta qué punto, pero la cuestión era que la había hecho y no me iba a olvidar.

Entonces ella me miró a la cara en silencio, con una expresión que no pude descifrar. Una mirada intensa que duró apenas un segundo, porque enseguida volvió a desviar los ojos hacia la mesa.

—Tengo que ir a casa con mi bebé —dijo—. La niñera se enfada cuando llego tarde.

—¿Qué edad tiene?

—Dos años —dijo.

Saqué de la cartera un bloc de notas y arranqué una hoja en blanco. Luego escribí mi número de teléfono y lo volteé hacia ella.

—Necesito que me escuches con atención y no hace falta que confirmes o niegues nada de lo que te voy a decir. Solo quiero que me escuches con atención, ¿de acuerdo? Mi nombre es Lucas, Andrea, pero no le digas a nadie que hemos hablado. Nunca cuentes ni una palabra acerca de este encuentro. A nadie. Y cuando digo nadie, me refiero exactamente a eso, a nadie. E incluye en especial a la gente para la que trabajas, porque si lo haces, es muy posible que estés firmando tu sentencia de muerte en ese mismo momento. La tuya y la de tu hija, porque no van a permitir que quede con vida una niña que levante la liebre de tu ausencia al tenerse que hacer cargo de ella los servicios sociales. Entiende que, si les dices que un policía te ha abordado, ya no les vas a servir para lo que te utilizan y la gente que no les sirve y tiene información, es la que acaba bajo tierra.

Andrea se mantuvo en silencio y con la mirada perdida en la mesa, pero, a medida que escuchaba mis palabras, podía ver cómo su cara se iba nublando hasta adoptar una expresión cercana al terror. Supongo que podría considerarlo una nueva concesión, pero en aquel momento lo único que me importaba era que me atendiese y se tomase en serio mis palabras.

—Este es mi número de teléfono y lo tendré conmigo todo el tiempo —añadí, empujando el papel hacia ella—. Piensa en lo que te dije y cuando recapacites y te des cuenta de lo que te conviene, llámame. Lo mismo que si te sientes amenazada o necesitas encontrar otro lugar donde quedarte. ¿Me has entendido?

Al escuchar esto último, levantó la cabeza y enfocó los ojos hacia mí, pero esta vez durante un rato más largo y sin que pudiese descifrar qué estaba pensando. Después, agarró el trozo de papel y se levantó con intención de marcharse. Yo hice lo mismo y recogí la bandeja de la comida.

—No te preocupes, ya pago yo —le dije.

Ella asintió con rapidez, se dio la vuelta y salió por la puerta, a buen paso y sin mirar atrás. Mis ojos la siguieron durante todo el trayecto.

Después de abonar la cuenta en la caja, y de obtener una mirada entre la acusación y el desprecio de la mujer que cobraba, yo también abandoné el local.

Para cuando llegué afuera, el Nissan Almera se había ido.

Entré en mi vehículo y pensé en los próximos movimientos que podía realizar. La idea era dejar de lado la tentadora oportunidad que tenía de conducir hasta la casa de Andrea para vigilarla, puesto que las opciones de que una persona llamase a su puerta esa madrugada me parecían casi nulas, por mucho que las entregas se realizasen en días alternos y ese fuese uno de los señalados para ello.

Para llegar a esa deducción había que valorar varios puntos. En primer lugar, estaba el hecho de que Andrea había conducido sin hacer escala alguna antes de llegar al restaurante, lo que implicaba que habría tenido que cargar la mercancía en *El magazine* y de ninguna manera Edgar sería tan estúpido de utilizar su tapadera legal como almacén y punto de carga. En segundo lugar, porque tendríamos que pensar que, de llevar el paquete encima, nunca se hubiese detenido a comer, dejando el coche en un aparcamiento oscuro y fuera de su radio de visión.

Si alguien fuese a hacer una entrega de droga esa noche, pasaría al salir del trabajo por un lugar ultra secreto donde se guardase el cargamento mayor y luego viajaría desde allí a su casa sin hacer escala alguna. De esa manera, si asaltásemos el almacén o la detuviéramos durante el trayecto, ella cargaría con toda la culpa, porque sería muy difícil implicar a un Edgar que estaba trabajando en otro lugar. Todo lo contrario ocurriría si encontrásemos la mercancía dentro de su vehículo aparcado en *El Magazine*. Entre otras cosas, porque su jefe y dueño del local era alguien con antecedentes penales.

Para cuando acabé de razonar todo esto, me estaba empezando a dar cuenta de que quizá me hubiese equivocado en todas esas conjeturas, puesto que existía una tercera posibilidad, la de que ella pasase por la mercancía una vez hubiera abandonado el restaurante. Me parecía remota, pero lo cierto era que le quedaba cierto margen de tiempo y, aunque estábamos cerca de su casa, quizá tuviera planeado dar un pequeño rodeo final.

El problema radicaba en que, de ser así, apostaba a que habría llamado asustada para cancelar la entrega con alguna excusa tan pronto como se separó de mí y, aun en el caso de que siguiese adelante el intercambio, estar presente no me aportaría mucha más información de la que ya poseía.

Quizá debería haber comprobado el interior del Almera antes de entrar al restaurante. O, mejor incluso, haber dejado nuestra conversación para más adelante y continuar con el seguimiento hasta que llegase a su casa y se efectuase el intercambio de aquel día, pero la realidad era que no lo había hecho. O, tal vez, no había querido hacerlo.

Así que mi tonta y patética actuación de esa noche me dejó una única opción posible, la de ir a mi casa a dormir un rato y rezar para que Andrea no informase a nadie de aquella conversación y tuviese un arrebato de lucidez que la llevase a llamarme.

Capítulo 15

Después de dos horas de sueño, me dirigí a la comisaría para poder hablar con la mayor cantidad posible de compañeros antes de que dieran por terminado el turno de noche y se marchasen a descansar. Esa mañana coincidimos tres de los inspectores que nos encargábamos de narcóticos allí, incluyéndome a mí.

Tras ponerlos en antecedentes sobre el encuentro con Andrea, concluyeron que su manera de actuar era extraña y que la reacción que había tenido al ver mi placa no hacía más que confirmar la idea que yo mantenía de que trabajaba como intermediaria en la distribución de droga. Cuando les dije que mi teoría incluía a un Edgar Santana con tanta ambición como falta de escrúpulos y ejerciendo de amo y señor de un negocio lo bastante bueno como para ser el organizador de tal distribución, también le encontraron lógica a eso. Al menos, la suficiente como para que todos guiásemos nuestras próximas actuaciones por dicha sospecha. En mi caso, seguiría la pista de Andrea y en el suyo, interrogarían sobre el tema a todos los informantes que controlasen.

Una vez que habíamos definido las siguientes acciones, nos separamos y yo fui a mi escritorio con la idea de escarbar en la computadora, pero acabé por hacer algunas llamadas telefónicas. La primera fue a la comisaría de policía donde Edgar había sido arrestado muchos años antes. Sin embargo, me encontré que ninguno de los agentes que habían participado en el caso se encontraba trabajando aquella mañana. Por lo tanto, pasé a la siguiente y me comuniqué con la prisión a la que había sido enviado y donde fue lo bastante poco inteligente como para apalearse a un guardia.

Uno de los funcionarios que trabajaba el día que sucedieron los hechos me informó de que Edgar había confesado haber golpeado al guardia con una silla de la cafetería porque, según él, le había faltado al respeto mientras trataba de hacerle entender que debía obedecer las normas penitenciarias. Nada provocado por violencia carcelaria gratuita, amenazas o una promesa de represalias, no. Según palabras del propio Edgar, solo porque no se había dirigido a él con el debido respeto que creía merecer.

—Ya sabes —dijo a modo de valoración personal el viejo funcionario—, un chulo de mierda de esos que nos llegan a veces y con los que tienes que tener mil ojos, porque los cabrones son más falsos que el mismísimo Satanás. Nunca sabes por dónde te van a salir, ni cómo van a reaccionar.

Cuando le pregunté si había escuchado rumores o pensaba que Edgar podría haber

consumido alguna droga aquel día, por si eso le había condicionado el comportamiento, me respondió que nunca oyó comentar a alguien que fuese un adicto, pero que creía que podía ser capaz de cualquier cosa. Edgar Santana, concluyó, tenía la conciencia de un gusano y la empatía de una rata de alcantarilla.

Todavía seguía en la oficina a las nueve de la mañana, transitando por la vida con dos horas de sueño y librando una dura batalla contra la pereza que te embarga cuando no has descansado lo suficiente. Así que, para no perder más tiempo con llamadas inútiles que no hacían más que confirmar lo que ya sabía, decidí recoger y dirigirme a casa para tomar una cerveza, junto con un par de rodajas de salmón a la plancha y unos cuadraditos de zanahoria, antes de seguir descansando un rato más.

Dormí el resto de la mañana de un tirón y me levanté pasada la hora del almuerzo, cerca de las cinco. Con un café en la mano, me senté en la sala para sumergirme en pensamientos que acabaron resultando de lo más frustrante, puesto que intentaba definir los próximos pasos a dar y ninguno me convencía.

Era evidente que Andrea no había hecho el deseado ejercicio de sensatez, puesto que no tenía ninguna llamada perdida en el móvil, y que Edgar seguía esperando subido a su trono.

Cuando terminé el café, decidí hacer un descanso para comer algo y así despejar un poco la cabeza. El menú tendría que ser de nuevo salmón, ya que había comprado una pieza de dos kilos y eran todas las proteínas que guardaba en el frigorífico. La parte buena de repetir esa dieta de salmón como ingrediente principal y taquitos de zanahoria como guarnición, era que apuntaba a mantener durante un buen tiempo alejados a los cardiólogos de mi cuerpo.

Justo cuando me había sentado a la mesa para comenzar el saludable banquete, sonó el teléfono.

Ramón había sido quien me puso en contacto con el Cobra y era también el que estaba al otro lado del teléfono. Me dijo dónde nos íbamos a encontrar y el porqué.

El salmón tendría que esperar para más tarde.

Valdelagrana es una zona residencial situada a la entrada del municipio de El Puerto de Santa María, a solo unos ocho kilómetros de Cádiz, que está delimitada por los ríos San Pedro y Guadalete. Por el sur, la baña el mar y, por el norte, la recorre la avenida del mismo nombre, que transcurre en paralelo a las vías del tren.

Llegamos al lugar cuando empezaba a anochecer y Ramón aparcó al final de una fila de coches estacionados en el carril derecho de la avenida de Valdelagrana, poco antes de la primera rotonda.

—Unos niños que salieron a dar una vuelta lo encontraron hace poco más de una hora —dijo mientras nos bajábamos—. Caminaban por las vías y se tropezaron con él. Hay un agujero en la valla algo más adelante y supongo que entraron por ahí. La verdad, no sé cómo los padres

no están más pendientes de lo que hacen sus hijos, aunque me imagino que no tienen ni idea. Aunque tengo que reconocer que, cuando yo era niño, mis padres tampoco sabían ni la mitad de los líos en los que me metía. De todos modos, no creo que les hayan quedado ganas de volver a hacerlo.

Ramón caminaba despacio y con pasos largos y cansados, aunque no logré discernir si se debía al hastío de asistir a escenarios similares o por apenarle de una manera especial en aquella ocasión.

—Nos llevó un tiempo identificarlo —continuó—. Pensamos que lleva muerto desde esta mañana temprano, o al menos esa es la idea que baraja el forense.

Para cuando acabó de hablar, ya casi habíamos llegado a una improvisada puerta que alguien había abierto en la alambrada para poder acceder a la zona de las vías. En cuanto la cruzamos, las personas que se encontraban allí se echaron a un lado para que pudiésemos hacer nuestras comprobaciones.

El Cobra se encontraba tendido boca arriba en posición recta y con las manos encajonadas detrás de la espalda. Se notaba que lo habían colocado de manera expresa en perpendicular a la vía, con los pies casi rozando los hierros y la cabeza metida en la pequeña zanja que separaba la grava de la alambrada de protección. El cuerpo estaba justo detrás de unos arbustos bien poblados y eso impedía que se pudiese ver desde la avenida. La posición en la que le habían colocado la cabeza provocaba que se estirase de un modo especial la piel de la garganta, a través de la cual sobresalía una manzana de Adán de gran tamaño. Tenía los tobillos apretados por una brida y supuse que las muñecas también.

Resultaba algo complicado reconocer su cara. Se veía descolorida, con un tono azul grisáceo y marcada con varios cardenales y protuberancias que lo atravesaban en diagonal. Tenía los ojos amoratados e hinchados y la boca abierta. Su ropa estaba desgarrada y sucia. Me agaché a la altura de sus rodillas para verlo mejor. El médico forense se encontraba a la cabeza, de pie y apoyado en la alambrada.

—También es policía —le dijo Ramón—. Viene conmigo.

El forense asintió.

—Todo indica que lo han golpeado hasta matarlo —dijo, mientras se recolocaba los guantes—. Parece que usaron un objeto redondo y alargado. Una barra de hierro, un bate de béisbol o algo así. Además de los moratones de la cabeza, tiene más en el torso y las piernas. Todo indica que lo derribaron de un golpe, lo ataron en el suelo y luego siguieron pegándole sin darle opción a que pudiera levantarse. Tiene una bala aquí —añadió, señalando desde arriba hacia un lateral de la cabeza—, pero me inclino a pensar que le dispararon cuando ya estaba agonizando.

—Quizá lograron que les dijese lo que querían saber y decidieron tener un poco de

amabilidad —dije en un tono sarcástico.

—Es evidente que las motivaciones no podemos saberlas por el cuerpo —replicó el forense—, pero esa podría ser una buena hipótesis. Parece un trabajo profesional, o todo lo profesional que se puede considerar matar a una persona a golpes. Quiero decir, tiene las características propias de una ejecución. Una ejecución bien previo interrogatorio o queriendo infligir el mayor sufrimiento posible a la víctima. No lo hicieron aquí, porque casi no hay salpicaduras de sangre y estaría todo esto lleno de ser así. Y también supongo que cargaron con él entre varios, porque no hay huellas de arrastre.

La voz de Ramón sonó detrás de nosotros.

—Se tomaron la molestia de esconderlo de la carretera, aunque los coches por esta zona pasan a bastante velocidad y no creo que se llegasen a fijar en un bulto así. Además, está próxima la rotonda y, por lógica, no es el momento más indicado para distraerte mirando a los lados. Pero tendrían miedo de que alguien que caminase por la acera sí lo viera. O, mejor dicho, que lo viese antes de que pudieran marcharse de aquí.

Me fijé detenidamente en el rostro apaleado del Cobra y pensé cuánta gente sería capaz de reunir en su funeral. Por un momento, me imaginé en una fría iglesia de las afueras, sentado en un triste banco, rodeado por no más de dos o tres personas y con el sacerdote apurando los responsos fúnebres para ir a descansar cuanto antes.

No, no pensaba asistir a su sepelio, pero me sentía enfadado, muy enfadado, por lo que empecé a hablar para intentar que no creciese dentro de mí el enojo hasta un punto en que no pudiera controlarlo.

—Está claro que querían enviar un mensaje —dije—. De lo contrario, lo hubieran enterrado para que no lo encontrásemos como han hecho con otros. Es probable que lo colocasen en esta posición porque pensaron que lo vería el maquinista de algún tren al pasar, pero es difícil fijarse desde la cabina. La cuestión es que tenemos que pensar que no solo quieren mandar un mensaje, sino que pretenden que su destinatario lo reciba pronto.

—Lo que no sabemos es si ese mensaje va dirigido a nosotros o a otras personas —dijo Manuel—. ¿Se puede saber de qué coño hablasteis ayer?

—Me contó algo sobre unas entregas de droga. Me parece una pista bastante endeble, pero estoy intentando seguirla. Todavía no tengo nada concreto.

—Tienes que decirme qué entregas son esas.

—Sí, claro —dije—, cuando quieras.

Me vino una pregunta abrupta.

—¿Cuál era su nombre de pila?

Ramón se tomó unos segundos.

—Pues, aunque te cueste creerlo, no lo sé —dijo—. Y dudo que haya mucha gente por esta

zona que lo sepa.

En ese momento, uno de los detectives que estaba inspeccionando la vía gritó.

—Por aquí.

A unos cien metros de distancia, en paralelo a la alambrada, había un trozo del tronco de un árbol de poco más de un metro de largo y como el brazo de un hombre de ancho. No parecía de ninguno de los que se veían por los alrededores. Tenía sangre y materia orgánica desde uno de los extremos hasta más o menos la mitad. El agente encargado de la cámara le tomó una foto.

—Si no lo han hecho aquí, ¿para qué coño traen el arma? —preguntó Ramón.

No respondí, me limité a estudiar aquel pedazo de rama en silencio durante casi medio minuto. Luego me volví y caminé de regreso a donde yacía el cuerpo del Cobra, con una intuición rondándome la cabeza. Pensaba que se habían tomado demasiadas molestias en preparar el escenario para cuando hallásemos el cuerpo y eso siempre se hace por alguna razón en concreto. Cuando llegué hasta donde estaba el Cobra, me incliné y le pedí a uno de los agentes que me acercase unos guantes para poder inspeccionar el interior de la boca.

—Creo que tiene algo en la garganta —dije, después de mirar durante un rato.

El médico forense se agachó a mi lado y trató de seguir mi indicación, abriendo todavía más la boca del cadáver. Luego, tomando unas pequeñas pinzas, comenzó a sondear la zona de la epiglotis. Enseguida extrajo un trozo de papel doblado y cubierto de sangre y diversos fluidos.

—¿Qué es? —preguntó alguien.

El forense lo desdobló.

—Parece un billete de cincuenta euros —dijo.

Eso me sobresaltó. Me levanté de un impulso y Manuel, que estaba de pie a mi lado, dio un rápido paso hacia atrás para esquivarme, pero sin dejar de mirarme.

—¡Mierda, no, Andrea! —exclamé—. Tenemos que irnos.

Capítulo 16

Un par de minutos más tarde, él conducía en dirección a la casa de Andrea mientras yo hablaba sin parar en el asiento del copiloto.

—Está claro que sabían que el Cobra se había encontrado con la policía —le dije—. Tuvo que ir a comprar algo de droga con el billete, porque se marchó deprisa, y aprovechó para contarle al camello que había estado hablando conmigo, porque de lo contrario lo habría gastado en pagar la dosis. Mal negocio. Quizá pensó que era su noche de suerte y que si jugaba a dos bandas podía ahorrarse pagar con el dinero, pero lo acabó haciendo con la vida. Una vez metidos en faena, le encontrarían el billete de cincuenta euros y darían por hecho que se lo había ganado con el soplo. Pero en el fondo tampoco es algo relevante, puesto que era dinero y les servía para transmitir el mensaje de que no van a permitir ningún tipo de chivatazo.

—Tiene sentido —apuntó Manuel, sin apartar la vista de la carretera.

—Es evidente que, si tú y yo somos los únicos que conocíamos mi encuentro con el Cobra, solo así pudieron enterarse tan pronto. El problema es que todo indica que le sacaron toda la información y Andrea es la otra persona involucrada en este lío. Así que, si todavía no la han visitado, estarán a punto de hacerlo, porque querrán saber si ya llegué hasta ella. Si no está en casa, tendremos que ir al club, pero eso sería meternos en la boca del lobo y además pondríamos en peligro la operación.

Manuel estaba zigzagueando en el tráfico con la facilidad de alguien que lo ha hecho muchas otras veces.

—Como poco, necesitaríamos contar con refuerzos afuera para entrar —dijo—. Es de suponer que tengan sus propias medidas de seguridad y no sabemos hasta dónde abarcan.

—Lo sé. Confiemos en que esté en casa, aunque sería raro que no haya salido ya para el club.

—¿Con quién vive?

—Con su hija pequeña, pero supongo que la dejará con una niñera las horas que esté trabajando.

—¿Qué edad tiene la niña?

—Dos años.

—Estupendo.

A veces, rápido no es lo bastante aprisa. A veces, rápido solo es demasiado lento.

Ya había oscurecido cuando llegamos a Puerto Real. Dejamos atrás el cruce de León Felipe y aparcamos en el lado opuesto a la casa de Andrea. Nos fijamos al unísono en la quinta

casa y también en el flamante Nissan Almera marrón que había aparcado delante. No supe si considerarlo una buena noticia o una mala.

Las casas en esa zona son unifamiliares, adosadas y cuentan con un pequeño patio en la entrada. La parte trasera está asfaltada, cerrada a las calles perpendiculares por puertas metálicas y se puede acceder a ella desde el interior de las viviendas.

No se escuchaba ningún ruido y solo se veía una luz a través de la cortina de una de las ventanas de la planta baja, pero el resto estaban apagadas. En principio, nada que pareciese sospechoso.

—¿Qué piensas? —preguntó Ramón.

—Parece que hemos tenido suerte, ese es su coche —respondí señalando al Almera.

—Pues no perdamos tiempo y vamos a llamar.

Los dos nos pusimos en marcha, pero, en cuanto abrimos las puertas del coche para acercarnos, se apagó la luz de la sala delantera y toda la casa se quedó a oscuras. Ambos nos paramos y esperamos. Pasó un minuto, después dos, luego cinco. No se encendieron otras luces, ni nadie salió de la casa.

—No entiendo. ¿Puede ser que no trabaje hoy y se haya ido a dormir? —dijo Ramón.

Negué con la cabeza.

—No, hoy no es día de descanso y necesita el coche para ir al club.

—Quizá se esté arreglando.

—¿Y cómo ve? No creo que tenga infrarrojos en los ojos.

Ramón se volvió hacia mí y dejó escapar un suspiro.

—¿Prefieres llamar o cubrir la entrada?

—Yo llamo.

Sacamos nuestras armas y cerramos el coche sin hacer ruido. La noche no era calurosa, pero estaba sudando, incluida la mano que sostenía la pistola. Ramón también sudaba. Con el tiempo aprendí que puedes hacer eso cientos de veces, pero la adrenalina nunca deja de helarte la espalda y bañarte en sudor el resto del cuerpo.

Me acerqué a la puerta, tanteé la cerradura exterior y descubrí que estaba abierta. Crucé el pequeño patio lo más en silencio posible. Luego coloqué la espalda a un lado de la puerta de entrada a la casa y comprobé que Ramón, a unos pocos metros de mí, se encontraba en su posición. Asentí y él me devolvió el gesto. No había timbre, solo una antigua aldaba de metal. No me importó, golpeé fuerte con el puño y retrocedí para cubrirme con la pared.

—¡Policía! ¡Abra la puerta! —grité.

Diez segundos después, nadie había respondido desde el interior. Mi puño estaba a punto de golpear de nuevo, cuando se oyó el primer sonido proveniente del interior. Fue un grito ahogado y aterrorizado, como los que emite una persona cuando le han cubierto la boca y está

desesperada.

—Voy a entrar —le dije.

—Vamos a darle un minuto —opuso Ramón.

Pero yo ya había agarrado el pomo de la puerta y me encontré que también estaba cerrado, pero sin la llave echada. En un solo movimiento penetré en el interior y me agaché con la pistola apuntando hacia el frente.

La sombría luz de la calle me dio la suficiente iluminación dentro de la casa como para poder avanzar. Me escabullí hacia delante por un área sombreada a lo largo de la pared y luego permanecí en cuclillas y esperé.

El sollozo amortiguado se oyó otra vez proveniente de la oscuridad de la primera habitación, más afilado por el pánico, más aterrorizado. Entré camuflado por la oscuridad y apunté a la mancha del sonido, luego levanté la pistola y la moví un poco hacia la izquierda. Si alguien estaba amordazando a un rehén con una mano, hay más de un cincuenta por ciento de posibilidades de apuntar al lugar correcto, ya que la mayoría de las personas estarían mirando a la puerta y sosteniendo el arma en la mano derecha, a la vez que usaban la izquierda para cubrirle la boca a la víctima. Alargué el brazo izquierdo hacia detrás de mí y pulsé el interruptor de la luz sin apartar la mirada de donde apuntaba el arma.

Durante un breve momento de pánico, mis ojos quedaron cegados por la repentina claridad. En cuanto mis pupilas se adaptaron, vi a una persona atada en el suelo al otro lado de la habitación. Giré el arma hacia la izquierda y luego hacia la derecha, más que listo para disparar a cualquier cara enemiga con la que me encontrase.

Diez segundos más tarde y con el corazón aún palpitante, me di cuenta de que allí no había nadie más que la persona que sollozaba y yo. Al menos, en esa habitación.

Andrea era la persona que se encontraba tumbada en el suelo. Tenía los tobillos y las manos amarrados a la espalda, la cara enrojecida como si hubiese recibido alguna bofetada o se la hubiesen agarrado con fuerza y el pantalón corto que vestía dejaba ver un cardenal en la parte inferior del muslo izquierdo. Un trozo de cinta adhesiva le tapaba la boca y sus ojos se veían muy abiertos y húmedos, pero sin signos importantes de dolor.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—¿Por dónde se fueron? —le pregunté con la voz más tranquila posible.

Andrea sacudió la cabeza indicando el final del pasillo.

Salí de la habitación y me detuve a un lado con la espalda contra la pared. Luego me escabullí por un lateral del pasillo hasta la última puerta de la vivienda. Cogí el pomo y lo abrí de un impulso. Me encontré ante los ojos con una amplia cocina con las luces encendidas y que contaba con una puerta trasera que daba a las calles interiores. Salí afuera, pero no vi a nadie.

Supuse que, de lograr escapar todos, se escabullirían saltando alguna de las puertas metálicas que cerraban esas calles. Ramón estaba encaramado a la más cercana.

—Andrea está herida y atada —le dije a su espalda—. Quienquiera que lo hizo debió de salir por aquí antes de que yo entrase.

—Sí, los escuché saltar esta valla y salir corriendo, pero cuando doblé la esquina, solo alcancé a ver cómo se largaban en un coche. Pediré refuerzos por si se cruzan con ellos.

—Es buena idea.

Entré de nuevo en la casa, cerré la puerta con llave y fui hacia el cuarto del sofá sin guardar el arma, girándome de lado a lado para cubrir cualquier posible sorpresa que pudiera darme algún asaltante rezagado. Andrea estaba saltando en el suelo como su particular indicación para que me diese prisa.

—Voy a quitarte la cinta de la boca —le dije agachado al llegar a su altura—. Lo siento, pero te va a doler un poco.

Ella me dio un frenético asentimiento.

Tomé un extremo suelto de la cinta adhesiva y lo jalé hacia afuera. El brusco tirón apenas le provocó una pequeña mueca.

—En el... En el... Por favor... En el... —balbuceó a duras penas por la falta de aliento.

—Tranquila, Andrea. Respira. ¿Estás herida?

Ella tomó una bocanada de aire, negando con la cabeza.

—No, estoy bien. Por favor... En el armario, en el armario... Mi niña está en el armario.

Miré alrededor y no vi ningún armario.

—En la habitación de enfrente. En el armario —repitió.

—Ya voy —le dije—, pero déjame liberarte primero.

Saqué la navaja de bolsillo con la mano que me quedaba libre, extendí la hoja y la pasé por la cinta que le amarraba las manos y los pies. Ella se puso en pie y trató de salir corriendo, pero la contuve y le hice seña para que se mantuviese a mi espalda.

Crucé el pasillo mirando a los lados y entré con la pistola al frente en un dormitorio que aparentaba estar vacío. Andrea me seguía casi sin permitir que el aire circulase entre los dos. La habitación tenía una amplia cama en el medio y a la izquierda se veía un armario de dos puertas correderas simétricas. Mi estómago se revolvió al verlo y pensar que una niña tan pequeña podía estar encerrada allí dentro, pero ante el silencio, temí que alguien más se hubiese escondido con ella.

—Por favor —dijo de nuevo—, por favor.

—Espera.

Me acerqué a la puerta del armario, sin entender por qué no lloraba la niña, pero seguía sin escuchar ningún sonido proveniente de dentro. Usé la mano izquierda para abrir una de las

puertas, mientras mantenía el arma apuntando con la derecha.

Al principio, mis ojos no captaron nada raro dentro, solo ropa colgada y una amplia cajonera en el suelo, pero luego escuché un pequeño ruido. Eché un vistazo panorámico y, en un rincón y sentada encima de la cajonera, percibí los reflejos de dos ojos muy abiertos que apuntaban en mi dirección, pero casi sin expresividad alguna. Permanecían inertes en el lugar como una estatua. Arrastré los abrigos para despejar el camino hasta ella. Era poco más que un bebé, con un cabello rubio que parecía tan suave como el algodón enrollado, con los pequeños pies descalzos y unas manos en miniatura que no cesaba de frotar una con otra, como si quisiera lavarlas. La imagen era sobrecogedora. Solo las manos se movían, el resto del cuerpo permanecía congelado en aquella esquina, comandado por unos ojos enormes que ni siquiera se atrevían a parpadear.

—Le aterroriza la oscuridad —dijo Andrea con voz torturada a mi espalda—. La metieron ahí para que no les molestase mientras hablaban conmigo y lloró y lloró hasta que ya no pudo llorar más. Y mientras ellos se reían sin parar. ¡Fue horrible!

—Tranquila.

—¡Acércamela, por favor!

Me incliné hacia la niña y movió un poco la cabeza para verme mejor, pero los ojos seguían congelados.

—Hola, bonita. ¿Me dejas que te lleve con tu mamá?

Ella intentó asentir, pero no lo consiguió. Apoyé el arma en la cajonera y extendí los brazos para levantarla, pero al principio hizo el amago de apartarse para que no pudiera cogerla. Pensé en permitir que Andrea la tomase, pero temí que sufriera alguna lesión física y, de ser así, no quería que su madre se encontrase con ella sin esperarla.

Por fortuna, solo le llevó unos segundos relajarse lo suficiente para permitirme que la tocara. Cuando por fin lo logré, percibí lo frágil que era, con los brazos y las piernas pequeños, suaves y helados como el mármol. Le hice una revisión rápida, en la que no aprecié nada anómalo, y se la entregué a su frenética madre. Solo en ese momento pareció volver poco a poco a la vida, abrazada a Andrea y sollozando de manera ronca.

—Vamos a la sala, traeré un vaso de agua —le dije.

Cuando volví a entrar en la cocina me fijé que estaba limpia y con todos los utensilios en el lugar que se supone que deben estar. Tomé un vaso en el armario y lo puse debajo del grifo para llenarlo, pero, al cabo de un rato, me di cuenta de que el agua se estaba derramando por mis dedos y ni siquiera lo había notado.

Dos años, aterrorizada por la oscuridad, metida en un armario, sin fuerzas ni para llorar. Alguien se iba a arrepentir de haber hecho eso. No era un deseo de venganza, sino de justicia.

Alguien.

Capítulo 17

Media hora más tarde y tras comprobar que toda la casa estaba libre de intrusos, Ramón, un par de agentes y yo nos encontrábamos en la sala con Andrea y su hija, que se llamaba Ariadna. Le ofrecimos llamar a una ambulancia, pero se negó de una manera rotunda, alegando que no le habían hecho nada.

Otros policías de uniforme recorrían los alrededores en busca de los asaltantes, pero resultaba evidente que se habían escapado lejos de allí hacía mucho. Habrían visto desde el interior cómo deteníamos el coche y mirábamos hacia la casa y eso les había dado la ventaja suficiente para poder huir por detrás.

Después de varios minutos de llanto, Ariadna se calmó en el regazo de Andrea y parecía lista para caer en un sueño reparador. Antes de que lo hiciera, Andrea pidió que alguien fuese a la cocina y le llevase una caja de pastillas del segundo cajón de debajo de la encimera. Ariadna, al parecer, había nacido con el Síndrome de Rett, una enfermedad de la que nunca había escuchado hablar.

—Es un trastorno neurológico bastante raro —dijo Andrea, mientras persuadía a Ariadna para que se tomase el medicamento—. Le afecta a la habilidad de las manos, al aprendizaje y al desarrollo en general. Por ejemplo, me han dicho que es posible que nunca llegue a caminar, pero yo no pierdo la esperanza. Esa es una de las razones por la que estaba tan asustada cuando la metieron en el armario.

Todos nos quedamos en silencio mirándolas.

—Tiene que tomarlas todos los días —continuaba explicando Andrea—. Eso junto con visitas permanentes a fisioterapeutas, nutricionistas, terapeutas, etc. Todo para luchar contra un monstruo que no se detiene...

Entonces pensé que los niños que nacen con algún síndrome o enfermedad poco común a menudo no tienen la cobertura necesaria por parte del Estado. Lo que supone que el pago de buena parte de esos profesionales, si no todos, tiene que salir del bolsillo de los padres. Y no son lo que se dice baratos.

—¿Dónde está el padre de la niña? —se me ocurrió preguntar.

—No sé. Se fue en cuanto supo que estaba embarazada. No esperó ni a que naciese, así que, teniendo en cuenta que Ariadna sufre este trastorno, no voy a ser tan ilusa de esperar que vuelva.

No se me ocurrió qué decir.

Después de un buen rato, Andrea consiguió que Ariadna se quedase dormida en su cama y

luego regresó al salón. Me pareció que tenía la misma expresión que un civil inocente e indefenso tras sufrir un bombardeo en la Segunda Guerra Mundial.

Ramón hizo un pequeño gesto con la cabeza a los policías uniformados para que saliesen de la habitación y los dos pudiéramos hablar con ella sin que se sintiese tan agobiada.

Andrea se sentó en un extremo del sofá y perdió la mirada en la alfombra, mientras yo me senté en el opuesto.

—Lo siento, pero tenemos que hacerte algunas preguntas —dije— y te pido por favor que seas sincera con nosotros. ¿Estabas sola esta noche cuando llegaron los asaltantes?

Por alguna razón, dilató la respuesta unos segundos para acabar asintiendo con la cabeza.

—¿Tu familia vive aquí?

Ella negó con la cabeza.

—¿Hoy vino la niñera?

—Hicieron que la llamase y le pusiera una excusa para que no viniese.

—¿Cuántos eran?

—Dos.

—¿Dos hombres?

Ella de nuevo asintió como si le costase responder.

—¿Altos, bajos? ¿Gordos, delgados?

—Estatura normal.

—¿Blancos, negros, latinos?

—Traían las caras tapadas, con eso que usan los esquidores. Pasamontañas.

—¿Y las manos?

—¿Manos?

—¿Eran de piel blanca, negra, oscura?

Una pausa.

—Llevaban guantes, creo.

—¿Crees?

—Tenía miedo. No me paré a analizarlos, solo pensaba en mi niña. ¿Puedes entenderlo?

—Sí, sí puedo. Aun así, ¿nos estás diciendo que no has podido ver alguna parte de su cuerpo para saber el color de su piel?

—No vi nada o no lo recuerdo.

—¿Alguna otra característica especial?

Me lanzó una mirada asesina tras la última pregunta y luego volvió a la posición inicial y se mantuvo en silencio con la vista perdida en la alfombra.

—Está bien —dije, al no recibir respuesta—. ¿Qué puedes decirme acerca de su constitución? ¿Eran gordos o delgados?

—No me fijé.

Había intuido la respuesta, pero tenía que preguntar de todos modos.

—Dijiste que metieron a Ariadna en el armario porque querían hablar contigo y les molestaba. ¿De qué querían hablar?

—Yo... tampoco lo recuerdo. Me hicieron preguntas, pero yo no era capaz de atenderlas. Todo sucedió muy rápido y Ariadna no dejaba de llorar aterrorizada. No podía pensar con claridad.

Todo eso lo respondía con los ojos fijos en el suelo. Yo miré a Manuel. Él sacudió la cabeza y se encogió de hombros, dejando ver un semblante cansado. Entonces pensé que era hora de ir a por todas, aunque fuese lo último que me apeteciese hacer en aquel momento.

—Está bien, Andrea —continué—, entonces pasemos a una última cosa. ¿Conoces a un hombre llamado el Cobra?

La pregunta la sobresaltó. Se puso rígida durante un segundo y después trató de volver a la postura defensiva que había mantenido hasta entonces.

—No —dijo—, no conozco a nadie con ese nombre.

Me acerqué a ella un poco y bajé la cabeza lo suficiente para poder ver mejor su cara.

—Pues te diré que lo acabamos de encontrar asesinado al lado de las vías del tren. Lo golpearon hasta matarlo y luego lo tiraron a la cuneta como si fuese un perro.

Eso derribó su defensa. Sacudió la cabeza para mirarme y se llevó una mano a la boca al no ser capaz de contener el llanto.

—Entonces, sí lo conocías —le dije.

Volvió a desviar la mirada, esta vez para perderla en la pared del fondo. Me incliné aún más cerca de ella.

—Pues sabes, le gustabas —continué—. Me dijo que le gustaba encontrarse contigo y con Ariadna en el parque y que siempre se paraba a hablar con vosotras. También me dijo que lo tratabas con amabilidad y respeto, y eso era mucho más de lo que esperaba de la gente. Pero hazte a la idea de que ya no vas a volver a encontrarlo.

—Dios mío, no —dijo ella, negando con la cabeza.

Entonces intenté aprovechar el momento.

—Andrea, necesitamos que nos digas quiénes eran esos hombres y qué querían, no tienes más opción.

—No, no, no —dijo entre sollozos.

En ese instante, levantó las rodillas, apoyó los pies en el sofá y se acurrucó en una bola para proteger la cabeza entre los brazos y los muslos en posición defensiva.

Después de concederle unos segundos, continué.

—¿Trabajaban para Edgar Santana?

—Por favor, déjalo —dijo ella.

—¿Él está detrás de esto?

Se secó las lágrimas en un rápido movimiento y retornó a la posición en la que se había refugiado, pero sin contestar.

—Andrea —dije—, vinieron a verte porque el Cobra les contó que había tenido una charla conmigo y me había informado de las entregas que hacías por la noche. Él no sabía mi nombre, por lo que no pudo decírselo, pero un policía es un policía y era evidente que quien quiera que fuese ese policía iba a seguir con la pista. Querían saber si yo ya te había contactado, ¿verdad?

Ella siguió inmóvil.

—¿Le dijiste a alguien mi nombre?

—¡No! —gritó al instante, como si haberse resistido a hacerlo lo percibiese como un logro y se sintiese ofendida por ponerlo en duda.

Entonces retrocedí un poco y suavicé mi voz.

—Quizá no te des cuenta, pero ese no que acabas de decir confirma todo lo que te he dicho —le dije—. Significa que el Cobra te vio darle un paquete a un hombre a altas horas de la noche, que antes de matarlo le sacaron toda la información y que vinieron aquí para saber si ya habías hablado conmigo, pero sobre todo para advertirte de que no abras la boca. Esa firmeza instintiva en que no les dijiste mi nombre confirma todo eso.

Ella dejó de llorar y congeló su expresión para tratar de decirme que no continuase, pero yo seguí.

—También es muy posible que el encargo fuese averiguar si te habías ido de la boca y luego matarte, para así librarse del problema —continué—. Digo que podría, porque si Edgar está detrás de esto, no es de los que deja cabos sueltos o se arriesga de una manera gratuita. Si ve que la policía está abriendo una grieta, corta por lo sano. Ya has visto que lo hizo con el Cobra y lo hará contigo. Él quiso conseguir una dosis gratis y firmó su sentencia de muerte, pero también la tuya, porque si han venido a tu casa es porque les contó que me había informado sobre ti. Piensa que, si la policía te controla, siempre puedes acabar hablando por mucho que te amenacen y eso significa que eres un problema. Además, ya no puede hacer pasar la mercancía por tus manos, con lo que no le sirves para nada. Pero eso tendrías que saberlo.

Ella permanecía inmóvil y parecía no escucharme, pero yo continué.

—Andrea, Edgar no deja a nadie que lo pueda delatar circulando por ahí, porque podéis pasaros al otro bando y testificar en un juicio. Y quizá pienses que puedes convencerlo de que no hablarás, pero no puedes, porque siempre serás un riesgo y él no es de los que corre riesgos. O estás libre de sospecha o estás muerta. Y no te engañes, si aún sigues con vida es solo porque llegamos nosotros a tiempo o porque matar a un chivato de mala muerte es una cosa y sacar de la circulación a una chica y a su hija, otra. Quizá quiera hacerlo más discreto, cuando la policía no

esté encima de ti. Es posible que eso, y solo eso, te haya dado una bola extra. Pero no te engañes, Andrea, estás sentenciada y Ariadna va en el mismo paquete que tú. Ya no estás en posición de elegir de qué bando estar, tienes que contarnos todo lo que sepas por tu bien y el de tu hija.

Ella comenzó a sacudir la cabeza de manera lenta de lado a lado.

—No —dijo ella.

—Andrea...

Entonces levantó la mirada en mi dirección con una expresión desesperada.

—¡Dijiste que nos protegerías!

Eso me dejó sin aliento y casi sin palabras.

—Es lo que estoy haciendo, ya lo has visto hoy —respondí al cabo de unos segundos y como si me estuviese excusando—. Y ya sé que no es fácil lo que te pedimos, pero tienes que entender que es difícil movilizar medios para proteger a alguien que no nos ayuda.

Por muy tonto que resultase, no podía negar que le había prometido protegerla. Y había hecho esa promesa como si en aquel restaurante estuviese jugando a ser el protagonista imbécil de una película de sobremesa que solo puede salir victorioso. Lucas Acevedo, el superhéroe de televisión, comprometiéndose de manera inconsciente a algo que no tenía forma humana de cumplir. Debería haber pensado que aquello no era la maldita trama de una película a la que poder girarle el guion a mi conveniencia, sino que era la pura y dura realidad.

Entonces dije lo único que se me ocurrió y con ese patético tono de súplica que nada más usarlo ya sabes que no vas a conseguir nada.

—Coopera con nosotros, por favor. Podremos protegerte de verdad si lo haces, porque entonces te mantendremos escondida donde no puedan llegar hasta ti.

—No —contestó, zanjando el tema—, no puedo cooperar, porque no sé nada.

Me levanté del sofá, miré a Manuel y le hice un gesto con la cabeza para indicarle que yo había acabado y que podía hablar con ella.

Andrea mantuvo la cabeza baja cuando él ocupó mi lugar a su lado. Yo me dirigí al pasillo con la finalidad de esperar en la cocina y dejarlos a solos. No, no creía que Manuel tuviese más opciones que yo, pero quería mantener la esperanza de que consiguiera hacerla entrar en razón y en estos casos un ambiente de confidencialidad siempre te otorga un porcentaje extra de posibilidades.

Cuando llegué a la cocina, me acerqué a una de las paredes y me apoyé a ella. Me sentía como si un murciélago de dientes afilados se hubiese clavado en mi espalda y me estuviese extrayendo la sangre y también el oxígeno. Parecía que no había manera de sortear su miedo. Aunque no sé si su silencio se debía al temor que le infundía la idea de enfrentarse a la justicia o lo que la aterrorizaba era todo lo que Edgar podía llegar a hacerle si soltaba una palabra. Quizá fuese una combinación de ambos temores. En todo caso, me pareció la elección más sencilla para

una persona que no tiene experiencia en estas situaciones y lleva sobre los hombros una mochila con un bebé.

Entonces fue cuando me di cuenta de que, si bien necesitábamos que cooperase, en mi interior más profundo no quería que admitiera nada delictivo, porque eso significaría que tanto ella como Ariadna acabarían en la cárcel. Sí, podía confesar y colaborar con la policía, y eso le reportaría un trato de favor por parte del juez, pero ejercer de intermediaria en el tráfico de droga no es un delito menor y lo normal es que tuviese que ingresar en prisión durante algún tiempo. En cambio, de seguir cerrada en banda, lo único que teníamos en su contra era el testimonio de un hombre muerto y de nula reputación, realizado de madrugada en un callejón oscuro una tórrida noche de verano. Un hombre que, además, no iba poder prestar declaración. En otras palabras, nada que llevar ante un tribunal.

La cuestión era que yo la quería fuera de aquel lío, tanto a ella como a Ariadna, y no había otro camino para conseguirlo que encontrar la manera efectiva de sacarla de allí antes de que se derrumbase o Edgar chascase los dedos para ordenar una ejecución preventiva.

Llené un vaso de agua en el grifo del fregadero y traté de encontrar una estrategia efectiva mientras lo bebía a pequeños sorbos. Al cabo de un rato de exprimir la cabeza, decidí regresar al salón y esperar mirando por la ventana hacia el exterior.

A mi espalda, Ramón seguía conversando con ella. Su voz era suave y reconfortante, pero a cada frase que le decía, Andrea se notaba un poco más nerviosa.

Todavía estaba sacudiendo la cabeza en el sofá, cuando Ramón dio por finalizado el interrogatorio y se acercó a mí.

—Nada, no hay manera de que hable —cuchicheó a mi lado—. Supongo que, después de la visita de esos dos, está cagada de miedo.

—Es normal.

—Sí, pero sin su testimonio no tenemos nada de nada.

—Necesita protección —dije.

Ramón suspiró.

—Lo sé, pero no va a ser fácil —dijo—. No nos está ofreciendo nada y los policías disponibles para estos casos son escasos. ¿Has oído hablar de rentabilizar medios?

—Se trata de Ariadna también.

Él asintió como con pereza. Parecía cansado.

—Bueno —dijo—, déjame a mí, tengo algo de mano con el jefe. Creo que si se lo planteo de la manera apropiada podría convencerlo para que ponga un coche patrulla fuera de la casa durante algunos días. Pero pocos y ya te digo que más de eso me parece imposible.

—Algo es algo. Espérame fuera, voy a intentar tranquilizarla un momento.

Ramón salió mientras yo me acercaba al sofá y me sentaba al lado de Andrea. Ella

continuaba con la cabeza sobre las rodillas.

—Vamos a conseguir que te pongan un coche de policía en la calle e intentaremos que se queden todo el tiempo posible.

—Gracias.

—De todos modos, eso no es seguridad absoluta y lo que te dije en el restaurante sigue en pie. En cualquier momento, por cualquier cosa, ante cualquier peligro, llámame al móvil, ¿vale?

—Vale —dijo, dejando escapar una lágrima.

—Piensa que, si lo hubieras hecho hoy, habríamos llegado mucho antes.

En ese momento, levantó la cabeza y me miró a los ojos. No sé si la expresión que tenía era de sorpresa por lo que le estaba diciendo o de agradecimiento. Quise pensar que lo segundo, pero en realidad me valían las dos.

—No me mires de esa forma, te aseguro que es así —añadí mientras me levantaba haciendo ademán de despedirme—. Es más, hazme una llamada perdida, grabo tu número y le pongo un tono especial y estridente para que no se me pase en ninguna circunstancia.

Yo saqué mi teléfono móvil. Andrea dudó un instante, pero al final, fue al dormitorio y apareció con su teléfono en la mano. Lo desbloqueó, buscó en la agenda y pulsó mi número, que me fijé que lo tenía grabado con el nombre de Elena.

—Borra la llamada —dije en cuanto apareció el suyo en mi pantalla—. Ahora que saben que hemos estado aquí, pueden revisarte el teléfono y te meterías en un problema.

Ella asintió con la cabeza. Parecía aún más cansada de lo que nosotros estábamos.

Cuando ya salía al exterior, Ariadna lloró en el dormitorio y Andrea se levantó a toda prisa para atenderla. Yo cerré la puerta tras de mí, me subí al coche de Manuel y cerré los ojos recostado en el asiento.

Capítulo 18

Cata, de Catalina, era una agente de origen argentino capaz de convencer a la más seria y recta de las personas para hacer las cosas más impensables. Sobre todo, si estas personas eran del sexo masculino. Les hablaba con su encantador acento, le añadía un conseguido tono de lolita en apuros y parecía que los drogaba como lo haría una serpiente con la mirada. Yo llevaba poco tiempo en el cuerpo, pero me había hecho amigo de ella enseguida y ya le debía varios favores. Esa noche tenía la intención de añadir uno más a la lista.

Tras estar en casa de Andrea, Ramón me dejó delante de mi domicilio. Subí al piso sin perder tiempo, saqué el teléfono y llamé a Cata, que estaba a punto de acabar su turno en la comisaría.

Cuando me contestó, le recité el número de Andrea y le pedí que se comunicase con la operadora para convencerlos de que le facilitasen el registro de las llamadas que había enviado y recibido los dos últimos días. Todo ello, por supuesto, argumentando la necesidad urgente dentro de una investigación por asesinato y bajo promesa de que en los próximos días les llegaría la pertinente orden judicial. Aunque esto último no fuese del todo cierto.

La cuestión era que solía tener éxito y esperaba que en esta ocasión no cambiase el resultado.

No habían pasado ni diez minutos, aunque a mí me pareciesen una hora, cuando la buena de Cata me devolvió la llamada:

—Se ve que la chica que buscas no usa mucho el teléfono o conoce a poca gente —dijo.

—¿No hay llamadas?

—Recibidas, no. Enviadas, dos.

—¿Cuáles?

—Me vas a deber dos favores, porque te he buscado también a quien pertenecen.

—Vale, dos favores.

—La primera la realizó esta mañana a las cuatro y cincuenta y tres a un tal Jorge Dasilva. O sea, de madrugada. La segunda, la acaba de efectuar hace apenas veinte minutos y fue a un teléfono a nombre de Eva Arteaga. Pude averiguar los titulares, porque los dos teléfonos pertenecen a la misma compañía, Vodafone, el antiguo Airtel.

—¿Cata?

—¿Qué?

—Te quiero.

—No seas chamuyero.

Volví a la cocina y saqué otro café. Me senté con él a la mesa y pensé en esas dos llamadas, pero sobre todo en las horas a las que las había realizado. Estaba claro que, en cuanto nos fuimos de su casa, Andrea avisó a una de las compañeras de que no iría a trabajar. Sí, había otras posibilidades, pero las descarté enseguida. La primera, que quisiera avisara Edgar de que habíamos estado en su casa, pero de eso ya tenía que haber sido informado por los matones. La segunda, para decirle cuatro cosas como haría una madre de los años setenta u ochenta, pero ni a ella la veía capaz de atreverse, ni las referencias que tenía sobre Edgar hablaban de una persona a la que le puedes hacer ver tus enfados. La última, que hubiese sucumbido y lo llamase para facilitarle mi nombre, pero la sensatez me decía que, si había aguantado las presiones de los matones, no iba a hacerlo después de estar allí nosotros y haberle prometido más protección. En cualquier caso, pasaría por su casa más tarde y comprobaría que el Nissan Almera no se había movido del lugar donde lo había visto aparcado.

Por otro lado, estaba la otra llamada y pensé que todo indicaba que la había realizado tras separarme de ella en el restaurante para cancelar la entrega de aquel día con alguna excusa. No pudo acusar al Cobra, porque yo no lo nombré y tampoco iba a ser tan tonta de decir que un policía se le había acercado y temía que pudiese seguirla, porque eso la pondría en la cuerda floja. Pero lo importante era que, si lo había llamado a esa hora, significaba que el tal Jorge Dasilva tenía que ser el matón cualificado que iba a recoger la droga a su casa.

Me permití descansar un par de horas y luego puse rumbo a la comisaría para buscar información sobre él. Podría llamar desde casa y me lo diría cualquier compañero, pero pensaba acudir a más sitios después de eso y aproveché la salida.

Descubrí que Dasilva había tenido dos detenciones por tráfico de drogas. También aparecía una foto, una dirección y un número de teléfono de contacto.

Me grabé sus rasgos faciales en la memoria y salí al exterior. Dentro del coche, marqué su número de teléfono y esperé. Sonaron cuatro tonos antes de que alguien descolgase. Él no conocía mi número, así que su respuesta fue vacilante.

—¿Sí? ¿Quién es?

Tenía la voz plomiza, pero un poco aflautada. La parte aflautada supuso una sorpresa para mí, ya que se suponía que tenía que ser alguien grande. Al menos, eso me había dicho el Cobra.

—Vamos a ver, imbécil —le grité—. El jefe quiere saber qué coño está pasando.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso de qué está pasando?

—Quiere saber quién te vio recogiendo en la calle Campuzano, imbécil.

—Nadie. No me vio nadie —respondió con rotundidad.

No sonaba como si fuese el cuchillo más afilado del cajón, pero sí parecía el martillo más contundente del estuche. Fue entonces cuando debió de pensar que esa era una buena ocasión para demostrarlo, aunque fuese a través del teléfono.

—Escucha, hijo de puta —gritó—. No sé de qué va esto, ni quién mierdas eres, pero como me vuelvas a llamar, te juro que te encuentro y te arranco los huevos de una patada, ¿me entiendes? Así que vete a hacerte una paja mientras puedas y déjame dormir.

—Perdón —dije—, creo que me equivoqué de número.

Corté. Después de todo, ya había escuchado lo que necesitaba.

Pasé por delante de la casa de Andrea y no solo había un coche de policía camuflado aparcado delante, sino que, tal como había supuesto, el Almera seguía en la misma posición. De allí tomé rumbo a *El Magazine*. Entré en el aparcamiento cuando estaban a punto de bajar la persiana por esa noche. Casi no quedaban automóviles en el lugar y los pocos que se veían se encontraban estacionados en la zona reservada para los empleados. Aparqué en la parte más cercana a ella y esperé.

No pasó mucho tiempo antes de que las chicas comenzaran a salir escoltadas por los dos voluminosos gorilas que había visto controlar los pasillos. Entonces observé a una mujer joven que se dirigía hacia un Toyota aparcado a pocos metros de donde yo esperaba.

Me acerqué a ella con la placa en la mano.

—Disculpe —dije—, me gustaría hacerle un par de preguntas.

Su cara bonita adoptó una expresión de confusión e inquietud, supuse que la frase «hacerle un par de preguntas», unida a la visión de la placa, era algo que hubiese preferido no escuchar.

—¿Es usted policía? —tartamudeó.

—Sí.

—¿Y quiere hablar conmigo?

—Necesito hablar con alguna compañera de Andrea Ramos y me decidí por ti, solo es eso.

—¿Por qué yo?

En ese momento, uno de los matones que habían salido a escoltar a las chicas se empezaba a dirigir a nuestra posición a buen paso. Era alto y fuerte, con una cara marcada por un acné juvenil mal curado y llena de bultos recién amoratados. Se notaba que eran consecuencia de una pelea reciente, porque también se le veía un visible corte en la ceja derecha. Esa imagen le añadía un toque bastante amenazador, a juego con el tamaño.

—Aléjate de ella y lárgate de aquí, amigo —dijo con la cara contraída—, si no quieres que pierda la paciencia y te ponga en la carretera yo mismo.

Avancé tres pasos para salir a su encuentro. Mis ojos quedaban a la altura de su nariz y levanté la placa a la altura de mi hombro para que pudiera verla pese a la penumbra en la que nos encontrábamos.

—Tranquilo, boxeador —le dije—. ¿Por qué no vas y le dices a tu jefe que he decidido que tenga que aguantarme un rato esta noche?

Entrecerró los ojos e hizo un gesto de desprecio, antes de darse la vuelta y regresar al local.

—Te crees duro con esa placa —dijo con voz gruñona mientras se iba—. Me gustaría ver lo valiente que eres cuando estás sin ella.

Volví al coche para poder lanzar la placa a través de la ventanilla abierta y luego regresé a donde había dejado a la chica.

Aún estaba a medio camino, cuando un hombre mucho más pequeño que el primero y mejor vestido apareció cruzando el aparcamiento. Era Edgar Santana. Su cuerpo coincidía con la foto que había visto en la pantalla del ordenador, ya que era pequeño de altura, aún más de cabeza, pero de cuerpo muy robusto. Como si fuese un bulldog americano después de aprender a caminar sobre dos patas. Se movía como si estuviese herido, enfadado y con ganas de saltar sobre algo o alguien. El pelo oscuro y corto y los ojos descarnados ayudaban en buena medida a dar esa imagen.

A pesar de que tenía la mitad del tamaño del tipo voluminoso que lo seguía, su manera de andar le hacía parecer dos veces más peligroso. Y resultaba evidente que él era muy consciente de ello.

Llegó hasta donde yo me encontraba con una sonrisa burlona e irradiando una generosa cantidad de arrogancia.

—¡Vaya sorpresa! —dijo— ¿Quién habría pensado que ahora los moscones nocturnos traen placa?

—¿Cómo estás, Edgar? Por fin nos conocemos. Me han hablado largo y tendido sobre ti.

—Espero que todo lo que te hayan dicho sea bueno.

—¿Acaso podría ser de otra forma?

—¿Esa placa que le enseñaste a mi empleado era de verdad o te la has comprado en un chino para poder camelar a una chica por la puerta de atrás?

—Si tienes alguna duda, siempre puedes ponerte tonto y así lo compruebas por ti mismo.

Eso pareció frenar su impulso inicial en cierta medida.

—No, no va a ser necesario. Dime, ¿por qué querría un policía hablar con una de mis chicas a oscuras en el aparcamiento? ¿No puedes venir igual que el resto por la puerta principal y convencer a la que más te guste para que intime contigo?

—No son sus encantos lo que me interesa.

—¿Entonces? ¿Susan ha hecho algo malo?

—Eso creo que no es de tu incumbencia. Solo he venido a hablar con ella, y por supuesto en privado. Así que tú y el amigo Rambo podéis esperar donde no seáis multitud.

A pesar de querer disimularlo, se le notaba en la cara que no estaba disfrutando en absoluto ni de mi presencia, ni de la conversación, y supuse que la irritación que estaba reprimiendo de forma evidente se debía a mi comportamiento irrespetuoso.

Edgar entrecerró los ojos y trató de relajar la cara. Cuando volvió a hablar, después de unos

segundos, lo hizo con una voz enfermiza, pero endulzada.

—Por favor, habla con ella si eso es lo que quieres —dijo—. Supongo que entre todo eso que te han dicho, está que aquí profesamos la mayor admiración y respeto por las fuerzas del orden.

—Madre mía, Edgar, estoy conmovido. Muchísimas gracias.

Me di la vuelta y con un ligero gesto guie a Susan hacia la zona en la que había dejado aparcado el coche.

—No te preocupes —le dije en voz baja—, no es nada importante. Todo lo que quiero saber es si eres amiga de Andrea.

—Sí, claro —dijo con voz aún nerviosa.

—¿Llamó esta noche para avisar a alguna de vosotras que no vendría a trabajar?

—Sí, a una compañera.

—¿Cómo se llama esa compañera?

—Samantha.

—No, necesito su nombre real.

—Su nombre de verdad es Eva, pero no sé cómo se apellida.

—¿Sabes si le pasó el recado a Edgar?

Ella miró de manera nerviosa en dirección a su jefe, pese a que él no podía escucharnos.

—No te preocupes, no puede escucharnos y todo lo que me digas es confidencial —traté de tranquilizarla—, pero necesito que seas sincera conmigo, porque vamos a comprobar la información que nos des.

Susan cogió una gran bocanada de aire.

—Sí, seguro —contestó luego—. De hecho, Edgar estaba a su lado en ese momento y le pasó el teléfono. Estuvo hablando con ella un momento.

—Gracias, eso era todo lo que necesitaba saber.

—¿Seguro que no está metida en un problema?

—No, no está metida en problemas. Vete a casa y que tengas una buena noche.

Una Susan algo vacilante caminó con paso lento y desconfiado hacia el Toyota, girando un par de veces con timidez la cabeza para ver dónde yo me encontraba.

Edgar y su gorila se acercaron a mí.

—Ahora que ya has hecho lo que venías a hacer y no eres más que un intruso —dijo Edgar—, creo que es el momento de que salgas de mi aparcamiento. A menos que traigas una orden de registro.

—No, no la tengo —le contesté—. Pero, aun así, podría quedarme un rato, disfrutar del placer de tu compañía y aprovechar para hacerte algunas preguntas. Como, por ejemplo, ¿por qué no les dijiste a las otras chicas que Andrea no vendría a trabajar esta noche? Podrían haberse

preocupado, ¿no crees?

—Andrea no avisó hoy de que iba a faltar. Hablaré con ella cuando vuelva.

—Es curioso, pero en su teléfono móvil hay una llamada registrada que dice lo contrario.

—Entonces seguro que le cogió otra persona y no me dio el recado. Quizá tenga que abroncar a dos. Hacer que los empleados no se olviden de cumplir las normas internas de la empresa no siempre resulta sencillo. Pero estoy pensando, ¿por qué este interés repentino en Andrea?

—Alguien entró en su casa hoy y creo que de muy malas maneras. Al final, resultaron ser dos tíos sin escrúpulos y que, sin duda, seguían las indicaciones de un jefe con aún menos escrúpulos que ellos. ¿Conoces a alguien así por aquí?

Edgar se frotó la barbilla de una manera exagerada, a la vez que hacía ver que estaba pensando.

—No, no se me ocurre nadie y tampoco estoy al corriente de que esté metida en algún lío. Lo investigaré y si descubro que sí, tendré que despedirla. No quiero chicas problemáticas en mi negocio. Dan mala imagen, ya me entiendes. ¿Y tienes alguna idea sobre quiénes eran esos hombres?

—¿Las personas que entraron en su casa? No, pero ya sabes que cuanto más contundente es alguien en sus actuaciones, más lleno de mierda tiene el culo de la diarrea que sufre. En otras palabras, será algún pequeño cabrón que le tiene miedo hasta a su propia sombra y que necesita actuar con firmeza para que no se le desmadren los elfos que tiene a su mando. Supongo que conoces a alguno de esos. Siempre van acompañados de matones hinchados que les gusta amenazar a la policía cuando acude a hacer su trabajo a un aparcamiento. Conoces muy bien a ese tipo de cobardes, ¿no es así?

Intentó sonreír antes de responder.

—Entonces, has venido hasta aquí para descubrir quién se olvidó de pasarme el aviso de Andrea. Lo siento, señor policía, pero me parece una pérdida de tiempo por tu parte. ¿No tenéis nada mejor que hacer las fuerzas del orden para rentabilizar vuestro sueldo?

—¿No has pensado que quizá tenga que ver con algún asunto de drogas? Supongo que tú no te dedicas a ese negocio, ¿verdad, Edgar?

—¿Yo? Menos que nadie. No lo necesito, me va bien el local.

—Claro, pero tenía que preguntártelo, entiéndeme.

—¿Algo más, señor policía? Lamento llamarte así, pero no recuerdo tu nombre.

—No, no hay más preguntas. Y no te preocupes por mi nombre, intuyo que pronto nos vamos a conocer mucho mejor.

Le dediqué a Edgar y a Rambo una sonrisa cordial a modo de despedida y luego me metí en el coche y me alejé.

Sin duda, en cuanto me marchase de allí, Edgar le preguntaría a Susan qué había hablado con ella y sabría que no me había tragado su mentira. A Susan no le pasaría nada, porque todo lo que me había dicho no tenía importancia alguna. Además, apostaba a que la pobre chica no tenía ni idea del negocio paralelo de su jefe y menos de los detalles. Pero a Edgar le seguiría molestando que yo hubiese tenido la osadía de entrar allí como si aquello fuese mi casa y, sobre todo, lo insolente que me mostré durante la conversación. Y eso era justo lo que yo pretendía conseguir.

Mi intención era meterme bajo su piel, como lo haría un parásito invasor, y avanzar hasta su cerebro podrido.

Capítulo 19

Ser la primera persona en llegar a la comisaría a primera hora del turno de mañana me hizo comprobar que, si quería un poco de café, tendría que hacerlo yo mismo. Me preparé uno solo, muy cargado, en una taza doble y la sensación al darle el primer trago fue sublime. Me sentía capaz de flotar sin esfuerzo el resto del día. Una pena que el efecto no durase para siempre.

Puse la taza sobre la mesa, cogí un papel y me dispuse a escribir el orden de prioridades. Había dos que pugnaban por colocarse las primeras de la lista. Prioridad uno, mantener a Andrea y a Ariadna libres y seguras. Prioridad dos, pegar al imbécil de Edgar como una pegatina en el fondo de la pared más mugrienta de una celda.

Al momento y antes de que llegase a añadir alguna más, caí en la cuenta de que la número dos llevaba implícita a la número uno. Sobre todo, en lo que se refería a mantener seguras a las dos chicas.

También pensé que en las organizaciones criminales pequeñas todo suele ir cuesta abajo cuando el cabecilla es detenido, porque esos jefes tienden a no delegar ni compartir información más allá de lo necesario en cada momento. Eso provoca que sea una odisea para cualquier sucesor seguir con la actividad del mismo modo que hasta entonces.

Me pareció que esa tenía que ser la forma en que Edgar Santana llevase el negocio. La arrogancia y la codicia de la que hacía gala me daban cierta seguridad de que, si él desaparecía, la organización se podría derrumbar. O al menos se tornaría lo bastante vulnerable como para que la pudiésemos desarticular con más facilidad en un futuro.

Por otro lado, conocer a Rambo y a Dasilva añadía aún más consistencia a mi razonamiento, puesto que dejaban ver que Edgar sentía preferencia por colocar en puestos de confianza a personas sin un alto grado de inteligencia ni la suficiente ambición para cuestionar su liderazgo. Más bien parecía que se sentía cómodo rodeándose de personas grandes de tamaño, pero que se limitasen a mantenerlo contento.

Cuando ya me estaba preparando el segundo café, Ramón entró a trabajar. Lo invité a uno y le expliqué las novedades de la noche anterior, desde los teléfonos que me había facilitado Cata a la tensa charla que mantuve con Edgar en el aparcamiento.

Ramón cerró los ojos, colocó el dedo pulgar y el índice sobre el puente de la nariz y empezó a negar con la cabeza. Ese gesto siempre significaba que todavía se encontraba dilucidando si mi actuación había sido la más correcta.

—Llamar por teléfono a Dasilva puede parecer arriesgado para la operación, pero era imprescindible —añadí—. Necesitamos tener la completa seguridad de que Edgar es el

responsable de todo esto para, a partir de ahí, pensar en cómo proteger a Andrea. No conseguí sacarle mucho, porque enseguida se dio cuenta de que aquella llamada no provenía de Edgar, pero pude confirmar lo que quería. Piensa que, si el coche de policía que está frente a su casa solo se va a quedar unos días, no tenemos mucho margen de maniobra.

Ramón abrió los ojos y dejó escapar el aire había estado reteniendo mientras me escuchaba.

—De lo que me estoy dando cuenta —dijo luego— es de que no solo Andrea tiene que ir con cuidado, sino que tú también te has metido en la boca del lobo y de la peor manera. Quizá Edgar aún no sepa cómo te llamas, pero ya conoce tu cara y tienes que pensar que, si quería identificar al policía que habló con el Cobra, no era por curiosidad. Haz un esquema, amigo. Al Cobra ya se lo ha cargado; a Andrea, está en proceso; ¿para qué coño crees que quiere saber quién eres?

—Solo se vive una vez.

—Eso es verdad, pero estás subestimando el encanto de la longevidad. Como yo lo veo, sabe que se le ha abierto una vía de agua en la organización y no va escatimar recursos para colocar el parche que la cierre.

Me encogí de hombros mientras él negaba con la cabeza.

—No sé —continuó—, queríamos saber quién se había hecho con el dominio de la ciudad, porque no teníamos ni idea de cómo funcionaba ni quién la dirigía, y tú por una esquinita te has metido en la organización como un gusano en una fruta y estás tirando hacia la semilla a toda velocidad y sin pararte a pensar nada. Amigo, eso se llama jugarse la vida y los policías no nos jugamos la vida así a lo tonto, porque si lo hacemos no llegamos a la jubilación. Creo que esto es muy grande y muy perfecto, y no tengo claro que no sea tarea para una unidad especializada. Lucas, te has puesto en el punto de mira de gente que dispara de noche y con silenciador.

—Sé cuidarme.

—No me jodas. Sabemos todos y, sin embargo, sigue habiendo desgracias.

Luego tuvimos unos segundos de silencio, señal de que el espacio que se había tomado Ramón para lanzar sus advertencias había llegado a su fin.

—¿Qué se supone que vas a hacer ahora? —preguntó luego.

—Edgar es un cabrón engreído. Un tío arrogante y seguro de su poder. ¿Recuerdas lo que te conté el otro día acerca de lo mal que llevaba que no lo trataran con el grado de respeto que él mismo había decidido que merece? Pues ya he comprobado que no se necesita hostigarlo mucho para que le cueste mantener la calma. Me gustaría ir a hacerle una visita a su casa y ponerlo un poco nervioso. Lo mismo nos hace el trabajo fácil, pero en todo caso, como tú dices, he entrado en la fruta, voy hacia el corazón y no puedo vacilar ahora. Por lo tanto, en estas ocasiones, lo que hay que hacer es tirar hacia adelante cada vez con más fuerza para que no tenga tiempo de

pensar. Cabreado y con ganas de hacerse respetar, si ve que ya lo molestamos hasta en su casa, puede cometer errores. Ese es mi plan.

—Estás loco. Pero si tú no tienes problema en vivir permanentemente en la diana, no veo el inconveniente de llevarlo a la práctica. Eso sí, te lo advierto, yo voy contigo. No voy a dejar que te maten.

—Perfecto.

—¿Cuándo quieres hacerlo?

—En un par de horas —le dije—. Antes quiero ver si averiguo algo más con lo que molestarle. Además, es un ave nocturna y no se va a levantar temprano. En un par de horas seguirá dormido y allí estaremos nosotros para darle los buenos días.

—Un loco y un cabrón —dijo, dejando escapar una sonrisa maliciosa.

Después de compartir el café con Ramón, me fui al ordenador y repasé con más detalle el historial del señor Jorge Dasilva. La primera detención había sido por posesión de hachís, aunque no llevaba encima la suficiente cantidad como para pasar mucho tiempo fuera de circulación. El problema fue que, mientras cumplía la libertad condicional, lo volvieron a arrestar por posesión de cocaína y atentado contra la autoridad. Entonces un juez lo mandó de vuelta a la cárcel con más ganas.

En otras palabras, parecía cortado a la medida de Edgar Santana. No iba sobrado de inteligencia, le gustaba el dinero y no tenía grandes problemas en usar la fuerza si surgía la necesidad.

En el expediente, aparte del teléfono, constaba una última dirección conocida, pero era de hacía unos años, por lo que la posibilidad de que todavía viviese en ese lugar era escasa. En cualquier caso, no tenía manera de conseguir otra.

La calle donde se suponía que podía seguir viviendo Dasilva se encontraba situada en las afueras de Jerez. Era una zona de casa individuales, muchas de las cuales se encontraban vacías y otras pertenecían a personas que salían a primera hora de la mañana para trabajar, por lo que al llegar me pareció que el vecindario tenía un aire algo fantasmal.

Paré tres casas antes de llegar a la señalada.

A veces, la pelota de la suerte brinca y brinca caprichosa dentro del universo y acaba cayendo por sorpresa en mi regazo. No sucede muy a menudo, pero de vez en cuando sí. Esa mañana me volvió a visitar.

Nada más apagar el motor, me fijé en que un BMW Serie 3 con bastantes años de antigüedad se encontraba aparcado frente a la casa de Dasilva. Y, tal y como había dicho el Cobra, lo habían tuneado para que pareciese un Serie 5. Eso reafirmaba aún más la idea de que no iba sobrado de inteligencia. Sobre todo, porque el dinero que le habría tenido que costar aquella transformación le bastaría a buen seguro para comprarse un Serie 7.

No llevaba ni dos minutos allí estacionado cuando un hombre salió de la casa. Reconocí en él el rostro que había visto en el ordenador de la comisaría.

Enseguida se percató de mi presencia y me enfocó con los ojos entrecerrados. Supongo que no le sonaba del barrio. Pensé que no me quedaba más opción que salir de inmediato a borrarle cualquier tipo de desconfianza y así lo hice, acercándome a él con el gesto de un idiota que se ríe de su propia inutilidad.

Era alto y grande, como había dicho el Cobra, y de cerca se apreciaba aún más.

—Lamento molestarle —dije, de una manera que sonaba como si fuese verdad—, pero no soy del barrio. ¿Sabe usted dónde hay una ferretería por aquí?

Al principio de mi frase parecía preocupado, por el medio molesto y al final tenía claro que quería deshacerse de mí cuanto antes.

—No —dijo con la voz gruesa y aflautada que esperaba escuchar.

—¿Seguro? —insistí—. Porque vine a recoger un encargo, calculaba que tenía que quedar por esta zona, pero creo que me he perdido.

—No significa no, amigo —escupió sin mirarme, mientras continuaba caminando.

Al llegar a donde estaba estacionado el BMW, se metió en él y se alejó tras dar un acelerón.

Me quedé en medio de la acera y, en cuanto desapareció del horizonte, me acerqué a la casa y llamé varias veces y con insistencia al timbre. Nadie salió a abrir. Luego regresé a mi coche y también me fui, aunque a un destino mucho más cercano. La siguiente calle a la izquierda estaba solo dos casas más allá de la suya y cuando la tomé, eché un vistazo al área trasera de la morada de Dasilva. La zona estaba cerrada con una verja de poco más de metro y medio de alto, dentro de la cual se divisaba una gran cantidad de maleza trepando por unos raquíticos frutales que parecían negarse a echar flor.

Avancé dos calles más y aparqué entre el grupo más grande de vehículos que vi. Luego volví a pie a la casa de Dasilva, pero buscando la calle que daba a la parte de atrás. Tras asegurarme de que no se veía ningún testigo indiscreto, giré a la derecha, salté la valla que cubría el terreno posterior y me abrí paso hacia la casa por entre los arbustos. Antes de llegar a ella y sin descubrirme todavía, eché un nuevo vistazo alrededor. Nada se movía.

Luego crucé la zona despoblada y comprobé la puerta trasera. Calculé que no sería complicado abrirla. Supuse que mi nuevo amigo de voz aflautada era lo bastante conocido en el barrio como para que a nadie con un mínimo sentido común se le pasase por la cabeza tratar de entrar sin permiso. Pero yo ni vivía en el barrio, ni iba sobrado de sensatez.

Lo primero fue enfundarme unos guantes. Lo segundo, sacar del bolsillo trasero el juego de ganzúas que siempre llevaba en el coche. Lo cierto es que casi me llevó más tiempo colocarme los guantes que abrir aquella puerta.

Después me agaché dentro en lo que era la cocina, saqué la pistola reglamentaria y esperé unos minutos para comprobar que la casa continuaba vacía. De nuevo, nadie emitió una señal de vida.

La cocina de Dasilva era un desastre de platos sucios y comida precocinada. Crucé la cocina ya de pie y pasé al pasillo. La siguiente habitación a la que accedí era el salón, pero solo contaba con un televisor de gran tamaño, unas botellas de distintos licores en el suelo y un sofá que ya había cumplido más años de lo que a buen seguro había calculado de duración quien lo fabricó. Lo bueno de la vida austera y cochambrosa de Dasilva era que no me iba a llevar mucho tiempo peinar la estancia.

Repasé el sofá desde todos los ángulos, luego la parte trasera del televisor e incluso tanteé el revestimiento cerámico del piso por si encontraba alguna pieza de gres mal pegada.

Me dirigí entonces a la habitación de al lado, que tenía vistas a la calle, pero me encontré que estaba vacía. Comprobé el suelo como en la anterior y volví al pasillo con intención de ir al segundo piso. Fue en ese momento cuando me di cuenta del riesgo que estaba asumiendo. Si había alguien en el piso de arriba o Dasilva volvía de improviso, podrían acusarme de allanar una vivienda y de atacar a quien me descubriese. Eso significaría mi expulsión del cuerpo y a saber cuántas sanciones más.

Pero la realidad era que necesitaba obtener lo que había ido a buscar en beneficio de Andrea y la pequeña Ariadna, pero también en el mío propio. No se me escapaba que, como había dicho Ramón, ya por inconsciencia, por bisonñez o porque el Cobra me había empujado al infierno, mi vida veía rebajado su valor a cada hora que pasaba. Estaba en el punto de mira de una organización discreta, pero infalible, y era muy consciente de ello.

Así que decidí subir aquellas escaleras.

Un baño y otras dos habitaciones ocupaban esa zona, una de las cuales era un dormitorio y la otra estaba vacía. Fui al baño y comencé abriendo las puertas del armario situado debajo del lavabo. Solo encontré un limpiador y un paño sucio. Después levanté la tapa de la cisterna y no vi nada anormal. También comprobé un armario en el que solo encontré dos toallas y unos pocos rollos de papel higiénico.

Por último, comprobé las baldosas del suelo y, tras ver que no había ninguna suelta, decidí regresar a la cocina. La había dejado atrás por la pereza que me daba revolver entre tanta mierda. Quizá por eso, cuando llegué a ella, decidí comenzar la inspección por la despensa, pensando que los productos sin abrir no acostumbran a estar sucios. Se encontraba ubicada al lado del frigorífico y resguardada por una puerta de madera pintada de blanco que lucía una gran mancha entorno al pomo de la cerradura. Lo agarré solo con la punta de dos dedos y lo hice girar para abrir.

Viendo los alimentos que allí guardaba, descubrí que a Dasilva le gustaba la comida

envasada más de lo que sería recomendable para su salud. También almacenaba un montón de azúcar, en cantidad suficiente para endulzarle la vida a una familia numerosa.

Decidí empezar por comprobar uno a uno los paquetes cerrados de azúcar. Llevaba casi la mitad, cuando mis ojos se detuvieron en una caja de copos de maíz para el desayuno que descansaba en medio de otras tres. Me quedé mirándola unos segundos. En principio, podían parecer todas iguales, pero en aquella se apreciaba con claridad que el cartón había sido manoseado en numerosas ocasiones. No era que estuviese abierto, arrugado o doblado, sino que la caja exterior dejaba ver que había pasado por muchas más manos de las que suelen agarrar un artículo durante su periplo por el supermercado. Quizá el escondite podría parecer demasiado obvio, y no dejaba de ser verdad, pero sin duda estaba a la altura de la inteligencia de Dasilva.

Tomé aquella caja y la llevé a la mesa. Luego inspeccioné las solapas y me encontré que la inferior sobresalía un par de milímetros. Tiré de ella y se fue despegando poco a poco de la poblada banda de adhesivo que le habían colocado a la contrasolapa. Era un cierre artesanal, pero muy efectivo. Colocas adhesivo sólido en uno de los cartones, pegas una tira de plástico en el contrario y puedes abrir y cerrar las veces que quieras. Me sorprendió lo sencillo pero eficiente que era el sistema para haber sido ideado por la cabeza de alguien como Dasilva.

Pensé en lo curioso que me resultaba que fuese tan obvio el lugar escogido, como ingenioso aquel recurso. Algo no me encajaba, pero no estaba dispuesto a perder el tiempo en plantear alguna hipótesis sobre ello.

Lo importante se encontraba tras esas solapas y antes de alcanzar la bolsa que guardaba los copos de cereal. Extraje una caja metálica que, al abrirla, dejó ante mis ojos innumerables dosis de lo que parecía cocaína. Eran dosis individuales, precintadas de manera que ocupasen el menor espacio posible y agrupadas en varios paquetes de diferente tamaño.

Cogí uno de estos paquetes, que no ofrecía dudas de que contenía la cantidad suficiente que había ido a buscar, y lo guardé en el bolsillo delantero del pantalón. Luego coloqué la caja y las solapas como estaban y la dejé en el lugar que la había encontrado y en la misma posición, con el cierre y la caja metálica en la base sobre la que guardaba equilibrio el envase.

En cuanto acabé, me deslicé hacia la puerta trasera por la que había entrado, abrí una rendija y miré en todas direcciones. El patio seguía en calma y desierto, así que salí, cerré la puerta tras de mí y me adentré en la maleza.

Esperé a que no hubiese nadie en la calle y luego salté la valla hacia fuera para ir en busca de mi coche. Nada más llegar a un lugar concurrido, me detuve a un lado y marqué el número de Ramón.

—¿Sí? —respondió.

—¿Estás listo para que visitemos a nuestro amigo Edgar Santana?

—Claro, te estaba esperando.

Le di la dirección.

Capítulo 20

El negocio de Edgar Santana, al menos el legal, se encontraba ubicado en el trayecto de Cádiz a San Fernando, pero su residencia privada la había fijado en una de las zonas más exclusivas de El Puerto de Santa María, en la urbanización Vistalegre. Sin embargo, su casa no era la que más sobresalía entre las que allí se veían. Parecía como si quisiera mantener un perfil bajo y que no se apreciaran los ingresos que sin duda le reportaba su afición a pluriemplearse en actividades ilegales.

Residía en una vivienda de una sola planta, cuando todas las de al lado tenían dos, y la pequeña piscina con la que contaba en el frente parecía la única concesión al lujo. Una vez más me di cuenta de su astucia para pasar desapercibido, puesto que la sensación que daba era la de ser alguien a quien le costaba sobremanera vivir allí.

Después de divisarla en la distancia, Ramón y yo paramos a cierta distancia, en un lugar a la sombra. Apagué el coche y le expliqué el plan.

—Creo que lo mejor es que me presente solo —le dije—. Piensa que, si te ve conmigo, podría ponerse a la defensiva y mantenerse calmado, pero si voy yo solo, creerá que es algo personal y entonces se contendrá menos.

—Me parece perfecto.

—En cuanto salga —continué—, puedes aparcar en la esquina y luego esperar fuera por si te necesito. Pero intenta que no te vea. Tan pronto como él me deje entrar, deslízate hasta la puerta principal y mantén tu oído alerta. No me fío un pelo de ese cabrón o de que pueda tener un arma en la casa. ¿Te parece bien?

—De acuerdo. No te preocupes, estaré alerta.

Avancé hasta dónde quedaba su casa, rodeé la piscina y fui a la puerta sin perder tiempo. Esta era de madera y pintada de un rojo amarronado en contraste con el blanco de la pared. El botón del timbre estaba al lado, así que lo pulsé. Toqué y toqué durante seis o siete veces. Luego esperé quince segundos y de nuevo volví a pulsar el botón al menos diez veces más.

—¡Joder, un minuto! —gritó una voz desde dentro.

La puerta se abrió de golpe y Edgar apareció frente a mí con un albornoz blanco, apenas peinado y con la cara aún somnolienta. Cuando me vio, algo le debió de sugerir que tenía que lanzar una sonrisa sarcástica.

—Vaya, señor policía, es un honor volver a verte —dijo sin abandonarla.

—¿Te he despertado o solo estabas haciéndote el remolón?

Él lo dejó pasar.

—A ver, ¿qué quieres? —preguntó.

—Que charlemos un poco. ¿Me invitas a entrar?

—No.

—Estás asustado, ¿verdad?

—No, pero empiezo a estar aburrido de ti.

—No hace ni un día que nos conocemos ¿y ya te he aburrido?

—Un día es demasiado tiempo para alguien como tú.

—Vamos a empezar de nuevo. ¿Puedo, por favor, entrar?

Él fijó sus ojos en mí un segundo y luego se encogió de hombros.

—De acuerdo. ¿Por qué no?

Eso me hizo pensar que, como suponía, la primera negativa solo había sido una fachada, porque en realidad quería saber a qué había ido.

Pasé a un vestíbulo bastante grande. Se notaba cómodo, limpio y con un par de mesas auxiliares y discretas decoraciones bien elegidas. Pensé que se tomaba demasiadas molestias en aleccionar a sus empleados en cómo pasarse paquetes de noche y muy pocas en el arte de decorar un hogar y mantenerlo limpio y ordenado. Entrar allí, recién llegado de la mansión de Dasilva, era como pasar de un vino de cartón a un Rioja.

Esperó a que entrase, arrimó la puerta y se dio la vuelta para orientarse hacia mí, pero sin acercarse a mi posición. Parecía que no me iba a permitir ver el salón.

—Bien —dijo—, dime qué quieres.

—¿Te atreves a estar conmigo a solas? ¿No vas a llamar a un gorila de los que tienes en tu circo?

—Eres un estúpido.

Sonreí.

—Está bien, esta es la pregunta. Alguien nos dijo que anda por ahí un matón que reparte drogas por la ciudad montado en un coche tuneado de manera cutre. Y también que está a tu nómina. ¿Es cierto eso?

Él dejó escapar una larga y sonora carcajada.

—¿Lo dices en serio? ¿Le haces caso a los confidentes? —preguntó cuando terminó—. ¿Un drogadicto medio muerto te dice algo y vienes a buscarme? ¿Tienes idea de cuántos borrachos he tenido que echar del club? Pues te diré que algunos son tan tontos que pueden ser lo bastante obsesivos como para no olvidarse del tema. ¿Sabes a cuántos empleados he tenido que echar a la calle a lo largo de estos años? Mi abogado podría configurarte una larga lista y probablemente encuentres que alguno de los nombres que aparecen en ella coincide con el de tu confidente. Vamos, señor policía, esfuérzate un poco o pensaré que me has despertado para nada.

Una mujer joven apareció por la puerta que debía de dar al salón. Vestía un camisón de

seda bastante escaso, no estaba más peinada que Edgar y era evidente que le costaba abrir los ojos por completo.

—Cariño —dijo—, ¿tardas mucho en volver a la cama?

—Te dije que esperarás en el dormitorio. ¿A qué vienes aquí?

—Pero cariño...

—¡Joder, márchate!

Ella hizo un puchero, se dio la vuelta y salió de la habitación.

—¿Tienes siempre a la misma puta en la cama —le dije— o la cambias cada día?

—Dime algo con un mínimo de consistencia o ya te estás largando de aquí —dijo con los dientes apretados.

—¿Algo consistente? A ver, déjame pensar. ¿Te parece lo bastante consistente que el hombre que nos informó sobre tu empleado apareció al día siguiente asesinado a golpes por unos matones que obedecían tus órdenes? Y se ve que no te gustó mucho que abriese la boca, porque se cuidaron de que la cosa no fuese rápida y captase bien la paliza. Le llamaban el Cobra. ¿O te molesta que lo nombre, puesto que no creo que represente más para ti que una mosca a la que matas y te olvidas?

—No sé de qué coño me estás hablando —dijo, con la cara llena de ira—. Regento un club de alterne que me hace ganar mucho dinero, más en un mes de lo que tú podrás ganar en toda tu vida, y vienes aquí a despertarme y a hablarme de chorradas que ni conozco ni me importan. Eres más molesto de lo que puedo soportar. Así que saca tu culo de pringado de aquí y vete a hacer cosas de pringados. Entérate bien, idiota, yo no trafico con drogas porque no lo necesito. Y he terminado de hablar contigo porque no tengo por qué hacerlo.

—Sabes —continué—, no puedo dejar de pensar en esa mujer que se acaba de ir. ¿Sabe que si un día no te la chupa a tu gusto puedes chascar los dedos y hacer que desaparezca? ¿Le has advertido del riesgo que corre estando a tu lado?

—Vete a la mierda.

—¿Eras igual de chulo cuando tenías que complacer a tus novias en los baños de la cárcel?

Me fijé en que comenzó a ponerse rojo y a apretar los puños como si estuviera listo para lanzarme un golpe. Yo me acerqué más a él y seguí hablando.

—¿O esos te ponían a cuatro patas y te enseñaban disciplina? —susurré—. ¿No echas de menos aquellos tiempos? Supongo que, si tu chica te viese en aquellos días, se sentiría defraudada al ver cómo tu hombría se deslizaba por el desagüe.

Mientras yo hablaba, Edgar fue girando poco a poco el cuerpo hasta quedar medio de perfil conmigo. En cuanto acabé de decir la última frase, apretó la boca y lanzó el puño derecho hacia arriba en busca de mi mandíbula con toda la fuerza que tenía. No conseguí esquivarlo por completo y el golpe me impactó en el parietal, haciendo que cayese hacia atrás contra una de las

mesas auxiliares, que salió volando por los aires.

Luego se lanzó con todo el cuerpo sobre mí, como si quisiera llevar aquello a una pelea de lucha canaria, pero lo esquivé haciéndome rodar hacia la derecha y, en cuanto tocó el suelo, me coloqué con un rápido movimiento encima de él y apoyé una de mis rodillas sobre su espalda.

Había una gran diferencia de tamaño entre los dos y podría parecer una lucha desigual, pero la gran fuerza que esgrimía para tratar de escapar hacía que me costase mantenerlo en el suelo. Me incliné hacia delante y apoyé el codo derecho en su cuello para asegurarme de que no pudiera moverse.

A esas alturas, el albornoz que vestía Edgar estaba abierto y su pecho apoyaba desnudo contra el parqué del piso. Aproveché para sacar el guante del bolsillo de mi pantalón con la mano libre y dejar lo que contenía en el de su albornoz.

Luego devolví el guante a mi pantalón y grité.

—¡Ramón! ¡Ramón! ¡Date prisa!

Lo escuché llegar corriendo y cómo resoplaba mientras cruzaba la puerta.

—Joder, date prisa —insistí sin mirarlo.

Avanzó hacia nosotros y agarró con fuerza uno de los brazos de Edgar, mientras yo me encargaba del otro, para ponerle las esposas.

Mientras las abrochaba Ramón, le mantuve la rodilla en la espalda. Edgar no dejaba de maldecir y de amenazarnos.

—Cálmate, Edgar —dije—, este numerito no te va a salir gratis.

La chica, todavía a medio vestir regresó al vestíbulo, con los ojos bien abiertos y las manos en la boca.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. Qué...

—Vuelve a donde estabas —le dije—, somos policías. Ya hablaremos contigo después. ¿Me entiendes?

La chica no me respondió, solo asintió temerosa y se alejó de allí como si estuviera contenta de irse.

Edgar luchó por soltarse un rato más y luego se fue calmando poco a poco. Ramón y yo aprovechamos para recuperar el aliento.

—Vas a tener que aprender a controlar ese genio, Edgar —le dije.

Él giró la cabeza hacia Ramón.

—No hice nada, joder. ¡Mi abogado os va a fundir!

—Sí, claro —dijo Ramón—. Eso dicen todos.

—¿Tienes algo en los bolsillos con lo que nos puedas pegar o cortar? —le pregunté a Edgar.

—Vete a la mierda —dijo.

Yo permanecí encima de él, sobre su espalda y agarrándole las muñecas para que no pudiese arañarme. Con cuidado, Ramón metió una de las manos en el bolsillo izquierdo de su bata y no encontró nada. Luego hizo lo mismo en el bolsillo derecho y ahí se detuvo como si hubiese notado algo.

Entonces sacó lo que había allí y lo sostuvo en alto para que yo pudiera verlo bien. Era un paquete de plástico redondo y que dejaba ver varias dosis en el interior. Como si estuviese esperando a un camello para entregárselo.

En cuanto Edgar lo vio, se volvió loco por completo.

—¡Hijo de puta! ¡Te mataré! ¡Os mataré a los dos!

Ramón tuvo que ayudarme de nuevo a controlarlo, aun en el suelo y boca abajo como estaba.

Nos costó reducirlo entre los dos, hasta que al cabo de un rato se cansó de pugnar. Cuando eso sucedió, solicitamos refuerzos a un coche patrulla, porque era el protocolo y porque además necesitábamos un vehículo con un asiento trasero adaptado para llevar a un detenido.

Ese día, tras cubrir el papeleo en la comisaría, llegué a Puerto Real cerca del anochecer y me identifiqué al agente de policía que estaba sentado en un coche discreto frente a la casa de Andrea.

Después me acerqué a la puerta principal y llamé. Andrea la abrió y se quedó delante, con una mirada vacía en su rostro. Sostenía en brazos a su hija. Ariadna permanecía tan callada como su madre.

—¿Te has enterado? Hoy hemos arrestado a Edgar Santana.

—Sí, una amiga del trabajo me llamó.

Permanecí un par de segundos mirando hacia el suelo para pensar en lo que quería decir.

—Lo han cogido con cocaína —expliqué—. Estará a la sombra algún tiempo.

Ella contestó con una voz suave, casi un susurro.

—¿Fuiste tú quien lo arrestó?

—Lo arrestamos entre varios policías, pero sí, yo estuve en la operación.

Esa tarde de finales de agosto el aire era fresco y limpio, como si supiera que debía serlo. Respiré profundamente y luego metí la mano en el bolsillo para sacar un sobre.

—Aquí tienes —dije entregándoselo—, hay cinco mil euros. No es mucho, pero sí lo suficiente para que te marches de aquí, Andrea. Ve a casa con tu familia o a un sitio donde no te conozca nadie, comienza de nuevo lejos de aquí. Si te quedas en Cádiz vendrá alguien a reclamar tu responsabilidad, porque ellos saben que hablaste conmigo, aunque no me hayas dicho nada. Y en estas operaciones nunca logramos detener a todos. Pronto alguien tomará las riendas del negocio y empezará por cobrar las cuentas pendientes para demostrar que es el más fuerte. Así que sube a tu coche y márchate cuanto antes.

Sus labios temblaron cuando miró el sobre y vio debajo de la solapa entreabierta un amplio número de billetes.

—Lucas —dijo ella después de un rato—, yo...

—No hace falta que digas nada.

—Sí, tengo que decirte algo... Los que entraron en mi casa eran hombres de Edgar.

—No, no digas nada. Ni a mí, ni a nadie.

—Sí, escucha —insistió, agarrándome de un brazo para que le permitiese hablar y atendiese a lo que iba a decirme—. Edgar quería saber tu nombre para matarte. Me lo intentaron sacar sus hombres cuando vinieron a casa, pero yo no les dije nada. Les juré que no me habías dicho cómo te llamabas. Yo no fui a trabajar ese día, pero al avisar a una compañera, se puso Edgar al teléfono y me dijo que ya te había localizado y que te diese por muerto. Sabía qué aspecto tenías y me asustó cómo se reía. Me dijo que pensase que, si te había dicho algo, se quedaría en nada porque se iría contigo a la tumba. Te juro que no sé cómo se enteró de quién eras, ni quién se lo dijo, pero yo no fui.

—No te preocupes por eso, a mí no me pasará nada.

—Sí, no lo tomes a broma. Tienes que tener cuidado. Se lo encargó a Mellado, un gorila que está siempre con él. Me lo dijo. Y que lo haría pronto.

—No te preocupes, sin Edgar en la calle, nadie va a ser tan tonto de pillarse los dedos matando a un policía. Lo importante que tienes que saber es que no necesitamos vincular lo que te sucedió a ti y a Ariadna con él, porque tenemos lo suficiente para encerrarlo como para que no necesitemos tirar de eso. Además, está incomunicado y así es más fácil que acaben hablando los demás. Por lo tanto, olvídate de esto. Tú estás fuera, no te va a llamar el juzgado para que declares y nadie sabrá tu dirección.

Volvió a mirar el sobre y luego volvió a enfocar los ojos en mí. Se veían profundos y húmedos.

—No puedo aceptarlo.

—Sí, tú lo necesitas más que yo. No es fácil empezar de cero.

Ella se quedó pensando.

—¿Por qué haces esto por mí? —preguntó luego.

—Quizá porque yo no tengo nada ni a nadie. Pero tú sí tienes a alguien y nadie puede sustituirte. Así que deja de hacer tonterías y cuida de lo que tienes.

Por primera vez desde que la conocí, me sostuvo la mirada.

Después de un rato, extendió la mano para tocarme el brazo. Tras un par de segundos, lo retiró, asintió con la cabeza y, sin decir una palabra, dio un paso atrás y cerró la puerta.

Me quedé allí parado, escuchando cómo sus pasos se desvanecían en el pasillo. Cuando se convirtieron en silencio, me di la vuelta, cerré la puerta del patio por fuera y caminé de regreso al

coche.

Nunca la volví a ver.

Capítulo 21

Dieciocho años después de despedirme de Andrea y unos diez minutos más tarde de que Ramón Calvo se hubiese marchado de mi ático, me senté en la cocina con una cerveza en la mano y acariciándome la barbilla. Tenía la mirada perdida en el reflejo del sol crepuscular que se colaba por la ventana.

Edgar Santana estaba de nuevo en libertad.

Me pregunté qué tipo de justicia había en el mundo. Todavía podía recordarlo lanzando veneno hacia mi cuerpo y mi alma con los ojos prendidos en fuego. Lo hizo el día en que lo arrestamos. Lo repitió durante el juicio. También cuando testifiqué en el Juzgado y una vez más cuando salió de la sala al final de la vista, intuyendo que iba a pasar muchos, muchos años, en la cárcel.

No se había equivocado en la percepción, porque una vez que estuvo fuera de juego y sin resquicio alguno en el sumario para argumentar una defensa fiable, uno de los sicarios que tenía a sueldo decidió colaborar con la Justicia y el testimonio que aportó resultó demoledor para incrementar el tiempo de condena y conocer capas oscuras de la personalidad de Edgar que nadie había ni intuido.

Ningún juez tuvo clemencia a la hora de dictar sentencia, ni el que lo juzgó, ni ante los que recurrió, a pesar de reclamar una y otra vez y con la mayor vehemencia posible que se encontraba allí acusado con pruebas falsas.

Al final, acabó amenazando a mucha gente, pero, como dijo cuando una televisión local quiso hacerle una entrevista unos años más tarde, yo era el centro de su odio, porque yo, y solo yo, había sido el verdadero responsable de provocar que fuese a pasar entre rejas los mejores años de su vida. Y eso era algo que nunca olvidaría. Como si alguien no lo hubiese deducido de todos los improperios que me había lanzado mientras lo juzgaban, el tono con el que emitió aquella amenaza parecía indicar que la posibilidad de vengarse de mí era lo único que le impulsaba a levantarse cada mañana dentro la cárcel.

Por lo tanto, no podía evitar preguntarme si el tiroteo de Sárdoma llevaría su firma y, para hallar la respuesta, tenía que elegir entre posible, probable o seguro.

El odio exacerbado, después de todo, no es tan ciego como solemos creer. No es que se sumerja en una oscuridad furiosa sin atender a ningún otro interés, sino que está tan enfrascado en la propia obsesión que todas las demás visiones se desvanecen en buena medida. Y eso hace que pase más desapercibido. La clave estaba en saber si ese desvanecimiento dejaba fuera de visión a las víctimas inocentes o no.

En conclusión, ¿era posible que Edgar fuese el responsable del tiroteo de Sárdoma? Sí, porque estaba libre y tenía los medios y la habilidad. ¿Era probable? También, porque poca gente sentía una animadversión tan profunda como él. ¿Podía darlo como seguro? No. Por supuesto que no, porque no había prueba alguna que así lo indicase.

Por lo tanto, los pasos adecuados para resolver esa gran duda era la tarea a la que tendría que dedicarme más tarde en compañía de Edward. Y digo dedicarme más tarde, porque antes quería programar una visita a una joven paciente en el Meixoeiro y ello requería hacer dos llamadas.

La primera fue al hospital para asegurarme de que Marina pudiera recibir visitas. La parte complicada vino tras confirmar que ya estaba ingresada en planta. Y lo fue hasta tal punto, que me obligó a dar varias vueltas al ático como preparación para la segunda llamada.

Después de marcar, una gran cantidad de tonos sonaron sin respuesta antes de que una voz un tanto distante contestase al otro lado.

—Hola. Diga.

—Hola Héctor, soy Lucas.

—¿Quién?

—Lucas Acevedo.

—Ah, sí, señor Acevedo, ¿cómo está?

—Muy bien, ¿y usted?

—Aquí, en la casa, y estoy solo en este momento. Armando ha tenido que marcharse a una finca en la que trabaja a veces, porque el dueño y su esposa tuvieron que salir ayer de viaje por la muerte de un familiar. Lo han contratado esta semana para que cuide de los niños y atienda la finca, así que me he quedado solo.

Podía escuchar la televisión a todo volumen de fondo, lo que no solo me resultaba molesto, sino que hasta me impedía oírlo con una cierta claridad.

—Se le harán los días muy largos, supongo —le dije.

—Sí, ya sabe. Además, está mi pierna.

—¿Le duele?

—Sí, claro, siempre me duele.

Él todavía no había mencionado a Marina, así que lo hice yo.

—Héctor, mañana por la mañana voy a ir al hospital para visitar a Marina y me preguntaba si le gustaría acompañarme. Quedé en llamarle, ¿recuerda? Acabo de hablar con información y me dijeron que ya había salido de cuidados intensivos y podía recibir visitas. Aunque bueno, supongo que eso usted ya lo sabe.

—No, no lo sabía, señor Acevedo. Me imaginé que la doctora o Marina me llamarían para avisarme.

Su voz parecía un tanto extraviada, como si girara la cabeza mientras hablaba. Me molestó pensar que estaba tratando de prestar atención a la televisión mientras hablaba conmigo. Tras una breve pausa, volvió a engancharse a la conversación.

—Sabe, la verdad es que me gustaría mucho ir, pero no estoy bien estos días de la pierna —dijo—. Quizá espere un poco para ir a verla. Extraño mucho a mi niña y quisiera tenerla en casa, pero sé que pasará bastante tiempo hasta que vuelva.

Tener una conversación con ese ser era como aguantar a un niño repelente que ha descubierto lo irritante que puede resultar en la gente oír cómo araña un cristal con una uña. Sentí ganas de viajar a través de la conexión y darle una palmada en la cabeza a ese idiota sin el más mínimo sentido común.

—¿Y Armando? Puedo pasar a recogerlo donde esté si tiene un momento libre —le pregunté, en vez de soltar algunas palabras de las que me pudiera arrepentir.

—No, él no puede seguro. Tiene que atender a los niños y también cuidar de los animales que hay allí. No puede permitirse renunciar a ningún sueldo, porque nos hace falta el dinero.

—Siento que tengan todos esos problemas. Bueno, de todos modos, le haré saber lo que me informen sobre el estado de Marina, ¿le parece bien?

—Sí, claro que se lo agradecería. Gracias, señor Acevedo.

—No hay de qué.

Los dos colgamos.

Por alguna razón, presentía lo que iba a escuchar y por eso había tenido que dar vueltas como un idiota de un lado a otro antes de decidirme a coger el teléfono. No lo entendía, no me entraba en la cabeza la insensibilidad que supuraba por cada poro de piel aquel hombre. Que le importase más el dolor que podía sentir en la maldita pierna que hacerle una visita a su hija paralítica. Que no fuese capaz de abandonar la estúpida pantalla para tontos que veía a todas horas y mover el culo de su pocilga e ir a reconfortarla un poco. Yo nunca había tenido hijos, por lo que no podía comprender con exactitud el sentimiento que profesa un padre hacia un hijo, y reconozco que el abanico de paternidades posibles que sintetizo en mi cabeza abarca muchas variantes, y no todas son buenas, pero ni de lejos esa amplitud me permitía comprender a aquel hombre.

Después de una noche en la que me acordé para mal de todos los muertos de Héctor, tanto despierto como en sueños, al día siguiente me levanté con más ganas de brindarle un poco de compañía a Marina de las que habría sentido en condiciones normales. Dediqué toda la mañana a limpiar el ático y, cuando paré para almorzar, recibí un mensaje de Tomás diciéndome que le habían dado el alta y se encontraba en casa. Le di la enhorabuena, pero no quise informarle sobre Edgar, porque no tenía claro que semejante gusano mereciese el honor de colarse en los pensamientos de mi amigo.

Después de almorzar con demasiada calma y acabar saliendo de casa más tarde de lo que había planeado, llegué al Meixoeiro cuando ya había empezado el horario de visitas. Allí me dirigí directo a la habitación en la que me indicaron que estaría Marina. Al llegar, me sorprendió escuchar voces que venían de adentro. Una era la de un hombre y otra la débil voz de una chica joven, aunque resultaba difícil distinguir su conversación. Sin llegar a entrar, inspeccioné el interior desde la puerta y vi a un hombre rechoncho y cercano a la edad de jubilación sentado en el sillón de acompañantes. Marina quedaba fuera del radio de visión debido a un biombo que ocultaba su cama. Como respuesta a mi presencia, el hombre echó un vistazo rápido hacia donde me encontraba y yo le respondí con un pequeño gesto para indicarle que no pretendía interrumpirles y que volvería más tarde.

Como no tenía prisa, salí a una pequeña zona de espera que hay al final del pasillo y saqué un café de la máquina para hacer más llevadera la espera. Sin embargo, apenas cinco minutos más tarde, el hombre apareció por el pasillo y, al verme, se acercó hacia mí.

Tenía el cabello corto y jaspeado de canas de manera uniforme. Lucía un rostro agradable y afable, que no se veía boicoteado ni por las marcadas arrugas que lo poblaban, ni por unos ojos pequeños en los que parecía haberse desarrollado una pelea entre el azul y el verde.

Al llegar a mi altura, extendió la mano a modo de saludo.

—Hola, soy Ricardo —dijo—. Doy clases de ajedrez y Marina es una de mis alumnas desde hace algunos años.

—Hola, mi nombre es Lucas Acevedo —dije, a la vez que me levantaba para devolverle el saludo.

—¿Conoce usted a Marina?

—No. En realidad, no he hablado nunca con ella, pero a mí también me dispararon en el tiroteo y venía a hacerle una visita para ver cómo está.

—¿Le han disparado? ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, yo tuve más suerte y conseguí esquivar las balas.

Él asintió, y luego hizo un gesto para invitarme a que nos sentásemos.

—¿Tiene usted un momento para hablar? —preguntó mientras lo hacía.

—Sí, claro.

Las sillas que señaló quedaban a ambos lados de una esquina, lo que provocaba que estuviésemos frente a frente.

—Es muy amable por su parte venir a verla —dijo mientras nos acomodábamos—. Según he podido saber por las enfermeras no ha tenido visitas desde que la subieron a planta.

—Ayer le pregunté a su padre si quería venir, pero al parecer no se sentía bien de una pierna.

—No me sorprende —dijo de manera dura.

Hice un gesto de sorpresa, como si aquella situación me resultase desconocida.

—Lo siento, creo que no debería meterme en las vidas ajenas —continuó—, pero hay actitudes que me superan y, en el fondo, me preocupo por el bienestar de mis alumnos. No lo puedo evitar.

—¿Puedo preguntar a qué se refiere?

—Me gustaría que esto quedase entre nosotros, pero pienso que Héctor siempre se queja de la pierna, pero en realidad puede moverse cuando quiere y solo se excusa detrás del dolor cuando le conviene.

—Dicho así, no suena muy bien. Marina es su hija y no es difícil deducir que en esta situación lo necesita a su lado.

—Eso digo yo, no hay que ser un genio para darse cuenta de que su sitio está aquí y no en la casa delante del televisor.

—De su afición a ver la televisión me percaté hace un par de días, porque fui a visitarlo y apenas conseguí que me prestase atención.

—Me lo puedo imaginar. Verá, yo le doy clase a Marina desde que era muy pequeñita y he seguido la situación de esa familia bastante de cerca. Mientras vivió la madre, Teresa, todo iba con normalidad, pero en cuanto enfermó, a Marina le tocó madurar de golpe, pese a no haber acabado ni siquiera Primaria. Creo que era ella la que la acompañaba casi todo el tiempo y la atendía como buenamente podía. No sé cómo esa mujer aguantó tanto tiempo al lado de un flojo como Héctor. Teresa trabajó hasta que enfermó y económicamente se defendían más o menos bien, pero desde entonces parece que viven de la beneficencia. Un día llegó la niña y me dijo que tenía que dejar las clases porque no podía pagarlas, que no es que sea un dineral, porque son veinte euros al mes, pero viendo la situación le dije que siguiese viniendo y que ya me pagarían cuando pudieran. Desde entonces, no he cobrado un solo mes y, aunque supongo que a Héctor le tienen que haber abonado una buena indemnización por el accidente, ni ha venido a verme para saldar la deuda, ni se ha notado una mejora en las condiciones en las que viven. No sé si tiene algún vicio que no sepamos o lo ha metido en un agujero para sabe Dios qué, pero si antes parecían unos indigentes, así siguen. Eso sí, el accidente lo utiliza a diario para poder vagar a gusto.

—Bueno, quizá tenga un problema de adicción a la televisión y eso lo mantenga aislado de la realidad. No sé cómo se llama, pero estoy seguro de que tiene un nombre.

—No existe un nombre específico para la adicción a la televisión, pero bien podríamos llamarle *telefilia* para imbéciles. Y siento ser tan duro, pero es que, en el caso de Héctor, por si fuera poco, hay que añadirle un acusado Síndrome de Diógenes.

—Como le he dicho antes, he estado en su casa y algo de eso pude apreciar.

—¿Qué le pareció?

—Bueno, si he de ser sincero, aquel lugar me resultó deprimente. Siento que Marina tenga que vivir allí cuando le den el alta.

Ricardo se había inclinado hacia mí para hablar desde el inicio, pero en ese momento se recostó en el respaldo del asiento para negar con la cabeza. No pude discernir si por estar ordenando las ideas detrás de sus ojos azul y verdes o por tratar de contenerse en las explicaciones.

—Mire —continuó—, Héctor nunca ha sido capaz de mantener un trabajo. Sobre todo, porque no creo que quiera hacerlo. Teresa se ganaba la vida limpiando casas y trabajaba muchas horas al día hasta que su cuerpo dijo basta. No dudo de que Héctor quiera a su hija, pero no creo que se preocupe lo más mínimo por ella y por sus necesidades. Y una adolescente tiene necesidades, no lo dude, y hay que prestarle atención. Pero es que en su caso más bien parece que sea al revés. Y su tío Armando se ha venido a vivir con ellos, pero no veo que haya aportado algo bueno su presencia. Lo que quiero decir es que, por lo poco que he conseguido que me cuente Marina, ellos se dedican a mirar la televisión y ella hace lo que puede en casa. O hacía, porque ahora ya no va a poder. Si nunca ha tenido una infancia ideal, esta tragedia le ha puesto la vida todavía más cuesta arriba. Y se lo digo con sinceridad, es una chica que se merece algo mejor.

—¿No tiene amigos? Supongo que vendrán a verla y pueden hacer que no se sienta tan sola.

Se echó de nuevo hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—No, no tiene amigos que yo sepa —dijo—. Marina va al instituto y yo la veo todos los días, porque en realidad ese es mi lugar de trabajo oficial, pero siempre está sola. Sí, en su curso hay más chicos, y a veces se reúnen en grupos en los descansos o a la entrada, pero ella siempre se queda a un lado, como si sintiera que molesta con su presencia. No creo que le hagan *bullying* o algo parecido, solo que ellos están a su aire y ella no se les une. La he observado muchos días y creo que lo que le ocurre es que no es capaz de coger confianza. Pero no se confunda cuando hable con ella, físicamente es como su padre, pero tiene el carácter de la madre al cien por cien. Es una chica discreta, responsable y con un gran corazón. Quizá demasiado.

—Es decir, Marina es una buena chica a la que le cuesta relacionarse.

Se encogió de hombros.

—Al menos con la gente de su edad —continuó—. O quizá sea la persona más solitaria que he conocido jamás. No sé, es muy madura, lo cual no es malo en general, pero quizá le impida conectar con sus compañeros. Lo normal es verla caminando a todas horas con la cabeza agachada, encorvada, como si estuviera tratando de esconderse de algo.

—La adolescencia es una época difícil y se suele pasar por muchas fases. Es posible que no esté en la más positiva.

—No lo sé, si le estoy contando todo esto es porque, si ha tenido la sensibilidad de venir a visitarla, me gustaría tomarme la licencia de pedirle que vuelva en la medida que le sea posible, porque a mí no me queda mucho tiempo entre el instituto y las clases de ajedrez y pienso que va a pasar mucho tiempo sola en esa habitación. Más del que sería recomendable. Y no me gustaría que acabase pensando que no hay nadie que la quiera o a quien le importe, porque si eso siempre es difícil de asumir, peor resulta en una situación como la que está viviendo.

—No se preocupe, volveré en cuanto pueda. Y seguiré insistiendo con su padre, por difícil que resulte sacarlo de casa.

Ricardo esgrimió una sonrisa triste para decirme que le parecía perfecto, antes de que los dos nos levantásemos para despedirnos.

—Eso sí, si aún no la conoce, quiero advertirle que a veces es difícil entenderla, pero no se lo tenga en cuenta —dijo mientras se ponía de pie—. Recuerdo que un día hace tiempo, estaba lloviendo a mares y Marina no había traído paraguas. Solo tenía una pequeña chaqueta con la que taparse y me ofrecí a llevarla a casa en coche, pero no quiso de ninguna manera y se fue caminando bajo la lluvia. No sé si pensó que yo lo hacía por lástima y se ofendió, si creía que era una molestia excesiva para mí o si sentía vergüenza de dónde vivía. Se lo juro, siempre me acuerdo y no sé por qué se negó con tanta rotundidad, pero la cuestión es que no conseguí hacerla cambiar de opinión.

Nos despedimos con fuerte apretón de manos.

Capítulo 22

Con todo lo que me había dicho Ricardo en la cabeza, me dirigí a la habitación de Marina, pero, nada más entrar en el corredor de la planta, me di la vuelta y regresé a los bancos en los que había estado hablando con él. Allí saqué un café de la máquina y lo tomé a solas, preparando el encuentro al que me iba a enfrentar.

Puede parecer una cobardía por mi parte, pero me da más temor la inocencia que la crueldad y prefiero enfrentarme a un psicópata asesino que pueda mandarme al otro barrio en un abrir y cerrar de ojos antes que a una adolescente con la que no sé muy bien cómo actuar, porque podría hacerme sentir ridículo con más facilidad de la que a buen seguro ella misma es consciente. Por si eso fuese poco, si algo me había quedado claro hacía tan solo unos minutos era que iba a visitar a una chica algo más que especial.

Cuando me sentí seguro de contar con las fuerzas necesarias, me levanté de un impulso y no frené hasta que había penetrado varios pasos en la habitación de Marina. Su cama era la más cercana a la ventana, tenía un armazón especial en forma de círculo y ella descansaba tumbada boca arriba, con varios tubos saliendo del brazo izquierdo que estaban conectados a dispositivos que parpadeaban a su lado. Todos aquellos artilugios sanitarios la hacían parecer pequeña, insignificante.

La cortina de la ventana de la habitación estaba medio cerrada, dejando el lugar en una espesa penumbra y haciendo que las luces y los números de las máquinas se viesan más brillantes.

Marina volvió la cabeza hacia mí.

Ricardo tenía razón, no había duda de que era hija de su padre. Tenía una estatura pequeña como él, que se apreciaba incluso tumbada, y una cara grande y redonda con facciones pequeñas, todo lo cual se hacía acompañar por su mismo cabello oscuro.

—¿A quién busca, señor? —preguntó ella.

La voz era suave, la de una niña de menos edad.

—Marina, soy Lucas Acevedo. No sé si me conoces, pero a mí también me dispararon la noche que te hirieron.

—Ah, sí, he oído hablar de usted y de su amigo y también del hombre que fue asesinado. Lo siento mucho. ¿Cómo se encuentran ustedes?

Esa respuesta me conmovió y me obligó a tener que respirar varias veces para reunir mis

pensamientos. Ella, que estaba postrada en una cama, le preguntaba a alguien que llegaba caminando a su habitación cómo se encontraba.

—Bien. A mí no me alcanzaron y lo de mi amigo no fue grave. Se recuperará en unos días. Me acerqué más a la cama.

—Marina, he venido a hacerte una visita, pero si no te sientes con ganas de hablar o estás cansada, puedo volver en otro momento. No me importa.

—No, por favor, señor Acevedo, quédese. Me alegra que haya venido a verme. Me arrimé al sillón de familiares.

—Le pregunté a tu padre si quería acompañarme —dije mientras lo hacía—, pero al parecer le duele mucho una pierna. Si está mejor los próximos días, lo traeré.

—Eso estaría bien.

Yo permanecía atento a cada uno de sus gestos y me sorprendió que, a pesar de la situación, no lograba detectar tristeza o pesadumbre en su voz o en la expresión de la cara, ni siquiera un indicio de ellos. Sus ojos tenían una mirada apática, como ajenos a todo lo que la rodeaba. Podría decirse que lucía el cuerpo y la cara de una niña recién llegada a la adolescencia, pero el comportamiento era de una persona de bastante más edad, cuando el tiempo y los problemas ya nos han desgastado por dentro.

Por otra parte, también pensé que solo tenía catorce años, se acababa de quedar paralítica y tal vez su actitud solo fuese una manera de afrontarlo. O de resignarse, porque supongo que al final, uno no puede hacer nada para evitar una nueva situación como esa. En realidad, creo que buscaba signos que me encajasen dentro de lo yo podía entender como un comportamiento lógico, pero la verdad es que no tenía ni la más remota idea de cómo alguien de su edad podía encajar algo así.

Tampoco tenía mucha idea de cómo llevar la conversación, así que intenté ir a lo seguro.

—Marina, ¿hay algo que pueda hacer por ti? —le pregunté.

—No, los médicos y las enfermeras son muy atentos conmigo, me cuidan muy bien.

—Me alegra oír eso.

—¿Usted es el policía al que dispararon?

—Sí, pero no lo soy en la actualidad, lo fui hace tiempo. ¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo Silvia, la chica policía, cuando vino a verme, porque le pregunté a quién más le habían disparado y le pedí que me hablase de ellos. Siento mucho que les hayan disparado a ustedes también.

Me quedé callado y sin saber que decir. Me sorprendía el grado de empatía que mostraba, siendo ella una de las víctimas que peor parada había resultado.

—¿Dónde estaba cuando le dispararon, señor Acevedo? —preguntó ante mi silencio.

—Muy cerca de ti, a la altura del restaurante Rojo. ¿Lo conoces?

—Sí, sé dónde está —dijo—. Yo iba a entrar en mi casa con el periódico. A papá le gusta leerlo. Estaba caminando y de repente me encontré tirada en la acera. No recuerdo cómo me caí. Fue extraño, como si mi cuerpo no fuese mío. Fue como si estuviese en un sueño, que vas caminando, pero no notas el cuerpo. No me enteré de nada de lo que ocurría y, cuando me vi en el suelo e intenté levantarme, ya no fui capaz de moverme.

—Supongo que es una experiencia difícil de explicar.

—Sí.

—¿Quieres que abra un poco las persianas para que entre la luz del sol? —le pregunté.

—No, gracias, señor Acevedo. Ayer, algo más tarde, me dio en la cara y no quiero volver a molestar a las enfermeras para que las cierren. No quiero que piensen que soy una pesada.

Asentí y ni siquiera traté de decirle que me llamase Lucas.

Fue difícil abordar el tema de su condición, pero supuse que tenía que hacerlo.

—Sabes que los médicos han hecho grandes avances, Marina —le dije—. Vi a muchos heridos en mi trabajo y puedo decirte que la ciencia avanza más rápido de lo que pensamos. Tienes que tener confianza en ella.

—Lo haré, porque sé que Dios quiere que lo haga. Él está allí arriba para ayudarnos a todos, sin importar quién seas. ¿Usted no lo cree?

Tardé en procesar una respuesta.

—Sí, claro —dije al final, por no encontrar otra más adecuada.

Reconozco que me sorprendió su contestación. No es que tenga problema con las creencias de la gente y, aunque yo no soy creyente, respeto e incluso defiendo el derecho de todo el mundo a profesar la suya. Lo que me sorprendió es que una persona tan joven se apoyase de ese modo en Dios. Como poco, en la España de principios del siglo XXI, no era lo habitual y mucho menos en alguien tan joven.

—¿Crees en Dios? —me atreví a preguntar.

—Sí, por supuesto —dijo ella—. Voy a misa siempre que puedo y por eso sé que no debe preocuparse por mí. Todo lo que nos sucede es por su voluntad, así que debemos aceptarlo.

Y eso fue todo.

Era posible que estuviese intentando descifrar sus expresiones y no hubiese valorado la posibilidad de que la explicación a su serenidad radicase en la gran fe que parecía profesar.

Como no había ido allí a debatir sobre creencias, ni mucho menos a tratar de despojar de ellas a nadie, me senté en una silla junto a su cama y desvié la conversación hacia temas de mucha menos transcendencia, como eran a qué instituto iba, si le gustaba algún deporte o tenía alguna afición en especial. La respuesta siempre era:

—No, no realmente.

En algún momento, le mencioné que conocía a su profesor Ricardo y me había dicho que

se sentía muy orgulloso de ella.

—Sí, me da clases de ajedrez desde que era muy pequeña —dijo en un tono algo melancólico y perdiendo la mirada en la pared de enfrente—. Me gusta jugar al ajedrez, siento que me hace pensar. Nunca voy de mala gana a su clase, porque para mí es un momento especial. Mamá fue la que me apuntó.

Entonces se detuvo para hacer una mueca y morderse el labio inferior. Luego volvió a mirar hacia mí para preguntarme.

—¿Cuándo conoció usted a Ricardo? —me preguntó.

—Hace un rato. Al salir, se dio cuenta de que yo también venía a verte y supongo que, al no sonarle mi cara, quiso saber quién era.

—Es normal, siempre está pendiente de si yo necesito algo.

—Oye, estoy pensando que podría volver otro día, traer un tablero de ajedrez y así me demuestras lo bien que sabes jugar. ¿Qué te parece la idea?

—Todavía no me puedo incorporar.

—No te preocupes, tú me dices qué pieza quieres mover y yo la muevo por ti.

Entonces sus ojos se abrieron de par en par.

—Eso sería estupendo —dijo.

—El verdadero problema es que me tienes que prometer que vas a tener mucha paciencia conmigo, porque no soy un buen jugador. Es decir, asumo desde ya que me vas a ganar, pero tengo miedo de que me dejes en ridículo.

Mi ruego logró sacarle una pequeña sonrisa, como si no estuviese acostumbrada que alguien le otorgase ese grado de importancia.

Así continuamos la charla durante un buen rato. Yo era el que hablaba la mayor parte del tiempo y sus respuestas siempre era breves y, por lo general, se apoyaban en monosílabos. Solo en una muy rara versión más extendida podían incluir expresiones como «señor Acevedo» o «eso sería estupendo». Nunca logré descifrar con un mínimo de profundidad sus pensamientos y mismo daba la sensación de sentir miedo de que el resto del mundo tuviera libre acceso a ellos.

Hacia el final de la visita, saqué un papel de la cartera y escribí el número de mi teléfono móvil.

—Marina —le dije, colocándoselo sobre la mesilla de noche—, si necesitas algo, cualquier cosa, llámame. No importa lo que sea, un helado, revistas, libros, maquillaje, cualquier cosa. Solo llámame, en cualquier momento, de día o de noche, y yo vendré.

Miró hacia el papel como si se sintiera desconcertada.

—No, no quiero ser un problema para usted —dijo.

—Pues yo quiero que sí seas un problema para mí, y uno muy grande, porque así no me quedará hueco para tener otros.

Se quedó pensando un momento.

—¿De qué sabor me compraría el helado? —preguntó al final.

Sonreí.

—Para averiguar eso, tendrás que pedírmelo un día y así lo descubrirás.

Ella asintió.

—Está bien, señor Acevedo.

Me fui cuando entraba una enfermera. Le dije a Marina desde la puerta que volvería a verla y que la próxima vez no me olvidaría de traer el tablero.

Una vez más mostró su diminuta sonrisa.

—Eso sería estupendo —dijo.

Salí del hospital pensando que, hasta entonces, por alguna razón, me había costado activar el modo policía y me había dedicado a dejar pasar las horas buscando nombres e intentando revolver dentro de la cabeza dudas y más dudas sobre una posible implicación de Edgar. Sin embargo, el tiempo que había pasado acompañando a esa joven dulce, educada y sin amigos despejó en gran medida cualquier desidia que pudiera habitar dentro de mí.

Si Edgar era responsable o no de aquello todavía resultaba un misterio para mí, pero si algo era posible y probable, también podía ser cierto, y eso resultaba suficiente para que empezase a investigarlo.

Aún no sabía muy bien qué pasos dar, pero debía ponerme a ello cuanto antes, porque empezaba a sentir una extraña sensación que me corroía por dentro, como si una siniestra mano se hubiese metido en mi abdomen y se hubiese empeñado en anudarme las tripas.

Capítulo 23

Aquella noche, después de cenar algo ligero, me puse en marcha con la tarea de sondear la posible culpabilidad de Edgar. En algún momento pensé en llamar a Silvia y Javier para que ellos se encargasen de investigarlo, pero enseguida razoné que Edgar era demasiado listo como para no escabullirse de dos inspectores inexpertos como ellos. Pondría su cara de niño bueno, les hablaría sobre una más que posible reinserción fructífera y alegaría la total ausencia de pruebas o indicios. Incluso sería capaz de convencerlos que nuestra aversión mutua solo era tal de mí hacia él y no al revés.

Al final, me pareció que lo mejor que podía hacer era verificar en persona cómo respiraba Edgar Santana después de tantos años, si todavía se pasaba el día olfateando el aire para encontrar mi rastro o si ya lo había localizado sin que yo me percatase de ello.

Dicho de otro modo, quería ver sus ojos superficiales, escuchar su voz altiva e irritante, capturar cualquier matiz de odio retenido y dejar que su comportamiento me dijera cuán lejos estaría dispuesto a llegar o si ya había recorrido el oscuro sendero que lleva a la venganza cumplida.

Pero, ¿y si llegaba a la conclusión de que había condenado a Marina a vivir en una silla de ruedas y mandado a Germán a una tumba? Me asustaba no ser capaz de gestionar esa posibilidad. Sin mencionar al patético y deformado Cobra. Edgar no había sido juzgado por su muerte años atrás. El billete de cincuenta euros que encontramos en su boca estaba demasiado manchado de sangre y saliva como para que los técnicos pudieran encontrar mis huellas digitales y así poder conectar su muerte con nuestra conversación previa.

Pero yo sabía que Edgar había ordenado aquella ejecución, disfrutando el momento y propinando el mayor sufrimiento posible. Incluso cabía la posibilidad de que él mismo hubiese participado en persona en la ejecución. Porque ese fue uno de los nuevos matices que aportó a la causa penal el sicario que testificó en su contra. Había dicho que, en aquellas ocasiones en las que se sentía traicionado, él en persona participaba en las ejecuciones, porque le gustaba que las víctimas pasasen a mejor vida viendo su cara para que no se olvidasen de ella en la eternidad.

Así que sí, considerando todas estas cuestiones, quería sentarme con mi viejo amigo Edgar y mantener con él una intensa y esclarecedora conversación.

Decidí que el momento ideal sería al día siguiente por la noche en su nuevo club de alterne, puesto que se encontraría lleno de clientes que pudieran ejercer como testigos de todo aquello que aconteciese en nuestro reencuentro.

Así fue como a última hora de la tarde del domingo, después de un día que pasó tan lento

como un vehículo circulando sobre ruedas triangulares, rellené el cargador de mi Glock semiautomática hasta asegurarme de que estuviese completo. Luego amarré la funda hecha a medida a mi pierna derecha con el velcro justo por encima del tobillo y deslicé al pequeño demonio para refugiarlo en su cálido hogar.

Una vez listo, tomé rumbo a Vigo y, tras pasar el puente de Rande, giré a la derecha para tomar la carretera nacional en sentido a Pontevedra.

No tardó en aparecer delante de mí el nuevo local que regentaba Edgar Santana. Pese a que se notaba que todavía no estaba rematado, me sorprendió el asombroso parecido que guardaba el edificio con *El Magazine*, aunque este tenía un nombre tan estrafalario que hasta contaba con un eslogan debajo: *Barcos y Chicas. Aparque aquí su barco y nosotros le proporcionamos a las chicas*. Me costó aguantar la risa cuando lo leí, aunque supongo que no era el primero al que le pasaba, porque el portero de la entrada no se extrañó de la gran sonrisa con la que pasé a su lado.

Una sorpresa mayor me causó descubrir que la distribución interior del local era una copia perfecta del antiguo club gaditano. Los sillones estaban en el centro, la barra a la entrada, las habitaciones en el primer piso y, por supuesto, el gran espejo unidireccional desde el que controlar todo el local lucía flamante justo encima de la cabina del *discjockey*.

Yo tampoco cambié mi rutina de entonces. Pedí una cerveza en la barra y me senté en la zona de sofás, más o menos a la misma altura de entonces. Es decir, lo bastante cerca de las chicas para estudiar el terreno, pero tan lejos del gran espejo que no le permitiese a nadie reconocirme desde detrás de él.

Durante una hora me enfoqué en verificar el número de gorilas que allí se encontraban y prever los movimientos que harían ante cualquier situación. Por mi experiencia sé que los que están en esa posición no suelen llevar armas de fuego, por lo que no me preocupaban en exceso.

Esas labores me llevaron el tiempo que tardé en acabar la cerveza y pedir otra, pero a esta segunda solo le di un trago, puesto que no quería que mi temperamento cambiase.

Al final, cerca de las doce de la noche, decidí que era el momento adecuado. No había notado que nadie saliera o entrara por la puerta del altillo en el tiempo que llevaba allí y era de prever que Edgar se encontraba dentro, puesto que había identificado un Mercedes Clase G en el aparcamiento de personal y dudaba mucho que un matón o una prostituta quisiera gastarse un cuarto de millón en un coche.

Me puse de pie y comencé a caminar por el lateral del local, donde la iluminación era aún más tenue. Pasé por debajo del gran espejo hacia las escaleras que subían a la habitación que se encontraba tras él. Apoyándome contra la pared del *discjockey*, volví la cabeza hacia la zona de los sofás, pero enfoqué los ojos para barrer el local de lado a lado. Los dos gorilas permanecían en las entradas de las escaleras, pero ninguno me prestaba atención, y las chicas bastante tenían con intentar captar clientes.

Entonces me deslicé por las escaleras que subían al lado de la pared. Eran estrechas, con una barandilla de metal y en la cima giraban noventa grados a la puerta que daba acceso al habitáculo. Un habitáculo que me sorprendió que todavía estaba fabricado de aglomerado. Supuse que quedaría pendiente para una posterior reforma.

Cuando llegué a la entrada, respiré con profundidad y agarré el pomo. Me hubiese gustado saber con lo que me iba a encontrar dentro, pero como eso era imposible, lo giré con decisión para abrir la puerta, dar un paso hacia dentro y cerrarla lo más pronto posible detrás de mí. Lucas Acevedo en plan aventurero, con la pistola guardada en el tobillo y sin saber qué se iba a encontrar. Una dosis de adrenalina en toda regla.

Y lo que me encontré fue a un Edgar con veinte años más, sentado en un escritorio al final de la habitación y acompañado de un hinchado Rambo a su lado, de pie y apoyado en la mesa. Como los perros más fieles, se ve que no estaba dispuesto a abandonar a su amo.

Los dos alzaron la vista a la vez ante mi aparición, pero ni Edgar se levantó de la silla ni Rambo dejó de apoyarse en la mesa para erguirse. Solo se levantaron las dos cabezas lo necesario para verme.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —escupió Edgar.

No respondí y avancé despacio y con paso firme hacia una silla vacía que se encontraba en un lateral.

Edgar continuaba siendo un hombre pequeño y conservaba los rasgos de la sonrisa perpetua que solía esgrimir. Rambo, en cambio, parecía que se estaba sometiendo al primer examen digital de próstata, tal como estaba inclinado y con la boca algo abierta. Juraría que también empezaba palidecer. Los dos lucían algunas canas y un pequeño puñado de arrugas.

Edgar miró a su escudero y luego a mí. A diferencia de Rambo, su cara no reflejaba asombro, sino odio y desprecio.

Yo agarré la silla vacía por el respaldo mientras echaba un disimulado vistazo a la habitación en busca de cámaras y luego la moví hacia un lugar delante del escritorio, teniendo cuidado de colocarla de modo que las rodillas me quedasen al menos a medio metro de la parte frontal.

—A ver, hijo de puta —ladró Edgar—, ¿por qué coño te sientas si te vas a ir ahora mismo de aquí?

—Siento decepcionarte, pero necesito descansar un rato después de follar con tus chicas y he pensado que puedo aprovechar para charlar contigo.

Mi explicación pareció no convencerlo.

—Puede que te creas que eres intocable y que puedes entrar y salir de aquí cuando quieras —dijo—, pero este es mi local y tengo todo el derecho del mundo de deshacerme de los alborotadores, por lo que estaré encantado de echarte a la calle como no te largues ya.

Él se levantó mientras decía esas palabras, pero yo me quedé en la silla. Rambo parecía que se estaba librando del dedo del médico y trataba de alcanzar algo en la cintura. Algo que tenía debajo de la hortera americana que lucía.

—Te voy a decir algo, grandullón —dije en su dirección—, como se te ocurra sacar un arma aquí van a pasar dos cosas. La primera, que estarás muerto antes de que pestañees. La segunda, que en tu entierro todos se preguntarán por qué a un idiota como tú se le ocurrió atacar a un policía sin motivo alguno. ¿Ya te has olvidado de mi placa y de nuestra conversación en el estacionamiento?

Rambo retiró la mano y la colocó de nuevo sobre la mesa, lo que me permitió volver a centrarme en Edgar.

—Y bueno, pequeño gran hombre, dime, ¿cómo te va la vida en libertad? —le pregunté.

En ese momento, su cara se había puesto tan roja que parecía que podría freírse un huevo en ella. También se le había tensado la mandíbula y empezaba a palpar. Era evidente que quería saber a qué había ido allí y, aunque supongo que también entraría en sus planes volarme la cabeza, se debía de estar conteniendo hasta que averiguase lo primero.

Después de unos largos segundos volvió a sentarse y, cuando habló, lo hizo ya con una voz tranquila y retomando la expresión sonriente que solía lucir.

—¿Has metido en la cárcel a personas inocentes últimamente? ¿Eh, Acevedo?

—Yo no encarcelo inocentes, Edgar. Lo único que hago es proteger a personas normales y honradas de asesinos sin escrúpulos como tú.

Él soltó una carcajada sin alegría.

—Mentira —dijo—, me detuviste con pruebas falsas. No entré en la cárcel por hacer algo malo, sino por decidir tú un día que debía estar allí. Durante catorce años, dos meses y nueve días viví en una maldita jaula, rodeado de alimañas. ¿Duermes bien por las noches?

—Perfectamente. Lo que no entiendo, Edgar, es que si es cierto lo que dices y eres igual que un ángel, ¿por qué coño no escapaste de la cárcel volando? ¿Te gustaba la vida allí? ¿Quizá conseguiste una novia dentro y no querías abandonarla?

Eso debió molestarle, porque su cuerpo se tensó y también lo hizo el de Rambo.

—¿Te crees que eres gracioso? —dijo Santana—. Sabes, debería...

—¿Matarme? —lo corté—. ¿Acaso no lo has intentado ya?

Eso le sacó una sonrisa que pareció no tener final.

—¿De qué coño estás hablando?

—Estoy hablando de un anciano muerto. Estoy hablando de una niña paralítica que no tiene más de catorce años. Estoy hablando de un hombre al que le has metido una bala en la pierna solo por ir a cenar conmigo. He venido a decirte que tú y tus matones sois tan patéticos que, después de buscar una cortina de humo tan cruel, no conseguisteis hacerme ni un rasguño.

Sois unos inútiles.

—¿Pero qué mierdas estás diciendo? —preguntó de nuevo.

Me fijé en los pliegues de su frente, en el estrechamiento de sus ojos. Por un segundo, casi pensé que no sabía de qué hablaba. Fue un segundo muy pequeño, porque enseguida recordé su cinismo y continué hostigándolo.

—Cuando me encontré con el Cobra —dije—, me contó muchas cosas. Por ejemplo, que un tío con un coche tuneado de manera cutre recogía un paquete con droga de madrugada en la casa de una de las prostitutas de tu club. Es sencillo imaginar lo que sucedió después. El Cobra se pasó de listo al querer comprar una dosis con la información de la reunión conmigo y tus matones lo agarraron, te lo llevaron y tú lo apaleaste hasta que le sacaste lo que me había dicho. Luego le metiste el billete en la boca para lanzar el mensaje de que no ibas a permitir chivatos. ¿Te suena familiar? ¿O estoy hablando demasiado rápido?

Frente a mí, me miraba como si se estuviera imaginando la sangre saliéndome a borbotones por la yugular.

—También hiciste que tus hombres fuesen a preguntarle a la chica si ya había hablado conmigo —continué— y para decirle que tenía que mantener la boca cerrada. ¿O la idea era repetir el proceso empleado con el Cobra, interrogarla y luego matarla? Pero, yo me pregunto, ¿era necesario que encerrasen a un bebé enfermo en un armario? ¿Fue idea de tus hombres o una orden tuya?

Vi que su cara perdía algo de brillo y que su humor se estaba volviendo aún más áspero.

—¿Quieres que siga hablando sobre tu inocencia y tu inmensa pureza de alma, pequeño gran hombre?

Él seguía en silencio y con la cara cada vez más contraída, así que decidí que había llegado el momento de ir a por todas.

—Sé que tú no hiciste todo el trabajo sucio, Edgar —dije—, porque en el fondo eres un cobarde de mierda. Es posible que no hicieras nada tú mismo, porque me pareces un patético aprendiz de Al Capone que tiene que mandar a sus sicarios a hacer los trabajos, porque seguro que te desmayas si ves una gota de sangre.

Después señalé en dirección a Rambo, pero sin dejar de mirar a Edgar.

—¿Sabes qué? —seguí—. Si te soy sincero, puedo imaginarme aquí a tu lacayo encerrando entre carcajadas a un bebé inofensivo dentro de un armario a oscuras y también puedo verlo apaleando al Cobra cuando ya estaba indefenso en el suelo, atado y moribundo. ¿Qué opinas, grandullón, estás preparado para acompañar a tu amo en la cárcel?

—Espera, espera un minuto —soltó Rambo—. Yo...

—¡Cállate, idiota! —gritó Edgar.

Me fijé en que Rambo había empezado a retomar el tonto movimiento de la mano derecha

en busca de la cintura.

—Creo que ya lo sabes —lo miré entonces—, puedo conseguir que ambos disfrutéis de unas bonitas vacaciones, juntos y en mutua compañía, en un lugar donde ningún día del año sale el sol.

Fue entonces cuando Rambo gritó algo que no pude entender, se echó la chaqueta hacia atrás y agarró la pistola que llevaba debajo del cinturón.

—¡No! —gritó Edgar—. ¡Aquí no!

Pero en cuanto sonó el primer grito, yo puse ambos pies sobre el escritorio y le propiné una patada para lanzarlo hacia ellos y aprovechar el impulso para tirarme hacia atrás. Saqué la Glock nada más tocar el suelo y rodé con ella en la mano a toda velocidad hasta la puerta.

En el mismo momento que la atravesé, una bala explotó en la cristalera espía, cayendo los cristales a plomo sobre el pasillo que había delante del *discjockey*.

No sé cómo bajé las escaleras, intuía que no de pie ni de una en una, pero justo cuando alcancé el final, apareció Rambo y soltó otra bala, aunque sin querer descubrirse demasiado, por lo que no pudo apuntar bien y eso provocó que surcase el aire hacia el fondo opuesto a la los sofás, emitiendo el sonido profundo que siempre hacen.

Yo me cubrí con la pared que soportaba las escaleras, de tal manera que quien quisiera acertarme tuviese que salir al descansillo de delante de la puerta, asomarse por la barandilla y fijar el objetivo. A cualquiera de ellos, los esperaba con la pistola apuntando en esa dirección. Para entonces, las personas que había en el local, incluidos los guardianes de los pasillos, escapaban como podían hacia la puerta de salida.

Un breve instante después, apareció Edgar con las mismas ganas de exponerse que su matón y soltó un disparo que estalló en la pared de enfrente de la puerta. Luego volvió a refugiarse en la habitación.

—Malditos cobardes, ¿os creéis que estoy volando? —dije para mí.

Entonces me moví hacia la mitad de las escaleras y calculé en qué posición se colocarían dos personas que estuviesen cubiertas con la pared y esperando a asomarse por la puerta para disparar. Cuando los tuve dibujados en la endeble pared de aglomerado, apunté el cañón de la Glock hacia ese punto y disparé cuatro veces como si quisiera hacer una línea recta horizontal con los agujeros que las balas dejaban en el débil material. Al instante, escuché un gemido y un alarido sordo y luego la caída de dos cuerpos al suelo.

Uno de los clientes, que se había resguardado entre los sofás, se acercó por el pasillo de mi lado con cara de héroe. Yo aún estaba agachado y esperando un posible movimiento en la puerta.

Me giré al llegar a mi altura y fue en ese momento cuando vio el arma en mi mano. El chico se paró en seco.

—No seas estúpido —le dije con calma—, esto no te incumbe. Yo tengo una pistola y tú

no.

Él levantó las manos y empezó a retroceder.

—¿Sabes lo que sí puedes hacer para que te entreviste la tele? —añadí, mientras se detenía—. Salir por la puerta y llevarte contigo a toda la gente que ha quedado entre los sofás. Diles que no voy a dispararles, que pueden descubrirse tranquilos. Luego, cuando estés fuera, llamas a la policía y a una ambulancia y les dices que vengan por la puerta principal y que yo saldré desarmado en cuanto me lo pidan. ¿Lo has entendido?

El chico asintió, pero seguía inmóvil. Hice un gesto con la mano en la que tenía la pistola para que se pusiera en marcha.

Después de unos minutos y cuando todo el mundo había abandonado el local, me levanté y eché un vistazo circular a mi alrededor. También comprobé la cabina del *discjockey*.

Era evidente que allí no quedaba nadie más que yo y dos cuerpos vencidos en el piso de arriba.

Capítulo 24

No me molesté en subir a ver lo que había dejado atrás, porque no había manera de que pudiese estar seguro de si ambos seguían fuera de combate o alguno conservaba la suficiente consciencia y movilidad como para apuntar mejor si le concedía otra oportunidad.

Además, tampoco me importaba mucho en qué condiciones habían quedado.

La policía no tardó en llegar. Apenas quince minutos después del último disparo, escuché cómo el sonido de las sirenas se hacía cada vez más y más fuerte hasta que se apreció estable. La parte buena de su presencia era que nadie más iba a entrar en ese edificio hasta que yo estuviese fuera. La mala, que tenía que enfrentarme a ellos sin margen de error, puesto que, en casos así, un minúsculo traspie puede reportarte la cárcel o incluso la muerte. Y yo no quería ganarme ni una cosa ni la otra.

—¡Cualquiera que esté adentro, tire el arma afuera ahora y salga con las manos en alto! — Oí que me gritaban desde el exterior.

Avancé pegado a la pared que me cubría y me dirigí hacia la salida. Abrí medio metro la puerta principal sin dejarme ver, alargué el brazo por la ranura y lancé la pistola al exterior.

—¡Ya estoy desarmado, voy a salir! —dije después.

—Hágalo con las manos en alto y donde podamos verlas —escuché.

—Descuide, no soy tonto.

Abrí la puerta un poco más y salí con las manos todo lo altas y visibles que fui capaz de colocarlas, con las palmas bien estiradas y caminando sin hacer ningún movimiento brusco. Superados los hombres que me apuntaban desde ambos flancos, me paré y comencé a echarme al suelo boca abajo sobre el asfalto. Antes de que pudiera completar la acción, noté cómo me agarraban por los brazos para tumbarme con más rapidez y menor delicadeza, mientras me gritaban que me mantuviese quieto y me colocaban una de sus rodillas en la espalda.

Una vez que me tenían en el suelo, uno de ellos se inclinó hacia mí.

—¿Hay alguien más adentro? —me gritó.

—Sí, dos hombres arriba, en el primer piso, pero calculo que tienen una bala en el cuerpo cada uno. No sé si están muertos o heridos, pero si alguno aún respira, tengan cuidado. Los dos estaban armados y son peligrosos.

Tres hombres se unieron a los que custodiaban la puerta y cuchichearon durante un breve instante. Supongo que valoraban si esperar por los equipos especiales o entrar ellos. Al final, quizá animados por la información que les acababa de facilitar, se decidieron por la segunda opción. Avanzaron por la puerta con las armas delante y dispuestos a disparar al mínimo

estímulo. Unos diez minutos más tarde, un par de ellos, ya más relajados, salieron para acompañar al personal de las ambulancias.

Para entonces, los otros agentes ya me habían registrado, esposado, leído mis derechos e introducido en la parte trasera de un coche de policía. Más o menos a esa hora se detuvieron cerca del aparcamiento un coche de la TVG y un par de periodistas que no perdieron tiempo en empezar a hacer preguntas por el lugar. No me sorprendió su rapidez, supuse que aquello era una gran noticia y, una vez que se corriese el rumor a primera hora de la mañana, la ciudad demandaría noticias sobre el suceso. Un tiroteo de tal calibre en uno de los principales clubs de alterne de la ciudad, con clientes presa del pánico buscando refugio en los lugares más insospechados, chicas medio desnudas gritando por el aparcamiento, posibilidad manifiesta de varias víctimas más o menos inocentes y un detenido sospechoso de haber encajado mal un servicio de dudosa profesionalidad y tener un concepto muy particular sobre lo que debe ser una discusión en un lugar de esa enjundia activa de una manera especial el morbo entre la gente.

Por lo que respecta a mí, no tardaron en llevarme a la comisaría. Fueron tan diligentes en ese punto que ni siquiera llegué a ver cómo sacaban a las dos víctimas del interior.

Ya en la comisaría, me condujeron a una habitación estéril, genérica, pintada de un color marrón claro lamentable y ante una mesa rodeada por algunas sillas mucho más cómodas de lo que cabría esperar. Me senté en una de ellas todavía esposado y esperé algo más de una hora antes de que entrasen dos inspectores vestidos de civil.

Uno era un hombre mayor con un rostro agradable, cabello con marcadas mechas blancas y el aspecto despreocupado de alguien que con gusto emplearía un sábado por la mañana en arreglar la verja de su casa de campo solo porque es lo que espera su esposa de él.

El otro policía era un hombre grande y atlético, mucho más joven que el primero y con la cabeza rapada. Reconozco que este infundía mucho más respeto que el primero, pero tenía las suficientes tablas para saber que en situaciones así las apariencias pueden engañar.

Se sentaron a la misma mesa que yo, me miraron y dejaron correr unos espesos segundos de silencio.

El nombre del primer policía era Inocencio. El del más joven, Samuel. No me molesté en memorizar sus apellidos.

Fue este último el que se hizo cargo de la conversación.

—¿Quieres saber qué les ha pasado a las dos personas a las que disparaste? —preguntó después ojear unos papeles que traía consigo.

—Sí.

—El más alto, Raúl Mellado, está muerto. Una de las balas le atravesó el corazón y los médicos, aunque lo intentaron reanimar durante largo tiempo en el lugar del suceso, no han podido hacer nada para salvarlo.

—¿Se llamaba Raúl Mellado?

—Sí. ¿No sabías su nombre?

—No.

Inocencio se recostó en la silla. Juraría que con la intención de estudiarme con mayor profundidad. Desde ese momento, lo identifiqué como el inspector que no hablaría hasta que tuviese claro en qué dirección dirigir el interrogatorio. Dicho de otro modo, se había revelado como el más peligroso de los dos. Como dije, muchas veces las primeras impresiones no son las correctas en una situación como esa.

Samuel continuó.

—El otro hombre al que disparaste es el dueño del puticlub y se llama Edgar Santana. ¿A ese lo conocías?

—Sí.

—Está vivo y lo han trasladado al hospital, pero no sé cuál es su estado.

No hice comentarios.

—Sabemos que les disparaste tú y ni siquiera te has molestado en negarlo —dijo Samuel—. Ahora lo que necesitamos saber es por qué lo hiciste.

—Entiendo.

—Antes de nada —me cortó—, ¿tienes abogado o quieres que te asignemos uno de oficio?

—Sí, tengo abogado, pero está en el hospital. Y no, no quiero uno de oficio. Lo que sí me gustaría antes de empezar con el interrogatorio, es que llevásemos esto con cierto orden, si a los dos no les importa.

Inocencio todavía me estaba estudiando. Vi sus cejas zigzaguear un poco.

—Primero —continué—, quiero apuntar algo, aunque doy por hecho que ya estarán en ello. Pero es muy importante para mí, por lo que me gustaría mencionarlo. En la esquina superior izquierda de la sala donde ocurrieron los disparos, en la misma pared desde donde empieza la escalera, hay una cámara de vigilancia. Me interesaría mucho que recuperasen cuanto antes lo que grabó y custodiasen el contenido con mucha diligencia. No tengo constancia ni sospecha de que vaya a ocurrir, pero temo que algún amigo de esos dos pueda intentar borrar las imágenes del tiroteo.

Esa observación pareció sorprender a Samuel. Supongo que pocos detenidos se expresaban así en una situación similar.

—Somos conscientes de esa cámara, Lucas —dijo después de dejar pasar un par de segundos—, y puedo asegurarte que ya la recuperamos y que protegeremos de una manera diligente lo que haya en ella. Todas las grabaciones se traen aquí para su procesamiento y almacenamiento. No solo había esa cámara, había muchas otras por todo el local y las estamos revisando todas.

—Lo doy por hecho —le dije—. Lo segundo que quiero decir es que no tengo ningún problema en prestar declaración y contestaré a todas las preguntas que quieran formularme, pero preferiría que primero viesen la grabación. Creo que es lo mejor para mí y también para ustedes.

No había nerviosismo en mi voz ni súplicas en mis ojos, porque eso habría hecho que sus mentes se pusieran inquietas.

—¿Podemos confiar en que harás una declaración completa después de que veamos la grabación? —preguntó Samuel tras unos segundos.

—Sí, por supuesto. Eso es lo que he dicho. Tiene mi palabra.

—¿Renuncias a que te asista un abogado? ¿Estás seguro de que no quieres llamar a otro o que venga uno de oficio mientras vemos las cintas?

—Sí, seguro, no se preocupe. Lo único que necesito es que vean esa grabación.

Me estudió con los ojos entrecerrados. Supongo que Inocencio había acabado algo antes, porque los dos se miraron y asintieron.

Poco más de una hora después, entraron de nuevo en la sala de interrogatorios. Fue Samuel quien volvió a tomar la iniciativa.

—Lucas, hemos visto las cintas del incidente. Como información, te diré que todavía están atendiendo al señor Santana en el hospital, por lo que no hemos tenido la oportunidad de hablar con él. Pese a ello, en la grabación se aprecia con claridad que las dos víctimas sacaron sus armas y dispararon primero.

Hizo una pausa para darme la oportunidad de responder. La dejé correr, porque quería escuchar más.

—De todos modos —continuó—, hemos comprobado tu identidad y sabemos que eres un expolicía de la UDYCO que lleva en excedencia algunos años. Y claro, lo primero que nos preguntamos fue si esto tendría algo que ver con tu trabajo anterior. Así que, antes de volver aquí, también hicimos algunas llamadas. Nos costó un poco, pero al final conseguimos comunicarnos con tu antiguo jefe, el señor Parrado. Él era tu superior, ¿no es cierto?

—Uno de tantos.

—Pero el señor Parrado era tu jefe inmediato, ¿no?

—Sí.

—Nos aseguró que eras un policía eficiente e insobornable —continuó Samuel—. Tampoco nos dijo mucho más, porque es evidente que no puede revelar datos de su personal, pero no veía cómo podía estar relacionado este episodio con tu pasado y hasta parecía convencido de que, si le habías disparado a alguien, tuvo que ser en defensa propia. Otra cosa que nos aclaró el señor Parrado fue que tu excedencia no obedecía a ninguna causa de relevancia y fue consensuada entre él y tú.

—Sí, eso es correcto.

Pese a todo lo que estaba diciendo Samuel, Inocencio se había sentado a su lado y seguía estudiándome con la mirada fija.

—Entonces, Lucas —dijo Samuel—, es evidente que aquí han ocurrido muchas cosas y algunas aún están sin esclarecer. Tenemos a un expolicía involucrado en un tiroteo y a un hombre muerto y a otro herido. Como recuerdo que nos dijiste que nos contarías toda la historia, te dejaremos dar tu versión sin interrumpirte. A menos que, por supuesto, primero quieras ver la grabación.

—No hace falta, tal y como estaba colocada la cámara tuvo que recoger todo lo que pasó —le dije.

Así que empecé mi relato por la noche de Sárdoma, seguí por la posibilidad real de que lo sucedido hubiese sido motivado por mi antiguo trabajo en la policía y que las demás víctimas solo fuesen consecuencia de la sangre fría y la falta de escrúpulos de quien disparó. Añadí que Parrado no podía conocer a Edgar por ser anterior a mi etapa en la UDYCO y que, si fui a hacerle una visita, solo fue motivado por ser consciente del odio que me tenía.

Les dije que mi instinto me decía que el tiroteo en Vigo no había sido otra cosa que una excursión de un psicópata enfermo, pero que, después de enterarme que se había reincorporado a la sociedad a solo unos kilómetros de mi residencia actual, sentí que ir a hablar con Edgar era lo mínimo que podía hacer. También les expliqué que no había puesto al corriente a la policía de la situación porque no tenía ni idea de si estaba relacionado o no y que, en el caso de que sospechase de su implicación tras la visita, lo haría. También añadí que el ir armado solo se debía a que era consciente de la peligrosidad de Edgar y no podía saber si los años en la cárcel lo habían serenado lo suficiente, pero que ni la había sacado antes de ser atacado ni tenía intención de hacerlo.

—Usted dijo que vio el video y que parecía que fueron ellos quienes sacaron sus armas primero —añadí—, y eso es correcto, lo hicieron. El tal Mellado apuntó primero y realizó los dos primeros disparos, Edgar disparó al final y solo una vez. Tiene que salir el fogonazo de los cañones en la grabación. Las escaleras estaban fuera de la vista de la cámara, pero habrán podido ver que yo respondí solo después de recibir el primer disparo. Eso es lo que tiene que salir en la cámara, aunque en realidad ya habían efectuado los tres disparos cuando yo hice el primero. La primera bala de Mellado, calculo que se incrustó en algún lugar de la zona de clientes, porque salió por la puerta; la segunda está seguro en la pared del fondo, porque yo ya me encontraba en la escalera y se asomó para disparar en mi dirección. Cuando había llegado al fondo, Edgar apareció en la cima y disparó una vez de frente y sin apuntar y luego se volvió a esconder. El agujero de esa bala debe estar en la pared que hay frente a la puerta y más o menos a la altura de ella. Como no sabía cuándo podían asomar la cabeza por la esquina para disparar de nuevo y no tenía un lugar bueno para cubrirme, me arriesgué y disparé cuatro veces hacia la zona donde me

imaginé que estarían escondidos. Al instante, los escuché desplomarse. Primero uno y al cabo de un segundo el otro. Bajé el arma, le dije a todos los que aún quedaban que saliesen y me fui a la puerta. Luego esperé a oír las sirenas.

—Dos de sus balas impactaron en Mellado, una de ellas en el corazón y resultó mortal —respondió Samuel—, mientras que otra se alojó en el abdomen de Edgar. La cuarta atravesó también el aglomerado del lado contrario y está en la pared de enfrente. Es evidente por los orificios de entrada y salida en la madera que los disparos provenían de fuera.

Hizo una pausa para reclinarsse en su silla y me miró con una mirada especulativa.

—Lo que está claro es que tú has tenido mejor puntería que ellos —dijo al fin.

Permanecí en silencio, después de todo, me comprometí a responder a todas las preguntas y eso no era una pregunta.

—Revisamos el historial de Santana —continuó Samuel—, y tienes razón en que este individuo es todo un personaje. Pero vamos a comenzar por el principio, porque no sabemos por qué te dispararon. ¿Habías quedado con ellos o subiste sin avisar?

—Subí por mi cuenta.

—Parecería que sus reacciones vienen a verificar eso y que no les gustó la visita. ¿De qué hablasteis en la oficina?

—Cuando llegué, me dijo lo desagradable que le resultaba mi presencia —comencé mi explicación—, aunque eso no fuese una novedad para mí. Después yo le mencioné a un chivato que nos ayudó en su arresto y condena. A este hombre lo mataron a golpes. Le dije que sabía que él había sido el responsable y que no me había olvidado de su muerte. Pretendía ponerlo nervioso, ya sabe cómo y para qué se hace.

Samuel asintió. Inocencio seguía impertérrito como una piedra y parecía que ningún cincel sería capaz de tallarlo. Me di cuenta de que no podía recordar cómo sonaba su voz, ya que solo la había escuchado cuando se presentó.

—Cuando vi que ya estaba preparado —continué—, cambié la conversación al tiroteo de Sárdoma y, puesto que Mellado siempre había estado cerca de Edgar en el club, insinué que tenía la corazonada de que él también estaba involucrado y que sufriría la misma pena de prisión que su jefe. Lo curioso es que es posible que tuviera razón en acusarlo, porque no mantuvo la calma tan bien como Edgar. Sacó el arma y lo que vino después ya lo saben.

A partir de ahí pasé la noche derribando cada insinuación que me hacían. Samuel nunca abandono su tono cordial y cómplice, mientras que Inocencio apenas me planteó un par de cuestiones.

Yo siempre me mantuve calmado y seguro de lo que decía. Es algo fundamental y bastante fácil de hacer cuando sabes cómo van estos interrogatorios y qué necesitas decir para que no se enciendan sus alarmas.

Al final, a última hora de la mañana y después de que tuviesen una larga discusión con el fiscal, decidieron dejarme en libertad. Antes de que pudiese abandonar la sala, Inocencio pidió unos minutos a solas conmigo. Acepté sin problemas.

Volvió a sentarse en la misma silla, pero esta vez la giró y movió de lado a lado un rato mientras me medía con la mirada eterna de un policía desgastado por el tiempo.

—Así que es eso, ¿eh? —dijo con sus palabras resquebrajándose, supuse que tendría nódulos en las cuerdas vocales—. Te molesta alguien, pues montas una operación nocturna y en unas horas ya se ha terminado todo. Así fácil. Vas a sacar de sus casillas a quien corresponda y, cuando lo consigues, dejas que saquen las armas primero y luego los matas.

Entonces supe que el hombre tranquilo había encontrado el camino que quería seguir en el interrogatorio.

Siendo así, no dije nada y esperé a que continuara.

Dejó de girar en la silla, renunciando a ese movimiento para poner todo su esfuerzo en mantener esa mirada con la que seguro que había intimidado a más de un detenido. Cuando habló, sus modales tenían un aire de rechazo.

—Te defendiste bien —dijo—, empujaste la mesa contra ellos para que te diese tiempo a escapar y luego disparaste con precisión. Por supuesto, eres un policía.

—Trabajé encubierto, tratando con algunas personas violentas. Aprendí a estar listo para cualquier situación.

—Cierto, no lo dudo, pero me sorprendió lo perfecta que colocas la silla frente del escritorio. Era como si estuvieras preparando algo. Por otra parte, reconozco que solo vi una grabación con poca definición.

Me encogí de hombros.

—Una vez más, trabajé encubierto —le dije—. Preparado para cualquier situación.

—También parecías estar muy tranquilo cuando nos contaste lo que pasó, otra vez la experiencia del policía, supongo. Pero, a pesar de todo, mientras te escuchaba hablar de lo mucho que Santana te odiaba, había algo medido en tu voz, quizá no quisieras que se notase tu propio odio.

Le lancé una sonrisa cansada.

—Bueno, Edgar no es un hombre que se haga querer —le dije—. Eso es evidente.

—No lo discuto, Lucas, no lo discuto. Aun así, disparaste contra la pared para cargártelos, incluso cuando estabas en un lugar donde, si ellos se asomaban, podrías estar preparado mucho antes de que alguno te apuntara. Ya sabes, ellos tendrían que girar, pasar la barandilla y dirigir el arma hacia abajo. O mejor aún, quizás podrías haber salido de allí y así evitar esa carnicería.

—Todo sucedió muy rápido —le dije.

—Eso es evidente.

—En todo caso, me gustaría hacer dos apuntes. El primero, que si hubiera tratado de escapar por la sala me convertiría en un blanco muy fácil. Quizá no salga en la grabación, pero la pared que daba a ella en realidad era un espejo espía y se rompió con la primera bala. Me habrían cazado entre los dos como a un conejo, puro tiro al blanco. El segundo, que sí, podía esperar donde estaba a que se asomasen y, de hacerlo de uno en uno, no dudo que podría repeler el ataque, pero de aparecer los dos a la vez, estaría muerto.

—Es posible.

Inocencio se echó hacia atrás y me estudió un poco más, como lo hace un investigador médico a una rata de laboratorio moribunda. Luego se inclinó hacia delante y acercó la boca a mi oído.

—Crees que hoy has conseguido algo, Lucas, y quizás tengas razón. Eso es lo que estoy pensando. Estás convencido de que has ganado la partida esta noche y quizá sea cierto. Ahora te dejamos ir y con justicia, porque has tenido una actuación impecable. Pero en realidad no has ganado nada, solo te has ensuciado un poco más.

Después de ese sermón casi litúrgico, me dejó marchar y avancé con pasos largos hacia la salida. Me notaba cansado y tenía ganas de llegar al ático. Sin embargo, cuando ya casi había alcanzado la puerta, Samuel bajó por el pasillo y me detuvo.

—Uno de nuestros hombres acaba de hablar con Edgar Santana en el hospital tras la operación que le realizaron —dijo—. Todavía estaba algo atontado de la anestesia, pero al parecer tenía ganas de largar. Sostiene que hiciste algo más que amenazarle con la cárcel.

—¿Y?

—Es lo que dijo, Lucas, quería que lo supieras. En la grabación se ve sin ninguna duda que tú sales de allí sin nada en las manos, cuando ellos ya te están disparando. Eso significa que puedes alegar legítima defensa y él tendrá que enfrentarse a cargos penales, supongo que por homicidio frustrado, aunque bien puede ser por asesinato al dispararte por la espalda.

—Entiendo —le dije—. Por cierto, ¿cómo está?

—El médico ha dicho que su vida no corre peligro, pero está bastante mal.

—¿Por qué? ¿Qué tiene?

—Ha quedado parálítico de cintura para abajo.

Capítulo 25

Ya era mediodía cuando puse rumbo a mi casa. El sol se había abierto paso entre los edificios de Vigo durante la mañana y a esa hora iluminaba sin trabas una ciudad que se había levantado sobresaltada por lo ocurrido el día anterior en el club de Edgar. Pedí un taxi que me llevase hasta el coche y desde allí puse rumbo a Mondariz. Con la música de Nina Simone y su [Don't Let Me Be Misunderstood](#) de fondo, no pude evitar pensar durante el camino en Edgar y en el resultado final de nuestro encuentro.

No sé si Satanás, dentro de su malévola cabeza, pensó que mi deseo era verlo sufrir el resto de sus días y decidió concedérmelo en un arrebato de generosidad o que no tenía el infierno lo bastante preparado para recibir a alguien como él y se procuró un tiempo extra para acondicionarlo, pero lo cierto era que el guion de aquella noche parecía llevar su siniestra firma. Por mi parte, hubiese preferido devolverlo a la cárcel sin más y que se pudiese en ella otros veinte años, pero no pensaba llorar por la desgracia que se le había venido encima.

Nada más llegar al ático, me preparé un vaso de leche e hice intención de irme a dormir, pero antes de que pudiera tocar las sábanas, sonó el teléfono móvil con un tono de llamada preocupante.

—Dime —contesté.

—Acevedo, ¿qué diablos está pasando?

Era Parrado y recordaba que esa pregunta, cuando salía por su boca, nunca anunciaba buenas noticias.

—¿Cómo estás, Parrado?

—Creo que eso te lo puedes imaginar —dijo, con su voz flaca y dura—. Anoche recibí una llamada de madrugada. Y supongo que no tengo que decirte que fue para informarme de que habías matado a un hombre y mandado a otro al hospital en un puticlub. Teniendo en cuenta eso y después de nuestra conversación del otro día, dime, ¿cómo crees que estoy? ¿Cómo coño se supone que tengo que estar?

No había razón para responder, porque calculé que iba a estallar de un momento a otro y no necesitaba que lo forzase.

En efecto, no le llevó mucho tiempo.

—Voy a tu casa para pedirte que regreses al servicio activo, no me das una respuesta y luego decides valorarlo rodeado de putas, con la pistola que te permitimos conservar guardada en el bolsillo y ejercitando la puntería en plena noche en un sitio cerrado y lleno de gente. ¿Te

parece lógico? ¿En tu cabeza crees que es propio de una persona equilibrada? Nunca vas a cambiar, ¿verdad, Acevedo?

Seguí callado, porque tenía claro que no había acabado.

—Mierda, joder, sigues teniendo ese impulso incontrolado de hacer siempre lo que te viene en gana y ni te molestas en disimularlo. Actúas a tu manera y con tus reglas, pensando que puedes improvisar sobre la marcha y sin medir las consecuencias ni valorar por un segundo que hay que frenar cuando la situación lo requiere. Coño, que esto no es una partida de pinball. Que si disparas a otro no se va a levantar con una mancha en la funda e irse a tomar una cerveza contigo. Somos la policía, coño, y la policía no ajusticia. Aunque algunos lo pidan a gritos, la policía solo encarcela.

Lo estaba escuchando y recordaba todas las veces que había oído ese mismo sermón, emitido por la misma voz y a través del mismo medio. Sentí que estaba viviendo un fascinante regreso al pasado para disfrutar de la agresiva palmadita en la espalda que me solía proporcionar como premio a colocarme en el punto de mira de gente que perdía el culo por acertar con los disparos.

Pude decir algo, porque había hecho un breve silencio, pero seguí callado porque en el fondo hacía rato que no me importaba lo que pudiera decirme.

Renunció enseguida a esperar mi respuesta.

—Siento decirte que la oferta que te hice el otro día no sigue en pie, Lucas —dijo—. Y tu excedencia, si de mí dependiese, ya no sería temporal, sino definitiva.

Hubo otra tensa y prolongada pausa. Aunque en esta ocasión Parrado no estaba dispuesto a seguir sin que yo diese señales de que permanecía a la escucha al otro lado del teléfono.

—Gracias por echarme un cable con la policía —dije.

Escuché un suspiro al otro lado de la línea. Cuando de nuevo habló, su voz ya no tenía ira, sino que se escuchaba serena y cansada, como si se hubiera sacado un peso de encima que no era capaz de soportar por más tiempo.

—Me gustas, Lucas, de verdad que me gustas —dijo—. El problema es que no quiero verte muerto y prefiero dejarte fuera. Atraes los problemas, siempre acabas entre balas y no me perdonaría que un día me llamasen para identificar tu cadáver.

Colgó.

Me sentía demasiado agotado para concederle más importancia de la que en realidad tenía a aquella noticia y decidí retomar el plan de echarme a dormir. Supongo que la ajetreada noche hizo que conciliase el sueño de una manera más profunda que los días anteriores.

Después de pasar el martes y el miércoles casi sin fuerzas para mover el culo del sofá y vagueando en compañía de Edward, el jueves me levanté dispuesto a hacerle una visita a Marina.

Por supuesto, llamé a Héctor por la mañana, pero tras una nueva negativa repleta de

excusas, tuve claro que iría solo otra vez.

Nada más llegar al hospital y mientras esperaba en el vestíbulo a que se cumpliese la hora de comienzo de las visitas, descubrí que a Edgar no solo lo habían internado en aquel mismo hospital, sino que, tras pasar unos días en la UCI, le habían asignado una habitación en la misma planta donde Marina se encontraba. Me pareció que había un componente irónico en eso, como una guinda macabra que quería aportar el destino al maquiavélico intento que parecía estar efectuando el demonio para repartir justicia a su manera.

Entré en el pasillo de enfermos con un tablero de ajedrez recién comprado en la mano y la única intención de ver a mi joven amiga, lo juro, pero me encontré delante de la puerta de la habitación de Edgar sin saber cómo los pies me habían llevado hasta allí primero. Algunas veces no tengo ni idea de por qué hago muchas de las cosas que hago y esta fue una de ellas. Tal vez se debió a una curiosidad perversa por mi parte o quizá sentía que ese ser psicopático y manipulador se encontraría lo bastante vencido como para representar un peligro efectivo.

En cuanto entré en la habitación, pude apreciar que su estado no difería mucho del de Marina y tanto la cama como los aparatos que le prestaban asistencia parecían una copia exacta de los suyos. Pensándolo bien, era muy posible que lo fuesen.

Cuando me vio entrar, giró la cabeza y los ojos doloridos se le encendieron al instante como antorchas en la oscuridad de una cueva. Su voz tenía un tono bajo y esponjoso.

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó.

No respondí.

—¿Se puede saber a qué mierdas has venido?

—No lo sé, Edgar.

—¿Necesitas comprobar el resultado de tu hazaña? ¿Quieres regodearte, Acevedo? Pensé que nunca podrías joderme más de lo que me jodiste aquel día en Cádiz, pero te has superado. Puedes sentirte orgulloso, esta vez es mucho peor.

Yo no me había movido de la puerta.

—Eres tú el que te has hecho esto —le dije—. Siempre has querido tener una vida fácil, rodeado de dinero y poder. Pensaste que esparcir drogas por la sociedad a manos llenas y arruinar la vida de miles de personas te saldría gratis. Pues no, Edgar, ya ves que un viaje así nunca es gratis, del mismo modo que cuando pretendes ser el gallo que más alto canta en el corral, puedes encontrarte con otro que estire su cuello delante de ti y te deje sordo. Tú y tu gorila sacasteis las armas primero y apretasteis el gatillo. Si estás aquí solo es porque vosotros fallasteis y yo no.

Más allá de los ojos, su rostro nunca cambió en mi presencia. No había nada de la arrogancia habitual, ningún desdén, ningún odio. Nada. Era como estar observando la cara de una muñeca de trapo: suave, hinchada, esponjosa, pero congelada.

—Puedes decir lo que quieras —continuó—, pero no tenías ni una sola prueba de que hubiese cometido algo ilegal. La única realidad es que dirigía un club de alterne y de la mejor manera. Pero, por alguna razón, querías provocarme para acusarme de algo. No soportabas verme reinsertado y siguiendo con mi vida.

—No nos engañemos —le dije—, con pruebas o sin ellas, nunca me he equivocado contigo. Siempre has sido responsable de todo lo que se te ha acusado y de un montón de cosas más, porque disfrutas pisoteando a los débiles a cada paso que das. Tienes una bala en la espalda, porque la pediste, y volverás a la cárcel, porque es donde debes estar. La gente honrada no saca una pistola y le dispara a quemarropa a las visitas, por mucho que le resulten incómodas. Hay cámaras, tú has disparado primero y aunque te haya salido mal, tratar de matar a una persona es un delito.

Después de escuchar esto, su cara sí cambió. Las líneas que dibujaban hasta ese momento una expresión neutra se contrajeron y su frente se tensó. Pero cuando habló, sus palabras apenas se podían escuchar.

—Una maldita bala —siseó—. No pido nada más, solo una maldita bala.

—¿Aún piensas en matarme?

Entonces se echó a reír, la risa de una bruja malvada envuelta en un halo de horror descontrolado. Debió de dolerle el gesto, porque al instante hizo una mueca y volvió al semblante inicial.

—Piensas que eres el centro del universo, ¿verdad? —dijo después—. Lucas Acevedo, el rey de la galaxia. Dos astros en lo alto brillando, el sol y tú. ¡Serás imbécil! ¿De verdad crees que eres lo único que me importa? Pues te voy a decir algo, supermán de pacotilla, si te quisiera muerto, lo estarías hace mucho. No me haría falta más que chascar los dedos, anotar en una hoja ese patético ático donde me han dicho que vives y no tendrías ni la más mínima oportunidad de escapar con vida.

—Hay que tener mucho odio dentro para matar a un anciano y herir a una niña solo para que no se note que yo soy el objetivo.

—Vamos a ver, idiota. ¿Te crees que soy un principiante? ¿Por qué tendría que salpicar a otras personas si quisiera verte muerto? ¿Tuviste que fabricar pruebas falsas porque no conseguías atraparme y sin embargo ahora consideras que no soy capaz de encargarme de un insignificante policía retirado que vive recluido como una rata solitaria en un lugar remoto? No, Acevedo, no, si quisiera, te mataría y dudo que alguien te echase lo bastante de menos como para pensar que fue porque se encargaron de ti y no por irte con tus mierdas a otra parte.

Entonces se detuvo para recuperar el aliento y soltar la sentencia final.

—Entérate bien, estúpido hijo de puta engreído —concluyó—, la bala que quiero no es para ti, sino para mí. Tú puedes irte al infierno cuando te apetezca, pero yo quiero irme ya.

No respondí, solo lo miré fijamente. Supongo que de tener un espejo delante me asustaría de la expresión que debí adoptar al oír aquellas palabras. Por un lado, quería ir a casa y traer una de mis pistolas con una bala en el cargador para ponérsela en la mano y que pudiese cumplir su deseo y, por otra, sentía asco por mí mismo y pavor por lo que aquella confesión significaba. Lo más desconcertante de todo era que no lograba coordinar esos dos deseos en un solo sentimiento.

Mantuve esa sensación durante un largo tiempo, sin moverme de la puerta, hasta cuando ya Edgar había girado la cabeza para perder la mirada a través de la ventana.

Luego, en un arrebato, me di la vuelta y lo dejé allí.

Avancé la distancia que había hasta la habitación de Marina en modo automático y tuve que pararme unos metros antes de llegar para respirar con profundidad durante unos segundos. Necesitaba una cerveza, quizá dos. Ordenar mi cabeza, retomar el control de mis sensaciones. Mi cuerpo se sentía vencido, incapaz de dar un paso más; mi alma, asqueada.

Entonces una enfermera se me acercó.

—¿Ha venido a visitar a Marina? —preguntó.

—Sí —murmuré.

—Me alegro de que esté aquí.

La expresión con la que me miraba lo decía todo. Un todo que yo ya sabía.

—No ha venido nadie a verla después de mí, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No, por lo que yo sé —dijo a la vez—. A veces, llamo a su padre desde mi móvil para que pueda hablar con él, porque a ella ni siquiera le han dejado un teléfono, pero no le dedica más que un par de minutos. ¿Sabe si tiene más familia que su padre?

—Yo ni siquiera soy un conocido cercano, pero por lo que he podido deducir creo que solo tiene a su padre y a un tío que vive con ellos.

—Entonces me alegro de que al menos usted siga viniendo a verla.

—No la conozco mucho, pero me parece una buena chica.

—Lo es, sin duda —dijo antes de seguir su camino.

Intenté poner mi mejor cara y entré en la habitación. Marina todavía estaba de espaldas, al igual que Edgar, en una cama que podía moverse a largo de un gran arco que la rodeaba. Había una televisión colgada en la pared en la habitación, pero no estaba encendida, algo que sin duda habría decepcionado a su padre.

Marina miraba por la ventana hacia el cielo cubierto. Al oírme entrar, giró la cabeza hacia mí y una pequeña sonrisa rompió su rostro sombrío. Me sorprendió de nuevo lo mucho que se parecía a Héctor.

—Señor Acevedo —dijo—. Ha venido.

Y el tono de su voz sonaba como el suyo.

—¿Cómo te encuentras?

—No muy mal. Quiero decir, a veces me duele, pero me dan medicinas para que se me pase.

—Sé que es fácil decirlo, pero mejorarás, Marina.

—Lo sé, confío en Dios.

—¿Te importa si me siento?

—No, señor. Siéntese.

Me acomodé en la silla de acompañantes y la acerqué a la cama.

Allí estaba una vez más, tratando de encontrar palabras para hablarle a una niña que rezaba para mejorar, aunque esa mejoría nunca le iba a permitir que volviera a caminar. Me pregunté qué era lo que se suponía que debía decir para continuar la conversación y, ante mi falta de soltura, me decanté por lo obvio.

—¿Qué te han dicho los médicos?

—Que nunca volveré a andar. Pero me aseguraron que podría comenzar con los ejercicios de rehabilitación tan pronto como cicatrice el hueso. También haré prácticas para aprender a usar una silla de ruedas. Son muy amables conmigo, las enfermeras también.

Lo dijo todo de un tirón y, a pesar de estar relatando un cambio en su vida brutal, no soltó ni una lágrima ni se notó un poco más triste. Era como si estuviese relatando lo sucedido a otra persona.

Se me ocurrió entonces que podía ser un tema psicológico, algo así como la negación de la realidad ante un trauma tan fuerte y que quizá más adelante tomaría sentido de lo que estaba viviendo y aflorarían las emociones. Lo había visto en la etapa en la policía.

De todos modos, no había ido allí a hacerle un perfil psicológico y sí a compartir tiempo con ella.

—Como te prometí, he traído un tablero de ajedrez.

Volvió a aflorar en su cara aquella pequeña sonrisa que tenía y esta vez de una manera más prolongada.

—Sí, echo mucho de menos las clases. Mamá me enseñó a jugar cuando era pequeña.

—¿En serio? ¿Cuántos años tenías?

—Cinco o seis.

—Eso es muy pronto para aprender a desenvolverse en un juego como el ajedrez.

—Al principio, me costaba, pero lo consiguió con paciencia. Cada vez que tenía un rato libre, nos poníamos las dos y acabé aprendiendo algunas estrategias. A ella también le gustaba jugar conmigo. Era un momento especial.

—Tuviste una buena madre.

—Lo sé —dijo ella con una voz melancólica—. La echo mucho de menos. Mucho.

Por primera vez, parecía a punto de llorar. Me resultaba extraño que no lo hubiera hecho al hablar de su situación y sí al recordar buenos momentos pasados, por mucho que estos fuesen con su madre fallecida. Entendí que eso significaba que no se había cerrado por completo a la sensibilidad y quizá debiera intentar que no regresase a su caparazón emocional, pero reconozco que, en ese momento que parecía inminente que soltase la primera lágrima, no pude soportarlo.

Entonces le hice un guiño cómplice y le indiqué el tablero de ajedrez.

—¿Te apetece que juguemos? —pregunté.

Asintió con la cabeza y, tras varios segundos, volvió a sonreír.

Yo me senté en el reposabrazos de la silla y coloqué el tablero un poco inclinado, de manera que no se resbalasen las fichas, pero Marina pudiese verlas. Cuando le tocaba su turno, me decía el movimiento que quería efectuar y yo colocaba la pieza. Era una buena jugadora que tenía una habilidad innata para construir ataques que a mí me costaba esfuerzos contener.

Según fue avanzando el tiempo, perdió algo de la tristeza que dejaba ver en los ojos y se volvió un poco más extrovertida. También noté que hablaba de un modo menos forzado, aunque se negó a dejar de llamarme «señor». Supongo que necesitaba pasar un rato entretenida.

A pesar de que seguía jugando con una lucidez pasmosa después de un par de horas, me di cuenta de que empezaba a cansarse. También me pareció que el dolor le regresaba poco a poco, por lo que decidí que era hora de dejarlo.

—Volveré a visitarte en uno o dos días, Marina —le dije—. He tardado un poco en venir de nuevo, porque he estado muy ocupado.

—¿De verdad? Eso sería estupendo.

—Llamaré a tu padre y a tu tío a ver si pueden acompañarme.

Ella asintió, pero no parecía muy ilusionada.

Le di un último adiós desde la puerta con la mano y me fui, cruzándome con una enfermera que entraba con algún medicamento.

Había ido hasta allí con la única intención de reconfortar a aquella pequeña jovencita y, de camino al coche, pensé que ese día quizá me había ayudado más ella a mí que yo a ella.

Tenía la sensación de estar buceando en medio de un lago repleto de fango y necesitaba aclarar las ideas. Paré por el camino a comprar algunas cervezas y seguí hasta Mondariz sin querer pensar en nada que no fuese el [Easy](#), de The Commodores, acunándome los oídos desde los altavoces del coche.

Si de verdad era el mismísimo diablo quien había tomado las riendas de nuestra existencia esa semana, calculaba que se tendría que estar divirtiendo de lo lindo.

Capítulo 26

Cuando llegué al ático, fui a la sala, abrí una de las cervezas que había comprado y me senté en el suelo con la espalda apoyada en la banqueta del sofá. Ni siquiera me sentía con el suficiente ánimo como para descansar al mismo nivel que el resto de los mortales y esa era la mejor expresión gráfica del estado de ánimo en el que me encontraba.

Acababa de ver a dos personas que habían quedado parálíticas por balas del mismo calibre y disparadas por pistolas similares. Una de ellas era pura e inocente y la otra, tan culpable como permitía la maldad humana. Sin embargo, los dos resultados finales habían sido trágicos a su modo. Edgar deseaba la muerte y, al menos de momento, no podía conseguirla, y Marina quería una vida normal y no iba a poder tenerla.

Es posible que el mundo fuese un lugar mejor si ambos consiguiesen alcanzar sus metas, pero la vida se compone de deseos inalcanzables en su gran mayoría y eso es lo que la hace tan cruel y apasionante a la vez. Peleamos por inercia, sin sucumbir a los reveses, avanzando como el caballo tras el azúcar de la felicidad y solo cuando estamos muy derrotados dejamos de ver lo bueno que nos espera para sentir el deseo de bajarnos del barco. Estaba claro que Edgar había llegado a ese punto; Marina, por fortuna, no. Tal vez por su juventud, quizás por su inconsciencia adolescente, es posible que por la fe tan profunda que parecía profesar, pero la realidad era que parecía mantenerse a flote a su manera y esa era una muy buena noticia.

Así estuve un buen rato enfrascado en ambas calamidades, involucrado en tratar de profundizar en el sentido de vidas ajenas, hasta que llegué a la génesis de aquel problema, que era saber quién se había puesto a pegar tiros aquella noche en Sárdoma. Ese había sido el punto inicial de todo y seguía sin tener claro quién podía ser el responsable.

Si hasta entonces apuntaba a la figura de Edgar, su negación de culpabilidad en el hospital había hecho tambalear toda certeza que pudiera albergar.

Sí, es posible que fuese otro de sus cínicos trucos, que postrado en la cama de aquel hospital quisiera seguir vengándose de mí, pero la sensatez decía que la bala que le atravesó la columna suponía un punto final a su libertad y el ingreso en dos prisiones conjuntas, la penitenciaria con paredes y la que se sufre dentro un cuerpo mutilado. En esos casos, consideraba más lógico que empujase para cargar sobre mis espaldas las víctimas colaterales de Sárdoma en vez de dejarme buscando durante tiempo y tiempo a alguien que no existía.

Además, a pesar de la manifiesta carencia de ética y escrúpulos que siempre había demostrado, no dudaba de que Edgar era un hombre inteligente y astuto. En Cádiz, había dirigido con eficiencia y discreción una organización criminal muy consolidada, que se deshacía de los

incordios del modo preciso que cada caso requería y, sin embargo, estaba suponiendo que veinte años más tarde había necesitado llenar de mierda la vida de dos familias anónimas para encargarse de un simple expolicía solitario. Pero, sobre todo, recordé lo que decía su sicario, que cuando quería vengarse de un alguien especialmente molesto, le gustaba estar presente en la ejecución. Como una especie de liturgia personal sin la cual no sentía que la venganza se hubiese completado.

Y entonces me pregunté si había alguna posibilidad de que yo escapase de esa parafernalia mortal y la respuesta fue un «no» rotundo. Así que no, ni era el responsable de las víctimas de Sárdoma, ni me había mentido en el hospital.

Al poco tiempo, como queriendo celebrar aquella conclusión, sonó el teléfono móvil sobre la mesa de la cocina. Miré le identificador de llamadas.

Tomás.

—Lucas, te voy a matar. Estás loco.

—Hola Tomás. Me alegra saber que ya te encuentras en plena forma.

—¿Pero qué coño te dije el otro día?

—Recuerdo perfectamente lo que me dijiste.

—¿Y qué te parece si aparte de recordarlo también lo llevas a la práctica?

—Eso hago, créeme.

Tomás hizo un silencio de los que suelen ponerme los nervios a flor de piel. Luego arrancó.

—El lunes al levantarme alucino con el loco que se puso a pegar tiros dentro de un puticlub y hoy me llega una notificación del juzgado y me entero que el loco eras tú.

—Sí, te nombré a ti como abogado. Me olvidé de decírtelo.

—No me jodas. No me importa el juzgado, me importas tú. Podían haberte matado.

—No tuve más remedio, Tomás. Fue defensa propia y está probado. Tienen imágenes.

Dejó pasar otro par de segundos en silencio.

—¿Me puedes decir que coño ha pasado? —inquirió después.

—Solo fui a ver a un antiguo amigo y no le gustó la visita.

—Dime que esto no tiene que ver con lo de Sárdoma.

—Había una posibilidad, pero créeme, este tío no necesita ensuciar nada para hacer los trabajos. Eso lo descarta por completo. No intentes acusarlo, pierdes el tiempo. Es inocente de eso.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Ya has recordado a alguien que pudo hacerlo?

—No, seguimos sin saber quién hizo lo de Sárdoma.

Después de eso, pareció relajarse un poco en las preguntas.

—No me creo que alguien vaya disparando por la calle y que nadie consiga descubrir quién fue. ¿Qué hace la policía?

—Supongo que lo que puede. Tengo la impresión que el asesino no dejó muchas pistas de las que tirar.

—Pues vaya mierda.

—¿Tú qué tal estás?

—Bien, me tomo esto como unas vacaciones. Iré unos días a Hío a desconectar. Sandra quiere que me olvide de todo por un tiempo.

—Me parece buena idea. Aquello es un paraíso.

—Escúchame, no te metas en líos. Te quiero vivo al volver.

—Descuida.

Colgamos.

Mientras hablaba con Tomás, me había dado cuenta de que, si quería seguir buscando al culpable de Sárdoma, y quería, solo había un lado por el que podría avanzar.

Esperé hasta la hora de la cena para llamar a Silvia, la inspectora. Supuse que, con un poco de suerte, no le tocaría trabajar en el turno de noche esa semana. Respondió después del tercer tono.

—Silvia, soy Lucas Acevedo.

—Hola, Lucas, ¿cómo estás?

Parecía un poco desconcertada, pero también me dio la sensación de que se alegraba de saber que era yo. Y me pareció una alegría sincera. Reconozco que no lo esperaba.

—Bien, bien. ¿Tienes un minuto?

—Claro. Sobre todo, si has recordado algo.

—Lo siento, pero no te llamo por eso.

—Bueno, no importa. Nos enteramos de lo sucedido en el club de alterne. En un principio, Javier y yo nos preguntamos si estaría relacionado con lo otro, pero como no nos llamaste, decidimos que era mejor dejarte descansar unos días.

—No, pienso que no hay ninguna relación —dije tan rápido como pude—. Pero me gustaría verte por otro tema y así también puedes aprovechar para hacerme todas las preguntas que desees.

—Por supuesto.

—¿Estás libre mañana a mediodía?

Eso la hizo pararse un momento.

—No, tengo turno en la comisaría y acabaré tarde. Pero por la noche sí puedo —respondió.

—Bueno, ¿entonces te parece que quedemos en un restaurante para cenar?

—Claro, es buena idea. He tenido una semana dura de trabajo y puede ser una excelente manera de comenzar el fin de semana.

—Busco uno que tenga un hueco libre, hago la reserva y te la mando por mensaje.

—Perfecto.

Capítulo 27

Elegí, para cenar con Silvia, un restaurante que estaba ubicado en un viejo edificio de ladrillos. Contaba con una barra larga que permitía a los comensales esperar sin ocupar una mesa y ese era el lugar exacto que habíamos fijado para encontrarnos. Cuando llegué, ella ya estaba dentro. Me esperaba con media cerveza en la mano, la otra media en el estómago y sentada de frente a la puerta por donde se suponía que yo debía aparecer. Vestía unos pantalones ajustados, unas botas preciosas y una camiseta de tirantes y amplio escote, pese a que la noche no se sentía tan cálida como las anteriores.

Si hasta entonces solo la había visto con ropa insulsa de trabajo y aspecto de sanitaria, y en esa situación ya me había parecido guapa, con ropa informal aumentaba la valoración en varios puntos.

Descubrí que, como yo, sentía devoción por la cerveza fría e incluso coincidimos en la variedad y en la marca. No sé si en muchas cosas más, porque la pequeña charla de cortesía de la barra duró lo que tardamos en acabar la primera, puesto que no teníamos un pasado en común lo bastante amplio como para alargarla en demasía y ella sentía curiosidad por otras cuestiones más importantes.

Dejamos el vaso sobre la barra, pasamos al comedor y pedimos la comida. Ambos tomamos largos sorbos de una nueva cerveza y luego Silvia soltó lo que tenía en mente.

—Tuviste una buena actuación en el club de alterne —dijo—. Lo que no entiendo es cómo fuiste a parar allí, porque hubiese jurado que no eras de la clase de hombre que frecuenta esos ambientes. Así que lo siento, pero me corroe la curiosidad y tendrás que contármelo.

Esgrimí una media sonrisa y comencé a hablar.

—No, no suelo frecuentar esos lugares —dije— y, si fui allí esa noche fue porque no soy una persona muy paciente y me estaba volviendo loco en mi piso pensando en quién podía estar detrás de lo de Sárdoma. Se me ocurrió un nombre y decidí hacer algo. Era eso o subirme por las paredes. La persona que fui a ver se llama Edgar Santana y digamos que sentía una «admiración muy especial» por mí, pero hace tanto tiempo de nuestro último encuentro que necesitaba comprobar si realmente se trataba o no de una posibilidad.

—Sé su nombre y su historial. Lo busqué.

—Sabía que se había instalado aquí —continué— y, dado que era posible que su odio hacia mí no hubiese menguado lo bastante como para ignorarlo, pensé que lo menos que podía hacer era visitarlo para poder valorar con más exactitud su posible culpabilidad.

Frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Qué te quisiera matar significa que tenemos que considerar que puede estar detrás del ataque de Sárdoma?

—No. Solo sucedió que no le gustó la visita y se le cruzaron los cables, pero lo conozco lo suficiente como para saber que no tuvo nada que ver con el tiroteo.

—¿Por qué ese hombre te odia con tanta fuerza?

—Lo primero, esto no fue en la UDYCO, sino antes, en el primer destino que tuve y de eso hace ya casi veinte años. No había vuelto a tener noticias de él. Lo segundo, siempre tuve claro que su odio hacia mí se debía a que, por aquel entonces, él se consideraba intocable y yo logré ponerlo fuera de circulación.

—Sí, nosotros retiramos de las calles a muchas personas, pero una vez que cumplen condena, casi nunca regresan a intentar cobrarse una compensación. Son conscientes de que, de conseguirlo, ellos serían los primeros sospechosos y lo último que quieren es volver a la cárcel. Conozco casos en que la posible venganza es lo único que les hace seguir en pie y, sin embargo, una vez que se ven fuera, se olvidan del tema y deciden disfrutar en paz de la libertad. Así que tengo que repetirte la pregunta, puesto que no me has contestado. ¿Por qué este tal Edgar seguía manteniendo esa fijación contigo después de tantos años?

Pensé que, por mucho que hubiese cambiado de atuendo, no se le había olvidado en casa la agudeza mental que había demostrado el primer día. Tomé un trago de cerveza antes de contestar.

—Edgar es un arrogante —dije después de haberlo pensado—. Odia a cuantos le hacen frente. Una vez golpeó a un guardia de la cárcel con una silla y el motivo fue que consideraba que no lo había tratado con suficiente respeto. Según él, los guardias tenían que tratarlo con respeto. Tiene una obsesión enfermiza por conseguir que la gente lo considere alguien importante, aunque te juro no puedo entender la razón, puesto que en el fondo no es más que un pobre desgraciado.

—Pues pegarle un tiro no es precisamente la mejor muestra de respeto. Ahora debe de odiarte más todavía.

—O se le acabó la tontería de un plumazo.

Ella echó la cabeza hacia atrás y me miró de reojo. Estaba a punto de decir algo, pero no le di tiempo.

—Quiero que quede claro algo, Silvia —le dije—. La única razón por la que no os había hablado de él a ti y a Javier fue porque no creía que existiera la posibilidad de que estuviese detrás de lo de Sárdoma. Él no actúa así. Es un hijo de puta integral, pero no es un tonto. Si quiere encargarse de alguien, lo hace limpio y hasta puede permitirse el lujo de elegir el método. Era solo que tenía esa visita pendiente y decidí ir a tantearlo, pensando que estaba demasiado cerca como para no comprobar su inocencia al cien por cien. Si después de la charla hubiera

albergado todavía alguna duda sobre su culpabilidad, os habría llamado.

—Y después de todo lo dicho y hecho, ¿cómo puedes estar tan seguro de que él no estuvo involucrado en nuestro problema? —preguntó ella.

—Te lo he dicho, porque no es un tonto. Se pudrirá en el infierno cuando muera, pero no será por estupidez.

Bajó la cabeza un par de segundos y luego la subió decidida.

—Seré sincera contigo —dijo—. Eso es lo que pensamos también Javier y yo el otro día después de estudiar el caso y por eso no te llamamos. Si te lo he preguntado no es porque te estuviera poniendo a prueba, sino porque necesitaba escucharlo de tu boca. Como sabes, las cosas deben hacerse bien y quería escuchar tu versión.

—Me habría sorprendido que no me hubieras preguntado —le dije.

Se hizo un breve silencio que rompió ella.

—Sabes, Lucas —dijo—, en la historia del club de alterne me sorprendió que dos hombres sacaran sus pistolas, te dispararan en un lugar cerrado, y tú te los cargases a los dos sin recibir ni un rasguño. Se diría que tienes mucha experiencia en estas situaciones, ¿verdad? Y que conste que no lo digo como un defecto, sino como una virtud.

Silvia estaba mirando las burbujas de su cerveza mientras hablaba.

—No más que cualquier policía.

—No, como cualquier policía, no. Yo llevo años en el cuerpo y nunca he estado en un tiroteo —dijo sin levantar la cabeza, pero gesticulando más de lo normal—. Pero a ti se te ve diferente.

—¿En serio?

En ese momento, pasó de mirar las burbujas a mirarme a mí.

—Sí, pienso que eres como un témpano de hielo —añadió—. Creo que eres un hombre frío, que no se pone nervioso y que cuando llega el momento complicado no piensa en que él que puede ser él la víctima. No sé, lo que quiero decir es que en cierta medida parece que no te importa la vida.

Yo la dejé hablar.

—Justo ahora me estabas contado cómo te libraste de esos dos con una indiferencia abrumadora en el tono, a pesar de que al final resultó que no tenían relación alguna con lo de Sárdoma. Disculpa, Lucas, no te conozco muy bien y me pareces una buena persona, pero... ¿cargarte a dos personas no quita el sueño?

—Aunque no esté en activo ahora, soy un policía y te expliqué lo que sucedió porque era lo que me pediste. Si quieres saber si me importa haber disparado a esos dos, la respuesta es sí. ¿No puedo dormir por las noches por eso? No, porque ellos sacaron las armas primero y, si no hubiera disparado, me hubieran matado.

Hizo un gesto tímido con la cabeza y luego me dijo que sí, que lo entendía, pero sus ojos me dejaban ver algo diferente. Bajó la cara para volver a estudiar su cerveza.

—De todos modos —dijo entonces—, me has pedido que nos viésemos para hablarme de algo y no creo que fuera eso. ¿Puedo saber qué es?

—Quería pedirte un favor. Te dije que había ido a ver a Edgar porque me estaba subiendo por las paredes y no podía sacarme de la cabeza lo que le sucedió a Marina y a Germán. Lo que pasó en el club no me quita el sueño, pero pensar que pueden haber atacado a dos personas inocentes por causa mía, sí.

—A ti también te dispararon.

—Eso no importa. El problema es que no logro ver quién pudo ser y me paso los días dándole vueltas a la cabeza. Necesito hacer algo, ayudar en algo, porque quiero descubrir quién fue el responsable.

En ese momento llegó la comida y ella esperó a que yo siguiese hablando.

—No te voy a pedir esto como un expolicía —dije después de mi primer bocado—, porque no tengo derecho a hacerlo. Pero sí te lo voy a preguntar como un expolicía que sabe mantener la boca cerrada. ¿Sería posible que examinase el expediente del caso? Es decir, ver las fotos, declaraciones de testigos, estas cosas. No me malinterpretes, sé que vosotros estáis haciendo vuestro trabajo de la mejor manera y no quiero pisar a nadie. Pero quizá haya algo que yo no vi y otra persona sí o un detalle en las escenas del crimen que puedan refrescarme la memoria. Piensa que sé lo que sucedió en el restaurante mejor que nadie, porque yo estaba allí, pero de los otros ataques solo conozco lo que he oído.

—Entiendo lo que me estás pidiendo, Lucas, pero ¿no crees que eso es algo que tendrías que solicitárselo al comisario?

—Sí, pero es mucho más agradable hablar contigo.

—Anda, no seas adulator —respondió a la vez que jugaba con el pelo.

Luego tomó otro sorbo de cerveza.

—El comisario no estará la próxima semana...

—¿Ves? —la corté—. Sabía que no estaría y por eso aproveché para llamarte.

Ella sonrió. Pensé que, después de todo, no había acudido a la cita con la indumentaria de trabajo y podía concederse alguna licencia.

—Si de mí dependiese —dijo—, no veo ningún problema en que le eches un vistazo al expediente, pero tengo que hablarlo con Javier. De todos modos, no creo que diga que no, porque ante todo es un hombre pragmático y, si cree que tu experiencia puede ser de ayuda, no va a oponerse.

Desde ahí, continuamos con la cena, pero pasamos a temas más básicos de policías. Nos contamos anécdotas y también criticamos a algunos delincuentes, por lo sencillo que resultaba

atraparlos.

Tras la tercera cerveza, propuso tomar una copa en otro local y por entonces la conversación ya parecía más propia de una cita entre dos personas que quieren conocerse que un encuentro profesional. Quizá a ello contribuyó que en más de una ocasión me resultó imposible no desviar la vista para apreciar la bonita forma de su cuerpo y enseguida descubrí que no le molestaba en absoluto que lo hiciera. Aunque confieso que, sobre todo, aquella noche disfruté con la conversación. Resultó ser agradable y directa, y compartida con una persona que no pretendía parecer algo que no le correspondía.

Cuando ya estábamos saboreando un whisky en el segundo local, pareció querer volver a temas policiales.

—Cuando trabajabas encubierto, ¿nunca nadie te pidió que lo dejases para compartir más tiempo contigo?

—No, no había nadie que pudiera pedírmelo.

—¿Nunca te has casado?

—No. Os lo dije cuando hablamos en el hospital y no mentía.

—¿No has tenido novia?

—Nada que se pueda considerar mínimamente serio.

—¿Por qué? ¿Le tienes alergia a las mujeres? Porque no estás nada mal.

—No, pero no sé si soy la mejor compañía para alguien —dije con toda seriedad.

La verdad, no sé por qué dije eso, pero sobre todo por qué usé un tono como pocas veces había hecho antes.

—Yo he estado muy cómoda toda la noche.

Por un momento, no supe que responder. Ella se revolvió en su taburete y frunció el ceño mientras me estudiaba con más atención.

—¿Sabes todo eso que te dije antes de que eras frío e insensible? —añadió después—. Lo retiro, no creo que lo seas. Al contrario, lo que pienso es que eres una persona de esas sensibles que se ha puesto una gran coraza de solitario para evitar que le afecten muchas de las cosas que ve.

—Bueno, no sé hasta qué punto tienes razón, pero te confieso que en realidad no son tan frío y me afecta bastante cuando alguien muere o sale herido por mis acciones, incluso Edgar y su matón. Lo que ocurre es que soy un hombre, y los hombres tenemos la tendencia tonta de sacar pecho cuando estamos en compañía de una chica guapa.

Se puso el vaso en los labios y bebió un poco de cerveza.

—¿Estás tratando de ligar conmigo? —preguntó después, ladeando un poco la cabeza de manera sugerente para hablar.

—¿Sería grave que lo hiciera?

—¿Eso es lo que quieres?

—Es posible —dije acercándome a ella.

Silvia se apartó un poco y dejó escapar una mueca fatalista que frenó mi carrera de raíz.

—Pues he de decirte que me siento halagada —dijo—, y no niego que sería una oferta muy tentadora. Sin embargo, al contrario que tú, yo sí estuve casada una vez y con otro policía.

Ella dejó el vaso en la barra antes de continuar.

—Salir con un policía es una mezcla explosiva. Al menos, en mi caso fue así. Al final, aprendes que es imposible convivir con una persona cuando trae los problemas a casa todos los días. Lo hacía él y me imagino que yo también en cierta medida.

Ella miró hacia adelante y dejó escapar una risita triste.

—Creo que todavía no estoy preparada para otra relación —dijo—, mucho menos con otro policía y los ligues de una noche no me interesan.

—Entiendo.

—Mañana llamo a Javier, le cuento lo que me has pedido y si no tiene inconveniente, calculo que el domingo es un buen día para que te acerques a la comisaría a ver el expediente. En cualquier caso, mañana te mando un mensaje con lo que sea.

Después de eso, salimos a la calle y nos despedimos.

—Amigos —dijo ella.

—Amigos.

Capítulo 28

Después de despedirme de Silvia, tomé un taxi y le indiqué al conductor que me llevase a Mondariz. Confiaba en su idea de que Javier no se opondría a que yo examinase el expediente. Así que, bien pudiera parecer que estaba regresando a casa victorioso después de haber conseguido el objetivo con el que acudí a aquella cita, pero por alguna razón no era esa la sensación que sentía. Pensé que, al menos, la parte positiva de la experiencia era la confirmación de que mi amor propio seguía conservando el volumen suficiente como para notar cuando alguien me lo estrellaba en el suelo. Es más, algo me indicaba que habían cogido impulso para que la caída fuese más fuerte.

No entendía la razón y menos el objetivo, pero sentía que me habían llenado la boca de azúcar para luego bañármela con quinina. Quizá había sido por la propia naturaleza humana, tal vez por inseguridad o puede que su actuación se debiese a un forzado intento por aumentar la valía a percibir por mí, pero no me cabía en la cabeza que esa actuación obedeciese a una persona equilibrada. En cualquier caso, después de darle un par de vueltas en la cabeza, pensé que tenía demasiados problemas pendientes de solucionar como para preocuparme de alguien en quien, de haberme interesado lo suficiente, hubiese reparado antes. Por lo tanto, decidí no concederle mayor importancia y me metí en la cama nada más llegar al ático.

El día siguiente me desperté a media mañana y me dispuse a hacer una tarea que tenía pendiente y que no quería demorar más: visitar a Amelia, la viuda de Germán, para darle el pésame en persona. Había concluido que ese día sería el mejor momento, puesto que calculaba que ya estaría algo más animada.

Busqué la tarjeta que me había proporcionado en el tanatorio Olga y llamé al número que aparecía en ella, pero esta me informó de que su madre no había querido quedarse en su piso y, desde hacía unos días, se encontraba de regreso al hogar que tantos años había compartido con Germán. Le pareció estupendo que fuese a hacerle una visita, me dio la dirección exacta y, a primera hora de la tarde y, tras almorzar algo ligero, pedí un taxi para que me llevase a Vigo. Una vez que recogí mi coche abandonado la noche anterior, me acerqué a Sárdoma con un nudo en el estómago.

Como dije en el caso de Marina, no se me da bien dar pésames y hubiese querido salir corriendo, pero sentía que era lo mejor que podía hacer por el momento. En realidad, casi lo único.

Pude apreciar en cuanto me abrió la puerta que, a pesar de la edad, Amelia era la típica mujer resolutiva y que, en condiciones normales, no tendría el menor reparo en enfrentarse con

decisión a cualquier situación con la que se encontrase, aunque dudo que en aquel instante se sintiera con fuerzas para enfrentarse a una mosca. Se le notaban los ojos hinchados y se movía con cansina lentitud por un piso decorado con más fotos de Germán de las que le corresponderían.

Me ofreció un café en el salón y, después de servirlo para los dos, lo compartimos en un ambiente de complicidad que me partió el alma. Ella se sentó en un sofá con muchos años de antigüedad, pero muy bien conservado, y yo en el de al lado.

—Me dice entonces que su amigo se encuentra mejor —comenzó hablando.

—Todavía está convaleciente, pero ya le han dado el alta y tiene una mujer que lo mimará más de lo que se merece. Lo mejor es que se lo ha tomado con buen humor. Yo he sido policía en un cuerpo especial muchos años y dice que por una vez le tenía que tocar a él salir herido. Como se imagina, a mí me han herido alguna vez en acto de servicio.

—No entiendo cómo hay gente tan mala en el mundo.

—Hay de todo. Lo que ocurre es que la gente de bien no suele encontrarse a menudo con los delincuentes. Lo de su marido fue mala suerte.

—Yo le mandé que bajase la basura en ese momento, porque el camión de recogida pasa a una hora y, si no estaba encima de él, muchos días quedaría ahí oliendo. Pero sabe, ahora pienso que si no le hubiese dicho nada estaría aquí conmigo. Muchas veces creemos que cosas como que si queda la basura sin bajar es un problema y ya ve que hay problemas más grandes. Al final, si no se lleva al contenedor un día, se hace al siguiente.

Entonces meneó la cabeza en un tono fatalista.

—Ya ve, queriendo evitar un problema pequeño —dijo—, lo mandé a la muerte y no me lo perdono.

Las lágrimas habían empezado a aflorar en la cara de Amelia al acabar de pronunciar esas palabras y yo me incliné hacia ella para tratar de consolarla.

—Señora Amelia, no puede pensar eso —dije—. La culpa no es suya, sino de quien disparó y solo de esa persona.

Ella no parecía muy convencida.

—Usted puede pensar que, por mandarlo a esa hora, encontró la muerte —seguí hablando—, pero no valora los días que hizo que bajase más temprano y con ello evitó que lo atracasen o que un coche lo atropellase cruzando la calle o qué sé yo, cualquier desgracia. Y no sabe de esas veces, porque cuando sucede eso, nadie se entera. Nosotros solo vemos el azar cuando nos cae en contra y nos perjudica. Por ejemplo, piense que, si el tirador hubiese salido cinco minutos más tarde, en realidad usted le habría salvado la vida a su marido al recordarle en ese momento que tenía que bajar. Y si lo piensa, la hora a la que decidió empezar a disparar el asesino usted no podía saberla ni elegirla. Señora Amelia, es todo azar, no consecuencia de sus actos.

No tengo claro que yo me hubiese explicado bien, ni que ella me siguiese hasta el final, pero le debió parecer que había dado una explicación lo bastante extensa y dicha con la suficiente convicción como para significar algo importante, porque se enjugó las lágrimas con un pañuelo y recobró el aspecto de cuando llegué.

—No sé cómo voy a seguir la vida sin él —dijo después—. Ahora soy yo sola para todo y no sé si voy a acostumbrarme.

—¿Por qué no me cuenta cómo era Germán y qué hacían juntos? Seguro que tiene mil anécdotas.

—¿Quiere saber cómo era Germán? —preguntó, como si no se esperase mi interés.

Yo asentí.

—Pues mire, Germán era un viejo vago y loco, que le costaba mover el culo del sofá cuando se sentaba y al que de vez en cuando se le ocurrían cosas y las hacía sin aconsejarse con nadie. A mí me traía por la calle de la amargura, se lo juro. A veces parecía un adolescente que creía que lo sabía todo y lo bueno era que la mayoría de las veces no sé cómo hacía, ni cómo se las arreglaba, pero le acababan saliendo las cosas bien.

—A lo mejor no era tan loco como piensa y sí muy listo.

Me miró de reojo y casi sonrió.

—¿Quiere que le cuente lo que hacía? —preguntó, en un tono digno del mejor espía antes de compartir información reservada.

—Claro.

—Miré, al principio, cuando nos casamos, pues éramos como muchas parejas, no nos sobraba el dinero. Estábamos estudiando a la niña y vivíamos en Coia de alquiler, aún no teníamos este piso. Pues un día se le ocurrió comprar un coche y apareció con él nuevo sin decir nada a nadie. Metió en la compra el poco dinero que teníamos ahorrado. Ese día me enfadé mucho con él, porque nos quedamos a dos velas. Al final, él se enfadó también y me dijo que lo pagaría, aunque tuviera que hacer horas extras todos los días, y la verdad es que aquel coche nos duró más de veinte años sin dar ni un problema.

—Señora Amelia, que no le parezca a usted mal, pero yo creo que tendría que haber confiado más en él.

—¿Confiar poco en él? Mire, a veces era para matarlo. Le cuento otra. Hace ahora ocho años, a principios del 2016, que lo recuerdo bien porque fue cuando acabamos de pagar este piso, pues murió su madre y heredó. Heredó, como es natural. Los trámites fueron sencillos, porque la mujer era mayor y no quería dejar problemas a nadie, así que lo poco que tenía, lo tenía todo en dinero. El caso es que Germán heredó veinticinco mil euros y ni corto ni perezoso, en cuanto se lo ingresaron, lo quitó del banco sin aconsejarse con nadie y metió todo el dinero que había cobrado en comprar una mierda que se llama *bichcon* o *biltont* o como sea. ¿Usted sabe lo que

es?

—Bueno, yo no soy un experto en economía, pero creo que se refiere usted a Bitcoin.

—Eso mismo.

—Sí, es una moneda nueva que sube y baja mucho.

—Bueno, pues Germán lo metió todo ahí, no dejó que nadie viese el dinero, y luego tenía un cachivache de esos que se ponen en el ordenador metido en un sobre con un papel y lo guardaba en una caja en la habitación.

Hizo un alto para poder continuar más énfasis.

—Se lo digo de verdad y puede creerme usted, a mí se me llevaban los demonios cada vez que veía aquel sobre, pero él nada, así como era terco como una mula, se reía y decía que ahí estaba bien y que eso era para si un día teníamos un imprevisto.

—Claro, eso tiene valor.

—Pues le digo, que cuando murió yo ni me acordaba y siempre pensé que ahora iba a tener que mirar mucho lo que gastaba con la pensión que me quedase de viudedad. Hasta que un día vine con Olga a ver cómo estaba el piso, y cuando ya nos íbamos a ir se acordó ella y me dijo que tenía que mirar si eso estaba a nombre de Germán, que de quién iba a estar, había que sacarlo, porque al morir él lo íbamos a perder. Pues resultó que el viejo loco tenía en la cosa esa cien mil euros. ¿Qué le parece?

Yo contesté con un gesto de complicidad.

—Pues al parecer acaban de cumplirse ocho años justos que había metido el dinero ahí, que yo ya lo sabía porque me acordaba bien, y lo que nos correspondía era eso.

Hizo un breve alto y meneó otra vez la cabeza antes de continuar, pero esta vez para darle mayor convicción a lo que iba a decir.

—Pues le juro que, si no es por mi hija, se hubiese perdido, porque yo siempre creí que el día que quisiera ver qué había ahí, no le iba a quedar otro remedio que tirar con él sin cobrar nada. Pero ya ve usted, al final no lo perdió.

—Sigo pensando que su marido no era ningún tonto.

—En fin, que así fue todo nuestro matrimonio. Él y sus locuras muchas veces me hacían desesperar, pero del resto siempre fue un buen hombre. Era muy sociable con todo el mundo y lo querían en el trabajo, aquí los vecinos y todo aquel que lo conocía. No encontrará usted a nadie que hable mal de él.

—No lo dudo, señora Amelia, y con todo lo que me está contando, mucho menos.

—¿Quiere otro café?

Quise y la conversación aquel día se alargó el resto de la tarde. Al acabar ese segundo café, la señora Amelia, con su peculiar manera de contar las cosas, se empeñó en servirme algunos más. No alguno, sino algunos, que yo acabé aceptando, porque también era de esas personas que

no dejaba margen posible a las visitas para rechazarle cualquier invitación que se pudiese comer o beber. En realidad, supongo que necesitaba compartir vivencias y recuerdos con alguien que quisiera escucharla y yo, si con algo contaba ese día, era con tiempo para ofrecerle.

Salí de allí cuando el sol estaba a punto de ocultarse y mi cuerpo de entrar en un estado de sobredosis de cafeína. Sin embargo, no fui directo al ático, sino que paré en la primera cafetería que vi abierta y pedí una cerveza.

Sentado en la barra, empecé a pensar en las cuentas que me acababa de relatar la señora Amelia y algo en ellas no me acababa de cuadrar. Saqué el teléfono móvil y le pedí ayuda a Google para que me informase sobre el cambio de Bitcoin. Como le había dicho a ella, no era un experto en criptomonedas ni seguía al día su cotización, pero recordaba que a lo largo de los últimos años había tenido períodos en los que las noticias decían que estaba teniendo subidas espectaculares. Me pregunté si era exacto que en ocho años había multiplicado por cuatro su valor.

De entre todas las opciones que me ofrecía el buscador, elegí una página en la que aparecía un gráfico con el precio exacto de cada día en los últimos años. Fui a mayo de 2016, y comprobé que en ningún caso había podido comprar el bueno de Germán a más de 500 dólares. Si el tiroteo se había producido el 7 de mayo de 2024 el precio mínimo al que había podido vender la hija desde esa fecha era de 60000 dólares, porque no había bajado de ahí los días posteriores.

Amelia había asegurado con gran convicción que Germán había invertido veinticinco mil euros, que nunca los había tocado, y que se acordaba por ser la muerte de su suegra y la letra final de la hipoteca del piso en el que vivía. Además, me comentó que Olga se había fijado en que se acababan de cumplir ocho años desde la fecha de compra, por lo que no quedaba mucho margen para la duda.

Intenté hacer la operación de cabeza, pero no soy muy diestro en cálculo mental, así que acabé pidiendo un papel y un bolígrafo al camarero. Cuando me lo trajo, garabateé una regla de tres sencilla. Apunté en una primera línea 500 del precio de compra y tracé una raya para escribir 25000 de lo invertido. Luego coloqué debajo de la primera cifra, 60000, precio mínimo de venta, y llevé otra línea hasta debajo de la segunda para marcar allí una equis. Multipliqué 25000 por 60000, lo dividí entre 500, y el resultado fue: ¡tres millones de dólares!

Pestañee varias veces seguidas, me temblaron las manos, me incliné hacia el papel y dejé caer encima el bolígrafo que hasta entonces había usado.

Volví a mirar el móvil y repasé las cifras, incluso busqué en otra página diferente los valores. Luego repasé la operación, más tarde la realicé de nuevo y una vez más repasé todas las cifras y el proceso.

No, no me había equivocado. Los bitcoins que había comprado Germán por veinticinco mil euros en un arrebató de locura, según Amelia, en mayo de 2016, en la actualidad valían tres

millones de dólares como mínimo.

Me eché para atrás en el taburete y sentí la tentación de repetir las operaciones, pero decidí que no, que no me había podido equivocar. Y eso significaba que Olga, la espabilada hija psicóloga de Amelia, había estafado millones de dólares a la buena de su madre de una manera vil e insensible. El mayor problema era que había otra pregunta que alzaba la mano dentro de mi cabeza con una insistencia obsesiva para que la tomase en consideración: ¿Tres millones de dólares eran razón suficiente para matar a una persona?

Por un momento, pensé en volver al piso de Amelia y destapar el engaño, pero luego me contuve. También pensé en visitar a Olga y tener una conversación profunda, pero no tenía claro si acusarla de ser una estafadora, una mala hija o una asesina. Quizá, de las tres cosas.

Al final, decidí que lo mejor sería regresar al ático y esperar al día siguiente. Estaba claro que, si Olga no se había marchado del país con el dinero, no lo iba a hacer en un día y que, si ese había sido el motivo de aquella carnicería, tampoco corríamos el riesgo de que se volviese a poner a disparar a inocentes.

Pronto me llamaría Silvia para decirme si me permitían revisar el expediente y lo pondría en su conocimiento para que se encargasen de investigarlo ellos, como haría cualquier buen ciudadano. Además, yo ya había metido la pata bastante los últimos días en busca del culpable.

Pero durante la noche no fui capaz de conciliar el sueño y cada vez me cuadraba más todo. La inexperiencia que provocaba que quisieran cubrirse llenando de mierda la escena del crimen. La hora a la que seguro le constaba que bajaba su padre a tirar la basura cada día. El disparo en el cuello, que cualquier persona sabe que resulta mortal.

Todo indicaba que podía tener en las manos ese nombre que tanto había buscado. Lo único que no me cuadraba era que Germán fuese la segunda víctima, aunque pensé que, siendo Olga psicóloga conocería cómo lee la policía las pistas. Además, dando vueltas entre las sábanas, se me ocurrieron varias estrategias para no fallar pese a disparar al objetivo en segundo lugar y así conseguir quedar fuera de toda sospecha.

Sobre todo, cuando te has criado en el barrio y conoces las calles y las costumbres de casi cada vecino.

Capítulo 29

El domingo por la mañana, Silvia me llamó sobre las diez y me dijo que fuese a la comisaría a eso de las doce. Me aclaró que a Javier le había parecido una gran idea que alguien con experiencia en un cuerpo especial pudiese revisar la instrucción del caso y aportarles su visión.

—Te lo dije el viernes —pareció regocijarse—, Javier no se rige por el ego. Por él, si lo que puedas aportar sirve para resolver el caso, bienvenido sea. Eso sí, esto tiene que quedar entre nosotros, no queremos tener que dar explicaciones.

—Por mí, perfecto.

Cuando llegué a la comisaría, me fijé en que solo estaba atendida por el personal de guardia y Silvia me esperaba en el vestíbulo de la entrada. Le dio un saludo al policía de la garita de la entrada y me guio hasta una pequeña habitación.

Fue el propio Javier quien apareció al poco con una gran caja de documentación. Seguía teniendo el rostro de un hombre joven, pero me pareció que se estaba demacrando a gran velocidad. Yo lo dejé hablar antes de compartirles el hallazgo del día anterior.

—No tenemos demasiado aquí, Lucas —me dijo—. Las declaraciones de los testigos no dicen nada relevante, excepto la tuya, y esa ya la conoces. Ricardo Sánchez, el policía jubilado de Itxaurrondo, básicamente no vio nada, y como víctima no tiene más sentido que cualquier otro vecino. Héctor y Amelia estaban viendo la televisión y no escucharon los disparos. Tampoco Marina nos aportó algo relevante.

—Todo eso me lo imagino —le dije.

—En cuanto a los testigos anónimos, era tarde y había poca gente por la calle. Nadie presenció los disparos y tampoco reparó alguna persona en el coche mientras se movía de un punto a otro.

—Me temo que es así hoy en día, un loco puede disparar en tres puntos distintos de un barrio y no verlo ni escucharlo nadie.

—Escucharlo, sí, pero la gente pensó que eran petardos —replicó Javier.

—Madre mía, televisión y petardos. Hay un tiroteo y nadie le da importancia, porque los vecinos solo escuchan televisiones y petardos. Creo que vivimos en una sociedad demasiado acomodada.

—Cierto. Lo que sí tenemos son las balas y los casquillos, de una nueve milímetros Parabellum y con estrías visibles, el problema es que son de una pistola que no está fichada. A lo más que llegamos es saber que se usó una sola y creemos que el tirador era zurdo.

—Tal vez una Beretta —le dije.

Hizo una pausa para estudiarme antes de continuar. O quizá solo se había sorprendido.

—Sí, una Beretta M9 antigua.

—¿El arma de las fuerzas armadas americanas? —pregunté extrañado.

—Exacto, y ya comprobamos a todos los estadounidenses que se encontraban ese día en Vigo y nada de nada. A saber cómo llegó aquí.

—¿Mercado negro?

—Es muy probable.

Entonces comenzó a escarbar en la caja y a colocar los folios en pilas ordenadas y uniformes sobre la mesa. Silvia esperaba a su lado.

—Las fotografías de la escena del crimen tampoco dicen mucho —continuó—. Lo que sí tenemos son algunas marcas de neumáticos en la escena de Marina, porque además en esa zona hay arena sobre el asfalto. Marina dijo que creía haber escuchado a un vehículo derrapando levemente detrás de ella, pero no se dio la vuelta porque muchas veces los chicos se dedican a hacer el tonto con los coches a esa hora. La socorrió un vecino que regresaba a casa al poco tiempo y asegura que no pasó ningún vehículo por allí antes de llegar nosotros. Por eso creemos que tienen que ser tuyas. Deducimos que el tirador pasaba buscando una víctima y pisó los frenos de repente cuando vio la oportunidad. Las marcas no son muy claras, pero el coche debe de ser antiguo. Las ruedas son estrechas y por lo que se aprecia no tenía ABS.

Acabó con su trabajo de clasificación, estiró la espalda y luego colocó las manos sobre la mesa para inclinarse más cerca de mi cara.

—Lucas, muy poco de esto se ha hecho público —dijo—, y supongo que no tengo que explicarte el porqué. Sin embargo, como expolicía que eres, no veo inconveniente en que le puedas echar un vistazo al expediente. Necesitamos cualquier ayuda, porque aparte del vehículo rojo con la luz de freno rota no tenemos nada.

Yo asentí como una manera de decir que lo entendía, antes de hacer que se volviese a levantar de golpe.

—Quizá yo sí tenga algo.

Como digo, Javier se levantó de golpe y Silvia me miró con cara de «por qué no me lo comentaste el viernes», aunque no dijo nada. Intuyo que, por un momento, se sintió traicionada.

—Es algo que descubrí ayer por la tarde por pura casualidad y creo que deberíais valorarlo.

Silvia cambió la cara hasta dejar paso a una de curiosidad y Javier se apoyó en la caja que acababa de vaciar.

—Te escuchamos —dijo.

—Ayer fui a ver a la viuda de Germán, Amelia, para darle el pésame. Estaba hecha polvo, como es normal, y me estuvo contando durante un largo rato anécdotas sobre Germán y la vida en común que habían tenido. No porque yo le preguntase, sino porque creo que necesitaba

desahogarse. El caso es que la escuché y la escuché, y en un momento de la conversación se congratuló de que su marido le había dejado unos bitcoins que compró en un arrebato de locura en el año 2016 y que ahora le habían reportado cien mil euros.

—Bien —dijo Silvia.

—No, bien, no —alegué yo—, ese es el problema. Según ella invirtió veinticinco mil euros hace exactamente ocho años y lo recordaba con exactitud por ser una fecha especial. Yo no soy experto en criptomonedas, pero como me sonaba algo raro, lo comprobé y efectivamente, no, veinticinco mil euros en bitcoin en el año 2016 no son cien mil a día de hoy. En realidad, son... ¿Estáis preparados?

Los dos esperaron expectantes a que dijese la cifra.

—¡Tres millones de dólares! —dije, ayudándome del dedo índice de la mano derecha para darle más énfasis a la cifra—. Eso como mínimo, porque tomé las cifras a la baja.

—¿Qué? —se le escapó a Silvia.

Me fijé en que Javier había ido abriendo los ojos a medida que yo avanzaba con el relato.

—La cuestión es —añadí—: ¿Pensáis que tres millones de dólares esperando a ser cobrados son suficientes para convencer a alguien de que matar a un padre anciano es una magnífica idea?

Javier fue quien dio una respuesta.

—He visto hacerlo por mucho menos.

—No puedo creerlo —argumentó enojada Silvia, que no se había movido de su lado—. ¿La hija de Amelia ha cobrado ese dinero y le ha dado a su anciana, desconsolada e inocente madre cien mil míseros euros de los tres millones que le correspondían? Está claro que quien tiene estómago para hacer eso, lo tiene para cualquier cosa.

Yo le transmití con un gesto que estaba de acuerdo. Luego dije para los dos:

—Pues bien, eso es lo que sé. Entenderéis que, como mínimo, me resultase sospechoso.

Javier acercó una silla para sentarse a la mesa y cogió papel y bolígrafo para hacer un esquema con cifras, fechas y detalles. Silvia y yo permanecemos de pie.

Entre los tres comprobamos todos los datos que me había ido dando Amelia durante la conversación uno a uno. También los valores de cambio de cada fecha.

Cuando ya no quedaba margen de duda, concluyeron que había que investigar a Olga, al marido, las finanzas de la pareja, las compañías, la posibilidad de poseer esa pistola, de conocer a alguien que la tuviese, de contratar a un sicario y unas cuantas cosas más. En una palabra, hasta qué marca de ropa interior usaban. Según ellos, tres millones de razones podían convertir a alguien en la persona más deleznable del mundo, y no iba a ser yo quien les quitase la razón.

Al final, decidimos que ellos hurgarían en el ordenador y yo me encargaría de repasar el expediente en busca de algún dato que pudiera dejar ver que Germán era el objetivo concreto.

Luego pondríamos lo averiguado en común.

En cuanto me dejaron solo, comencé con las declaraciones de los testigos, pero acabé enseguida, puesto que todas eran cortas y se limitaban a decir que no habían visto nada. Como Javier había resumido, no aportaban nada, así que no perdí tiempo en releerlas.

Tampoco la pistola decía algo más allá de la marca, modelo y calibre. Al no estar registrada ni haber sido usada en otros altercados en el país, no nos servía para nada hasta que la encontrásemos.

Pasé a las fotografías de la escena del crimen.

Estas también, al principio, semejaban ser un callejón sin salida. No había huellas de zapatos para grabar, ningún objeto que cayese en el pánico del momento, ni algún resto del que poder extraer ADN. Dicho en una concesión al sarcasmo, ninguno de esos pequeños detalles que siempre tienen la suerte de encontrar en los programas de televisión en los que identifican al culpable.

Las tomas del cuerpo de Germán mostraban un cadáver flaco boca abajo con sangre arterial corriendo por la bolsa de basura que llevaba, pero no mucho más.

Marina ya había sido llevada al hospital cuando llegaron los técnicos forenses y, por lo tanto, todas las fotos de su escena se centraban en la mancha de sangre que había dejado allí y que yo ya había visto.

En la escena de Tomás, se veían muchos cristales rotos y poca sangre, pero nada que se me hubiese pasado en el momento.

Después de estudiar con detenimiento esta última foto, pasé a la siguiente.

Mostraba las marcas negras de derrape que se veían en la calle cerca de donde dispararon a Marina: marcas de un frenazo dejadas por un enfermo que de alguna manera no podía soportar perder la oportunidad de dispararle a una chica joven e inocente. Por un momento, sentí que la sangre me estaba empezando a hervir con solo mirarlas.

Pero, con la sangre en ebullición o no, no parecía haber nada que vislumbrar allí.

Aun así, les di una última mirada a todas.

Cuando volví a pasar por las del frenazo, miré un minuto, luego dos, después levanté una de las fotos y la sostuve frente a la cara. En una esquina, se veía la casa de Héctor. Era solo una pequeña esquina.

Repasé las otras y en ellas no aparecía la casa, porque quien las tomó se centró en enfocar lo más cerca posible las huellas.

—Mierda —dije en la habitación vacía.

Tomé otra de las fotos, en la que la marca se enfocaba más de cerca. Coloqué las dos fotos una al lado de la otra, situando de manera mental la casa en la que no aparecía. Luego me quedé con esta última y la miré largo rato. Después dirigí los ojos a la pared que tenía delante de mí y

de nuevo las levanté y las observé. Repasé las ubicaciones, los momentos y el orden de los disparos.

Javier había expresado la opinión de que las marcas eran del frenazo de un vehículo, porque quien las tomó lo hizo en el sentido en el que se suponía que se había detenido, pero no debió de fijarse en la única foto que recogía una esquina de la casa de Héctor. Cuando uno pisa los frenos con fuerza, las marcas del derrape comienzan más claras y se vuelven más oscuras a medida que se bloquean los frenos, pero si el vehículo había escapado hacia la urbanización de Germán, había que leerlas al revés. Las marcas comenzaban oscuras y se iban volviendo más claras.

Además, las marcas de frenado también suelen reflejar un cierto desvío en el vehículo y sería lógico pensar que más lo harían si era antiguo como se pensaba, pero estas dibujaban dos líneas rectas perfectas.

Oscuro a claro y no claro a oscuro; rectas por completo. Por lo tanto, aquellas no eran marcas de una frenada, sino de aceleración.

Es curioso cómo puedes sentir frío en una habitación acondicionada.

El tirador no se había detenido para disparar, sino que estaba esperando la llegada de Marina y luego aceleró. Y dado que los disparos fueron casi consecutivos, no había tenido tiempo de ser tan minucioso de volver a pararse y esperar a que apareciese una víctima en el caso de Germán y de nosotros.

Sin embargo, en la casa de Héctor, había esperado y luego apretó el acelerador para salir de allí cuanto antes. Y eso marcaba una gran diferencia con lo que hasta entonces habíamos dado por supuesto.

Sí, era posible que el pistolero se hubiese detenido en un lugar aleatorio y esperado a que pasase una persona para apretar el gatillo y luego continuar con su periplo sangriento por el barrio, pero no podía obviar la incógnita que no le había sabido explicar a Tomás en el hospital, el porqué si yo era la víctima, me había disparado el último.

Ese hallazgo me indicó que Marina, desde aquel instante, se había unido a Germán como candidata a ser el objetivo real del tiroteo.

Capítulo 30

Salí de la comisaría después de decirles a Javier y a Silvia que no había descubierto algo que valiese la pena en la caja de pruebas. Ni con Germán, lo cual era cierto, ni mucho menos con Marina. Pensé que algún día tendría que hacer firme propósito de dejar de mentirle a la policía, pero lo dejaría para una ocasión más propicia. Además, creía que el cupo de colaboración ya lo había completado con Olga.

Les expresé mi decepción por no haber podido ser más útil y ellos asintieron y se despidieron con un gran apretón de manos como agradecimiento.

La realidad era que no quería que desviasen la atención de Olga, porque, al igual que con Edgar, cabía la posibilidad de que lo que había descubierto no significase nada. El tirador podía haber esperado a Marina no porque quisiera matarla a ella en particular, sino porque sabía que volvería con el periódico y le pareció un buen punto de partida. Además, con absoluta sinceridad, me gustaría dejarle a Héctor el cuello peor que la pierna a base de collejas, pero eso no significaba que me acabase de cuajar en la cabeza la idea de que fuese capaz de matar a una persona. Menos aún a su hija, puesto que no tenía un euro, se valía por sí misma, era de carácter dócil y a él le reportaba más ayuda que trabajo.

Si a eso le añadía que había estado tan equivocado los últimos días acerca de todas las personas y todas las cosas, no parecía ser la mejor idea desviar de nuevo la atención de la policía hacia un foco que podía apagarse en cualquier momento.

Más que nada, porque tenía tiempo de hacerlo yo mismo y no pensaba que Héctor fuese a recibirme a tiros como lo había hecho Edgar. Bien pensado, aun queriendo hacerlo, apostaba a que no sabría ni controlar el retroceso del disparo.

Me subí al coche y dirigí a la casa de Héctor antes de regresar al ático. No sabía a qué había ido allí ni qué se suponía que debía buscar, pero lo que sí tenía claro era que recluso en casa no iba a avanzar.

El hecho de tener de nuevo ante los ojos la morada que poseía Héctor era, sin lugar a dudas, como adentrarse en una película de terror pensada a medias entre Tim Burton y Alfred Hitchcock en plena noche de borrachera. Nada había cambiado, no se había hecho ningún esfuerzo para mejorarle el aspecto y todo estaba tan desordenado y tan deprimente como la última vez que estuve allí. Las débiles manchas de sangre continuaban deshonrando la descuidada calle con firme de cemento y arena.

Después de echar un vistazo general, me decidí a entrar en el patio como paso previo para sumergirme en aquel mar de mierda.

Fui directo a la puerta lateral y llamé con la suficiente fuerza como para que la escuchasen por encima de la televisión que bramaba en la sala de estar.

Después de llamar por segunda vez, una voz se alzó por encima del ruido que había dentro de la casa.

—¡Adelante, entra!

Abrí la puerta lateral y obedecí las indicaciones, deslizando la vista por la desordenada fila de ropa que colgaba de las clavijas de la pared y observando con detenimiento los abrigo que allí se encontraban. Más adelante, la cocina seguía llena de platos sucios, algunos de los cuales había visto antes, y repleta de bolsas de comida a domicilio y envases de precocinados.

Héctor se encontraba solo en la oscura sala de estar, sentado en la silla que debía de tener su culo grabado y con el televisor iluminando su rostro de un modo fantasmal. Estaba viendo un programa sobre crímenes resueltos por descuidos al azar.

Me miró de reojo unos largos segundos como si le resultase difícil volver a concentrarse en el mundo real.

—Señor Acevedo, está usted de vuelta —dijo al fin—. Perdón por no haber ido a recibirle a la puerta. Mi pierna, ya sabe.

—Sí, ya sé.

—Tome asiento.

—No, estoy bien de pie, Héctor. Siento que mis ideas fluyen dentro de la cabeza con más facilidad cuando estoy de pie. En cualquier caso, no quiero entretenerle, solo vine a decirle que he visto a Marina un par de veces desde la última vez que vine aquí.

—Eso es estupendo. ¿Como está?

—Paralítica.

Se mantuvo en silencio como si esperase que yo le fuese ofrecer una explicación mayor.

—Bueno, sí, eso ya lo sé —dijo cuando vio que no lo iba a hacer—. He hablado con ella por teléfono varias veces. También con los médicos.

Sacudió la cabeza para dar un mayor convencimiento a las palabras antes de continuar.

—Es terrible lo que le ha pasado a mi niña —dijo—, y me gustaría verla más a menudo porque la extraño mucho, pero mi coche se rompió cuando me lastimé la pierna. Esa fue otra desgracia. Otro coche se estrelló contra mí y luego se dio a la fuga, dejándome allí tirado en la carretera. Nunca atraparon a la persona que lo hizo. Al quedar en este estado, no me molesté en comprar un coche nuevo, porque no tengo claro que lo pueda conducir. Pero echo mucho de menos a mi niña.

—En caso de que no se haya dado cuenta, Marina ya no es una niña, sino una adolescente.

—Bueno, sí, lo sé. Pero ella siempre será mi niña y la extraño mucho. A veces, incluso, me da la sensación de que todavía la oigo andar por la casa.

—No me puede decir que solo ha ido a verla una vez por no tener medio de transporte, porque me ofrecí a llevarle en varias ocasiones.

—¿Qué?

—¿Puede bajar el maldito televisor de una vez?

Parecía sorprendido de mi reacción.

—Ah, sí, claro. Lo siento.

Él apagó el aparato. Fue como si la habitación se transformase y se pudiera respirar mejor en ella.

—¿Dónde está Armando? —le pregunté.

—Bueno, señor Acevedo, él está cuidando la finca que le dije. Lo han contratado interno por unos días y no puede venir hasta que regresen los dueños.

—Lo sé y me llamo Lucas. Realmente... realmente quiero que me llame Lucas, no señor Acevedo. Cuando estuve aquí, dijo que él no podía ir a ver a Marina, dado que tampoco tenía coche, que el suyo estaba estropeado. Me pregunto cómo ha llegado a la finca, porque no creo que esté en medio de la ciudad.

—¿Perdón?

—Que cómo se mueve Armando en la finca. Porque me imagino que tendrá que hacer la compra y demás.

—Ah, sí, bueno, los dueños lo vienen a buscar cuando quieren que vaya a trabajar y luego, allí en la finca, tienen un segundo coche y es el que usa para hacer los recados que necesita. No creo que tarden en regresar, han tenido que irse de repente por un problema familiar, pero supongo que regresarán pronto. El coche de Armando se estropeó casi al mismo tiempo que tuve yo el accidente con el mío, hará un par de años. Quiso arreglarlo, pero al parecer cuesta mucho la reparación y no tenemos dinero para pagarla.

—Y no tiene un momento libre para ir a visitar a su sobrina. Si habla con los dueños, no creo que le pongan problema por usar su coche para ir a verla.

—No, no. No puede pedírselo, porque se arriesga a que no lo contraten más y no puede permitírselo.

—Bueno, supongo que no queremos correr ni el más mínimo riesgo, ¿verdad?

—Señor Acevedo, ahora...

—¡Lucas!

Hizo una mueca y se apartó de mí desde la distancia.

—Lucas. Sí, está bien, Lucas. ¿Por qué? ¿Por qué está tan enfadado conmigo?

—Porque Marina es su hija. Por Dios, su única hija. Está en el hospital, nunca más va a poder andar y su padre se pasa las horas como un idiota delante de un televisor amparándose en excusas absurdas. Pero mi pregunta es, ¿qué va a hacer con ella cuando salga del hospital?

—Bueno, ahora, eso depende de mí.

—Dígame. ¿Va a quedarse sentado ahí donde está mientras ella se arrastra por el suelo entre el montón de mierda que tiene por toda la casa si quiere comer algo porque no se puede ni pasar con una silla de ruedas?

Mi intención desde el principio había sido tan solo conseguir que reaccionase y creo que lo estaba consiguiendo, pero no estoy seguro de que fuese en el sentido que pretendía.

Se había puesto rígido y su voz dejaba ver que empezaba a enfadarse.

—Ella tendrá que ir a algún lugar, supongo —dijo con énfasis—. La quiero mucho y me gustaría que siguiese conmigo, pero yo no puedo cuidarla. No con mi pierna como la tengo ahora.

—Claro, su pierna. ¿Y qué pasa, que ella nunca ha hecho un esfuerzo por cuidarle a usted?

Agarró los brazos de su silla y se echó un poco hacia delante.

—¿Hay algo más que quiera saber? —preguntó con la cara enrojecida—. En cualquier caso, creo que se está metiendo en temas que no son de su incumbencia.

—Pues sí, tengo algunas preguntas más. Creo que lo menos que puede hacer es darme algunas respuestas, puesto que a mí también me dispararon. ¿No le parece?

—No sé por qué debería decirle nada, no de la forma en que actúa. Pero sí, si puedo lo haré.

—¿Hay alguna razón por la que alguien quisiera dispararle a Marina?

Sus ojos se abrieron de golpe y volvió a la posición inicial en la silla.

—¿Qué? ¿Qué está diciendo? A ella le disparó un loco, como a usted y a su amigo. Quiero decir, la simple idea de que una persona quisiera hacerle daño a propósito a mi Marina es ridícula. Ella nunca le ha hecho daño a nadie. Es de lunáticos pensar que alguien quisiera matar o lastimar a mi niña.

—Es una opción a barajar, la gente no se pone a pegar tiros de un modo aleatorio por la calle. Los locos que disparan solo están en las películas.

—¿Y por qué a mi niña, dígame?

—Es una corazonada mía.

—Entonces será mejor que me diga cuál es esa idea suya que le hace actuar así —dijo—, y luego tendrá que ir a la Policía y contársela. Pero primero, dígame esa ocurrencia suya.

—¿Qué le parece si primero me cuenta usted? ¿Alguna amenaza que les hayan hecho? ¿Algún problema en la escuela? ¿Alguna discusión con los vecinos?

—Si hubiera habido algo de eso, habría informado a la policía cuando me interrogó, a los de verdad, no a uno que han echado a la calle a saber por qué. Me parece un insulto que crea que existe algún problema así y que lo hubiese ocultado. Señor Acevedo, creo que debe irse.

—¿Quién le va a cuidar a usted?

—¿Qué?

—La última vez que estuve aquí, dijo que Marina siempre lo había hecho. Ella lavaba su ropa, le cocinaba y le iba por su periódico todos los días. Ahora que no está, ¿quién lo hace?

—Es posible que tenga que contratar a alguien, pero le repito que se está metiendo en cosas que no son de su incumbencia.

—Usted no trabaja, Armando apenas lo hace y no tienen ni para arreglar un coche. ¿De dónde va a conseguir el dinero para pagar a alguien que atienda la casa?

—Eso sí que no te incumbe a usted. ¡Nada de lo que me estás preguntando es de tu incumbencia! Así que ahora sal de aquí, por favor, o llamo a la policía de verdad.

—Vaya, ha empezado a tutearme, ¿ya se ha olvidado del señor Acevedo?

Él no respondió, solo me miró como si quisiera degollarme allí mismo. Aquel ser pusilánime y apocado parecía que tenía una capa interna un poco más agresiva y decidida. Me preguntaba si debajo de la pierna inválida y dolorida podía aflorar una musculada para lanzarse a correr de presentarse la ocasión.

Como no quería tensar más la situación, ni que me buscara las cosquillas con Javier y Silvia, me di media vuelta y me fui de allí, esquivando las mismas montañas de basura y de trastos inútiles.

Justo después de cerrar la puerta del porche, oí cómo el volumen del televisor volvía a sonar a un nivel considerable. Supuse que necesitaba un poco de su droga favorita para aliviar los nervios.

Salí del patio y me dispuse a entrar en el coche, pero antes le di un vistazo general al cochambroso conjunto que conformaba aquella finca y esa vez me fijé en especial en el alpendre que tenía al lado de la casa.

Por alguna razón me aventuré a regresar a la finca y supuse que Héctor no me oiría con el volumen al que seguía emitiendo el televisor.

Me detuve en la parte inferior de los escalones y me quedé mirando un momento la puerta en mal estado del alpendre.

Héctor me había dicho que iba a contratar a alguien para que lo cuidase con el convencimiento de quien no tenía ningún problema en hacerlo. Por supuesto, tal vez solo había sido una fanfarronería, pero también cabía la posibilidad de que no. Recordé a Ricardo, el profesor de música, cuando me dijo que suponía que había cobrado del seguro una indemnización por el accidente, pero que no había notado esa entrada de dinero en la familia por ningún lado.

Pero, ¿cuánto podría ser? Porque los heridos permanentes en un accidente de tráfico suelen cobrar una buena indemnización, más el valor del coche en caso de que no sean culpables del percance. Como se suponía que su vehículo había tenido desperfectos importantes y no había

querido comprar otro, había que pensar que le pagaron el valor del coche, por lo que la suma a cobrar aumentaría. Y nadie duda que los fraudes a los seguros por accidentes ficticios o forzados son una forma tentadora de ingresar dinero.

Por otro lado, había que pensar que el de Armando estaba a la espera de ser arreglado. El problema era que un mecánico no permitiría que tuviese el coche en el taller por tiempo infinito.

Así que la lógica decía que deberían guardar un vehículo estropeado en algún lugar. Me pregunté si era posible que aquel alpendre estuviese destinado a garaje y no a ser un basurero anexo como hasta entonces había supuesto.

Me acerqué e introduje la cabeza a través de una abertura que había en la puerta podrida. El interior desprendía el olor semidulce y húmedo de la madera podrida. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad del interior, divisé la forma de un vehículo. Me costó un tiempo separar la basura apilada alrededor y encima de él, pero al final conseguí identificar que era un Ford Fiesta de al menos treinta años. Era de color marrón, acentuado por el polvo. Aun así, el lado del pasajero se veía sin desperfectos. Retrocedí hasta el otro extremo de la puerta del garaje y miré por una rendija algo más pequeña que la anterior. El guardabarros delantero del lado del conductor estaba colgando y el daño abarcaba hasta casi el neumático.

Si el automóvil de Héctor había acabado en el desguace, entonces la lógica dictaba que tenía que ser el de Armando. Y los desperfectos que había visto en él no casaban con el significado que una persona le suele dar a la expresión «coche estropeado».

Renuncié a intentar descifrarlo todo y me dirigí a mi Subaru, pensando que aquella era una familia extraña en conjunto.

Desde la forma de vida hasta en el físico y la manera de expresarse.

Capítulo 31

Al día siguiente, el ático parecía caerse sobre mí como una anaconda que sonrío y te aplasta desde los hombros hasta los tobillos. Giré los pies en círculos delante del sofá y miré hacia el frente sin fijarme en algo concreto, porque notaba que tenía la mente en plan ebullición.

¿Estaba suponiendo demasiado al pensar que Marina era el objetivo, al igual que cuando culpé a Edgar? Como él había dicho en el hospital con acierto, me había creído el centro de su mundo, cuando no era así. Solo era un hijo de puta que estaba tratando de volver a hacer cosas de hijo de puta, pero que no me abarcaban a mí. Sin embargo, mi egocentrismo había provocado que me precipitase y, con mi presencia, forzase un final trágico y violento.

Esto no significaba que me sintiese culpable, ni que aquella precipitación la viese como responsable de la muerte de Mellado y la lesión de Edgar, por dos razones principales. La primera era que tarde o temprano acabaría realizando esa visita por ser él quien era, por el odio que siempre manifestó en público hacia mi persona y por haberse asentado de manera consciente o inconsciente a pocos kilómetros de donde yo residía desde hacía tiempo. Quizá hubiera tardado más en enterarme de su presencia y, por lo tanto, en hacerle esa visita, pero era un encuentro inevitable y lógico para velar por mi seguridad. La segunda, que nadie se pone a pegarle tiros a un expolicía por mucho que le provoque y, de hacerlo, no puede culparlo luego de que el ataque le salga mal. Y por si eso no fuese suficiente, tenía una última aún más contundente: que si no me hubiesen disparado, los dos estarían en ese momento vivos y caminando sobre las dos piernas. De eso estaba seguro.

Pero la cuestión era que la figura de Edgar como culpable se había desvanecido y habían surgido dos nuevas que antes no se divisaban, la de Amelia y la de Marina. Necesitaba saber cuanto antes quién estaba detrás de aquel ataque y, hacia el mediodía, decidí llamar a Silvia.

—Hola, Lucas. ¿Cómo estás?

—Bien, en el apartamento, pero con ganas de salir a dar una vuelta.

Parecía desconcertada por mi llamada, así que decidí ir al grano antes de que me hiciera alguna pregunta.

—Verás, me quedé pensando que, cuando estuve ahí, no me ofrecí a colaborar con vosotros. No me entiendas mal, no como policía, sino todo lo contrario. Es decir, si necesitáis en algún momento que vaya a sonsacarle a alguien sin que sospeche que la policía está investigando su posible implicación, no tenéis más que decírmelo. Por supuesto, todo ello de un modo confidencial.

—Me parece una buena idea, pero aún estamos recabando información.

—¿Estás en la comisaría?

—Sí, trabajamos en lo que nos dijiste. Buscamos información por internet y hacemos algunas llamadas. A Javier se le da bien esto, a mí no tanto.

Dejó de hablar un momento y escuché cómo informaba a alguien de que era yo el que estaba al otro lado de la línea. Supuse que tendría a Javier cerca. Luego alzó el tono de voz para seguir hablando conmigo.

—Hemos encontrado datos interesantes —dijo—. Olga no hace mucho que abrió la clínica de psicología y de cara al exterior da la sensación que le va bien. Tiene muchas y buenas valoraciones en internet, pero en realidad no factura gran cosa.

—¿No declara todos los pacientes que atiende?

—Podría ser, o que sigue una buena estrategia para conseguir que le dejen reseñas. Estoy intentando saber qué letras paga, porque supongo que pediría un crédito para montar el centro, y si se ha saltado alguna. Por su parte, el marido es un tío curioso. Lo expulsaron de dos colegios, no se le conoce oficio ni empleo y le gusta conducir coches caros, vestir bien, salir de fiesta y aparentar de todo ello en redes sociales. Parece el eterno adolescente que cree que eso de ser rico es un derecho que adquirimos todos solo por desearlo. Eso sí, no parece que esté casado con Olga, porque ella no sale en ninguna foto con él.

—¿Proviene de una familia rica?

—No. Al contrario.

—¿Quieres que vaya a visitar a Olga y mire qué averiguo? Puede ser que estén separados o que hagan vidas paralelas.

—No, de momento, no. Vamos a ver qué más sacamos de aquí y si eso, hablamos y nos organizamos.

—Perfecto.

—Gracias por tu ayuda.

Di por finalizada la conversación con Silvia y pensé en lo que me había dicho. La gente proyecta en las redes sociales la vida que le gustaría vivir y en la medida que ese deseo es acentuado. No había visto los perfiles del marido, pero estaba claro que le gustaba el dinero. Quizá Olga le financiase buena parte de los gastos o tal vez cada uno iba por su lado. También cabía la posibilidad de que fuese todo una fachada, pero la sensación que me dejó aquella información era que uno trabajaba y el otro disfrutaba, y esa nunca es una buena ecuación.

Pensé que lo más probable era que pronto supiésemos algo, pero hasta entonces solo me quedaba la opción de avanzar en la pista de Marina.

El día anterior había ido a hablar con Héctor y había permitido que me ahuyentara sin casi oponer resistencia. Y lo que más me fastidiaba era que lo hubiese logrado utilizando un truco tan tonto y facilón como amenazarme con llamar a la policía. Solo con eso, consiguió que me

olvidase de los métodos utilizados en docenas de interrogatorios realizados a lo largo de mi estancia en la Policía. Olvidé que, cuando logras desestabilizar a un sospechoso, cuando has abierto una grieta en su resistencia, no puedes dejarlo ir, porque entonces la curará y la próxima vez tendrás que empezar de nuevo.

Aquello había sido un error de principiante, porque si hubiese seguido adelante con su amenaza, querría decir que no tenía nada que ocultar. En cambio, si yo hubiera aumentado mi hostigamiento más y más, sin conseguir que él cumpliera la amenaza, significaría que tenía una mancha en la conciencia.

En otras palabras, me parecía una prueba esclarecedora sobre su posible implicación.

Entonces me pregunté qué me impedía volver a hacerle una visita y acabar el trabajo. Ciertamente, por mi torpeza tendría que empezar de nuevo, pero me sentía capacitado para sacarlo de quicio lo bastante como para que tuviera que decidir si se podía permitir el lujo de pedir ayuda a «la policía de verdad», como él había dicho.

Así que, a media tarde, me monté en el coche y una vez más me detuve frente a la morada que albergaba al dios de la televisión. Decidí que aquella sería la última vez que acudiría allí, porque me iba a acabar hundiendo la moral y reventando los tímpanos.

Tomé el ya familiar paseo hacia la puerta lateral y llamé con fuerza. Nadie respondió. Volví sobre mis pasos y estaba a medio camino de la puerta de entrada más grande cuando me percaté de algo importante, la televisión no se escuchaba a todo volumen. El silencio que se disfrutaba parecía ensordecedor.

Golpeé de nuevo la puerta, aún más fuerte, pero nadie salió ni me indicó que entrara.

A lo largo de mi vida policial había acudido a lugares que no deberían estar en calma, pero que al llegar me recibieron con una atmósfera igual de tranquila, en la que el aire transmite la sensación plomiza de un leve zumbido. Muchas veces me encontré con sorpresas horribles esperando dentro, aunque no lograba encajar cómo aquellos dos seres podrían suponer un peligro para alguien.

Sí, tenía razones para desconfiar: Héctor afirmaba que no podía salir de casa: «La pierna, ya sabes». Los vecinos le traían la comida, la televisión captaba su atención y el microondas le calentaba la cena.

Sí, podría haber ido a visitar a Marina, pero algo me decía que no era así. Para comprobarlo, saqué el teléfono móvil, busqué el número de Héctor y presioné el botón de llamada, pero nadie contestó al otro lado. Aquella situación me parecía extraña y no pensaba volverme con las manos vacías. Decidí marcar de nuevo el número mientras pensaba qué hacer y en esa ocasión alguien descolgó.

—Hola —dije al notar que nadie hablaba al otro lado.

—Señor Acevedo, soy Armando —respondió alguien al fin—. Estoy aquí con Héctor. Vi

que era usted el que llamaba, pero no me dio tiempo a contestar la primera vez que sonó.

—¿Dónde se encuentran, Armando?

—Estamos en la finca de la que cuido. Pasé por la casa para recoger algo de ropa y Héctor me dijo que quería salir un rato, así que me lo traje conmigo. Normalmente no suele salir, pero por alguna razón, hoy dijo que quería hacerlo. Él está en el baño ahora mismo.

—Hablé con él ayer y había regresado con la intención de continuar nuestra conversación.

—Sí, me comentó que estuvo usted en casa —dijo Armando—, pero no me explicó de qué se trataba. Escuche, no puedo llevarlo de vuelta ahora mismo, señor Acevedo, pero si es urgente lo que tiene que hablar con él, puede venir aquí. Esto está a pocos kilómetros de la ciudad, solo algo antes del aeropuerto.

Me gustó esa idea. Así podría aprovechar para presionar también a Armando.

—Me parece perfecto —le respondí—. ¿Como llego hasta ahí?

Me lo explicó, lo apunté en la cabeza y me puse en marcha.

Durante el camino pensé en las veces que Héctor había rechazado mi oferta para llevarlo al hospital, pero resultaba que ese día había salido porque le apetecía dar una vuelta. Y Armando tampoco había ido a visitar en más ocasiones a Marina, pero sí podía usar el coche para ir a la casa a recoger ropa y llevar de paseo a Héctor. Pensé en lo rápido que se contradice un mentiroso y sentí que el cabreo que había empezado a aflorar en mí iba en aumento. Si la idea era hostigar a Héctor, en ese momento, eran dos los objetivos que llevaba en mente y ni siquiera iba a necesitar representar un papel para demostrarles mi enfado y mi desconfianza.

Lo bueno de la situación radicaba en que aquella noche dormiría teniendo la seguridad de que solo quedaría en pie una pista para resolver el tiroteo de Sárdoma, la de Olga y su marido.

Una o ninguna.

Capítulo 32

Armando tenía razón, ya que en poco más de diez minutos me encontraba tomando la Avenida do Tranvía y buscando el desvío que conducía a la finca en la que trabajaba, mientras escuchaba a The Supremes y su [Come See About Me](#). Cuando lo encontré, pasé una pequeña zona boscosa y pronto me encontré abierta la verja que rodeaba la propiedad. Era el lugar que me había indicado Armando.

Dentro de la finca, la casa principal se situaba a la derecha. Era de dos pisos de altura, antigua y orgullosa, y dejaba ver en el exterior descubiertas cada una de las piedras que se habían utilizado en su construcción. El porche delantero de cemento contaba con cuatro postes de madera que sostenían la cubierta. A bastantes metros de la casa se habían construido un cobertizo y varias edificaciones más pequeñas, cuyo uso no supe determinar.

Avancé con el coche hasta delante del porche, apagué la radio y me bajé tratando de percibir algún rastro de vida en aquel lugar. Me acerqué a la entrada y toqué la aldaba. La puerta era grande, de madera antigua, casi señorial, sin un timbre moderno al que se le permitiese restar nobleza a la casa.

Nadie respondió a mi llamada. Entonces salí del porche y miré hacia el primer piso.

—Armando, soy Lucas Acevedo, ¿está usted ahí? —grité.

No hubo respuesta, solo el leve siseo del viento.

—Armando, Héctor, ¿pueden escucharme?

Un pájaro se posó en el tejado y lanzó un chillido como si me pidiera que me callase. Si pudiera entenderme le habría respondido que llamaba porque me habían citado allí. Pero ahora parecía que se habían ido.

Avancé hasta el lado opuesto de la casa y eché un largo vistazo a los alpendres.

El más grande era de piedra y se notaba que hacía tiempo que se había construido. Al lado, se veía una estructura mucho más modesta, construida con las paredes de madera y el techo de teja. Algo más cerca de la casa había otra edificación con paredes de bloques de cemento al descubierto y el techo de hormigón. Esta tenía una persiana en el centro y una vieja puerta de madera en su lateral izquierdo, por lo que supuse que podía ser el garaje.

Hacia allí me dirigí y, cuando casi había colocado la mano en el pomo para abrir, oí un gemido, aunque no supe diferenciar si era de dolor o de temor. Quizá una mezcla de ambos.

Eso me detuvo. Pensé en lo estúpido que había sido ir allí para avanzar en las investigaciones sin haber tenido la precaución de llevar la pistola, pero era demasiado tarde para

volver a por ella y tampoco estaba dispuesto a marcharme sin averiguar qué estaba pasando.

Después de escuchar unos segundos sin que se apreciase ningún signo de vida, giré el picaporte y abrí la puerta. La empujé hacia delante, siguiendo el chirrido de las bisagras en su trayectoria, y me incliné sobre las rodillas para echar un vistazo a medida que se abría el interior ante mis ojos.

Lo primero que divisé fue la parte trasera de un automóvil. Un vehículo que lucía un color rojo oscurecido por el polvo y tenía la luz trasera izquierda rota. Sentí que el corazón me empezó a latir más rápido.

De nuevo, sentí deseos de alejarme para volver a Mondariz a recoger la pistola cuando un segundo gemido salió de las profundidades del garaje. Se escuchaba lastimoso y apagado, y contenía un abyecto tono de horror.

Muchas veces, en los días más duros de la UDYCO, a propósito o sin ser consciente, no presté auxilio inmediato a personas que se encontraban en problemas. En más de una ocasión esas personas habían acabado muertas y era algo que me juré no repetir en la medida que me fuese posible. Así que empujé con cuidado la puerta para abrirla por completo y asomé la cabeza por el borde. Detrás del automóvil había una división hecha con troncos mal ensamblados, que tenía una puerta en el centro.

Me mantuve agachado y caminé hacia la parte trasera del coche para, desde allí, concentrarme en escuchar cualquier ruido.

La zona olía a polvo viejo y a humedad. Hacía frío allí, pero aun así podía sentir cómo me corría el sudor por la espalda. Esperé allí agachado un minuto que me resultó eterno, hasta que volví a escuchar el gemido. Determiné que el quejido provenía de la zona que se encontraba a la izquierda de la puerta que tenía frente a mí.

Aquello no me estaba gustando nada, pero algo en mí me empujaba a seguir adelante; tenía la esperanza de que, quienquiera que estuviera en apuros, no estuviese acompañado de ninguna sorpresa inesperada.

Me enderecé un poco más, aunque sin erguirme del todo, y avancé hasta apoyar la espalda contra la pared de troncos. Desde allí me moví de manera lenta y silenciosa hacia la puerta, pero sin la intención de dejarme ver hasta que volviese a escuchar el gemido.

Cuando esto sucedió, decidí entrar. Sin embargo, no completé la acción, porque justo cuando iba a atravesar la puerta, Armando salió por el lado derecho. Había esperado todo el tiempo allí escondido y llevaba una escopeta de caza en la mano. Además, a la altura del abdomen y enganchada con el cinturón, reconocí una preciosa Beretta M9. Preciosa por antigua, porque no entendía cómo aquel trasto podría disparar en el estado que parecía encontrarse. En todo caso, recordé que había dado las suficientes muestras de su capacidad como para no querer tentar a la suerte.

—Señor Acevedo —dijo sonriendo.

—El mismo —dije—, pero como le comenté a Héctor usted también puede llamarme Lucas.

Él sonrió un instante y al poco volvió a ponerse serio. Retrocedió un par de pasos para que, en caso de que yo tratase de desarmarlo, no tuviera opción a alcanzarlo antes de que él pudiese apretar el gatillo.

—Vamos, entre —dijo—. Despacio.

Lo hice y con lentitud.

—Mantenga los brazos en alto —agregó.

También obedecí.

—Siga andando y apoye las manos en la pared.

Seguí avanzando y me coloqué en la posición que me indicó.

La habitación que crucé no era muy grande, apenas cuatro metros de largo por cinco de ancho. Dentro, me fijé en que Héctor estaba sentado en una silla de jardín con reposabrazos en el rincón más alejado. Se encontraba atado al armazón con correas de cuero viejas y tenía las muñecas y los tobillos pegados con cinta adhesiva a los brazos y las piernas de la silla.

Había dos sillas de jardín más en la habitación. Una tenía el asiento medio hundido y estaba colocada a mi lado, en la esquina contigua a donde se encontraba Héctor. La otra parecía en mejores condiciones y estaba pegada a la pared de la puerta, justo al lado de esta.

—Tiré el teléfono móvil al suelo detrás de sus pies y cualquier arma que tenga.

Arrojé el móvil hacia atrás.

—No tengo armas —añadí luego con las manos en alto.

Armando no pareció convencido.

—Levántese la camiseta.

La desvestí hasta el cuello y luego la dejé caer de nuevo.

—Está bien, dese la vuelta, señor Acevedo, y cruce las manos sobre la cabeza.

Me la di con las manos tocando mi pelo y esperé. En aquel momento, notaba cómo me corría el sudor, porque no sabía qué intenciones tenía Armando y no me había concedido ni una sola oportunidad de acercarme lo suficiente a él como para desarmarlo.

—Está bien, señor Acevedo —dijo—, siéntese y no haga tonterías.

Me senté, a la vez que me fijaba en que a Héctor le habían sacado los pantalones, que se veían a su lado en el suelo, y solo llevaba la ropa interior de las caderas para abajo. Un trapo sucio pegado con cinta aislante le tapaba la boca.

Al lado de los pantalones había un cable cortado al que se le habían quitado unos cinco centímetros del revestimiento de cada uno de los conductores para exponer los filamentos pelados. El otro extremo del cable lo habían enchufado a una toma de corriente situada en el

propio portalámparas de la bombilla que iluminaba el lugar desde el centro.

Volví a mirar a Héctor. Se le apreciaban marcadas ronchas rojas en las piernas regordetas desde la pantorrilla al muslo. Era él a quien había oído lloriquear. Repitió el sonido una vez más cuando vio que lo miraba. Tenía los ojos muy abiertos, llenos de lágrimas y aquel sonido era su manera de suplicar, presa del dolor y el miedo.

Entonces me pregunté qué se planteaba hacer Armando con todo aquel despliegue de medios propio de un torturador desequilibrado.

Capítulo 33

Armando se sentó en la silla que se encontraba donde la puerta y tomó un rollo de cinta de embalar del suelo. No reparé en él cuando pasé.

—Baje las manos —dijo.

Lo hice. Luego tiró el rollo de cinta desde su posición hacia mí.

—Cójalo —ordenó, mientras lo lanzaba.

Lo agarré y no pude evitar bajar la vista hacia él.

—No se preocupe, no voy a matarlo con eso, señor Acevedo.

—Me alegra oírlo.

Entonces, en la esquina de la habitación, Héctor comenzó a moverse con frenesí. Saltaba arriba y abajo lo mejor que podía en la silla, a la vez que emitía un sonido de frustración.

Armando giró la cabeza hacia él.

—¡Cállate! —gritó.

Héctor se detuvo poco a poco como lo haría un juguete al que se le están agotando las pilas. Armando se acercó a él sin dejar de apuntarme. Cuando llegó a su posición, le dio una patada en el muslo izquierdo. Héctor gritó contra la mordaza, se encendió como si le hubiesen metido la cabeza en un horno y las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas. Armando esperó unos segundos y luego se apoyó en él.

—Si no quieres que te vuelva a pegar, tienes que aprender a estarte callado —le susurró—. ¿Me has entendido?

Héctor cerró los ojos, hinchó las mejillas y se obligó a guardar silencio, por mucho que el rictus de dolor en su cara dijese que no le iba resultar sencillo conseguirlo.

—Bien —dijo Armando hacia mí—. Lamento que haya tenido que ver esto, señor Acevedo, pero si supiera todas las cosas terribles que ha hecho, me entendería y quizá hasta querría pegarle usted.

Si que te apunten con un arma siempre es un motivo de preocupación en sí mismo, a esas alturas ya me había puesto alerta también por el despliegue de medios que había preparado aquel ser desequilibrado, pero casi más por la manera en que se expresaba. Decidí seguirle la corriente.

—No se crea, Armando —le dije—, confieso que he tenido serias tentaciones de hacerlo en más de una ocasión.

—¿De verdad? ¿Por eso fue a verlo ayer? Me dijo que usted había estado en la casa por la tarde. ¿Qué le dijo?

—No mucho, no es fácil sacarle las palabras.

—¿Seguro? Porque él me ha dado una versión diferente. Ese cable que ve ahí sabe sacarle las palabras al más mudo. En cuanto sintió la electricidad, primero gritó como un bebé, pero al acabar me dijo que usted le preguntó quién le había disparado a Marina.

—Sí, pero no conseguí que me lo dijese.

Él no dijo nada como respuesta. Al cabo de un rato, habló de nuevo.

—Quítese los zapatos y los pantalones, señor Acevedo —dijo.

—¿Perdón?

—Haga lo que le digo y no se ponga tonto. Hoy ha sido un día muy largo.

Pensé que tampoco estaba en posición de discutir aquel punto, más que nada porque seguía sin darme opción a intentar algo. Así que, después de usar los pies para quitarme los zapatos, me desabroché los pantalones, los dejé caer y los abandoné en el suelo dando un paso al lado.

—Tome la cinta, pase una pierna por detrás de cada pata, saque los pies por fuera hacia adelante y amarre las pantorrillas a la silla. Y sin trucos.

Tomé la punta de la cinta del rollo, coloqué las piernas como dijo y me dispuse a pegarla en una pierna cerca de la rodilla. Cuando iba a enlazarla con la silla, me frenó.

—¿Señor Acevedo, se cree usted que soy tonto? Ponga la cinta en el fondo, a unos cinco centímetros antes de acabar la pata, apriete bien la pierna contra la silla y dele al menos doce vueltas con el rollo. Quiero ver cómo lo hace.

Me quedé como un tonto agachado, con el trozo de cinta en la mano y escuchando lo que me decía. Pensé que aquellas instrucciones no me concedían mucho margen de maniobra, lo cual es todo un problema cuando la otra persona tiene un arma y tú no. Así que me limité a envolver con unas doce vueltas cada tobillo contra una pata, pero dejando un mínimo de margen a los pies para sobresalir por debajo del final de la silla. Pensé que quizá en algún momento me sirviese de ayuda.

—Bien —dijo—. Ahora haga lo mismo con la muñeca derecha en el reposabrazos y luego tíreme la cinta con la mano libre.

Volví a obedecer. Aquello me gustaba cada vez menos.

Armando cogió el rollo del suelo, dejó la escopeta apoyada en la pared, sacó la pistola del cinturón, se acercó a mí y me la colocó en la sien. Luego envolvió mi mano libre contra el reposabrazos. Cuando acabó, regresó a su silla y la colocó más hacia el centro de la habitación. Cambió la pistola por la escopeta y se sentó, inclinándose hacia delante para mirarme mientras me apuntaba.

Pensé que podría decirle lo que estaba pensando.

—Creo que estamos un poco apretados aquí, Armando. No sé si sabe a lo que me refiero.

Parecía sorprendido por mi comentario, levantando la cabeza y abriendo los ojos. Incluso soltó una extraña risa fingida.

—Bueno, solo somos tres, señor Acevedo —dijo.

—De momento.

Creo que no entendió el comentario. Al cabo de un rato, dejó de reírse y se puso serio. El tono de voz con el que volvió a hablar me recordó al que usaría un médico para darle las peores noticias a un paciente.

—Las cosas que le hice a ese hijo de puta de ahí es de justicia. Necesitaba saber algo y no tuve mucha compasión por todo lo que él me ha hecho. Él me trató muy mal, señor Acevedo. Pero no se preocupe, no toqué sus partes más íntimas y si acabo teniendo que usar la electricidad con usted, tampoco lo haré.

—Es todo un alivio saber eso.

—Pero necesito saber qué cosas ha descubierto y lo que le dijo Héctor. Espero que entienda que no me queda otra opción. Se me han hecho cosas muy malas y tengo que solucionarlo.

—¿Cosas malas? ¿Podría decirme qué le han hecho? Yo no recuerdo haber sido responsable de nada que le haya sucedido.

—Usted no.

—¿Entonces?

—Necesito arreglar las cosas.

Me estaba poniendo enfermo con tantas «cosas».

—¿Y para arreglar eso que dice necesita atarme, cuando yo no he hecho nada?

—No se pase de listo y no intente confundirme.

—No intento nada, Armando, el problema es que me gustaría saber por qué estoy en esta situación.

—Le voy a explicar qué cosas me ha hecho ese hijo de puta y así lo entenderá.

Yo asentí, no pensé que fuese oportuno seguir insistiendo.

Armando se frotó las manos como si necesitase prepararse antes de empezar el relato.

—Bueno, lo primero que tengo que decir es que ese hijo de puta de ahí, me jodió bien jodido —dijo, señalando a Héctor—. Me traicionó y eso no se perdona. Y todo por su maldita pierna, ya sabes —añadió imitándolo—. Él dice que se la rompió por mi culpa.

—¿Por su culpa? ¿Cómo por su culpa?

Armando asintió y dejó de frotarse las manos.

—Estábamos viendo las noticias un día —dijo— y echaban un reportaje sobre cómo había gente que hacía dinero con accidentes falsos. Supongo que sabe a lo que me refiero.

—Sí, fraudes al seguro.

—Sí, sí, algo así decían. Explicaban que a veces las personas se ponían de acuerdo para chocar la una contra la otra y la que llevaba el golpe podía reclamar los desperfectos y que

estaban heridos, todo para obtener dinero del seguro. Al verlo, nos pusimos a pensar que nosotros también podíamos hacerlo. Quiero decir que no es como si le robásemos a alguien, esos seguros tienen mucho dinero que le sacan a la gente.

Movió la silla hacia adelante todavía un poco más para asegurarse de que estaba lo bastante cerca para que yo lo entendiese bien. Supongo que creía que captar una explicación dependía de la distancia a la que le hables a los oyentes. Sin embargo, yo solo pensé que era una pena tener las manos y los pies atados, porque por primera vez se había colocado a mi alcance.

—Entonces —continuaba diciendo—, salimos una noche a una carretera de montaña y él se paró a un lado. Yo subí una curva más y allí me di la vuelta con la intención de chocar contra él como si estuviese borracho o algo así para que alegara una lesión en el cuello y los desperfectos del coche. Pensé que ya estaba listo, así que aceleré un poco y me dirigí hasta donde estaba parado. Bueno, pues justo cuando salí de la curva, el imbécil decide que necesita bajar por la puerta del coche a decirme algo. Y yo, que había acelerado y ya estaba llegando, no pude detenerme y lo golpeé todo por el lateral, cerrándole la puerta contra su pierna. Se la aplastó bien, bien.

Había recitado toda la explicación en tensión y sin respirar. Cuando acabó, se destensó, se dejó caer en la silla y continuó:

—Sigo pensando, ¿para qué coño salió? —añadió—. ¿Qué cosa tan importante tenía que decirme? Se paraba y yo bajaba y me llevaba el lateral por delante, ¡ese era el plan! Él solo tenía que llamar a la policía y decir que le dolía el cuello.

Yo seguía allí sentado, inmovilizado, pegado a una silla, con un maníaco escupiendo saliva a cada palabra que pronunciaba, y teniendo que reprimir el enorme deseo de reírme del espectáculo que estaba relatando. Me refiero a que dos tontos con el cerebro plano no habían logrado fingir un simple accidente, pese a las concretas y visuales explicaciones que a buen seguro les ofreció la televisión. Se van a una carretera estrecha y se colocan en una curva sin visibilidad, lo cual ya empieza mal. No contentos con eso, cuando el primero se lanza, el que va a recibir el golpe se baja en el último segundo por la puerta contra la que será el impacto.

Él todavía seguía explicando.

—Entonces, lo veo gritando en el suelo y con la pierna doblada y llena de sangre. Como no sabía qué hacer, cogí su teléfono, llamé al 112 como si fuese él, y esperé a oír las sirenas para dejarlo allí y marcharme en otra dirección. Coño, que todos sabemos que no puedo quedarme para cuando lleguen la policía y la ambulancia.

—Tiene la pierna bastante mal —se me ocurrió decir.

—¡Pero no fue por mi culpa! Se lo hizo él mismo, ¿no lo entiende?

—Claro, claro, eso lo entiendo. No debió haber salido.

—Pues eso es lo que yo digo.

Respiró hondo varias veces y bajó la voz para continuar.

—Menos mal que fue lo bastante listo —dijo entonces— como para explicarles que no había visto el otro coche y no podía darles ningún dato. Estuvo en el hospital un tiempo, sí, y supongo que eso significa que estaba mal. Pero le dio pasta el seguro, porque buscó un abogado experto y se la sacó a su propia compañía. Fueron unos doscientos mil euros, porque hoy con el cable lo confesó. Decía que como había sido culpa mía lo que le sucedió, que no me iba a dar nada, incluso después de haber estropeado mi coche. Yo no me lo podía creer. ¡Lo habíamos hecho juntos! ¿Entiende ahora, señor Acevedo, por qué digo que merece todas las cosas que le haga? Se cree que es muy listo y solo es un tonto que no sabe ni quedarse dentro de un coche. Menos mal que ya sé cuánto cobró y dónde lo escondió. Es tan tonto que lo sacó todo del banco y lo escondió en el garaje de la casa, en una pared. Vamos, como para que alguien se lo robe.

Quería salir de allí y librarme de aquel ser que no sabía qué podría llegar a hacer, pero no me quedaba más remedio que seguirle la corriente.

—Debe de haber sido difícil seguir viéndolo todos los días —le dije.

—Claro, pero yo no tenía otro lugar al que ir. ¿Qué más podría hacer? Pero tiene razón en lo que dice, señor Acevedo. Quiero decir, ¿sabe lo difícil que es sentarse en esa casa con él mirando la televisión como si no pasara nada?

—Me hago una idea.

—Sí, me quedé allí, porque sabía que algún día conseguiría lo que es mío. No es justo lo que hizo. Él sentado en esa silla con todo ese dinero y yo cuidando cerdos y paleando estiércol para ganarme la vida. No es justo, se lo digo yo. Ni siquiera me dio algo para arreglar el coche y que no tenga que depender del transporte urbano para moverme. Porque entre el golpe y que se le rompió la caldera en el accidente, me cuesta una pasta.

—¿Es suyo el Fiesta que está en el alpendre de la casa de Sárdoma?

Sus ojos se ensancharon un poco.

—¿Nos ha estado espiando, señor Acevedo?

—¿Espiendo? No, por Dios. No hace falta, se ve desde fuera —mentí.

No sé si Héctor estaba siguiendo la conversación, solo que no trató de decir nada y seguía llorando con los ojos cerrados. Las ronchas en las piernas de la tortura de Armando se veían cada vez más hinchadas. El muslo donde recibió la patada empezaba a volverse azul.

—Una pregunta, ¿le ha estado aplicando los cables solo para saber dónde está el dinero? —seguí entreteniendo a Armando.

—No —respondió, encogiéndose de hombros—. También fue para asegurarme de que me decía lo que le había contado a usted.

Me miró como si esperara que aceptase esa explicación. Cuando se percató de que seguía sin parecerme suficiente, debió de pensar que tenía que justificar mejor sus actos, aunque la

verdad era que a mí no me importaba si había actuado bien o mal y solo trataba de encontrar la manera de salir de allí con vida.

—Bueno, lo que le dije no es todo —añadió, con cierta ira tintineando en su voz—. Hay más y cuando se lo cuente, dejará de pensar que me he pasado. Él ha pecado, señor Acevedo, ha pecado mucho y muy mal.

Supongo que se me puso una cara de circunstancias.

—¿Pecado? —pregunté alzando las cejas—. Pecado...

Bajó la voz para susurrarme.

—Por las noches —dijo—, muchas en las que yo no estaba, le hizo cosas a Marina.

Creo que ahí sí me cambió la cara y a otra expresión muy distinta. Sentí que toda la sangre del cuerpo se me bajaba a los pies.

—¿Cosas? —pregunté como un tonto.

—Sabe, se iba a la cama con ella, el hijo de puta ese. Seguro que pensaba que tenía derecho por haberla criado, cuando ella es su hija. Hace un par de semanas, Marina me contó las cosas que le estaba haciendo. Le juro que quería matarlo allí mismo, pero al final pensé que tenía que hacerlo mejor, idear un plan. ¿Sigue creyendo que me he pasado con los cables?

Me costó responder, porque solo podía pensar en lo que había escuchado. Me sentía atormentado, defraudado, derrotado y unos cuantos sentimientos de desolación más que pugnaban por aflorar. No podía creer que Marina hubiese tenido que sufrir algo así y en su propia casa.

—Pienso que deberías haber ido a la policía. Es lo que suele hacer la gente en estos casos —creo que atiné a decir.

Él pareció enfadarle aquella sugerencia y se levantó de la silla. Yo lo seguí con la mirada.

—Eso no es suficiente, joder —dijo—. ¡No es suficiente!

Luego se volvió a sentar.

—La policía quizá ni me hubiera creído. No señor, él tenía que pagar por todas las cosas que hizo. Pero sabía que algún día podría hacer lo que quisiera con él. La diferencia entre él y yo es que yo soy listo, puedo planear cosas, y él no, porque es incapaz de hacerlo. No, no debería haberse acercado a ella, no señor.

Me di cuenta de que estaba a punto de empezar a llorar.

—Pobre Marina, se merecía ser feliz de verdad.

Levantó el brazo y usó el dorso de su mano sucia para limpiarse los ojos.

—Siempre tuve la esperanza de descubrir dónde guardaba el dinero el hijo de puta ese para irme con ella muy lejos —dijo después de que terminó—. Sería muy bonito, ¿no cree? Pero ese hijo de puta siempre tiene que fastidiarme todo lo que tengo.

Yo atendía todo lo que decía y sentía que me estaba quedado un paso por detrás de aquel

imbécil. Acababa de escuchar que Héctor abusaba de su hija y poco después empecé a deducir que su tío también. Sabía que necesitaba mantenerlo hablando, pero no se me ocurría qué decirle. O, mejor dicho, me mantenía callado porque todo lo que podía salir por mi boca en esos momentos provocaría que apretase el gatillo de inmediato.

Después de desahogarse, Armando se recostó en el respaldo de la silla y me miró un largo rato. Tal vez pensó que había hablado demasiado y que necesitaba arreglarlo o seguía sin entender por qué a mí no me notaba tan enfadado como él por los agravios de Héctor. Sin embargo, la realidad era que yo solo podía pensar en que estaba ante un ser despreciable, que se sentía dolido y cabreado y que podía hacer cualquier cosa. Un ser tan tonto como cruel.

Lo sorprendente fue que, cuando retomó su explicación, lo hizo con aparente normalidad. Recuperó el tono habitual de voz para cambiar de tema, como si fuera el momento de hacerlo.

—Veo mucha televisión —dijo—. ¿Sabe? La gente dice que es malo que expliquen cosas en la televisión, pero yo no lo creo. Quiero decir, puedes aprender muchas cosas con ella, ¿lo sabías?

—No sé, puede ser.

—Dicen que está ahí como entretenimiento, pero en mi opinión tiene más utilidades. Puedes aprender mucho si la ves a menudo, ¿sabe lo que quiero decir? Me gusta verla solo para saber lo que explican, es como una escuela y me sirve de mucho, porque yo nunca fui al colegio. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Me encogí de hombros. Además, me ponía de los nervios la manera en que se expresaba, que tuviese que repetir de forma constante dos palabras cada cinco que pronunciaba.

—Sí, claro —le dije.

—Vi a un tío que murió hace años. Cogió un rehén y lo ató como le até yo a usted. Le pegaba todo lo que quería, le sacó las uñas, le aplicó unos cables como los que tengo ahí y, el que estaba atado, con lo grande que era, no pudo hacer nada. No puedo recordar en qué cadena fue, ni en qué programa lo enseñaron. Pero eso da igual, porque me acuerdo de lo que explicaron. Así que, cuando supe que venía para aquí, como usted también es grande y tengo que tener cuidado, decidí hacer lo mismo.

Pensé que la situación empeoraba a cada momento.

—Espero que no me vaya a sacar las uñas —dije.

—No, eso no, soy buena persona. Lo que pasa es que tengo mala memoria y no recuerdo en qué programa de televisión salió, pero en la televisión explican muchos casos de la vida real. Algunos son solo sobre los crímenes, otros sobre cómo los policías reales investigan las cosas. ¿Sabe cuáles le digo?

—Por supuesto.

—Lo cierto es que eso lo ve todo el mundo, pero nadie se da cuenta de lo que puede

aprender con ellos. A veces pienso que soy la única persona que ve lo útiles que son esos programas y recuerda lo que explican allí. Héctor, por ejemplo, no es capaz de aprender nada, parece que ve la televisión y no le entra nada en la cabeza, porque la única vez que intenté que aprendiese a hacer algo, lo del accidente, lo estropeó todo. Allí no decían que se podía bajar a última hora, pero él no se enteró. Yo sí me quedo con todo, con lo que se puede hacer y con lo que no.

—Sí, lo está haciendo muy bien, Armando.

—Me quedo con todo, no tenga duda.

Entonces Héctor volvió a gritar dentro de la mordaza y se puso a rebotar otra vez, tratando de liberar los brazos de la cinta adhesiva. Supongo que ya no era capaz de contenerse. Parecía listo para explotar, como si tuviera la intención de rajar la cinta que lo mantenía atado a la silla. Armando apretó los puños y se volvió hacia él.

—¡Cállate, joder, cállate!

Héctor se negó. Continuó saltando y miró con sus grandes ojos para rogarle a Armando. Este cogió aire y luego se volvió hacia mí.

—Disculpe un minuto, señor Acevedo —dijo.

Dejó la escopeta en el suelo contra la pared y tomó de nuevo el revólver. Luego se acercó a Héctor, apuntó el arma en el lado izquierdo de su cabeza y apretó el gatillo sin vacilar. El sonido resonó entre las paredes. La cabeza de Héctor se venció hacia mi posición, a continuación, la siguió el resto del cuerpo, para acabar cayendo de costado a mi lado en una posición ridícula y en medio de espasmos. Noté cómo algunas gotas de sangre me alcanzaron en esa zona.

Armando se quedó mirándolo de pie, inmóvil y en silencio. Lo hizo durante un largo rato, hasta que su cuñado dejó de moverse.

Capítulo 34

Cuando no hubo duda de que Héctor era un cadáver, Armando se sentó de nuevo en la silla y volvió a guardar la pistola y tomar la escopeta. Aquel vaivén de armas me estaba mareando.

—Lo siento, señor Acevedo —dijo—. ¿Dónde estábamos?

—Bueno, quería preguntarle, ¿en qué programa de televisión aprendió que si disparaba a varias personas evitaría que la policía supiera a la que quería matar de verdad?

Él hinchó el pecho.

—Eso lo pensé yo mismo. Y funcionó, ¿no cree? Por lo que vi en las noticias, todos parecían pensar que los policías buscaban a algún psicópata que disparó por diversión. No se imaginaban que pudiera ser alguien normal como yo. Fue una locura, me sentía como si me hubiese convertido en un asesino en serie o algo así.

«Alguien normal», esa definición rebotó en mi cabeza. Me acordé de mi abuelo, que siempre nos decía que nunca un loco le había llamado cuerdo a otro.

—O sea, que nosotros fuimos los últimos, porque ya quería irse por la avenida —seguí tirándole de la lengua a la espera de no sabía muy bien qué ocasión.

—Si, lo siento. Pensé que con otra víctima bastaría y ya me iba, pero vi a dos personas a lo lejos, comprobé que no había nadie en la calle y aproveché. Pensé que era mejor que la policía tuviera que elegir entre cuatro víctimas que entre dos. Fue un golpe de suerte, quería dos y me encontré con cuatro.

Se rio como si le hubiese tocado la lotería.

—Lo que no entiendo es por qué quería matar a Marina.

Al instante me di cuenta de que me había equivocado de pregunta. En cuanto la oyó, Armando dejó de reírse, saltó de la silla y su rostro se desencajó. Acto seguido, soltó la escopeta, tomó la pistola y me la puso en la frente. Pensé que iba a disparar. Me vi muerto en aquel cobertizo de mierda a manos de un loco con la inteligencia justa que se creía listo solo por ver programas en la televisión. Sentí una inmensa tristeza, siempre me pasa cuando estoy en esa situación. No, la vida no podía cerrarse de una manera tan miserable por la trastornada voluntad de alguien como Armando.

—¡No quería dispararle a Marina! —me gritó, aunque yo casi no lo oía—. ¡No quería dispararle! ¡No fue culpa mía! Así que no se atreva a decir eso otra vez, ¿me escucha? ¿Me escucha?

Separé mi cabeza del metal de la pistola. Todavía estaba caliente del disparo que había

matado a Héctor.

—Lo siento, lo siento, debería haberlo imaginado.

—¡Hijo de la gran puta! ¡Usted no tiene ni idea de lo que dice!

Esperé. No sabía si iba a morir entonces o más tarde y confié que tuviese algo más que contar, porque se me estaban acabando las ganas de seguir intentando que hablase y la paciencia de escucharle.

Después de medio minuto, retiró el arma, se volvió a su lugar y la puso de nuevo en el cinturón. Solté el aire que había estado reteniendo todo el tiempo.

—No fue mi culpa —dijo otra vez con una voz más suave.

—Lo sé, Armando, lo sé. Le había entendido mal.

Miró alrededor de la habitación como si hubiera olvidado dónde estaba. Luego sacudió la cabeza como para aclararla. Mientras, yo pensaba que tenía que encontrar la manera de salir de allí cuanto antes.

Cuando volvió a hablar, apenas pude distinguir las palabras. De hecho, ni se molestó en mirarme.

—De todos modos, es hora de que me diga si ha ido usted a la policía o le contó a alguien lo que le dijo a Héctor.

—No había nada con que ir a la policía, porque no me dijo nada.

—Pero yo tengo que estar seguro, porque puede estar mintiendo.

Se levantó, aparcó la escopeta, sacó la pistola y caminó con lentitud hasta el cable con los dos conductores expuestos que había usado con Héctor, teniendo cuidado todo el tiempo de no unirlos, ni que le tocasen.

Por supuesto, yo era muy consciente de que me iba a matar después de que se divertiera haciéndome cosquillas con aquello, pero también pensé que quizá ahí tuviese la oportunidad que estaba esperando. Por eso, no dije nada para tratar de disuadirlo. Aquella era mi oportunidad. Una remota, suicida, pero quizá la única que pudiese tener antes de recibir un tiro en la cabeza. Por lo tanto, necesitaba agotarla.

Colocó el extremo del cable de extensión en el suelo a unos pocos centímetros de mí y dijo:

—Vamos a empezar por esta pierna, señor Acevedo —dijo.

Yo permanecí impasible. Después él se agachó y se inclinó un poco para asegurarse de que mi pierna estaba bien amarrada al metal. En ese momento, yo incliné la cabeza contra el pecho, cerré los ojos y empecé a fingir que lloraba, con toda la credibilidad que podía imprimirle.

Debió resultar, porque mi llanto hizo que se detuviera. Irguió la cabeza para mirarme.

—¿Por qué llora? —dijo, con una genuina preocupación en su voz—. No se preocupe, si me dice lo que quiero saber, no le haré nada.

Yo continué con los sollozos incontrolados. Tenía el pecho agitado por el esfuerzo y la cara cada vez más apretada para que él no pudiera verla.

Entonces levantó un poco más la cabeza hasta debajo de mi barbilla para tratar de que yo descubriese la cara con la gentileza de un maestro que intentaba consolar a un niño de Primaria en problemas.

Pensé que ese era mi momento y golpeé con la frente contra el puente de la nariz de Armando tan fuerte como fui capaz. Sentí una punzada de dolor en mi ojo izquierdo. Él dejó escapar un chillido ahogado desde lo más profundo de la garganta y se desplomó hacia atrás, pero sin dejar caer la pistola al suelo.

No perdí tiempo. La pistola era el plan A y se fue por la borda. Localicé con la mirada la escopeta y me impulsé hacia delante con la punta de los dedos de los pies hasta caer de lado en un escorzo imposible para tratar de aterrizar lo más lejos posible. Todavía tuve que reptar en esa posición hasta que la escopeta quedase a la altura de mi mano. Cuando eso sucedió, la bajé al suelo.

Vi que Armando estaba sacudiendo la cabeza para recuperarse del golpe.

Coloqué los dedos en el gatillo, la enganché entre mi brazo, la unión de la pared y el suelo y luego me esforcé en apuntar hacia su cabeza, retorciendo el cuerpo contra la silla para atinar con el ángulo exacto.

Cuando creí estar listo, apreté el gatillo.

Capítulo 35

Un silencio mortal se escuchaba en la vieja habitación de aquel garaje, como si las mismas paredes hubieran decidido contener la respiración. Héctor yacía de costado dentro de un gran charco de sangre, descansando con un gesto pacífico. En cambio, los ojos de Armando permanecían abiertos con las pupilas empujadas hacia arriba bajo los párpados superiores. Me había costado controlar el latigazo del disparo y eso provocó que se desviara la bala y le impactase en el cuello. Casi le había separado la cabeza del tronco y quizá por eso su descanso resultaba más aterrador que el de Héctor.

Mirándolos, mientras seguía escuchando el frío silencio del lugar, pensé que necesitaba salir de allí como fuese, porque aquel sitio me producía escalofríos.

Hice balance de daños. No era capaz de ver por el ojo izquierdo, porque la sangre del corte de la frente se empezaba a coagular sobre él. La buena noticia era que la hemorragia parecía remitir.

Por otro lado, el concepto de salir de allí parecía fácil a primera vista, ya que estaba sentado en una silla de jardín. Después de todo, el metal de la estructura no era más que aluminio. Pensé que todo lo que tenía que hacer era poner en tensión los músculos de la espalda, los brazos y las piernas para patear la silla medio rota y hacerla añicos. Parecía bastante fácil, pero parecer es un verbo relativo que siempre admite muchos matices.

Cinco minutos después, sudaba como pocas veces en mi vida y jadeaba por el aire espeso que contenía aquel lugar. Un aire con olor a sangre, a cerrado, a madera podrida. Me costaba respirar.

La silla de jardín seguía bien sujeta a mis extremidades, porque el aluminio puede ser un material liviano, pero las curvas y la forma tubular del marco le otorgan una resistencia acumulativa.

Lo mejor que logré hacer fue empujar hacia arriba el piso con los pies mientras utilizaba los músculos de la espalda para intentar forzar el aluminio hacia una línea recta. Fue un trabajo infernal, que acabó con escasos o nulos resultados.

Al final, lo más que había conseguido fue enderezar las bisagras del asiento cerca de dos terceras partes. Eso me permitió ponerme de pie a duras penas y caminar por el lugar como lo haría el jorobado de *Notre Dame*. No resultaba fácil, pero al menos me movía y eso lo percibía como el inicio de mi deseado regreso a la civilización tras haber participado como protagonista en un cuento de terror.

Atravesé todo el garaje y me dirigí a la puerta tan rápido como lo permitía mi cojera

forzada y los pies descalzos. Fui a pequeños pasos y, cuando logré salir al exterior y respirar el aire fresco de primavera fue como obtener una nueva vida. Se había hecho de noche y solo había oscuridad delante de mí, pero tenía que adentrarme en ella y buscar ayuda.

Me quedaba por delante la costosa tarea de bajar sin zapatos por el camino hasta el desvío en aquella posición jorobada y con la silla de jardín atada a mí. No había avanzado más que unos metros antes de descubrir que iba a ser un viaje agónico. La posición torcida y los pasos cortantes provocaron que mi espalda se sintiera como si se estuviera agrietando en pedazos.

Alcancé mi querido coche, pero no quise detenerme y seguí caminando con dificultad hacia el camino. Pensé que, si era tan estúpido como para tomarme un descanso, no sería capaz de volver a empezar.

Cuánto tiempo caminé en esas condiciones, no lo sé, pero me pareció una eternidad. Lo único que puedo decir es que cuando alcancé la carretera principal, me sentí muy aliviado al reclinar en la silla de jardín destrozada. El dolor en la columna vertebral se fue desvaneciendo poco a poco. Descubrí que, aunque estaba inclinado en un ángulo extraño, mi cuerpo todavía podía mantenerse sentado en la silla sin que esta se cayese.

Entonces avancé unos pasos más y me senté en medio de la noche al borde de la carretera. Esperé allí, sabiendo que era lo mejor que podía hacer. No tardé en ver el reflejo de unos faros en la lejanía y pronto el retumbar de un automóvil que se aproximaba.

Es triste comentar que mi destino patético fue que el primer vehículo que pasó resultó ser uno que llevaba a una joven madre con un hijo de pocos años colocado en la silla para niños del asiento trasero.

Supongo que, si yo fuese una mujer joven y me encontrase de noche a un hombre sin pantalones, sucio y ensangrentado, atado a una silla de jardín irregular al lado de la carretera por la que circulo, no me detendría a ayudar y pisaría el pedal del acelerador con todas mis fuerzas para escapar de allí.

Eso fue lo que hizo aquella mujer. Mi esperanza residía en que deducía que tan pronto como hubiera colocado la suficiente distancia entre ella, el niño y la escena que acababa de ver, agarraría el teléfono móvil para marcar el 911 y le pediría a la policía que fuese a comprobar la situación.

No me equivoqué en la deducción. Apenas diez minutos después, apareció un coche policial que me sacó la silla de la espalda y resguardó mi orgullo con una toalla. Sin embargo, no les informé de los cuerpos de Héctor y Armando, sino que les pedí que avisasen a Javier y Silvia, explicándoles que mi presencia allí y esas condiciones estaba relacionada con el tiroteo en Sárdoma.

Cuando llegaron los dos inspectores, lo primero que hicieron fue solicitarme una explicación en la propia carretera sobre qué era lo que había ocurrido. Yo, que estaba acabando

de ser atendido en la parte trasera de una ambulancia, pensaba dársela de todos modos.

—Lo primero, fue Armando quien me hizo esto —comencé diciendo en cuanto bajé y me puse en pie.

—¿Qué? —dijo Silvia.

—Es una larga historia. La parte importante la encontrarás en el garaje más cercano a la primera casa que aparece si sigues este camino. Está muerto.

—¿Cómo?

—Héctor también está allí, en el mismo edificio. Armando le disparó.

—¿Perdón?

Silvia y Javier dudaban de si les estaba gastando una broma, pero tras acudir con una linterna al lugar, llenaron aquello de coches de policía, técnicos, forenses y demás personal del juzgado, mientras a mí me trasladaban a la comisaría.

Una vez dentro del edificio policial, me di cuenta de que, por segunda vez en pocos días, me encontraba allí para explicar cómo y por qué había matado a alguien. Mientras esperaba a que viniesen a hablar conmigo, por alguna razón, mis pensamientos comenzaron a dirigirse a los programas de televisión que explican casos reales. Jamás se me había pasado por la cabeza que alguien los pudiese tomar como una academia del crimen. Más que nada, porque si acaban saliendo en la televisión es porque la estrategia del delincuente de turno resultó equivocada. Pensé que Héctor y Armando eran demasiado tontos como para caer en ese detalle. En el fondo, no eran más que dos trastornados por la televisión, que rivalizaban para ver quién lo era menos y poder creerse listo. Una lucha de egos enfrentados en las profundidades de la miseria humana, porque cuando un tonto descubre la satisfacción del ego, tiende a alimentarlo de tal forma que su crecimiento no suele conocer límites.

Héctor gastaba sus neuronas en quedarse con el dinero que había cobrado y así humillar a Armando. Este, por su parte, se esforzaba en aprender a convertirse en un vil asesino para poder recuperarlo. Marina no era más que una pobre víctima de los dos, sufriendo a diario la desgracia de nacer en la familia equivocada.

Cuando Silvia y Javier entraron en la sala, quisieron que les contase toda la historia y que no me olvidase de darles alguna prueba que pudieran presentar en el juzgado para que el juez me dejase libre.

Yo empecé por el principio y hasta pensé que quizá hubiese llegado el momento de ser sincero con ellos. Me ceñí a la realidad, salvo por tres puntos que quise editar a mi manera antes de incluirlos en el relato. El primero, no mencioné en ningún momento que había visto algo sospechoso en el expediente, porque pensé que no le haría ningún bien a su confianza en sí mismos como policías. El segundo, obvié que Armando me había desmentido que la idea de matar a Marina se debía a que pensaba que iba a denunciarlo. Era fácil de creer y la di por cierta,

porque no iba a beneficiar a nadie que siguieran investigando el tema. Y el tercero, por supuesto, que Armando me había dicho dónde Héctor había escondido el dinero.

En lo que a mi descargo se refiere, les indiqué que yo no había tocado la pistola en ningún momento, lo que unido a las circunstancias en las que me encontraron, demostraba que el disparo con el que maté a Armando solo pudo ser efectuado en defensa propia.

Pasadas las seis de la mañana, me dejaron libre y los dos inspectores se ofrecieron a acompañarme a una revisión médica adicional, pero yo solo quería irme a casa a descansar.

La habitación a la que me habían llevado se encontraba situada en el último piso de la comisaría. Cuando la abandonamos, los tres nos paramos en grupo mientras esperábamos a que el ascensor descendiese. Silvia se encontraba a mi izquierda. Tenía la mirada fija en el interruptor del ascensor iluminado.

—Al final, hoy habíamos descartado a Olga como sospechosa. Está en proceso de separación. Reconoció que se había quedado con el dinero por tener problemas con la clínica. Debe bastantes meses de alquiler y algunos agujeros más que le dejó el marido. Lo comprobamos todo.

Javier le echó una mano.

—Su madre no quiso denunciarla y, sin denuncia, no hay delito. Lo que sí conseguimos fue que las dos supiesen que existía y lo repartiesen a medias.

Después nadie más habló. Supongo que, al menos allí, ya no había más que comentar.

Capítulo 36

El día siguiente a mi encuentro con Héctor y Armando lo dediqué a dos cosas principales. La primera, a comprar un teléfono nuevo a primera hora de la mañana, puesto que quería estar localizable. La segunda, a tratar de dormir el mayor tiempo posible durante el resto del día. Sabiendo que Silvia y Javier estarían hablando con Marina, quería evitar la tentación de aparecer por el hospital, aunque la idea de que la estuviesen abrasando con preguntas no dejó de alterarme los nervios en ningún momento.

A media tarde decidí levantarme y, desde entonces, estuve sentado en una de las sillas de la cocina, como si el cojín del asiento fuese un imán y mi trasero, de metal. De vez en cuando, traqueteaba con las uñas en la mesa de cristal.

Pese a mi estado emocional, no bebí más de dos cervezas en toda la tarde, lo cual suponía un récord para mí cuando me encontraba meditando y montado sobre una montaña rusa de pensamientos indescifrables. Después de beber la primera, pedí una pizza para la cena y le di una generosa propina al chico que me la entregó, sin poder explicar el motivo. Luego comí tres porciones como plato principal y una torta de anís con algunos días de antigüedad de postre. Cuando acabé, fue cuando abrí la segunda cerveza.

Estaba preocupado y nervioso porque me preguntaba qué iba a decirles Marina. En cierta medida, lo intuía, pero la capacidad deductiva parecía haberme abandonado en aquella época y a menudo metía la pata más de lo que sería deseable. Además, no la conocía lo bastante bien como para prever sus reacciones en determinadas circunstancias.

A última hora de la noche, las largas y duras horas de espera parecieron cobrar vida propia dentro del ático en forma de criaturas que se transportaban por el aire de manera invisible y me susurraban al oído crueles insinuaciones y predicciones fatídicas.

Cuando me sentí a punto de entrar en un estado de desesperación sin retorno, me tiré en la cama y traté de conciliar de nuevo el sueño, aunque fuese durante unas pocas horas. Puedo decir que lo conseguí, pero en ese tiempo soñé que estaba en un campo infinito de maíz, con tenebrosas hileras de plantas, detrás de las que se escondían globos oculares abultados que me miraban desde entre los tallos resacos de una manera inquisitiva y amenazante.

A la mañana siguiente, me levanté más cansado de lo que me había acostado y no conseguí llegar a la planta de Marina hasta poco después de las once. Durante el camino, fui escuchando a Sade y su [Cherish The Day](#), pero no sería capaz de asegurar a ciencia cierta si aquellos compases sirvieron para relajarme o, por el contrario, aumentaron aún más mi nerviosismo.

En cuanto se percataron de mi presencia, las dos enfermeras que se encontraban en la sala de enfermería me sonrieron y salieron a la vez a atenderme. Ninguna me preguntó por la cara

hinchada y amoratada, pero noté que se morían de ganas por hacerlo. Se limitaron a informarme de que las visitas médicas ya habían terminado aquel día y que podía visitar a Marina si lo deseaba.

Sin embargo, antes de que empezase a encaminarme hacia la habitación, una de ellas salió al pasillo y se acercó a mí para hablarme en un tono más confidencial.

—Me alegro de que haya vuelto —dijo—. Marina no ha estado bien desde que le dieron la noticia de la muerte de su padre y de su tío, y nadie ha venido a verla desde entonces. No nos han contado mucho, pero sabemos que los dos han sido asesinados. No entiendo por qué le están pasando todas estas desgracias a esta pobre chica, me parece increíble. ¿Sabe usted que los han matado?

—Sí, estoy enterado de lo sucedido.

—Bueno, entonces seguro que puede consolarla un poco. Solo quería asegurarme de que estaba al corriente de la situación.

—Gracias por avisarme.

Entré en la habitación de Marina y ella giró la cabeza hacia mí. Sus ojos se agrandaron en cuanto me vio de la misma manera que lo habían hecho en ocasiones anteriores, aunque ese día se veían rojos y húmedos.

—Oh, no, señor Acevedo, ¿el tío Armando le hizo eso?

—Podría decirse que sí, pero no te preocupes. No es nada y ni siquiera me duele. El único problema es que ninguna chica se querrá fijar en mí durante unos días, pero creo que podré soportarlo.

Pretendía ser una gracia para quitarle hierro a mi estado, pero se ve que ella no estaba en condiciones de responderlas.

—La policía estuvo aquí ayer y me lo contó todo —dijo en cambio—. No me podía creer lo que me estaban diciendo. Papá asesinado por el tío Armando. Y luego todo lo que le sucedió a usted. Lo siento mucho, lo siento mucho. Le han herido cuando no tiene culpa de nada.

Me acerqué a la cama.

—Ya te lo he dicho, no te preocupes por mí. Yo me curaré, son solo unos pocos moratones y además tengo experiencia. No quiero que te sientas culpable, porque tú no eres responsable de nada. Tu tío hizo lo que quiso hacer y él y solo él es dueño de sus actos.

Noté de nuevo lo frágil que se veía allí tirada en aquella cama tan grande. Ella sacudió la cabeza.

—No puedo creer que se hayan muerto. A veces pienso que debería haber hecho algo más.

—No, tú no podías hacer nada, porque tú no decides por los demás. Tienes que sacarte ese pensamiento de la cabeza y seguir adelante, por duro que te resulte.

Ella se encogió de hombros y asintió.

—¿Cómo estás? —le pregunté luego.

Marina parpadeó antes de mirar hacia la manta que la cubría.

—Estoy tratando de encajar todo esto, señor Acevedo. Sabía que estaban enfadados mi padre y el tío Armando, pero no sabía por qué era. Yo no los oía discutir, pero lo notaba. Supuse que podía ser por algo del accidente, porque nunca me contaron qué pasó, solo que habían tenido un golpe y nada más.

—Lo sé. También sé que tiene que haber sido duro para ti vivir en esa casa. La lesión de tu padre, el tener que cuidado, el abuso que estabas sufriendo.

Vi la oportunidad y lo solté de repente. Pensé que era la mejor manera para sacar el tema sin tener que dar vueltas en busca de surgiera otra ocasión.

Era evidente que ella no se lo esperaba, porque levantó la vista hacia mí un pequeño instante y luego la volvió a bajar con rapidez. Supongo que le resultó difícil saber que yo me había enterado de lo que le había ocurrido.

—Pasé mucha vergüenza cuando la policía me dijo que lo sabía —comentó—. Ahora usted también lo sabe y lo acabará sabiendo todo el mundo. No sé cómo enfrentarme a esto, señor Acevedo, no lo sé. No sé lo que va a pensar la gente cuando me mire. Pero tiene que creerme, no fui capaz de evitarlo. Yo... —titubeó— no tenía a nadie a quien contarle lo que me estaba pasando. Y aunque lo tuviera, no quería que nadie se metiera en líos por mí.

Nunca había enlazado tantas palabras seguidas conmigo y me fijé en lo mucho que se parecía su manera de expresarse a la de Armando. Supuse que se debía a la convivencia que había mantenido con él. La diferencia era que con Marina no me importaba.

—Nada de eso fue culpa tuya —respondí—, es lo primero que debes tener claro. Ellos son los que actuaron mal y es difícil escapar de una situación así. Tú puedes echar la vista atrás y pensar que salir de allí era algo fácil y que no tuviste el valor de hacerlo cuando era muy sencillo. Pero no es así, créeme, es muy difícil dejar atrás una situación como la que tú vivías. ¿No sé si me entiendes?

—No sé lo que tengo que entender. Me sigo sintiendo muy avergonzada.

—Marina...

—No.

—Necesitas visitar a un psicólogo para que te diga cómo superarlo. Yo puedo venir, darte consejos y decirte lo que pienso, pero no soy psicólogo y, en el fondo, no sé cuál es la mejor manera de ayudarte.

—Por favor, señor Acevedo, no hablemos más de esto. Por favor...

—No puedes guardártelo para ti, Marina —le dije—. Tienes que hablar con alguien y sé que yo no soy esa persona, pero sí sé que necesitas ayuda.

—No.

—Luego miraré si hay alguna unidad en este hospital que trate a las víctimas de violación.

—No fue una violación, era mi familia.

—¿Y? No es diferente.

—Por favor, no hablemos de eso. Por favor...

—Marina...

—No. Por favor...

Sentí que no podía insistir más, por lo que cambié de tema.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí la policía? —le pregunté.

—Me estuvieron haciendo muchas preguntas y les dije por qué el tío Armando les disparó a todos. Ahora que lo sabían, necesitaba contarle.

—¿Puedo saber lo que les dijiste?

Hizo una pausa y respiró hondo para empezar. Pese a ello, había vuelto a mirarme a la cara.

—Les dije que le había contado a mi tío Armando lo que papá me estaba haciendo — empezó explicando—. No sé por qué se me ocurrió contárselo. No lo pensé, simplemente un día se lo solté y ya está. Es increíble lo loco que se puso, parecía otra persona, y empezó a cogerle odio a papá. Yo no entendía cómo podía estar tan enfadado con papá cuando él me estaba haciendo lo mismo.

Entonces volvió a coger aire y siguió.

—El tío Armando venía a mi habitación por la noche, pero muy tarde, cuando papá ya se había dormido, y me decía que me quería... que íbamos a estar siempre juntos. Yo... nunca le respondí, ni una vez.

Se paró de nuevo y noté que estaba haciendo un esfuerzo por reprimir las lágrimas. No dije nada, porque no quise que pudiera sentirse presionada.

—Él... se quedaba bastante tiempo conmigo... yo... quería que se fuese, pero siempre tardaba en irse... aunque al final siempre volvía a su habitación —continuó—. Me acabé acostumbrando, porque cuando se iba, yo me quedaba mirando el techo en silencio y al principio lloraba, pero luego me obligué a pensar cosas bonitas y lo llevaba mejor. Lo normal es que pensase en mamá, en momentos de cuando ella aún estaba conmigo, y así me quedaba dormida. Yo no les daba motivos para que se enfadasen, porque siempre les dejaba hacer lo que querían. Cuando ellos venían, no sabía qué podía hacer para defenderme, así que ni siquiera lo intentaba, porque pensaba que sería peor. Sí sabía que, desde que se lo dije, el tío Armando estaba muy enfadado con mi padre, pero nunca me imaginé que llegase a hacerle algo y tampoco que tenía una pistola y le podía disparar. Habría ido a la policía si lo hubiera sabido. Señor Acevedo, tiene que creerme.

—Sí, te creo.

—También le conté a la policía que creía que algo le hizo pensar que yo iba a ir a denunciarlo —siguió entonces—. No sé por qué pensó eso, porque nunca lo amenacé, pero creo que se le metió en la cabeza y que fue lo que le hizo actuar así.

—Lamento que hayas tenido que pasar por eso.

Miré hacia la puerta de la habitación para asegurarme de que nadie podía oír lo que hablábamos. Pese a ello, usé una voz más baja cuando volví a hablarle.

—Marina, creo que no me estás contando todo.

Ella levantó los ojos hacia mí, en un pobre intento por disimular.

—¿Señor?

—Cuando fui a tu casa entré por la puerta lateral, donde están los abrigos colgados en el perchero. Al pasar a su lado, me fijé en un detalle que me resultó chocante, pero que al principio no supe interpretarlo y no le di mayor importancia. Sin embargo, cuando volví el otro día, seguían en la misma posición y empecé a pensar que aquello significaba algo.

Sus ojos estaban pálidos, silenciosos y tristes, tal vez suplicándome que no siguiese hablando, pero yo tenía que continuar.

—Me fijé en que la primera clavija había una cazadora rosa de tu talla, por lo que pensé que tenía que ser tu chaqueta. La segunda clavija estaba vacía y en la tercera había colgada una chaqueta marrón bastante sucia. Deduje que esa tenía que ser la de tu tío Armando, porque era demasiado grande para que perteneciese a tu padre. Marina, la policía me dijo que el día que te dispararon llevabas una cazadora azul grande con la capucha subida, pero aquel día no hacía frío ni llovía. Al contrario, era una noche cálida. Recuerda que yo también estaba en la calle a esa hora.

Me fijé que me miraba temerosa, como si quisiera escapar y no pudiera, y que le temblaban los labios.

—Deduzco que la cazadora que llevabas puesta cuando te dispararon era la de tu padre —le dije al fin—. Debe de seguir en la sala de pruebas de la policía, todavía cubierta con tu sangre. Así que tengo que preguntarte, ¿por qué cogiste la cazadora de tu padre cuando tenías la tuya colgada justo al lado?

Esperé a que me diese una respuesta, pero no lo hizo. Así que continué.

—Si quieres que te diga lo que pienso, solo puede haber una razón para ello. Pretendías que tu tío Armando creyese que le estaba disparando a tu padre, pero querías ser tú quien recibiera esa bala. Y eso significa, Marina, que tenías que saber perfectamente lo que estaba sucediendo allí.

—No, no tiene razón. Usted se equivoca.

—No, sabes que no me equivoco. Vestida con su cazadora y con la capucha subida podías pasar perfectamente por tu padre, porque él no era mucho más alto que tú.

Entonces las lágrimas aparecieron en sus mejillas y dejó escapar un suspiro como si se dispusiese a levantar un gran peso. Bajó la cabeza antes de volver a hablar.

—Tiene que creerme —suplicó—, no sabía que iba a dispararle a nadie más. Tiene que creerme.

—Sí, Armando reconoció que eso fue idea suya.

Se tomó un tiempo para coger aún más fuerzas.

—No sabía qué podía hacer —dijo—. Sé que hice todo mal, pero me sentía atrapada, como si estuviese viviendo dentro de una pesadilla de la que no podía salir y no tenía dónde ir.

—Háblame de eso.

Comenzó a llorar sin poder hablar. Yo esperé a que se repusiese. Estuvo así un buen rato y luego se esforzó por contener el llanto. Cuando lo consiguió, vi cómo sus ojos se volvían ausentes de sentimientos y fue entonces cuando encontró las palabras para seguir.

—Me acostaba en la cama por la noche, todas las noches, preguntándome cuándo me dejarían sola. En las noches que escuchaba pasos en las escaleras, me sentía horrorizada. Incluso, a veces, me imaginaba los pasos cuando no los había. No podía dormir, porque si alguno subía y me encontraba dormida, al despertar me asustaba muchísimo. Me odiaba a mí misma, todos los días, a todas horas. Al final, no fui capaz de soportarlo más e intenté que aquello cesase como fuese. No sabía qué podía hacer, pero sí que debía acabar como fuese. Sé que debería haber sido fuerte, lo sé, pero no lo soporté y me rendí.

—¿Cuánto tiempo llevabas en esa situación?

—Tres años, algo más.

—¿Tenías once años la primera vez?

Ella asintió.

—Sí, creo que sí. Bueno, la primera vez quizá aún no, pero estaba cerca de cumplirlos.

—Yo no creo que hayas sido débil. Al contrario, pienso que has sido muy fuerte —le dije a ella—. Pero, Marina, estaba la policía.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no era una opción. Era mi palabra contra la de ellos y yo solo soy una adolescente, no me creerían frente a la versión de dos adultos —dijo—. Podían pensar que me lo estaba inventando para llamar la atención, eso se ve todos los días. Y créame, papá y el tío Armando podían ser muy convincentes, los dos sabían mentir muy bien cuando querían. Y si al final convencían a la policía de que me lo estaba inventando, todo el mundo hablaría de mí y creería que sí era verdad, porque la gente es así. Supongo que ahora ya no lo podré ocultar y sé que la gente me mirará y pensará que soy una puta que provocaba a su padre y a su tío. Ya sé que me va a decir que no, pero es mentira, eso es lo que hace todo el mundo cuando pasa algo así, tienen claro que yo les tuve que dar pie y pervertirlos de alguna forma. La gente en público dice una

cosa, pero para sí piensa otra.

—Marina, todavía quedan personas buenas que no hacen eso y de las demás no tienes que preocuparte, porque hagas lo que hagas, siempre van a pensar lo que quieran creer. Pero tú no puedes perder el tiempo en esas personas ni darles importancia. No piensan así por ti, sino por ellas.

—No, no me entiende, me doy cuenta de cómo me mira la gente desde siempre. Sé que piensan que soy rara, que me visto de una manera graciosa y que soy fea. He visto eso toda mi vida y sé que ahora será mucho peor.

—Todavía eres muy joven, eso ocurre cuando eres una niña, pero luego te conviertes en una adolescente y todo cambia. Sé que te vas a convertir en una adolescente muy guapa y tienes toda la vida por delante para ser como quieras. Yo he pasado por tu edad y sé que es así. Muchas veces, a tu edad, piensas cosas de otros niños, pero sean buenas o malas, cuando llegas a la adolescencia todo cambia y ves a los demás de otra manera.

No sé si sonaba muy convincente, ni hasta qué punto tenía razón, pero fue lo que se me ocurrió decir. Ella no se molestó en responderle.

—Marina, cuéntame qué pasó para que te disparasen —le pregunté.

—Pasó que no pude soportarlo más —me dijo—. No quería vivir así toda la vida. Quería que todo terminara y solo había una forma de conseguirlo. Así que, como vi que mi tío Armando estaba enfadado con mi padre por lo que fuese, un día que subió le dije lo que me estaba haciendo y se volvió loco. Creí que iba a bajar las escaleras y matar a papá en su cama, pero al final pude calmarlo. Cuando conseguí que me escuchase, le dije que yo también estaba enfadada con papá, porque solo quería estar con él y que quería hacerle algo, pero que teníamos que ser inteligentes. En cuanto me oyó decir eso, se tranquilizó y empezó a atenderme de verdad.

Todo eso lo estaba diciendo mirando a la manta, como si razonase para sí misma. Paró de hablar un momento, cogió aire y luego siguió:

—Entonces le dije que lo había estado pensando y que sabía cómo hacerlo sin que nadie se enterase de que habíamos sido nosotros, y que cuando lo consiguiésemos podríamos estar solos sin que nadie nos molestase. Creo que era lo que quería escuchar. Entonces aproveché y le dije que buscase un coche y un arma y que cuando lo tuviera todo, me avisase. Que elegiríamos un día y yo haría que mi padre saliera a buscar el periódico. Por lo general, iba yo, pero si estaba muy ocupada en otra cosa, a veces aceptaba ir él. Le expliqué al tío Armando que yo me encargaba de eso y él le dispararía fuera y que así sería menos sospechoso que hacerlo en la casa, porque en la calle te puede disparar cualquiera y hay mucha gente a la que pueda culpar la policía. Eso le pareció bien y enseguida consiguió lo que le pedí. Me dijo que había comprado una pistola y que podía conseguir que le dejasen utilizar el coche los señores de la finca donde trabaja, porque el suyo lo tiene en el garaje de casa, porque está estropeado. Aparte del golpe, no

puede andar con él. ¿No sé si lo ha visto?

—Sí, no está en condicione para circular con él.

—Pero a veces le dejan usar ese, porque ellos tienen otro. Así que el tío Armando arregló todo enseguida porque creo que, como se lo había dicho yo, estaba convencido de que así no podrían culparlo. Elegimos un día y le expliqué que yo haría que papá fuese por el periódico a última hora de la noche y que, en lo que tardaba en ir, él aparcase frente a casa. Así, cuando papá volviese, solo tenía que fijarse si había alguien en la calle y, de estar vacía, podía dispararle cuando se parase a abrir la verja.

Ella comenzó a tocar el borde de la sábana que la cubría.

—Ese día que elegimos, cuando llegó la hora, le dije a mi tío Armando que fuese a colocar el coche frente a casa y que mientras yo haría que papá saliese a por el periódico. En cuanto se fue, yo me puse la cazadora de papá y salí detrás. Cogí el periódico y esperé en la curva. Cuando vi que había aparcado delante de casa y que la calle estaba vacía, me subí la capucha y bajé con el periódico cojeando algo.

Tragué saliva.

—¿Querías que te matase a ti? —pregunté estupefacto.

Ella asintió con lentitud. Cuando volvió a hablar, su rostro sostenía una mirada aturdida, como si estuviera observando dentro de su propia mente.

—Quería morir y solo podía hacerlo de esa manera. Yo no soy tan valiente como para matarme yo misma. Lo pensé alguna vez, pero antes de empezar a hacer algo, ya me había echado para atrás. Además, tienes que saber que, si me suicidase, moriría en pecado, porque lo prohíbe la iglesia.

Supuse que sus creencias religiosas bien podían influir en su forma de actuar.

—¿Y qué pensabas que solucionarías con eso? —le pregunté.

—Yo dejaría de vivir aquel infierno. Además, le había dicho al tío Armando que nunca lo atraparían, aunque sabía que lo harían porque no es muy listo. Estaba tan enfadado con papá que creo que no pensó en el riesgo que supone dispararle a una persona cercana, porque he visto en la televisión que siempre investigan a la gente cercana a la víctima. Di por hecho que, cuando encontrasen mi cuerpo, la policía se centraría en mi familia y haría muchas preguntas. En cuanto presionasen al tío Armando un poco, confesaría enseguida y lo atraparían. Y también estaba segura de que les contaría que mi padre me hacía lo mismo que él. De esa manera, los dos acabarían en la cárcel. Yo lo tenía claro, pero al final todo salió mal.

—Pero tu tío decidió disparar a más personas para despistar a la policía y eso hizo que no centrasen las sospechas en ellos.

—Sí —dijo—. No tenía idea de que iba a hacerlo y a estropearlo todo. Él era así, a veces se le ocurrían cosas de repente y no pensaba más. La idea era que disparase y luego fuese directo a

llevar el coche a la finca y volviese en un taxi. Se lo juro, nunca pensé que fuese a dispararle a más personas por el camino. Siento mucho que, por mi culpa, le haya hecho daño a más personas, es algo que no me perdono.

Ella me miró a la cara y sostuvo mis ojos.

—Ahora tendrá que ir a la policía y decirles lo que pasó —dijo— y quiero decirle que lo entiendo. Sé que merezco ir a la cárcel por lo que he hecho.

Negué con la cabeza.

—¿Qué hiciste? Dos hombres de tu propia familia te violaban y ahora están muertos, pero tú no los mataste, se mataron ellos por celos y por quererme matar a mí. ¿Qué culpa tienes tú de todo eso? Lo importante es que ellos ya no te pueden hacer nada.

Marina puso una expresión de desconcierto.

—Le dije a la policía lo que te estaba pasando —le expliqué— y que Armando pensaba que ibas a denunciarlo. A los policías le pareció lógico. También expliqué que a las demás víctimas les disparó para cubrirse, que es lo que hizo, y también les encajó. No hay ninguna pieza que no les encaje. Por lo tanto, vamos a dejar las cosas así.

—Pero a esas personas, Armando les disparó por mi culpa.

—No, porque eso no estaba en el plan. A ellos les disparó porque él decidió hacerlo.

Marina se quedó callada unos segundos antes de hablar.

—No lo entiendo —dijo luego—. ¿Por qué no les dijo la verdad?

—Sigue con tu vida, eres muy joven.

Ella negó con la cabeza, ya fuese por incredulidad o por frustración, no lo sé.

—Pero mi vida es lo que es —dijo—. Estaré todo el tiempo en una silla de ruedas, no tengo amigos, ni tampoco familia. ¿Qué importa si voy a la cárcel?

—A mí me importa. No puedes rendirte. Los médicos y los terapeutas pueden hacer maravillas con las personas que tienen tu problema. Incluso eres lo bastante joven como para que consigan encontrar una cura en el futuro y piensa que la medicina avanza cada día más rápido. Así que nunca te rindas. Nunca.

—No me rindo, solo estoy diciendo lo que es.

Hizo una pausa, y cuando volvió a hablar, no creo que fuera yo a quien le estaba hablando.

—Todo lo que siempre he querido es lo que la demás gente tiene —dijo con una voz que apenas era un susurro—. Solo quería ser feliz, tener una familia perfecta que me quisiera. De esas que salen en la tele, con los padres jugando con los hijos los domingos en el desayuno. De las que van a la iglesia por la mañana y por la tarde salen a hacer cosas juntos. Pero yo nunca la tuve y, desde que se fue mamá, estoy sola. Y yo sola no soy nadie.

Me resultó difícil asimilar lo que acababa de escuchar y luché por encontrar algún argumento que la animase, que la convenciera de que tenía que seguir peleando. Me topé con una

sola cosa, la única cosa que sabía que a todos los niños les gustaba.

—Marina, ahora vas a tener el dinero proveniente de la herencia. Tu tío Armando consiguió que tu padre se lo dijese y el muy tonto me soltó dónde estaba. Ese dinero es para ti. Cuando lo tengas, encuentra un lugar agradable donde quedarte, contrata a una buena persona para que te cuide y compra el teléfono móvil que siempre has soñado. Con él, podrás llamar a quien quieras, enviar mensajes, crear una vida desde cero, porque así podrás elegir la que tú desees. Cuando no tienes nada ni a nadie es una mierda, pero hay una parte positiva en eso, que puedes crearla desde cero y meter en ella solo a quien tú quieras.

Marina no dijo nada.

—Toma mi teléfono —le dije, mientras restablecía mi móvil hasta los parámetros de fábrica—. No es una maravilla, pero te servirá hasta que puedas comprar el que te guste.

—Pero, señor Acevedo, no puedo aceptarlo. Además, ¿a quién voy a llamar? No tengo amigos.

Le configuré la contraseña y se lo dejé en la cama.

—La contraseña es 2233. Si alguien te llama preguntando por mí, di que ya no es mío. Y cuando tenga un teléfono nuevo, vendré y te daré el número para que lo apuntes en la agenda. Mientras tanto, seguro que tienes algún amigo, llámalo.

Ella sacudió su cabeza.

—No, no tengo amigos —dijo.

No podía creerlo. Entonces se me vino a la cabeza.

—¿Y Ricardo?

—No es mi amigo, es mi profesor.

—No, también es tu amigo, Marina. Sé que te aprecia. Iré a verlo y le diré que te ayude a que te acepten tus compañeros, porque sé que no son malos chicos, solo que tienes que entender que cuando estás en una situación como la que has vivido, al final te acabas escondiendo y ellos no te ven. Recuerda esto, dales una oportunidad.

Ella no parecía muy convencida, pero yo supuse, por la conversación que había tenido con Ricardo, que los compañeros de instituto o la gente con la que iba a ajedrez le ofrecerían su amistad y su tiempo. Muchas veces los chicos, a esa edad, necesitan que algo o alguien les diga hacia dónde deben mirar para que sepan qué vale la pena y le dediquen tiempo. No tenía dudas de que Ricardo lo sabría conseguir.

—Marina, no te preocupes, todo va salir bien.

Ella me ofreció su pequeña sonrisa como respuesta, la primera vez aquel día. Me di cuenta de que en ese momento parecía mucho más tranquila que cuando llegué. Supuse que era lógico, porque se había quitado un gran peso de encima al contarme su historia. Un peso que, unido a los abusadores que había perdido poco antes, es posible que formasen toda una montaña.

Le di un beso en la frente, le prometí volver y me fui de allí cuando las visitas ya comenzaban a llegar dentro del horario destinado para ellas. Sentía que yo también iba a poder dormir más tranquilo aquella noche.

Salí tan concentrado en lo que acababa de escuchar y tarareando para mí [Yesterday's Dreams](#), de Four Tops, que al poco tiempo me encontré en el vestíbulo sin recordar cómo ni cuándo había bajado las escaleras. No sé por qué escogí esa canción en ese momento, ni qué fue lo que la llevó a mi cabeza. Tampoco si puedo considerarlo una premonición o una simple travesura por parte del azar, pero me sentía incapaz de olvidarla.

Avancé hacia la salida pensando en todo eso cuando, justo al ir a cruzar la puerta hacia el exterior, escuché una voz a mi espalda que me hizo detener de golpe.

—Señor policía, veo que no me he equivocado con usted y que sigue teniendo una sensibilidad muy suya con las personas que más lo necesitan —me habló—. No sabía dónde encontrarle, ni a quién preguntarle su dirección y que quisiera decírmela, así que supuse que, siendo una de las víctimas una niña paralítica, más tarde o más temprano pasaría a visitarla. He venido desde lejos y llevo días esperándole en esta puerta durante el horario de visitas.

Escuché aquella voz desde la primera palabra hasta la última. Me parecía reconocerla, saber a quién pertenecía, quien tenía ese timbre y esa entonación, pero no me atreví a girarme. Supongo que, si tuviera que hacer un rápido escorzo para apuntar y disparar, la persona que me hablaba ni siquiera hubiese podido acabar la segunda frase, pero en este mundo hay cosas que me dan mucho más miedo.

—¿No piensas darte la vuelta? —me susurró entonces con cariño, con mucha complicidad, como quien le está hablando a un bebé.

Lo hice.

—Andrea...

SIETE LIBROS PARA EVA

Acabas de leer la tercera entrega del policía Lucas Acevedo. Espero que te haya gustado y quiero decirte que muy pronto publicaré la cuarta. Mientras tanto, podría invitarte a leer cualquiera de las dos entregas anteriores, *La suerte de los idiotas* y *La envidia de los mediocres*, pero como si has llegado hasta aquí es muy posible que ya lo hayas hecho, prefiero aprovechar para decirte que tengo otra serie de novela negra, protagonizada por la inspectora Eva Santiago y que te invito a conocer. La primera entrega se titula *Siete libros para Eva* y en ella se unen un secuestro, un secuestrador que lleva libros a su rehén y una historia familiar llena de secretos y violencia psicológica que acabarán por llevar a Eva Santiago a convertirse en policía. Este el inicio de la novela.

*Por severo que sea un padre juzgando a su hijo,
nunca es tan severo como un hijo juzgando a su padre.*
Enrique Jardiel Poncela

Capítulo 1

Gustei, un día de Julio de 1999
3:00 de la madrugada

Eran cuatro, todos alrededor de una pequeña mesa y con diez cartas en la mano. Un pequeño grupo de amigos sentados en la estrecha terraza exterior de la Parrillada Samán sin más pretensión que pasar un rato agradable apostando un café, dos copas de licor y un refresco. A aquella hora, hacía rato que los clientes menos habituales habían acabado de cenar y no era raro que Carlos, el dueño, se prestara a bajar las luces y alargar la noche en el momento del cierre cuando las únicas personas que quedaban dentro del local eran viejos amigos y fieles compañeros de *subastado*. Para los cuatro de igual manera, esas partidas suponían un momento de especial tranquilidad al final del día, jugadas sin mirar el reloj y cuando el suave rocío de la

noche se convertía en el bien máspreciado en días de calor.

A la escasa luz de los focos exteriores, el dueño había repartido las cartas, todos expuesto sus subastas y Pablo, el más joven, fue el encargado de abrir el juego, dado que nadie había igualado la suya. Pablo vestía ropa de marca, tenía el pelo rizado y eso, unido a algunas poses estudiadas, le confería un cierto aire de galán. Una impresión que, por otro lado, se desvanecía en cuanto empezaba a hablar. Se había sentado de espaldas al aparcamiento y, desde esa posición, colocó una carta en la mesa con decisión. Sindo, su compañero de la derecha, dejó caer la suya encima con cierta desgana, inclinándose con lentitud hacia adelante. Este era un hombre alto, de ojos claros, mirada distante y una leve curvatura en su espalda. Con cada palabra que salía de su boca parecía querer demostrar al mundo que algunas personas pueden sentirse por encima del bien y el mal tan solo con desearlo. Una actitud que también se reflejaba en su manera de jugar, dado que nunca hacía esperar a sus compañeros.

El tercer turno fue para Toni, apenas dos años mayor que Pablo y que se había sentado de espaldas al local. Él era el único que divisaba el aparcamiento, la carretera y también la gasolinera que estaba situada casi enfrente de la parrillada. Una amplia vista en donde buscaba la inspiración para su juego. De pelo largo y poco arreglado, acostumbraba a reclinar el respaldo de la silla hacia atrás durante la partida, y esa acción se veía favorecida por la cercanía de la pared.

Toni había estado concentrado en sus cartas mientras sus dos anteriores compañeros jugaban. Cuando le llegó el turno a él, echó una ojeada a las que estaban en la mesa y perdió la mirada en la lejanía, como si la oscuridad de la noche le indicara por señas cuál era la mejor opción a elegir. Por lo general, lo hacía durante un par de segundos. Aquel día, sin razón aparente, se tomó algunos más.

—¿Juegas? —se oyó desde su izquierda.

El chico miró a su lado, eligió una de las cartas que tenía en la mano y la soltó encima de las otras. Carlos tenía la suya preparada. La puso sobre la última y recogió las cuatro apilándolas a su lado.

—No sé por qué piensas tanto —dijo en dirección a Toni—. Estaba claro que este as lo tenía yo.

Carlos estaba ese día contento. Las casi cincuenta plazas del aparcamiento se habían cubierto en su totalidad y eso suponía que la caja se había llenado más de lo normal. Hacía rato que no dejaba de sonreír y, con esa expresión en la cara, puso una nueva carta boca arriba para abrir la segunda mano.

Pablo la miró de reojo, de inmediato eligió una de entre las suyas, la lanzó casi sin moverse y volvió a centrarse en las que le quedaban. Sindo dejó caer otra, ya preparada, y cedió el turno a Toni que, de nuevo con la mirada perdida, pareció no enterarse.

Tras unos breves segundos de pausa y silencio, sus tres compañeros se fijaron en el chico al unísono. Este estaba concentrado en la penumbra de la gasolinera, pero no buscando la inspiración habitual, más bien daba la impresión de que pretendía transportarse hasta ella sin tocar el suelo.

—¡Toni! ¿Estamos al juego? —bramó de nuevo Sindo.

—Sí.

En un segundo, el chico echó la vista a las cartas ya jugadas, luego a las que tenía en la mano, y dejó una con rapidez, aunque sin seguir el ceremonial que acostumbraba.

Carlos no dio importancia al hecho. Amontonó las cuatro que había en la mesa junto a las anteriores y eligió otra para iniciar una mano nueva. Fue entonces cuando Toni interrumpió la partida de manera brusca:

—¿Qué es aquello? —preguntó señalando hacia el frente.

Sus tres compañeros miraron hacia la carretera alertados por el tono del chico.

—Allí —puntualizó él.

En ese momento, los cuatro se fijaron a la vez en la gasolinera, apenas iluminada por la pequeña farola del alumbrado público. Ante sus ojos y en la distancia, una sombra de aspecto humano se desplazaba con torpeza desde la pequeña tienda de atrás hacia los surtidores del centro.

Carlos se levantó en su asiento, Sindo se dio la vuelta con cierta desgana y Pablo dejó caer sus cartas en la mesa boca arriba.

—Parece un hombre —apuntó este.

—¿Qué hace allí?

—¿Es un borracho o está herido?

Todos dudaron un instante.

—¿Vamos?

Los cuatro dejaron sus sillas y se dirigieron hacia aquel hallazgo cada vez a mayor velocidad. El aparcamiento lo cruzaron andando; la carretera, corriendo.

Mientras se acercaban, la figura se apoyó en uno de los surtidores y se escurrió hasta el suelo. Desde allí, alcanzó gateando el siguiente y, usando este como si de una pared se tratara, se levantó de nuevo para dirigirse a duras penas hacia la carretera, como si quisiera ir al encuentro de los hombres.

Carlos encabezaba el grupo.

—Es una chica —dijo en cuanto la escasa luz le permitió verla—. ¡Joder, está herida!

—¿Eso es sangre? —preguntó Pablo, que se había quedado petrificado unos metros más atrás.

—Sí —apuntó Sindo, cerrando el grupo.

Este adelantó a Pablo, echó una breve mirada a la chica y enseguida decidió su función:

—Voy a avisar a una ambulancia, y a la Guardia Civil.

Carlos, con Toni al lado, había agarrado a la chica por los hombros para evitar que se desplomara.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

La joven no pronunció una palabra. Tosió varias veces y se limitó a mirarlo mientras se agarraba el cuello con evidente dificultad para respirar. Su chándal, que parecía haber sido blanco en mejores tiempos, estaba teñido de un rojo que resaltaba incluso en la oscuridad del lugar.

Carlos la estiró con cuidado, se sentó en el suelo y colocó su muslo como improvisada almohada. La joven recostó la cabeza y cerró los ojos. Él le dio dos palmadas en la cara, suaves, sin imprimir más fuerza que la que consideraba del todo imprescindible para mantenerla consciente:

—No te duermas —dijo.

La chica abrió los ojos y volvió a toser.

—Intenta no dormirte ahora, ¿vale? —repitió él en un tono más paternal.

Después, le retiró con cuidado el pelo de la cara. Un pelo que se adivinaba rojo en condiciones normales, pero que en esos momentos, por efecto de la sangre, había adquirido un tono negruzco.

—Mira, ¿no es la chica que sale en la tele? —preguntó hacia Toni.

El chico, que hasta entonces había permanecido como espectador de la situación, se agachó a su lado.

—Se parece —dijo, con cierta sorpresa—. Sí, puede ser ella.

A su espalda, Sindo se esforzaba por hacerse entender al teléfono, también por transmitir una urgencia que no percibía que hubiera captado su interlocutor:

—No lo sé, está cubierta de sangre —decía, sin medir el volumen de su voz—. La cabeza, el pecho, parece que va vestida de rojo, pero creo que el chándal es blanco. Ha perdido mucha sangre, dense prisa. Sí, claro que he avisado a la Guardia Civil.

Al otro lado del teléfono, la demanda de más datos parecía no cesar.

—Pues no lo sé, debe de tener un golpe en la cabeza, o un corte profundo. Ella está más o menos consciente, pero no habla. No sabemos qué le ha pasado.

Los otros tres hombres lo escuchaban sin intención de contradecirlo.

En ese momento, el reflejo de la sirena de un coche patrulla iluminó el oscuro lugar de azul.

—Acaba de llegar la Guardia Civil —despidió Sindo una conversación a la que ya no sabía qué más podía aportar—. Me imagino que ellos se harán cargo de la situación.

Toni había ido al encuentro de los recién llegados.

—Está malherida. Creemos que puede ser la chica que ha salido estos días en la tele.

Fuera del vehículo, los dos guardias se miraron entre sí, con evidente extrañeza.

—¿Quién? ¿Eva? —preguntó uno de ellos.

—Sí, esa.

Los agentes volvieron a mirarse. El primero dedicó un gesto de incredulidad al chico y se alejó unos pasos mientras abría línea en su interfono.

—De todos modos, si está herida, voy a pedir refuerzos —dijo—. Habrá que investigarlo.

A su espalda, el otro se acercó hacia donde estaba la chica. Nada más llegar a su altura, dijo para sí:

—No puede ser.

Al instante, se agachó al lado de Carlos y acercó su cara hacia ella, con la intención de verla mejor:

—Es imposible —balbuceó.

En esa posición, la observó en silencio durante un pequeño instante, pero que a todos pareció enorme.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al fin.

La joven contestó mirando de reojo al recién llegado. No podía hacer más, pero las miradas no pronuncian nombres.

El guardia apoyó las rodillas en el suelo y pasó su mano por la mejilla de la chica, dos veces, buscando con ello una mejor identificación, como si la sangre seca se pudiese limpiar con el simple roce de la piel humana. Después, casi petrificado, volvió a tomarse un par de segundos para contemplarla.

—Cielo santo —murmuró para sí—. Es increíble, estás viva. Estás viva.

Su rostro hablaba de una manera mucho más explícita que su voz y parecía llevar un cartel que decía: «Estoy viendo a un fantasma».

Volvió a pasar la mano por la cara de la chica una tercera vez.

—¿Te llamas Eva? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza con dificultad y volvió a toser hacia el muslo de Carlos.

Entonces, el guardia reaccionó y se levantó sobre sus rodillas buscando en la penumbra de la noche la figura de su compañero.

—Sí, es ella —gritó con fuerza—. ¡Y está viva!

El otro guardia se estremeció en su posición, antes de imprimir un mayor énfasis a la comunicación que estaba teniendo. El primero volvió a gritar, casi con desesperación:

—¡Que se den prisa, y pide refuerzos!

Al acabar, se sentó sobre sus talones y se concentró en la chica, con una mano apoyada

sobre los hombros de esta, como si tratase de constatar que aquel cuerpo cubierto de sangre seguía respirando.

—Dios mío, ¿dónde has estado, de dónde has salido? —preguntó casi con el mismo tono con el que se le pregunta a un enfermo en coma en la soledad de un hospital, sin esperar una respuesta.

Sindo se acercó a él.

—Cuando llegaron ustedes estaba pidiendo una ambulancia. A esta hora de la noche y desde Ourense, no creo que tarde en llegar.

—Quince minutos —puntualizó el guardia entre dientes.

La chica seguía tosiendo a cada instante.

—Te pondrás bien, aguanta un poco. Solo un poco.

Con el interfono recién apagado todavía en la mano, el primer guardia se acercó hacia ellos y requirió a Sindo para hablar con él.

—¿Fue usted quien nos ha avisado?

—Sí, llamé yo, pero estábamos los cuatro juntos.

—¿Cómo la han encontrado?

—Estábamos allí, jugando una partida —repitió señalando hacia la terraza—. Vimos que se movía algo en esta zona, nos resultó extraño y nos acercamos a mirar. Al llegar, la encontramos.

—¿Y no vieron algún coche que se fuese minutos antes, o que hubiese llegado poco antes?

—No, no vimos a nadie. Ya le digo que estábamos jugando una partida. —Sindo alzó los hombros a modo de excusa—. En realidad, tampoco nos fijamos demasiado hasta que la vimos.

Pero en este momento, un rayo de luz pareció iluminarse en su cabeza y se volvió hacia los demás.

—Toni, ¿tú has visto algo? Parar a algún coche o así.

El chico negó con la cabeza, balanceando su pelo de un lado a otro en la acción.

En el suelo, Eva alzó las cejas de un impulso, incluso levantó la cabeza unos centímetros sobre el muslo de Carlos, esforzándose en intentar hablar o tal vez para señalar algo, pero acabó por no conseguir ninguna de las dos cosas. Una reacción a la que el guardia que estaba agachado no le dio importancia.

—No te preocupes, pequeña, cogeremos a quien te haya hecho esto —dijo en un tono paternal, a la vez que cogía de la mano a la chica.

Sin soltarla, echó una mirada en círculo e hizo un gesto de contrariedad.

—Pues está claro que alguien tuvo que dejarla aquí, ella no pudo llegar sola en este estado —razonó, más para sí que para ser oído.

Después alzó la voz, en un tono que no dejaba lugar a dudas de que aquello era una orden:

—No toquen nada y pisen lo menos posible. En cuanto llegue la ambulancia, cerraremos el perímetro y buscaremos algún rastro, o alguna huella. Algo tiene que haber.

En aquellos momentos, al reflejo azul que iluminaba la noche de manera intermitente, pronto se unió otro de color naranja, y poco después varios más de los azules. Una combinación de colores que anunciaba sin lugar a dudas que allí había sucedido algo grave.

Apenas media hora más tarde y cuando un camión de bomberos pasaba en dirección a Cea estremeciendo a los presentes con su estridente sonido, una ambulancia partía del lugar a toda velocidad en dirección contraria, rumbo a Ourense. Quizá contagiado por el sonido del camión, el conductor accionó su sirena, pese a estar la carretera despejada por completo. La Guardia Civil que la acompañaba hizo lo mismo. Con dos motorizados delante para abrir paso y un coche patrulla custodiándola detrás, la comitiva semejaba una gran burbuja de luz y sonido dispuesta a atravesar la ciudad en el menor tiempo posible, sin permitir que nada ni nadie se interpusiese en su camino.

Dentro del vehículo, todo el mundo buscaba con afán una herida por la que pudiese estar sangrando la chica, otorgando una relevancia secundaria a cualquier otra lesión que pudiera sufrir.

Afuera, la investigación había comenzado.

Capítulo 2

Sábado, 27 de junio de 1999

Catorce días antes

Nada hay más minucioso en este mundo que una mujer madura acicalándose a solas para una cita especial. Y aquel día, Lina se encontraba sola, estaba dentro del baño de su habitación y en unas horas ejercería como invitada en un importante compromiso social. Tras dedicar largo tiempo a contemplar el traje comprado para la ocasión, al terminar de ponérselo no pudo evitar mirarse en el espejo durante un buen rato, casi como una adolescente. Primero, de frente; luego, de perfil; y, por último, se dio la vuelta sin llegar a apartar los ojos de su imagen.

Incluso repasó con la palma de la mano derecha la curvatura de su trasero. Por primera vez en mucho tiempo se sentía atractiva y decidió que esa era una sensación que debía saborearse sin prisa. Era evidente que su cuerpo ya no causaba la misma envidia que en sus años de juventud, y que había ido ganando algunos kilos con el paso del tiempo, pero bien mirado, esto último motivaba que sus curvas fuesen mucho más evidentes y, sabiendo escoger el sujetador y el vestido adecuados, muy sugerentes a los ojos de cualquier hombre. Contemplándolas, se hizo un guiño hacia el espejo y pensó, satisfecha, que tres tardes recorriendo las tiendas más caras del centro de Ourense habían dado justo el fruto que deseaba.

Una vez acabado el examen corporal, se recogió el pelo y, abriendo el pequeño maletín situado encima de su tocador, tomó uno de los pinceles y un viejo bote de maquillaje para realzar un rostro en el que ya habían comenzado a aparecer las primeras arrugas. No es que resultaran muy evidentes, ni que empañasen la luz que siempre había desprendido su cara, pero ese día más que nunca deseaba disimular la inevitable huella que había dejado el discurrir de sus cuarenta y cuatro años de vida. Sobre todo, porque la mayor parte de ellos habían estado repletos de sinsabores, de falta de cariño y comprensión, incluso de sexo rutinario y poco deseado. Y aunque en los últimos meses se sentía mejor, a veces tenía la sensación de que ella misma se había ido acomodando a su monótona existencia. Monótona y, sobre todo, apagada, porque ni siquiera la reciente celebración de sus bodas de plata había conseguido ilusionarla. Y eso que pudo convencer a su marido para irse de viaje a Roma. Pero fue llegar allí y comprobar que la magia que se presuponía entre los dos había perdido el billete de avión, y que de esa segunda luna de miel, solo iba a sacar en positivo eso: el poder conocer Roma.

Sin apartar la vista del espejo, dejó escapar un suspiro, profundo y lastimoso, y al instante volvió a concentrarse en su tarea. Ese día era especial porque se casaba Alberto, el único sobrino de Miro, todopoderoso presidente desde hacía años de la Unión Democrática Ourensana, la UDO, el partido político por el cual su marido acababa de alcanzar la alcaldía de Cea hacía poco más de un mes. De San Cristovo de Cea, como se empeñaba en decir él siempre, como si eso le concediese más importancia a su cargo. Sin duda, aquella celebración estaría a la altura de lo que se esperaba, la ocasión perfecta para aparecer radiante en público.

En la intimidad de su dormitorio, por un momento, sintió que era algo que le apetecía. E incluso más, no solo le apetecía sentirse guapa, sino que necesitaba volver a sentirse deseada, porque echando la vista atrás, ni siquiera lograba recordar la última vez que había notado como un hombre la miraba con deseo. Eso que en sus años jóvenes le asqueaba, que le parecía un comportamiento reservado a borrachos, y que en la actualidad le aportaría un increíble soplo de aire fresco a su triste existencia. Demasiada soledad y demasiado tiempo encerrada en aquella casa, situada en una finca enorme, y casi sin ver nada ni a nadie más que a algún vecino del pueblo y el imponente monasterio que se erigía majestuoso al otro lado de la carretera. Ciertamente

que de lunes a viernes Sonia, la asistente, le hacía compañía por las mañanas, pero a pesar de ello, desde que sus dos hijas se habían ido de casa, cada día se sentía más sola y encerrada. Por mucho que allí fuese donde había nacido su marido, nunca debió aceptar el irse a vivir a aquella finca situada a la entrada de Oseira, un pequeño pueblo surgido cuando, en el siglo XII, unos monjes cistercienses decidieron construir su monasterio en medio de la montaña. Lina echó una mirada hacia el monumento a través de la pequeña ventana del cuarto de baño y pensó que para aquellos monjes podría ser una zona ideal, pero para ella, a menudo aquel lugar era lo más parecido a una cárcel.

Estaba dando el último retoque a sus pómulos cuando escuchó cómo se detenía un coche delante de la puerta de entrada a su finca. Pocos segundos después, el sonido del timbre resonó en la planta baja de la casa, rompiendo el íntimo silencio que reinaba en aquel momento. Sin prisa, posó la brocha de maquillaje sobre el tocador, descendió las empinadas escaleras y descolgó el telefonillo situado al lado de la puerta:

—¿Quién es?

—Guardia Civil. Abra, por favor —contestó una voz grave al otro lado.

—Espere, voy.

Ella colgó de nuevo, se quedó un instante con la mano apoyada en el aparato, pensativa, y dejó escapar un leve gesto de extrañeza. Una expresión de sorpresa que no cambió durante los casi cincuenta metros que la separaban de la entrada a la finca. Al otro lado del grueso portalón, un hombre de gran estatura, joven, y otro un poco más bajo y más mayor, ambos uniformados de manera impecable, esperaban con impaciencia:

—¿Manuel Rodríguez Vázquez? —preguntó el mayor, dando un paso al frente en cuanto se abrió la puerta.

—Sí, es mi marido. En este momento no está en casa, aunque no creo que tarde en volver.

—¿Es suyo un Peugeot 206 con esta matrícula? —insistió él, mientras le mostraba la primera hoja de un raído bloc de notas.

Ella leyó los números anotados.

—Bueno, sí —no dudó en contestar—. Pero...

El guardia la interrumpió con tono serio:

—¿Podemos pasar?

—Sí, claro.

Los dos hombres entraron al instante y se dirigieron hacia la casa sin dar más explicaciones. La mujer los siguió. Tan solo el otro guardia, el más alto y joven, rompió por un momento el espeso silencio que se estaba produciendo durante el trayecto:

—¿Usted se llama...?

—Adelina Dacal Iglesias —dijo—, aunque todo el mundo me llama Lina.

Dentro de la casa, fue el primer guardia el que volvió a tomar el mando de la conversación:

—Antes nos ha dicho que su marido no tardaría en llegar. Díganos, ¿ha salido hoy con ese coche?

—No, no, era lo que pretendía explicarle en la entrada. Mi marido ha salido a tomar un café con Sergio, el chico que es teniente de alcalde. Supongo que habrán ido a algún pueblo de aquí cerca, porque ni siquiera ha llevado el móvil —explicó ella, tratando de dar el mayor número de detalles—. Pero la que usa ese coche es mi hija Eva, está estudiando en Santiago. ¿Por qué lo pregunta, le han puesto alguna multa?

Los guardias se miraron entre sí.

—No.

Tras la seca respuesta, el hombre dio un paso lateral y se colocó justo enfrente de Lina.

—Dígame, ¿ha hablado hoy con su hija?

—No.

—¿Cuándo habló con ella por última vez? —insistió.

En ese momento, el rostro de Lina palideció, desafiando incluso al reciente maquillaje que se había colocado con tanto esmero. Durante unos segundos, cruzaron su cabeza mil ideas, ninguna buena, y empezó a intuir que algo malo podía haber pasado para que le hiciesen aquellas preguntas.

Al final, tras unos segundos, solo fue capaz de responder de manera temerosa:

—El miércoles. No, el jueves. Pero ha quedado en venir ahora.

El guardia volteó la primera hoja de su bloc y le enseñó la siguiente, con un número de teléfono anotado:

—¿Este teléfono le resulta familiar?

Lina volvió a mirar aquel cuaderno, esta vez con mucho más detenimiento, y a continuación negó con la cabeza.

—Fíjese bien, por favor. ¿Está segura de que no sabe de quién es?

—No, no lo sé, no creo que sea de alguien que conozca.

—¿Puede darnos el de su hija?

Ella desgranó de cabeza los números uno a uno, mientras el guardia apuntaba en la tercera hoja.

—Por favor, ¿le ha pasado algo malo a mi hija? —por fin se atrevió a preguntar ella con voz temblorosa.

—Eso aún no lo sabemos —apuntó el guardia más joven, pero sin intención de entrar en más detalles.

Delante de Lina, el mayor se puso más serio aún de lo que había estado hasta ese momento. Acabó de escribir, arrancó aquella hoja y se la pasó a su compañero. Este se marchó con el pequeño papel en una mano y el interfono en la otra en dirección al patio. Lina lo siguió con la mirada. A su lado, el primer guardia requirió su atención:

—Señora, hemos venido porque nos han llamado los compañeros de Santiago de Compostela para informarnos de que esta mañana se había encontrado este coche en un camino cerca de Vedra. Al parecer, estaba en una cuneta y abierto —dudó un momento—, como si alguien lo hubiese abandonado por la noche. Quizá no sea nada, pero queremos asegurarnos —explicó—. ¿Sabe usted cómo pudo ir a parar allí?

—No.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde puede estar su hija?

—No.

Durante unos instantes, el desconcierto de Lina hizo un forzado y silencioso paréntesis en la conversación. La mujer se encaminó hacia el centro del salón, en silencio, con el guardia siguiendo sus pasos. Pensó que había estado tan concentrada en arreglarse que no reparó en el hecho de que su hija ya debería haber llegado hacía tiempo.

El guardia seguía hablando a su espalda:

—Señora, ¿puede localizar a su hija de algún modo? Llamar a alguien que sepa algo de ella, por ejemplo.

Lina se volvió hacia él, como si hubiera retomado el hilo de la realidad de golpe.

—Sí, espere —dijo—. Voy a buscar los números de teléfono.

Subió a su habitación a buen paso y, al poco rato, bajó con una agenda en la mano. Eva compartía piso en Santiago con dos compañeras, por lógica, ellas deberían saber algo. Se sentó en la silla más cercana al teléfono, tomó aire intentando tranquilizarse y abrió el cuaderno más o menos por la mitad:

—A ver —murmuró—, Ana o Rebeca. Rebeca, aquí está.

Sin perder tiempo, marcó los nueve dígitos y esperó, pero nadie respondió al otro lado. Volvió a ojear la agenda:

—Ana. Es su otra compañera de piso —aclaró en alto.

Marcó con toda la rapidez que pudo, más que la primera vez, y alzó la vista hacia el guardia. Este esperaba de pie a su lado, semejando una estatua, mientras en el silencio de la habitación se oía el sonido de tres largos tonos. Antes de iniciar el cuarto, alguien descolgó.

—¿Ana? Soy Lina. ¿Sabes algo de Eva? ¿Está ahí contigo?

—¿Eh? No, no sé. Espera. —La chica parecía intentar desperezarse mientras hablaba—. Voy a mirar en su habitación.

De fondo, se escucharon unos pasos alejándose y cómo se abría una puerta. Al poco, se

oyeron otra vez los mismos pasos. Esta vez de regreso:

—¿Oye? No, no está en su habitación —respondió la chica por el teléfono—. ¿La has llamado a su móvil?

La noche anterior habían pasado muchas cosas y no todas eran confesables a una madre que, en teoría, solo llama enfadada porque deben asistir a un compromiso familiar y su hija se está retrasando. Pero la esquiva respuesta de Ana fue cortada por Lina, cuyo tono de voz subía a cada palabra:

—¡Ana! Está aquí la Guardia Civil y dicen que han encontrado su coche abandonado en una cuneta. ¿Sabes dónde está ella?

—No.

—¡Ana! Tenemos que encontrarla. ¿La has visto hoy?

—¡Ostras! —exclamó la chica—. Ahora recuerdo que nos había dicho que iba a irse pronto para casa, pero si no ha llegado ahí... —razonó al final.

Al otro lado del teléfono, Lina ya gritaba sin disimulo:

—¡No, no ha llegado! También he llamado a Rebeca, pero no me ha respondido. ¿Qué está pasando ahí?

—No sé —se excusó—. Rebeca está aquí, pero está durmiendo y siempre duerme con el móvil apagado. Ayer por la noche era un día grande, uno de los últimos del curso, y salimos las dos. Eva no, nunca sale, y nos dijo que pensaba quedarse en casa. Yo ahora también estaba durmiendo, no sé nada —explicó temerosa—. Voy a llamar a alguna gente a ver si me dicen algo, ¿vale?

—¿Pero estás segura de que Eva no salió?

—No lo sé, ella dijo que no salía, pero no lo sé. Por favor, dame un minuto y te llamo.

Lina sabía que la chica volvería a llamar. En el fondo, Ana siempre le había parecido muy formal, la más cabal de las tres. Desde luego, mucho más sensata que Rebeca e, incluso, más que su propia hija. Además, era una chica que caía bien. Eso le hizo albergar la esperanza de que, con alguna de aquellas pesquisas, pudiese localizar a Eva.

Nada más colgar, el guardia quiso saber la dirección de Ana, que apuntó justo después del primer teléfono. Cuando apenas diez minutos más tarde volvió a sonar el aparato, fue él mismo quien respondió:

—¿Ana? ¿Es usted Ana?

—Sí.

—Soy Eduardo Salgado, sargento de la Guardia Civil de Cea. Dígame, ¿qué ha averiguado usted?

—Pues, nada —dijo la chica tras un inicial segundo de sorpresa—. A ver, he hablado con mi compañera Rebeca y ella tampoco la ha visto. También he llamado a toda la gente que

podría decirme algo sobre Eva, pero nadie sabe nada de ella desde ayer por la tarde.

En este momento, la chica se paró un segundo, como si quisiera pensar las palabras que iba a pronunciar. Pese a ello, el hombre esperó en silencio a que la chica continuara.

—Cuando Rebeca y yo nos fuimos, ella se quedó en casa. Eran sobre las ocho de la tarde y nos dijo otra vez que no salía. Después, cuando volvimos, tenía la puerta de la habitación cerrada y pensamos que estaría durmiendo.

—Bien, escúcheme con atención —respondió el sargento con autoridad—. No se mueva usted de ahí y dígle a su compañera que tampoco lo haga. En unos minutos irán los agentes encargados del caso para hablar con ustedes. Van a necesitar hacerles algunas preguntas.

—¿Los encargados del caso? —preguntó Ana, entre sorprendida y asustada.

—Sí, ya les explicarán ellos —remató.

El hombre colgó el teléfono sin dar opción a que la chica pudiese seguir preguntando, aunque quizá, ya no estaba en condiciones de hacerlo.

En ese momento, su compañero volvió a entrar en la casa y se acercó a él.

—El móvil da señal de apagado —dijo—. Ya lo he comunicado a Santiago, pero no saben nada más.

—Sí, también sabemos dónde vive. No te preocupes, aquí hemos acabado.

Luego, el guardia se volvió hacia Lina, que continuaba sentada al lado del teléfono sin saber muy bien qué hacer.

—Señora, ¿tiene alguna manera de ponerse en contacto con su marido? —dijo elevando la voz para llamar la atención de la mujer.

—No. Se lo he dicho antes, ha dejado su móvil en la habitación y no sé cómo avisarlo.

—¿No tiene otra manera? —insistió el hombre.

Las preguntas habían despertado a la mujer de su desconcierto, pero su nerviosismo iba en aumento.

—No lo sé —repitió—. Salió con Sergio en el coche de este, para no sacar el suyo de la finca. Sé que fueron a tomar un café, pero no sé a dónde. Puede que a Cea, o a algún bar que haya por el camino, yo qué sé.

—¿Sabe el teléfono del chico?

—No —dijo, moviendo la cabeza al mismo tiempo—. Yo nunca lo llamo.

—¿Puede estar en la agenda del móvil de su marido?

—Sí, seguro, pero tiene contraseña.

El hombre se tomó un segundo para pensar.

—Señora, ¿sabe la matrícula del coche en el que se fueron? —preguntó después.

—No —balbuceó a duras penas—. Es un Audi blanco, pero no sé la matrícula. Solo sé que es muy nuevo, porque lo compró en navidades.

Aquel dato pareció bastar al guardia para iniciar una búsqueda.

—Bien —dijo—, no se preocupe, nosotros vamos a ir en dirección a Cea y buscaremos ese coche por el camino. Si él llega antes, dígame que tienen que desplazarse a Santiago sin perder tiempo.

Aquello tranquilizó en cierta medida a Lina. Quizá por eso, cuando los dos hombres se encaminaban hacia la puerta, los interrumpió a su espalda:

—Por favor, ¿saben algo más que no me hayan dicho? —preguntó temerosa.

Esto detuvo a los guardias. El primero bajó la mirada un segundo, guardó silencio otro, y luego, por un momento, suavizó el tono serio que había mantenido desde su llegada.

—Señora, quizá no debería decirle esto a usted, pero hay algo en este caso que no me gusta —confesó, escogiendo las palabras de forma evidente antes de hablar—. Y le aseguro que llevo muchos años en el cuerpo.

La mujer no se atrevió a preguntar más.

Cuando los hombres abandonaban la estancia, en el reloj del monasterio sonaban las once, campanada a campanada. Tal vez como un aviso, o como una premonición. Tras el golpetazo de la puerta de salida, Lina apoyó su cabeza contra la pared y se dispuso a esperar. Manuel y Sergio no podían tardar.

Capítulo 3

A media mañana, el sol calentaba con insistencia en Oseira y todo transcurría con total normalidad en el pequeño pueblo. Daba la sensación de que aquel año el verano se había adelantado en una zona de montaña donde lo habitual era que solo hiciese calor de verdad durante los meses de julio y agosto. Por ello, los habitantes más madrugadores aprovechaban la jornada para trabajar en sus fincas desde muy temprano, cuando la temperatura aún era baja, mientras que los demás, los que dedicaban el fin de semana solo a descansar, comenzaban a salir a la calle a esta hora. Algo más tarde, y de manera escalonada, irían llegando los visitantes que se acercaban al pueblo con el único propósito de conocer su monasterio. La presencia de turistas nunca había alterado la tranquila armonía de Oseira, y un coche patrulla, aparcado delante de la casa del alcalde, tampoco suponía un motivo de alarma en ese momento. Sobre todo, si no estaba acompañado de unas noticias que todavía nadie había difundido.

Tan solo unos metros carretera arriba, en el centro del pueblo y con la casa fuera de su radio de visión, Manuel y Sergio saboreaban la última ronda en la puerta del bar «Escudo». Lo que en un principio pretendía ser un breve café mientras Lina se arreglaba, acabó por convertirse en dos vermouths en Cea y otros tantos en Oseira, estos por iniciativa de un vecino de hábitos poco sobrios y amistad fácil con el que los dos hombres habían conectado con inusual facilidad ese sábado. Unos hábitos, los del hombre, que hacían que su compañía fuese intermitente, y que por cada tres tragos que daba a su vaso, solo uno lo tomase en compañía de ellos.

—Hoy vas a comer en una gran fiesta —resonó en la empedrada calle, proveniente de la entrada del bar.

Manuel, en la puerta, avanzó un paso hacia el improvisado pregonero, colocó una sonrisa forzada en su cara y lo abrazó por los hombros.

—No hace falta que se entere todo el pueblo —le susurró al oído en tono conciliador.

Sorprendido por la indicación, el hombre detuvo su abrupta oratoria y miró a Manuel. Tras un instante de duda, se zafó del abrazo con cierta dificultad y golpeó con fuerza la espalda del alcalde como signo de complicidad, o como simple vía de escape a una situación que le resultaba incómoda. Sin descuidar el vaso que tenía en la mano, dio media vuelta y entró de nuevo en el local en busca de una compañía más receptiva, mientras Manuel volvió al lugar donde se encontraba Sergio.

La verdad era que, a pesar de lo que pudiera parecer, Manuel siempre se encontraba a gusto entre sus vecinos y, desde que había sido elegido alcalde, mucho más. Él era un hombre excesivo en todos los sentidos. En el aspecto físico, por su altura y gran corpulencia, cercana a los ciento cincuenta kilos de peso; y en el mental, porque nadie que lo conociese podía tener alguna duda de que era capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir lo que se proponía. Aunque nunca había sido una persona de gran cultura, con su determinación había logrado levantar una de las mayores empresas constructoras de la provincia de Ourense. Una empresa que había labrado su crecimiento no solo con la construcción de viviendas nuevas, sino también adquiriendo locales a precio de saldo que, tras rehabilitar, vendía a uno mucho mayor. Nadie sabía con exactitud de cuántos inmuebles era propietario Manuel en Cea y Ourense, pero cualquier vecino de la localidad podría enumerar una amplia lista si se lo propusiese.

Sergio, por su parte, quizá buscaba en el alcohol la porción de seguridad que se había dejado la tarde anterior en Santiago. Lo que en un principio prometía ser una jornada especial, acabó por convertirse en una tarde noche mediocre. O incluso peor. Dos objetivos llevaba en la maleta cuando llegó a la ciudad: uno, aprobar una de las dos asignaturas que le faltaban para acabar la carrera de Psicología y otro, forzar un encuentro casual con Eva antes de tomar el camino de regreso a casa. En cuanto al primero, a esas horas su licenciatura seguía a la espera

de los mismos dos aprobados que el día anterior y, respecto al segundo, el intento acabó por convertirse en una empresa imposible. Si por la tarde, en la Facultad, no había conseguido verla, por la noche tampoco corrió mejor suerte. En busca de una remota posibilidad, a las tres de la mañana había bebido diez copas, visitado unos treinta locales y paseado por otras tantas calles. También había montado guardia en más del doble de esquinas a la espera de que, siendo un día grande de la noche compostelana, las compañeras de piso hubiesen convencido a Eva para salir, pese a que casi nunca lo hacía. Fue a esa hora cuando vio a Ana y Rebeca en compañía de algunos amigos y supo que su búsqueda y sus esperanzas habían acabado. Si Eva no formaba parte de aquel grupo, por fuerza tenía que haberse quedado en casa.

De lo que sucedió después, prefería no acordarse. No se sentía orgulloso, casi ningún hombre se sentiría orgulloso de ello, y él no dejaba de pertenecer a ese sexo. Cada vez que la idea asomaba a su cabeza, el chico se esforzaba por encerrarla a la fuerza en ese secreto rincón que todos tenemos reservado en nuestra cabeza para los recuerdos incómodos. Un escondite mental que, en su caso, comenzaba a ocupar demasiado espacio.

Hacía cinco años que Eva había roto la relación que habían mantenido hasta entonces y Sergio se negaba a aceptar aquella realidad. Le costaba asumir que una cosa había sido conquistarla cuando todavía era una adolescente y cualquier chico le resultaba interesante, y otra muy diferente conservar la pasión cuando los ojos de su amada se abrieron por completo a la realidad. Una realidad, además, que en ningún caso lo dejaba en buen lugar bajo el criterio de Eva. Pese a todo, Sergio todavía buscaba un punto, un momento, quizá una confluencia perfecta de circunstancias que volviera a unirlos. Y, a poder ser, de una manera definitiva. Pero el fuego de una relación nunca se apaga al mismo ritmo cuando dos personas ya caminan solas, y la idea de Sergio resultaba tan factible en Cea y en sus pensamientos, como imposible en Santiago y en los de Eva.

Los dos hombres acabaron esa última ronda con tranquilidad y decidieron recorrer a pie los trescientos metros escasos que les separaban de la finca. A la boda irían en el de Manuel, más grande y cómodo, y dejaron el de Sergio aparcado frente al bar. Durante el trayecto de vuelta, nada les resultó extraño. Manuel estaba radiante porque aquella boda le permitiría ejercer el papel de alcalde recién elegido, uno de los siete con los que contaba su partido en la provincia. Sergio, por su parte, estaba incluso más callado de lo que en él era habitual y se limitaba a seguir la intranscendente conversación que dirigía su frustrado suegro. Sin embargo, cuando faltaban pocos metros para llegar a la finca y Manuel buscaba en el bolsillo la llave para abrir el portalón de entrada, Sergio se quedó atrás de manera intencionada. Recorrió con uno de sus dedos el arcaico muro del monasterio, miró un momento de reojo a su acompañante y preguntó por sorpresa, tratando de no imprimir una importancia especial a sus palabras:

—¿Qué quería Miro el viernes?

—¿En el Ayuntamiento? —contestó Manuel con aire rutinario—. Quería confirmar que íbamos a la boda. También me preguntó por ti.

—Os escuché hablar algo sobre una reunión y me dio la sensación de que estabais preocupados. Por eso te lo pregunto.

Sergio esperó la respuesta con disimulada expectación, pero desde su posición, solo apreció una pequeña mueca en la cara de Manuel mientras giraba la llave en la cerradura y empujaba el portalón.

—Siempre hay reuniones —murmuró tras entrar—. Eso no es cosa tuya.

Cuando los dos hombres llegaron a la casa había pasado casi una hora desde la visita de los guardias. Lina se había cambiado el vestido de gala y esperaba en el salón, sentada junto a la puerta, al lado del teléfono y mirando su reloj sin parar. Antes de que ellos pudieran tomar conciencia de la situación, los recibió con un escueto sollozo:

—Eva ha desaparecido... —solo acertó a decir.

La frase, que pretendía ser una explicación detallada, acabó convirtiéndose en un corto anuncio. Eso sí, en un anuncio muy elocuente.

Los dos hombres se quedaron paralizados en la puerta al oírlo. Sergio, en silencio, mientras Manuel, tras un breve instante de incredulidad, frunció el ceño como si el significado de aquellas palabras hubiese ejercido de espoleta a un incipiente cabreo.

—¿Cómo desaparecido? —dijo casi a gritos, mientras avanzaba hacia dentro—. ¿No le has dicho que tenía que estar aquí a las doce?

Lina se pasó una mano por los ojos ante aquel arrebato y continuó su explicación inicial:

—No, no ha llegado. Acaba de venir la Guardia Civil, han encontrado su coche abandonado cerca de Santiago y nadie sabe nada de ella desde ayer por la tarde. Tiene el móvil apagado y no han querido decirme por qué, pero creo que se temen que le haya podido pasar algo grave. Tenemos que ir a Santiago a hablar con la Guardia Civil, porque lo están investigando.

—Pero, que le haya podido pasar ¿qué? ¿Has llamado a Ana y a Rebeca?

—Sí —contestó, elevando el tono de voz hasta el que había usado su marido, con intención de reafirmarse—. No está en casa y desde ayer por la tarde no la han vuelto a ver —dijo de un tirón.

Después, cogió aire y añadió casi con desesperación:

—¡Tenemos que irnos!

Manuel se quedó parado un segundo, como aturrido por el inusual tono de voz de Lina.

—¡Joder, esta chica siempre metiéndose en líos! —sentenció después.

Y añadió:

—¿Estás segura de que te dijeron que teníamos que ir allí?

—Sí, y cuanto antes.

En el centro del salón, Manuel oscureció su semblante de manera definitiva y se dirigió hacia la posición de Lina para descolgar el teléfono que tenía al lado. Esta se apartó ante su avance. El hombre marcó un número con decisión y esperó apenas un tono. Cuando desde el otro lado alguien saludó anunciando que había entablado comunicación con el cuartel de la Guardia Civil, Manuel dijo con voz seca y firme, como si estuviera iniciando un discurso:

—Soy Manuel Rodríguez, el alcalde. Creo que han estado en mi casa hace un momento.

La respuesta del guardia fue una corta y precisa explicación que se resumía en la necesidad de personarse en el cuartel de Santiago sin falta y a la mayor brevedad. Tan concisa que cualquier posible réplica estaría predestinada al fracaso. Así lo entendió Manuel, que tras colgar el teléfono con un forzado «de acuerdo», tomó camino de las escaleras.

—Voy un momento arriba a avisar a Miro —dijo pensativo—. Después vamos para allá —añadió antes de salir del salón.

—Yo voy a llamar a Vicky, que aún no he hablado con ella.

—Sí, dile que venga.

Vicky era la hija mayor del matrimonio. Muy educada y comedida, desde pequeña siempre había sido la preferida de Manuel. A sus veintiséis años y recién casada con Roberto, residía en Bilbao desde entonces. La chica no tardó en contestar la llamada de su madre y, nada más escuchar la noticia, fue ella misma la que resolvió que debía trasladarse de inmediato hasta Oseira. Sin abandonar el teléfono, ojeó un periódico y, tras unos segundos, anunció que a las cinco de aquella misma tarde llegaría al aeropuerto de Santiago de Compostela para quedarse el tiempo que fuese necesario. Allí la recogerían sus padres.

Aún no había acabado la conversación Lina cuando Manuel salió de su dormitorio pensativo, con su teléfono móvil en la mano y concentrado en la breve charla que acababa de mantener. Miro era un hombre de gran diplomacia en las distancias cortas y su respuesta había sido tan breve como cordial. No había preguntado grandes detalles, ni pedido muchas explicaciones, tan solo se limitó a responder que no se preocupase y que esperaba que la localizaran pronto. También había añadido que trataría de excusar su ausencia ante los demás invitados con toda la discreción que estuviese a su alcance. Esto último fue lo que en realidad desconcertó a Manuel. Por más vueltas que le daba en su cabeza, no lograba interpretar el tono con el que el presidente de su partido había pronunciado aquellas palabras finales.

Sin dejar de pensar en ello, bajó al salón y esperó al lado de la puerta a que Lina acabase de despedirse. Una espera que, en algún momento, trató de hacer más breve apremiándola a poner un punto final precipitado a la conversación. Cuando esta colgó el teléfono, los dos salieron sin demora. Afuera esperaba Sergio, sentado en el porche de la casa. El chico se levantó en cuanto los vio aparecer. Ni Manuel ni Lina habían reparado en su ausencia dentro de

la casa, ni en qué momento había abandonado el salón, como tampoco oyeron que había dicho que quería acompañarlos a Santiago. Daba igual, los dos lo conocían y, en el fondo, no les extrañó su comportamiento, ni tampoco su interés.

Si te ha gustado este fragmento y deseas seguir leyendo *Siete libros para Eva*, puedes buscar esta novela en tu dispositivo Kindle o entrando en la web de Amazon. Se encuentra disponible en ebook, papel y gratis con la suscripción a Kindle Unlimited.